¿POR QUÉ ganó Milei?

Disputas por la hegemonía
y la ideología en Argentina

Javier Balsa

TEZONTLE

JAVIER BALSA

¿Por qué ganó Milei?

Disputas por la hegemonía y la ideología en Argentina

En un viraje político que tomó por sorpresa a gran parte de la sociedad argentina, Javier Milei ascendió al poder desafiando las predicciones y las comprensiones convencionales de la política del país. ¿Por qué ganó Milei? se sumerge en las profundidades de este fenómeno y analiza no solo el cómo, sino el porqué detrás de este resultado electoral.

A través del examen minucioso de encuestas realizadas entre 2021 y 2023 y diversos estudios de campo, Javier Balsa nos lleva más allá de la figura excéntrica del presidente, para revelar cómo las realidades económica, social y cultural han configurado la política argentina reciente. Explora, asimismo, de manera detallada las corrientes subterráneas que dieron forma a estas transformaciones, desde el desencanto social hasta las dinámicas del poder y la ideología.

El autor intenta explicar los resultados de una elección sin precedentes en el país, al mismo tiempo que abre un interrogante sobre el futuro de la democracia y el papel de la ciudadanía en la construcción de la nación. Con una mirada crítica y detallada, Balsa da cuenta del cambio de paradigma ideológico en Argentina, e invita a los lectores a reflexionar sobre las implicaciones de estas transformaciones en la sociedad.

JAVIER BALSA

(La Plata, 1965)

Es magíster en ciencias sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y doctor en historia por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se desempeña como investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y como profesor titular en el área de sociología de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Actualmente es director del Instituto de Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea (IESAC-UNQ).

En las últimas décadas, ha centrado sus indagaciones en la teoría de la hegemonía y su aplicación a la dinámica sociopolítica contemporánea, y publicó esos estudios en diversas compilaciones y revistas nacionales e internacionales.

Entre sus libros, se cuentan La crisis de 1930 en el agro pampeano (1994), El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense 1937-1988, (2006), y Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo (comp., 2013).

Índice

Cubierta

Portada

Sobre este libro

Sobre el autor

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción

I. La acumulación de fracasos y frustraciones en la Argentina reciente

II. Una extraña crisis de hegemonía recorre el mundo

III. La reacción ante el progresismo

IV. El retorno recargado de las ideas neoliberales y la resistencia de la perspectiva nacional-popular

V. Las distintas perspectivas sobre la sociedad

VI. Las identidades políticas, la apoliticidad y las visiones de la historia

VII. Las disputas en las elecciones primarias, la resolución de candidaturas y el perfil de los votantes

VIII. La fuerte transformación del escenario electoral entre las primarias y las elecciones generales

IX. La batalla final del balotaje

Conclusiones

Apéndice I. Encuestas

Apéndice II. Escalas de conservadurismo y de neoliberalismo

Apéndice III. Gráfico de caja, coeficiente de correlación y gráfico de dispersión

Créditos

A Lucía y Salvador, quienes trabajan y luchan por un mundo mejor del que les dejamos.

Agradecimientos

Este libro fue escrito en un par de meses, en la urgencia de tratar de comprender cómo es que Javier Milei pudo ganar la presidencia de Argentina. Sin embargo, se basa en un trabajo colectivo previo, en particular en una quincena de encuestas que fueron generadas en el marco de tres proyectos grupales de investigación distintos, de modo que, en primer lugar, quisiera agradecer a todas y todos sus integrantes por haber colaborado en estas aventuras académicas.[1] Más específicamente, quisiera destacar que la labor de diseño, redacción y testeo de los cuestionarios de las encuestas la hemos efectuado en forma conjunta, especialmente con Celeste Ratto, Valeria Brusco, Marcelo Gómez, Jésica Pla y Juan Ignacio Spólita. Pero, en particular, deseo darle las gracias a Juan porque ha sido quien, con enorme responsabilidad, estuvo a cargo de la concreción de las encuestas en línea desde la UNQ. Además, se tomó el trabajo de hacer una detallada lectura del borrador de este libro, señalando errores y formulando sugerencias claves. También Daniel Feierstein y Ezequiel Ipar me brindaron sus agudas lecturas críticas del texto, que, además, fue discutido con las y los integrantes del programa de investigación sobre hegemonía de la UNQ (en particular, Hernán Fair, Natalia López Castro, Dolores Liaudat, Pehuén Romaní y Guillermo de Martinelli me formularon importantes comentarios). Mis limitaciones, pero también cierta testarudez, me impidieron incorporar todas sus recomendaciones. Finalmente, pero no menos importante, parte de los materiales fueron debatidos con mi compañera, Andrea Pérez, quien también fue un sostén emocional fundamental cuando traté de aislarme del mundo para escribir, a toda velocidad, una explicación de lo inexplicable.

Villa Elisa, enero de 2024.

[1] Un proyecto del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) COVID-19, “Identidades, experiencias y discursos sociales en conflicto en torno a la pandemia y la pospandemia”, un Proyecto

de Investigación Científica y Tecnológica (PICT), “Subjetividades políticas en tensión durante la pandemia y la pospandemia en Argentina”, ambos financiados por la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación, y un programa de investigación de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), “Hegemonía: cuestiones teóricas, estrategias metodológicas y estudios empíricos”. Por otro lado, en términos personales, la investigación se enmarcó en mi plan de trabajo como investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y en mi labor como docente e investigador en la UNQ.

Introducción

¿CÓMO PUEDE SER que haya ganado Javier Milei? La respuesta, que atravesó durante las primeras semanas a muchos colegas, militantes, amigos y amigas, fue la negación: “No lo puedo creer, me despierto y pienso que fue solo una pesadilla”. Para mi sorpresa, varios empezamos a compartir que teníamos esa misma sensación. Incluso, al ver televisado el acto de asunción del nuevo presidente, sentimos que era una película. Pero pasaron los días y, lentamente, por cierto, lo fuimos asumiendo.

Era real, había que explicarlo. Quizás ya antes, a pocos días del shock del resultado del balotaje, cada uno y cada una fue armándose de alguna explicación, más personal que colectiva. Estas se basaban en frases que se habían escuchado en boca de personas que iban a votar a Milei o en algunas investigaciones sociales que venían alertando sobre el avance “libertario”. Tres ejes centrales de razonamiento fueron emergiendo. Una primera explicación hacía hincapié en las situaciones de desamparo y de angustia que habían sentido, especialmente pero no solo, los sectores juveniles que más habían sufrido la experiencia del “encierro” durante el aislamiento obligatorio que estableció el gobierno en 2020 y parte de 2021. Se explicó, entonces, el triunfo de Milei sobre la base de un voto “castigo” a la fuerza política que había conducido la gestión de la pandemia. Un segundo eje también se vinculó con la idea del “castigo” al oficialismo, pero ahora enfatizando lo insoportable que resultaba la alta inflación (si durante el primer semestre de 2023 fue, en promedio, del 7% mensual, entre agosto y noviembre fue de casi el 12% mensual). Algunos analistas colocaron aquí la imposibilidad de reelección del gobierno. A lo que se podía sumar como argumento la promesa incumplida del Frente de Todos de reparar la caída de los ingresos de los sectores populares ocurrida durante la presidencia de Mauricio Macri. Esta situación se había agravado aún más en el caso de los sectores informales. Esto conecta con la tercera línea explicativa del triunfo de Milei: la sensación de “que cualquier cambio será mejor que continuar en esta situación, ya que peor no podemos estar”.

Estos tres factores resultan innegables para una explicación del triunfo de Milei o, sobre todo, de la derrota del peronismo y sus aliados en Unión por la Patria

(UP). Sin embargo, consideramos que no alcanzan para dar cuenta del fenómeno. Hay que lograr comprender cómo Milei pudo instalarse como la opción para derrotar al oficialismo. Es decir, por qué las mayorías no optaron por candidatos un poco más moderados en sus ideas y actitudes. Y, principalmente, cómo pudieron votar por alguien con una propuesta tan extrema, que enarbolaba un discurso muy agresivo, prometía un feroz ajuste económico y acabar con la justicia social de forma explícita. Considerando además que el peronismo presentó un candidato moderado, Sergio Massa, de reconocida capacidad de diálogo con casi toda la oposición política y el empresariado, y que proponía un gobierno de "unidad nacional". La confrontación con Milei en un balotaje parecía la mejor chance para que el peronismo consiguiera sumar un importante porcentaje de electores no peronistas, horrorizados por el posible triunfo de un candidato tan neoliberal y autoritario.

En este libro exploramos una serie de elementos ideológicos que muestran que las transformaciones en la sociedad argentina han sido más profundas que un mero descontento surgido por las políticas gubernamentales frente a la pandemia o por una situación de alta inflación. Nos adentramos en las disputas sobre la hegemonía, sobre cómo se modifican las maneras de pensar acerca de qué es lo deseable y lo posible, y cómo estas cuestiones se articulan en torno a los proyectos políticos en lucha, con los distintos modelos de sociedad que proponen. El primer capítulo recorre los fracasos y las frustraciones de la historia reciente argentina. Estos brindan el marco en el que se instaló con fuerza, en poco tiempo, la candidatura de Milei. Un indicador claro de esta velocidad es que Pablo Stefanoni, en su revelador libro sobre las nuevas derechas publicado a comienzos de 2021, todavía afirmaba que "en nuestro país la extrema derecha es débil".[1] A continuación, en el capítulo II, abordamos el contexto internacional en el que acontece una extraña crisis de hegemonía en la que ningún proyecto social tiene la potencia para presentarse como capaz de dirigir e integrar la sociedad. Además, presentamos, sintéticamente, la forma en que entendemos de manera conceptual la relación entre grupos sociales o clases, hegemonía, proyectos y partidos políticos.

Los siguientes dos capítulos están dedicados a los avances progresistas y la reacción (neo)conservadora (capítulo III), como también a la tensión entre un neoliberalismo recargado y la resistencia desde una perspectiva nacional-popular (capítulo IV). Pero, más que relatar los choques en el plano de las fuerzas políticas y los representantes de las distintas posiciones ideológicas, nos centramos en analizar lo que expresaban las personas indagadas entre 2021 y

2023. ¿En qué medida las distintas interpelaciones habían sido eficaces al construir subjetividades acordes a ellas?[2] El capítulo V explora si había o no relación entre adherir a ideas neoliberales o a los planteos nacional-populares, por un lado, y sostener actitudes más progresistas o más conservadoras, por el otro. También examinamos cómo pensaban las argentinas y los argentinos la dinámica social, en particular, la relación entre mayorías y minorías. Finalizamos este análisis al adentrarnos, en el capítulo VI, en cómo eran las adhesiones a las distintas fuerzas políticas y en qué medida se habían solidificado actitudes apolíticas o de un rechazo aún más intenso a los partidos; además, exploramos las evaluaciones predominantes sobre algunas etapas claves de la historia argentina y su relación con las posiciones políticas de los sujetos.

En la primera parte del capítulo VII, regresamos a la dinámica política nacional y a la coyuntura de 2023, cuando se construía el escenario electoral frente a las elecciones primarias (que en Argentina son obligatorias y simultáneas) de agosto de ese año. La segunda parte procura entender, poniendo en juego lo analizado, el resultado de esta primera contienda electoral, y profundiza la evaluación de quiénes eran los votantes de Milei, qué había ocurrido con la base electoral del oficialismo (que había quedado en tercer lugar) y cómo entender el triunfo de Patricia Bullrich sobre Horacio Rodríguez Larreta en la interna de Juntos por el Cambio.

En el capítulo VIII abordamos la dinámica política que medió entre las elecciones primarias y las generales, desarrolladas en el mes de octubre, y cómo fue posible que en esos tres meses se alteraran tanto las voluntades populares de modo que casi se impusiera en primera vuelta el candidato oficialista Massa. El último capítulo se centra en explicar el triunfo de Milei en el balotaje y mide el impacto de la jugada política de Mauricio Macri para lograr, al desarmar su propia coalición (Juntos por el Cambio), que prácticamente todos sus votantes en las elecciones generales se volcaran en favor del “libertario” en la segunda vuelta. Nuevamente, además de considerar los movimientos de los distintos referentes políticos, se analizan las ideas, los deseos y las conductas electorales de los distintos componentes de la ciudadanía argentina. Por último, en las conclusiones, brindamos una mirada de conjunto de todo el proceso y regresamos a la pregunta inicial acerca de cómo fue posible que nuestra sociedad escogiera a Milei como presidente.

LAS ENCUESTAS COMO BASE DE INFORMACIÓN

Para adentrarnos en estas cuestiones ideológicas y políticas contamos, esencialmente, con una serie de quince encuestas que hemos efectuado desde comienzos de 2021 hasta fines de 2023. No han sido simples sondeos de opinión sobre las intenciones de voto o la imagen de los candidatos, como los que habitualmente se difunden en los medios de comunicación. En cambio, hemos recuperado una tradición iniciada por Erich Fromm y Theodor Adorno (figuras claves de la Escuela de Frankfurt) en sus investigaciones de las décadas de 1930 y 1940. Cada encuesta contiene extensos, pero ágiles, cuestionarios con alrededor de cuarenta a noventa preguntas que nos permitieron conocer múltiples facetas acerca de cómo pensaban las y los argentinos sobre distintos temas. En el apéndice I presentamos cada una de las quince encuestas realizadas, con sus características técnicas, que en el texto serán identificadas por el mes y el año de su ejecución. Las que más emplearemos a lo largo del libro son las de agosto de 2021 (5.990 casos), abril de 2022 (7.130 casos), julio de 2023 (4.213 casos) y octubre de 2023 (5.320 casos). Aquí simplemente agregamos que todas ellas fueron implementadas desde la plataforma SocPol (parte de nuestro Instituto de Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea, de la UNQ) y que en su mayoría se convocó a la participación a través de Instagram y Facebook, con el incentivo del sorteo de una notebook. Esto permitió captar la atención de personas habitualmente poco interesadas en responder encuestas.[3] Las preguntas fueron contestadas desde teléfonos celulares o computadoras gracias a un programa especialmente diseñado por integrantes de nuestro equipo de investigación.[4] La visualización de las opciones de respuesta y la posibilidad de considerarlas antes de elegir cuál seleccionar y confirmar le otorgan a este procedimiento mayor validez que la que observamos en encuestas telefónicas en las que quien responde debe tratar de entender, memorizar y escoger entre opciones numéricas, a veces complejas. Las muestras lograron una elevada representatividad por zonas geográficas, género y edad (al enviar la publicidad a 324 segmentos distintos que consideraban todos los departamentos del país), y las estimaciones de las conductas electorales fueron asombrosamente próximas a los resultados pasados y a los de la elección que tuvo lugar unos días más tarde. De modo que podemos afirmar que las muestras no tuvieron sesgos políticos.[5]

Una advertencia inicial es necesaria: las encuestas no son la realidad, ni siquiera son una fotografía de la realidad. Son el resultado de una práctica conjunta entre investigadores e investigadoras (quienes diseñan, ponen a punto el cuestionario y una técnica para estimular a la gente a responderlo) y la voluntad y la acción de las personas que contestan las preguntas. No es siquiera lo que la gente piensa, sino lo que la gente contesta, que puede ser algo sutilmente distinto.[6] De todos modos, la gente no altera tanto sus respuestas en relación con lo que piensa y, en general, gracias al anonimato que la técnica asegura, tiende a ser sincera en sus contestaciones.

Una segunda cuestión que coloca una distancia entre lo que se piensa y lo que se responde es que, usualmente, presentamos una lista de opciones estandarizadas de respuesta. La persona debe elegir la que se acerque más a su opinión personal, aunque muchas veces sienta que se violenta su perspectiva propia y singular sobre el tema. Por último, las encuestas no permiten captar cómo razona la gente, qué cuestión se relaciona con otra, de modo de elaborar una explicación de una conducta o de una situación. Los vínculos los tiene que establecer quien investiga, analizando luego conexiones entre las respuestas a diferentes preguntas, como se ve extensamente a lo largo de este libro. Existen otros métodos en las ciencias sociales, denominados “cualitativos”, que tratan de conocer cómo la gente se expresa, discute o razona, pero tienen la desventaja de que, al ser aplicados a un número pequeño de casos, siempre nos asalta la duda de cuán representativas serán esas pocas personas que entrevistamos en profundidad o que convocamos a debatir, para poder generalizar acerca del conjunto de la ciudadanía de un país.[7]

De modo que, a pesar de todas las limitaciones señaladas (y otras más que no presentamos por una cuestión de espacio), las encuestas sociales siguen siendo el mejor instrumento para aproximarnos a la distribución de lo que piensan los distintos sectores de una sociedad, sobre todo si son cuidadosamente diseñadas e implementadas. Quedará a juicio del o de la lectora apreciar en qué medida hemos podido aportar al conocimiento de cómo Milei obtuvo la presidencia de Argentina, con esta estrategia metodológica basada, fundamentalmente, en encuestas.

Una aclaración: para agilizar la escritura y simplificar la lectura a lo largo del texto, no transcribimos todas las opciones de respuestas de cada pregunta, como tampoco detallamos, en todos los casos, que un determinado porcentaje de los encuestados “escogió” una respuesta particular y que otra proporción “se

inclinó” por otra opción específica. En muchas ocasiones solo consignamos que cierto porcentaje “pensaba” u “opinaba” tal cosa. Siempre deberá entenderse que lo expuesto es la mera elección de una de las respuestas posibles que eran presentadas a la persona que estaba contestando la encuesta y que no fue su opinión directa. Solo en muy pocos casos, que han sido especialmente comentados, dimos la posibilidad de escribir la respuesta en forma abierta, y nos tomamos el trabajo de codificarlas luego.

ALGUNAS IMPRECISAS PRECISIONES TERMINOLÓGICAS

Hasta aquí hemos colocado la palabra “libertario” entrecomillada, pues es un término que, originalmente, remitía a la tradición anarquista y de izquierda. Sin embargo, en la actualidad, la palabra ha sido apropiada por la nueva derecha y es usada en forma habitual en Argentina para referirse a Milei, sus seguidores y a todo un amplio abanico de militantes que abrazan las ideas “anarcocapitalistas”. Incluso, para referirse a otros, provenientes de tradiciones de una derecha liberal-conservadora más tradicional, pero que actualmente usufructúan la popularidad de Milei y su propuesta “libertaria”. Más adelante, volvemos sobre el “fusionismo” que a nivel mundial y en Argentina, en particular, han logrado estas derechas. Aclaramos que, a partir de ahora, emplearemos el término “libertario” sin el entrecomillado, pero con este significado especial.

A lo largo del libro, hacemos un amplio y laxo uso de la idea de proyectos y fuerzas políticas “neoliberales” y “nacional-populares”. No ha sido nuestro objetivo precisar sus componentes ni discriminar entre sus diversas variaciones internas, porque, justamente, ambos proyectos y las fuerzas políticas que los apoyan evitan de modo sistemático realizar estas precisiones que podrían hacerles perder capacidad interpelativa en la ciudadanía (de hecho, Milei rechazó de manera explícita el término “neoliberalismo”). Sin embargo, superado un primer momento del gobierno de Mauricio Macri, cuando buena parte de la dirigencia de Juntos por el Cambio se resistía a ser catalogada de “neoliberal”, progresivamente la arena política argentina se dividió en dos proyectos con pocos puntos de contacto entre sí. Como vemos en nuestros análisis, la mayor parte de la ciudadanía acompañaba esta división ideológica de la mano de una creciente polarización política.

Entonces, en estos términos amplios, cuando hablamos de “neoliberalismo” hacemos referencia a un proyecto que busca reorganizar el vínculo entre la sociedad, las empresas y el Estado, en el que este último deja de tener un papel moderador de los efectos del capitalismo sobre la desigualdad social. Su núcleo ideológico, como lo resume Colin Crouch, es que el libre mercado, donde los individuos maximizan sus intereses materiales, provee los mejores medios para satisfacer las aspiraciones humanas; de modo que los mercados son preferibles a

los Estados y a la política, los cuales son, en el mejor de los casos, ineficientes y, en el peor, amenazan la libertad.[8] Pero, más allá de su doctrina, es también, como lo señala David Harvey, un proyecto político que busca restablecer las condiciones para la acumulación de capital y restaurar el poder de las elites económicas, puestas en crisis por el avance de las luchas populares en la década de 1960 y comienzos de la de 1970.[9] Y lo ha logrado desplegando una verdadera ofensiva del capital contra el trabajo en un creciente proceso de "autoritarismo de mercado", una transformación que progresivamente ha subsumido la sociedad a un mecanismo económico independizado y prácticamente incontrolable.[10] Detrás de este término se encuentran dos matrices teóricas distintas, con dos perspectivas opuestas sobre la necesidad o no de frenar la existencia de situaciones monopólicas; aunque, en la práctica, quienes dicen que procuran mantener la libre competencia avanzan poco en concretar políticas antimonopólicas. También advertimos que la progresiva implantación de este proyecto, desde la década 1970, y la continuidad de muchos de sus elementos —aun durante gobiernos "populares"— han establecido cierta naturalización de la "neoliberalización" de la vida, que provee algunos elementos de sentido común a este modelo de sociedad, frente a un progresivo deterioro de la existencia de un modelo societal basado en la idea de un Estado de bienestar que, además, dirija la economía.

En cambio, cuando nos referimos a las ideas "nacional-populares" apuntamos a un proyecto, dentro del capitalismo, en el cual el Estado procura regular la capacidad de las empresas para controlar los mercados y para incrementar ilimitadamente sus beneficios e, incluso, trata de orientar las ganancias empresariales en función del desarrollo económico nacional con crecientes niveles de inclusión social, a veces, en un ideal de cierta igualdad (sintetizado en la fórmula de una distribución 50% y 50% entre los ingresos de empresarios y trabajadores). Aquí también, como en el caso del neoliberalismo, existen diversas conceptualizaciones de lo que debería ser un gobierno "verdaderamente nacional-popular". Van desde posiciones de centro-derecha que propugnan por una mínima intervención estatal, un fuerte vínculo con los sectores empresariales y solo el cuidado por la inclusión social, hasta posiciones de izquierda que piensan en un dirigismo fuerte, "jacobino" (véase el capítulo II), para establecer la igualdad social o, aún más, algún tipo de transición hacia el socialismo. Para sorpresa de muchos analistas extranjeros, en Argentina todo este abanico de posiciones al interior de lo "nacional-popular" no solo se encuentra entre los diversos partidos que habitualmente conforman los frentes políticos que convoca el peronismo, sino que se dan, también, dentro de esta fuerza política.[11]

En relación con las corrientes internas del peronismo y los integrantes de los frentes que este partido fue construyendo, corresponde aclarar —hasta donde sea posible— el vínculo entre peronismo y kirchnerismo. El kirchnerismo nació en la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007), pues antes de tener ese nombre no podemos decir que este espacio existiera: su autorreconocimiento fue esencial. Podría decirse que existía un progresismo de cariz nacional-popular y, también, un sector de izquierda (o centro-izquierda) dentro del peronismo. Pero solo cobró alguna consistencia y una relativa unidad de ambos a partir de su agregación como kirchnerismo. De allí su entidad catacrética, dándole un nombre a algo que antes no lo tenía, ni existía. Al mismo tiempo, este nombre procura presentarse como equivalente a un todo (el peronismo), pero no es tampoco una equivalencia plena. Pues, por un lado, trata de ser aún más amplio que el propio peronismo y busca incluir en esa identidad a sectores de izquierda y centro-izquierda no peronistas. Pero, por otro lado, muchos peronistas quedan fuera del kirchnerismo pues se ubican a su derecha (ya sea porque no se sienten incluidos dentro de este nuevo colectivo, ya sea que el propio kirchnerismo los excluye).[12] La persistencia de estas imprecisiones a lo largo de casi dos décadas tal vez se deba a que cualquier intento de borrar las ambigüedades que estas operaciones de deslizamiento semántico provocan puede reducir la amplitud interpelativa del término.[13]

Al colocar la tensión ideológica, pero también política, entre el neoliberalismo y las posiciones nacional-populares, restamos espacio en el análisis a las posiciones de izquierda, tanto en el terreno ideológico como en el político. Lo hicimos por dos cuestiones. En primer lugar, por una economía expositiva, para no complicar más aún la argumentación. Y, en segundo lugar, porque la izquierda tuvo un papel relativamente marginal en la disputa entre proyectos. Como se verá en los dos primeros capítulos, no ha logrado aún recuperarse del fracaso de los intentos de transición al socialismo del siglo XX. En Argentina existen actualmente dos grandes tradiciones, además de pequeños grupos de carácter, en general, autonomista. Tenemos una serie de partidos de izquierda que se sumaron, en 2019, al Frente de Todos, aunque algunos ya se ubicaban dentro del Frente para la Victoria durante los gobiernos kirchneristas. En líneas generales, provienen de la deriva de distintas ramas del comunismo, de la izquierda latinoamericanista y de algunas experiencias de una centro-izquierda más vinculada con lo nacional-popular. En los últimos años tuvieron grandes dificultades para hacerse visibles frente a la ciudadanía. En primer lugar, porque las disputas entre ellos les impiden funcionar como un “bloque de izquierda” dentro del Frente de Todos —ahora, UP—. En segundo lugar, porque las

características moderadas del gobierno de Alberto Fernández hacían muy difícil estar dentro del gobierno y sostener posiciones de izquierda. Y, en tercer lugar, porque no siempre les parece importante a estos partidos darle centralidad discursiva a su condición de "izquierda". En la práctica, le dejaron este significante a la otra gran tradición de izquierda, la coalición de partidos trotskistas que formaron el Frente de Izquierda y Trabajadores - Unidad (FIT). Sin embargo, más allá de este hecho y de una gran capacidad organizativa, de exposición mediática y de lucha sindical, en movimientos sociales y presencia en las calles, el FIT no ha logrado canalizar electoralmente el descontento social y oscila entre el 2% y el 3% de los votos en las elecciones presidenciales.[14]

Para finalizar estas aclaraciones, queremos reconocer que los cientistas sociales tendemos a presentar nuestro relato como si fuera la descripción objetiva de la realidad, en especial cuando procuramos dar cuenta de un fenómeno histórico concreto como en este caso. La gran cantidad de datos basados en el relevamiento de lo que la gente respondió en nuestras encuestas podría reforzar esta idea positivista de que estamos simplemente contando lo que pasó. Sin embargo, sabemos que es solo una ilusión, que no hay descripción sin teorías que, al menos, nos indiquen qué mirar de la casi infinita cantidad de información disponible o producible sobre el mundo que nos rodea. A lo largo del libro, esperamos que la inclusión de algunos autores y autoras a quienes recurrimos para darles más profundidad a nuestros análisis deje en claro que es solo una interpretación de esta realidad.

[1] Pablo Stefanoni, ¿La rebeldía se volvió de derecha?, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, p. 24.

[2] La idea de que los sujetos son construidos por las interpelaciones, o los discursos que los interpelan, fue planteada por Louis Althusser (Ideología y aparatos ideológicos del Estado, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970). Pero adquiere mayor desarrollo en las elaboraciones de Göran Therborn (La ideología del poder y el poder de la ideología, México, Siglo XXI, 1991) y de Stuart Hall ("Introducción: ¿Quién necesita identidad?", en Stuart Hall y Paul Du Gay [comps.], Cuestiones de identidad cultural, Buenos Aires y Madrid, Amorrortu, 2003), quien incorpora, explícitamente, el elemento activo del sujeto que reelabora estas interpelaciones.

[3] Como la tasa de respuesta es muy baja en comparación con todos aquellos que recibieron la invitación vía Facebook o Instagram, no consideramos apropiado calcular un margen de error acerca de su posible representatividad del conjunto de la población.

[4] Pehuén Romaní ha diseñado el programa que permite realizar las encuestas en línea, y Juan Ignacio Spólita es quien ha administrado el sistema a lo largo de todas las encuestas efectuadas desde SocPol.

[5] La encuesta de fines de julio de 2023 estimó un 28% de votos para La Libertad Avanza (obtuvo 30%), un 31% para la sumatoria de los dos candidatos de Juntos por el Cambio (obtuvieron 28%), un 26% para los de UP (alcanzaron el 27%), un 3% para Schiaretti (alcanzó el 4%) y un 3% para los dos candidatos del FIT (alcanzaron el 3%). En la encuesta de fines de octubre de 2023, se proyectó para el balotaje, sin indecisos, un 54% para Milei y un 46% para Massa, y en la de mediados de noviembre un 55% para Milei y un 45% para Massa, casi idéntico al resultado final.

[6] Es que, cuando respondemos, intuimos que nuestra respuesta, sumada a las demás, puede llegar a tener un efecto sobre la opinión pública al difundirse. Así, por ejemplo, si gustamos de un gobierno o de una medida, no queremos que nuestra contestación contribuya a desgastar su imagen y tendemos a brindar una respuesta, al menos, levemente más positiva de lo que en realidad pensamos.

[7] En 2021, en el marco de nuestros estudios colectivos y federales sobre la pandemia del COVID-19, logramos aplicar métodos cualitativos a un gran número de casos y pudimos palpar sus ventajas y también sus desventajas (en parte, por la necesidad de uniformizar lo que se preguntaba a lo largo de todo el país, estas investigaciones tendieron a parecerse a encuestas con preguntas abiertas). Pero esta experiencia solo fue posible por el enorme equipo de investigación que logramos construir, con más de trescientos integrantes. Véanse más detalles en Encrespa, “Identidades, experiencias y discursos sociales en conflicto en torno a la pandemia y la pospandemia”, en Fernando Peirano et al., PISAC COVID-19: la sociedad argentina en la postpandemia, t. II, Buenos Aires, CLACSO-Agencia de I+D+i, 2023, pp. 300 y 301. Parte de estos análisis cualitativos los hemos incorporado en el presente libro.

[8] Colin Crouch, La extraña no-muerte del neoliberalismo, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012, p. 9.

[9] David Harvey, Breve historia del neoliberalismo, Madrid, Akal, 2007.

[10] Joaquín Pérez Rey y Adoración Guamán, "Derecho del trabajo del enemigo: aproximaciones histórico-comparadas al discurso laboral neofascista", en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), Neofascismo. La bestia neoliberal, Madrid, Siglo XXI, 2019, p. 154.

[11] Esta laxitud ideológica del peronismo se traduce también a su dinámica política, en especial en su lábil "frontera" hacia la derecha. Así, muchos políticos de origen peronista, en general sin renunciar a esta identidad, se suman a distintas fuerzas de centro-derecha o de derecha sin mayores problemas de conciencia. Incluso son habituales los movimientos posteriores de retorno al peronismo oficial, cuando visualizan que allí hay más posibilidades de progreso personal. Los principales referentes de esta fuerza no se oponen a estos regresos, ya que estiman que incrementan la potencia política y electoral de la fuerza "nacional-popular" en su enfrentamiento con las fuerzas "neoliberales".

[12] Entonces, el kirchnerismo es como una metáfora del peronismo, pero también es una sinécdoque (parte-todo) incompleta, una catacresis (nombra algo que no podría ser nombrado de otro modo, ¿el progresismo del peronismo?, ¿su izquierda?) y una metonimia, porque sería un efecto del peronismo, su reactualización; aunque también sería la causa de su revitalización, e incluso, la forma en que se ha reactivado la identificación política en la Argentina (pues ser "peronista" hacia el año 2000, luego de una década en que esta identidad estuvo fuertemente asociada con el neoliberalismo menemista, significaba muy poco). No contribuyó a desambiguar estas cuestiones el fracaso de la experiencia del peronista no kirchnerista Alberto Fernández, quien a su vez cultivaba un perfil de "socialdemócrata", poco afín a la tradición peronista.

[13] Véase un desarrollo más detenido de esta cuestión en Javier Balsa, "La retórica en Laclau. Perspectivas y tensiones", en Simbiótica, vol. 6, núm. 2, julio-diciembre de 2019, pp. 58 y 59.

[14] A pesar de que el Partido de los Trabajadores Socialistas, que lidera este

frente, ha desarrollado una significativa presencia en el debate políticoideológico, con medios de comunicación propios y una importante dinámica editorial.

I. La acumulación de fracasos y frustraciones en la Argentina reciente

DURANTE LA ÚLTIMA DÉCADA, en Argentina, asistimos a una sucesión de fracasos que dejaron distintos tipos de frustraciones en diversos sectores de la sociedad. En primer lugar, el fracaso del kirchnerismo para darle continuidad, en 2015, a una experiencia que, por momentos, parecía tener importantes niveles de consenso. En segundo lugar, el fracaso del macrismo en instalar un proyecto neoliberal que había generado grandes expectativas en el amplio abanico de sectores no peronistas (o antiperonistas). Y, en tercer lugar, el fracaso del gobierno de Alberto Fernández, que, por un lado, produjo el enojo de quienes nunca habían creído en su gobierno —y que acumularon bronca por las medidas y la crisis económica— y, por otro, la frustración de quienes habían depositado esperanzas. Entre estos últimos encontramos a aquellos que creyeron que con el binomio Alberto Fernández-Cristina Fernández de Kirchner regresarían los tiempos del kirchnerismo y también a quienes pensaron que, con su estilo moderado, el nuevo presidente gestaría un clima de mayor armonía social y política que llevaría al país a una senda de crecimiento con cierta inclusión social. Para contextualizar estos fracasos, debemos situarnos a partir de la crisis de 2001 que clausuró una década de políticas neoliberales en Argentina.

LA CRISIS DE 2001

En 2001 asistimos a la implosión del modelo neoliberal. Este proceso, si bien tuvo momentos de lucha callejera y un clima de protesta social generalizado, no logró cristalizar en el surgimiento de una alternativa política acorde a esa radicalidad. Es que, más que derrotado políticamente, el neoliberalismo había estallado por las propias contradicciones del modelo económico en el que se basaba. Diez años antes, durante el gobierno del peronista —devenido neoliberal — Carlos Menem, con Domingo Cavallo como su ministro de Economía, se estableció por ley la convertibilidad que fijaba el tipo de cambio en un peso por un dólar. Esta convertibilidad fue respetada por el gobierno de Fernando de la Rúa, quien asumió en 1999 como candidato de la Alianza, una coalición entre la Unión Cívica Radical (UCR) y el Frente País Solidario (FREPASO), fuerza de centro-izquierda dirigida por Carlos "Chacho" Álvarez, político de origen peronista que rompió con el menemismo.[1] Pero esta paridad rígida del peso con el dólar tuvo crecientes problemas, pues las sucesivas devaluaciones de las monedas de otros países "emergentes" (el caso de Brasil tuvo especial impacto por ser el principal socio comercial de Argentina) reducían drásticamente las posibilidades competitivas de las empresas nacionales. La única salida dentro del marco de la estricta convertibilidad era una sustancial reducción de los salarios, no en términos reales, como la podía generar una devaluación, sino nominales (es decir, monetarios). El gobierno de De la Rúa, con Cavallo nuevamente como ministro de Economía, procuró impulsar esta caída salarial, "dando el ejemplo" con un recorte del 13% en los salarios estatales y en las jubilaciones. Pero este camino encontraba dos graves obstáculos. En primer lugar, si su implementación en el campo de lo estatal estaba ya profundizando un escenario de retracción económica, su generalización a toda la economía podía adquirir dimensiones insondables. De hecho, hubiera sido una experiencia inédita de ajuste recesivo con caídas sustanciales de los ingresos en términos nominales, algo que muy difícilmente una economía capitalista soporte. Y, en segundo lugar, este camino de ajuste salarial y recesión condujo a una creciente protesta social de niveles que hacía muchos años que no se veían en Argentina. La propia credibilidad en la continuidad de este plan económico se desvaneció a lo largo de 2001. Se produjo una espectacular fuga de divisas hacia el exterior, viabilizada por

sucesivos acuerdos financieros (concretados por Cavallo y su secretario de política económica, Federico Sturzenegger) que, además, incrementaron drásticamente el nivel de endeudamiento del país. La Alianza sufrió una dura derrota en las elecciones legislativas de octubre de ese año, en las que se impuso el peronismo y se destacó la gran cantidad de votos en blanco y nulos. Cuando ya no pudo sostenerse la política económica, el propio Cavallo decretó un "corralito" que impedía a la gente extraer el dinero de sus cuentas bancarias. Los niveles de protesta fueron entonces de una masividad inédita, sumaron prácticamente a todos los sectores sociales; al punto que a los pocos días De la Rúa tuvo que renunciar, no sin antes disponer el estado de sitio y una feroz represión que dejó decenas de muertos.

Se aplicó el sistema de sucesión presidencial establecido por la Constitución argentina (pues el vicepresidente había renunciado un año antes), y hubo una serie de breves nombramientos, hasta que el cargo quedó en manos del peronista Eduardo Duhalde. Se produjo una importante devaluación del peso y se tomaron diversas medidas asistenciales masivas para contener la situación social más grave.

Por momentos, parecía que la extensión y masividad de la protesta social, con un novedoso fenómeno de asambleas barriales, devendrían en una crisis orgánica que abriría las puertas a cambios revolucionarios. Sin embargo, no se tradujo en ninguna instancia de disputa real del poder político. Aún más, la consigna "que se vayan todos" —que se extendió rápido en el conjunto de la protesta— desvió la crítica del modelo económico hacia los políticos, tratados como una "clase". Un año más tarde, las alternativas que predominaron en las elecciones de 2003 mostraron que no había apoyos realmente masivos a salidas antisistémicas, al tiempo que se comprobó cierta vitalidad de las propuestas claramente neoliberales. Así, la candidatura neoliberal peronista (Menem) obtuvo el primer lugar, con el 24% de los votos, y la neoliberal de origen radical (Ricardo López Murphy) consiguió el tercero, con el 16%. Otro tercer candidato, también peronista (Rodríguez Saa, que había sacado el 14%), planteó la posibilidad de apoyar a Menem en la segunda vuelta. Solo la división de las fuerzas neoliberales permitió a Néstor Kirchner acceder a la presidencia con el 22% de los votos, al renunciar Menem al balotaje. Completaron el cuadro electoral Elisa Carrió (por entonces con un perfil de centro-izquierda) que alcanzó el 14% de los votos, la UCR con el 2%, mientras que los cuatro candidatos de izquierda y centro-izquierda, que se presentaron divididos, no llegaron a sumar el 5 por ciento.

LOS TRES GOBIERNOS KIRCHNERISTAS

Néstor Kirchner encabezó una extraordinaria recuperación de la iniciativa política. Abrió una serie de frentes en los que avanzó con clara audacia, dejando de lado toda la timidez del "posibilismo" político que había caracterizado a la dirigencia del FREPASO. Así, durante su gestión presidencial se anularon las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, lo que permitió la reapertura de los juicios por las violaciones de los derechos humanos durante la última dictadura; se desplegó una activa política por la recuperación de la memoria histórica; las Fuerzas Armadas se subordinaron a la lógica democrática (con la emblemática orden de bajar el cuadro del dictador Videla en el Colegio Militar de la Nación); se renovó la mayor parte de la Corte Suprema (vinculada con el menemismo); se apoyaron las iniciativas de los trabajadores de las empresas recuperadas (cuyos dueños las habían abandonado o enviado a la quiebra); se instrumentaron protocolos de no represión a las protestas callejeras y —tal vez las dos medidas más importantes— se derrotó la propuesta del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), en una acción conjunta con Chávez y Lula en la IV Cumbre de las Américas celebrada en Mar del Plata, y se negoció con dureza y con éxito una sustancial quita en la deuda externa.

De todos modos, el tono general de la presidencia de Kirchner fue signado por una discursividad más centrada en la "unidad nacional" que en impulsar la confrontación política.[2] Su correlato fue la conformación de un bloque social integrado por la mayor parte de las organizaciones empresariales y la Confederación General del Trabajo (CGT), con una gran capacidad para construir una hegemonía en torno a un discurso centrado en el desarrollo y, más específicamente, en el crecimiento.[3] Podemos trazar la hipótesis de que, durante la presidencia de Kirchner, se procuró construir la hegemonía combinando un discurso de la unidad nacional centrado en lograr "un país normal" (frente al peligro de desintegración que había supuesto la crisis de 2001), e incluyendo en esa "normalidad" una serie de elementos progresistas y antineoliberales producto de un corrimiento hacia la izquierda del sentido común durante la crisis; cuestión que, como vimos, no se había traducido en términos político-electorales en 2003.[4] Otro elemento central de esta estrategia fue la ampliación de la autonomía

relativa del Estado, tanto en el plano nacional como en el internacional.[5] Y un tercer pilar de este proyecto en busca de la hegemonía fue una recomposición, e incluso expansión, de los niveles de consumo de vastos sectores de la población.

Este clima de relativa unidad cambiaría a poco de asumir su primera presidencia Cristina Fernández de Kirchner en 2007. En 2008, su gobierno procuró profundizar la captura de la renta extraordinaria de la tierra a través de un sistema de retenciones móviles de las exportaciones agrícolas. Se desató una durísima reacción de las patronales agropecuarias que contó con la colaboración militante de los medios de comunicación más concentrados y logró el apoyo de buena parte de las capas medias urbanas. Finalmente, el Senado, con la traición del vicepresidente, canceló la posibilidad de aplicar estas retenciones. La derrota estimuló la constitución de distintos espacios de oposición política al kirchnerismo (hasta entonces sumamente débiles) y se trasladó al plano electoral en las elecciones legislativas de 2009. Sin embargo, el propio conflicto con las patronales agropecuarias le permitió al kirchnerismo consolidar una épica militante y sumar a amplios y diversos sectores sociales y políticos. Por ello, a pesar de la derrota electoral, en lugar de girar hacia la derecha (que para muchos parecía su destino inexorable), profundizó su perfil más transformador, a través de una serie de medidas. Entre ellas, podemos destacar: la estatización de las empresas de jubilación privada y de Aerolíneas Argentinas (2008); la ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (de objetivos democratizantes y antimonopólicos); la Asignación Universal por Hijo; el comienzo del despliegue de la televisión digital abierta y gratuita (2009); el matrimonio igualitario; el plan Conectar Igualdad (que en 2010 proveyó gratuitamente notebooks a todos los estudiantes de escuelas medias estatales); la fuerte regulación de la adquisición de divisas extranjeras (2011); la recuperación del control estatal de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF); la ley de Identidad de Género; el plan de viviendas PROCREAR (2012) y el impulso estatal del sistema ferroviario (2013). Algunas de estas medidas incluso no eran esperadas por la base kirchnerista, pues ciertas transformaciones realizadas durante los años noventa parecían ya inmodificables, como la privatización del sistema jubilatorio. Al mismo tiempo, la progresiva implementación de estas políticas construyó un escenario que agregó veracidad a la propuesta kirchnerista. Las críticas al neoliberalismo dejaron de ser meros discursos y se materializaron en instituciones y políticas que alteraron la cotidianidad de los argentinos y las argentinas. Lentamente se fue construyendo un nuevo orden, frente al desorden que había dejado la experiencia neoliberal. Se impuso poco a poco un paradigma discursivo de los derechos que logró suplantar la idea de que solo el mercado

debía regular el acceso a los bienes y los servicios.[6] En el mediano plazo, el sentido común incorporó ideas más favorables a la intervención estatal en la economía y a políticas que persiguieran una mayor equidad social.

El gobierno supo acompañar este conjunto de medidas con una discursividad agonal y relativamente coherente, que las articulaba en una narrativa propia.[7] De este modo, se dotó de una fuerte identidad y se agregó al ideario desarrollista (con elementos schumpeterianos), más característico de la presidencia de Néstor Kirchner, una potente reivindicación de la justicia social, en clave nacional-popular.[8]

La construcción de la base política de apoyo al conjunto de estas medidas se basó en el desarrollo de una lógica de interpelación de tipo populista, en torno a la idea de "pueblo" y de sus "derechos". Esta lógica populista hacía uso, siguiendo a Ernesto Laclau, de la duplicidad semántica del significante "pueblo" en cuanto sectores populares (plebs) y en cuanto conjunto de la ciudadanía (populus).[9] La operación política consiste en procurar que la plebs sea considerada como el populus legítimo. Es decir que se acepte socialmente que les corresponde gobernar a los representantes políticos de la plebs, como sector mayoritario del populus. Obviamente, esta propuesta tiene éxito siempre y cuando se respete el sistema democrático, pero también solo en caso de que los sectores populares —incluidas las siempre esquivas capas medias— se sientan interpelados por esta idea de "pueblo".[10] Cabe aclarar que el éxito interpelativo nunca comprende a la totalidad de los sectores populares y tampoco está asegurado en el tiempo.[11]

El kirchnerismo supo articular en ese "pueblo" a un conjunto de fuerzas y grupos con tradiciones distintas: múltiples sectores populares movilizados (aglutinados en fuerzas vinculadas, en algunos casos, al peronismo y en otros, a diversas tradiciones de izquierda), dirigentes políticos peronistas (algunos con gran capacidad para obtener apoyos electorales a nivel local o provincial; en varios casos, solo atraídos y controlados por los recursos financieros del gobierno nacional), sectores del campo político "progresista" (provenientes del radicalismo, del FREPASO y de espacios de izquierda) y también figuras del ámbito de la cultura, del campo intelectual, de los movimientos defensores de derechos humanos y sociales y de la diversidad sexual y de género. En este sentido, el kirchnerismo construyó un "pueblo" con una significación mucho más plural que la que tradicionalmente había interpelado el peronismo.

Si las elecciones presidenciales de 2007 y 2011 demostraron la eficacia de esta interpelación populista, en cambio, la de 2015 dio cuenta de su contingencia. La construcción de ese "pueblo" no fue convocante para todos los sectores beneficiados por las políticas kirchneristas. Una buena parte de las capas medias no se sintió interpelada y fue profundizando sus aspiraciones de distinción frente a "lo popular".[12] Las apelaciones a una lógica solidaria (sintetizada en la consigna de Fernández de Kirchner "la patria es el otro") alcanzó a los sectores cercanos al kirchnerismo, pero no a quienes procuraron diferenciarse de aquellos que se beneficiaban de forma más explícita del apoyo estatal (llamados despectivamente "planeros"), a pesar de que la mayoría de la población recibía subsidios a sus consumos de servicios públicos (gas, electricidad, agua y transporte) o disfrutaba de las políticas de apoyo al consumo popular (como Precios Cuidados, créditos para compras de productos nacionales, planes de vivienda e, incluso, el mantenimiento de un tipo de cambio bajo, entre otras medidas).

Sobre este deseo de distinción, operaron las fuerzas de la derecha para minar las bases de sustento popular del kirchnerismo. Durante la segunda presidencia de Fernández de Kirchner, la fuerte regulación estatal de la adquisición de dólares (el denominado "cepo" cambiario) acrecentó la actitud opositora de los sectores medios y altos que habían recuperado su capacidad de ahorro y que estaban habituados a ahorrar en dólares, por lo cual sintieron que se vulneraban sus derechos. Además, el feroz ataque de los medios concentrados golpeó la credibilidad del gobierno en varios flancos, como las constantes denuncias de corrupción, la imputación de la muerte del fiscal Alberto Nisman (quien había hecho una denuncia contra la presidenta), las críticas cotidianas a la "inseguridad", la objeción a que todas las voces fueran oficialistas en los medios de comunicación estatales, los reproches al extendido uso de la cadena oficial para la transmisión de los discursos de Fernández de Kirchner, entre otros.

Así, el conjunto de estas operaciones consolidó una identidad antikirchnerista que, más que adherir firmemente a nuevas fuerzas políticas, estaba disponible para apoyar a cualquier candidato que pudiera derrotar al kirchnerismo. Esta identidad opositora se afianzó como acto reflejo frente a la politización creciente de la base kirchnerista. Es que la lógica populista promueve, justamente, la politización y el antagonismo. Ambas cuestiones tienen la ventaja de generar la activación política de la propia base de adherentes, pero también la desventaja de que consolidan reactivamente las pasiones de los contrarios. La denominada "grieta" atravesó y dividió los colectivos laborales, los grupos de amigos y

también las familias. Al mismo tiempo, el hecho relativamente novedoso de que el kirchnerismo desplegara esta lógica antagonizante desde el propio aparato estatal generó extrañeza y rechazo en sectores de la población que estaban acostumbrados a que desde el Estado emanara una discursividad de tipo más universalista y apolítica y se presentara como agente de un pretendido "bien común". Entonces, si la lógica cada vez más agonal, con ribetes antagónicos —en el sentido de una denuncia de los "enemigos" del pueblo—, permitió fortalecer una mística militante y una base social plural, en simultáneo alejó a los sectores más moderados que antes apoyaban al gobierno, pues no compartieron el tono de confrontación que esta lógica implicaba; aun cuando algunos se consideraban de "centro-izquierda" o "progresistas". Además, muchos percibieron un exceso de confrontación, sobre todo porque buena parte de los kirchneristas fueron poco cuidadosos en sus calificativos hacia quienes no adherían y apoyaban las políticas del gobierno de Fernández de Kirchner y empujaron hacia la oposición a sectores que podían haber sumado o, al menos, procurado que se mantuvieran en una actitud más neutral. Al mismo tiempo, más allá de todos los avances realizados, no se logró reducir el poder concreto de los sectores que podían incidir en la dinámica socioeconómica, comunicacional o judicial contra el gobierno.

Por último, el estancamiento relativo de la economía a partir de 2012, el incremento de la inflación y el impacto creciente del impuesto a los ingresos de los asalariados mejor remunerados terminaron por sumar más adhesiones al antikirchnerismo, incluso entre sectores populares. Detrás de esta base, se encontraba casi todo el gran empresariado que había pasado al terreno de la oposición. Las dificultades económicas producto del cambio del escenario internacional (en particular con la desaceleración de la economía china desde 2012 y su impacto en el precio de los commodities), la continuidad de las políticas para mejorar los ingresos de los asalariados y la restricción para la fuga de capitales unificaron al frente empresarial en posiciones cada vez más contrarias al gobierno. A fin de cuentas, cada uno de estos procesos, operaciones y factores quitó pequeñas porciones de la base que sustentaba el proyecto kirchnerista, hasta que tuvieron un efecto significativo en las preferencias electorales.

Por su parte, el kirchnerismo no lograba relanzar su proyecto político en un contexto de estancamiento económico e inflación significativa y no encontraba la forma de suplir la figura de Fernández de Kirchner, una vez que se comprobó la completa inviabilidad política de una reforma constitucional para una segunda

reelección presidencial, como habían lanzado algunos referentes del oficialismo, incluso con la poco feliz frase “Cristina eterna” (que solo le dio más argumentos al antikirchnerismo). En definitiva, la discursividad se centró en la “defensa de lo conquistado” y colocó a las fuerzas kirchneristas en una línea de acción completamente defensiva.[13] Por último, la candidatura de Daniel Scioli no logró entusiasmar a la propia base militante kirchnerista, al tiempo que la postulación de Sergio Massa capturó a la parte del electorado que podía preferir el perfil moderado de Scioli. Massa había sido jefe de gabinete en la primera presidencia de Fernández de Kirchner por un año, pero desde 2013 encabezaba una fuerza opositora que combinaba integrantes provenientes de distintas tradiciones políticas, aunque en su mayoría eran dirigentes peronistas distanciados del estilo confrontativo de la entonces presidenta. En la primera vuelta de la elección presidencial de 2015, Massa obtuvo el 21% de los votos.

Todos estos factores redujeron el total de votos del kirchnerismo en primera vuelta, del 54% en 2011 al 37% en 2015. Pero lo determinante fue la capacidad de Mauricio Macri —en tanto alternativa antikirchnerista en el balotaje— para subir del 34% en la primera vuelta al 51,4% en la segunda (frente al 48,6% que alcanzó Scioli). De modo que el kirchnerismo fue derrotado por el candidato que se ubicaba en las antípodas de su proyecto.

En líneas generales, el kirchnerismo, como colectivo político, nunca elaboró una explicación de su derrota en 2015 y por qué no había podido darle continuidad a un proceso que parecía contar con elevados niveles de consenso en la población. Es decir, una reflexión que no se centrara en lo que hizo bien la oposición, tanto la política como la social y la mediática (blanco preferido de las explicaciones kirchneristas sobre su derrota), sino en cuáles habían sido los errores propios: lo que se debería haber hecho de otra manera para garantizar la continuidad. Obviamente, cada dirigente o intelectual habrá elaborado sus hipótesis, pero esto no devino en un análisis compartido a nivel colectivo. Ni siquiera se comprendió por qué el moderadísimo Daniel Scioli había encabezado la fórmula, tan criticado por la dirigencia y la militancia kirchnerista en su papel de gobernador de la provincia de Buenos Aires.

Personalmente, considero que esta falta de comprensión colectiva está estrechamente vinculada a uno de los factores centrales de esta derrota: la carencia de una fuerza política orgánica que tuviera —o tenga— un espacio para debatir sus estrategias e identificar y corregir sus errores. Ni el Partido Justicialista (nombre oficial del peronismo) ni el conglomerado de partidos que

se sumaron al Frente para la Victoria (coalición que fue el sustento electoral de los tres gobiernos kirchneristas) ni el intento de unificar a las distintas fuerzas que conformaban la militancia kirchnerista más orgánica (Unidos y Organizados)[14] lograron tener, siquiera, una mínima organicidad con espacios de debate, más allá de fugaces encuentros.[15]

Incluso, esta falta de espacios democráticos de coordinación repercutió en el interior de cada una de las organizaciones, pues vació de sentido la discusión de políticas o candidaturas, ya que se sabía que, finalmente, se decidirían "desde arriba". De esta forma, el kirchnerismo logró convocar a una enorme cantidad de simpatizantes, pero no pudo articular esta base en una fuerza democrática de masas acorde al nivel de disputa política que la propia radicalidad de su proyecto estimulaba.

La enorme centralidad de la figura de Fernández de Kirchner (con su fuerte decisionismo y su extraordinaria formación política) resultó muy eficaz para impulsar los cambios desde el gobierno, con un estilo jacobino que seguramente —como se verá en el próximo capítulo— era una característica de varios de los gobiernos de centro-izquierda e izquierda del período en América Latina. No obstante, esto no dio lugar a procesos de debate colectivo de la estrategia y la táctica políticas. Cuando la cuestión era la implementación de medidas entroncadas claramente en el proyecto nacional-popular (por ejemplo, la estatización de Aerolíneas Argentinas) o de contenido progresista (el matrimonio igualitario, por caso) esta carencia de debate no generaba mayores problemas, pues eran acompañadas por la base militante o los simpatizantes con entusiasmo. Sin embargo, sin una explicación adecuada y un proceso de debate que las acompañara, otras decisiones de Fernández de Kirchner resultaron difíciles de comprender, aunque no por ello fueron cuestionadas por la base kirchnerista, buena parte de la cual confiaba ciegamente en la sabiduría política de "su lideresa". Ahora bien, cuando los resultados de estas decisiones no fueron felices (por una derrota electoral o por el fracaso del gobierno) se produjeron profundas desorientaciones en esta misma base, sin que se sintiera responsable o se viera obligada a revisar y repensar la estrategia y la táctica política.

EL GOBIERNO MACRISTA

Mauricio Macri (hijo de Franco Macri, empresario de nacionalidad italiana cuya fortuna se incrementó sobre todo durante la dictadura) se inició en la actividad pública a través de la presidencia del club Boca Juniors a mediados de los años noventa. Con esta experiencia, en 2003 se lanzó a competir por la Jefatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En 2005 conformó el partido Propuesta Republicana, conocido por su sigla PRO. Finalmente, en 2007 obtuvo la Jefatura de Buenos Aires, y se mantuvo a cargo de la gestión de la ciudad, evitando presentarse en las elecciones presidenciales de 2011.[16]

Para 2015, Macri no solo se postuló a la presidencia, sino que logró enhebrar una alianza con otras dos fuerzas políticas: la centenaria UCR, que tenía una presencia territorial importante en todo el país, y la Coalición Cívica, una fuerza centrada en la figura de Carrió, de gran visibilidad mediática, pero con escaso apoyo a la hora de disputar la presidencia (aunque en 2007 había cosechado el 23%, en 2011 apenas alcanzó el 1,8%).[17] De hecho, en las elecciones primarias de 2015, Carrió solo obtuvo el 2,3%, mientras que Ernesto Sanz, por la UCR, consiguió el 3,3% y Macri, el 24,5%, quedando consagrado como el candidato de la coalición Cambiemos.

Macri había sostenido un discurso neoliberal, aunque había procurado suavizar su contenido, permanentemente asesorado por el consultor Jaime Durán Barba. Pocos meses antes de las elecciones comenzó a tener una prédica en la que prometía mantener las políticas kirchneristas que la mayoría de la población valoraba positivamente (como la estatización de YPF o de Aerolíneas Argentinas) y explícitamente aseguraba que “nadie va a perder lo que tiene” y que no iba a “cambiar las cosas que se hicieron bien”. Más allá de la credibilidad de este giro, es probable que alguna porción de la población considerara que las políticas redistributivas del kirchnerismo —algunas sancionadas legalmente y presentadas como “derechos”— eran inamovibles y, por lo tanto, pensara que un potencial gobierno de Macri no podría revertirlas ni erosionarlas seriamente.

Como vimos, Macri llegó al gobierno al imponerse por un muy estrecho margen en el balotaje y sin mayorías legislativas. Sin embargo, avanzó con gran decisión

desde la presidencia, combinando el uso de decretos de necesidad y urgencia con la hábil negociación parlamentaria llevada adelante por los legisladores de Cambiemos, muchos de ellos de origen peronista. Entre los primeros decretos, eliminó los artículos claves de la ley de Servicios de Comunicación Audiovisual que obligaban a los oligopolios mediáticos (entre los que se destacaba el multimedio Clarín) a dividirse (hasta el momento había logrado evitar este proceso a través de trabas y aplazamientos judiciales). Mediante otro decreto, nombró dos nuevos integrantes de la Corte Suprema de Justicia, medida que tuvo que retrotraer por su dudosísima constitucionalidad y una generalizada oposición en la opinión pública. No obstante, como muestra de las divisiones en que quedó sumido el peronismo luego de la derrota electoral, Macri obtuvo el nombramiento por parte del Senado de los dos miembros de la Corte propuestos —aun cuando ya habían aceptado ese nombramiento por decreto— y para ello contó con el voto de la mayoría de los senadores peronistas. Asimismo, el Congreso votó favorablemente el acuerdo con los holdouts, también llamados "fondos buitre", que ya contaban con el aval de la justicia estadounidense y reclamaban por el pago de bonos que no entraron en el canje de la deuda realizado durante la presidencia de Néstor Kirchner y que por lo tanto habían comprado a bajo valor.

En los primeros meses de gobierno, Macri reorientó la economía argentina hacia una perspectiva de "libre mercado": eliminó el control de cambios (lo que generó una fuerte devaluación que impulsó la inflación, duplicada durante el macrismo en relación con el nivel heredado) y se liberaron las importaciones y redujeron o eliminaron las retenciones a las exportaciones. El acuerdo con los holdouts le permitió al gobierno volver a entrar en el mercado de capitales e iniciar un vertiginoso proceso de endeudamiento (por unos 104.000 millones de dólares), aprovechando que Argentina presentaba niveles de deuda sumamente bajos. El recurso de estos fondos y la llegada de capitales especulativos dieron oxígeno al gobierno y le permitieron posponer la aplicación de ajustes fiscales profundos durante los primeros dos años. Esto fue calificado como una estrategia "gradualista", que también fue el resultado de las presiones sindicales, de las protestas de la clase media y de sectores populares frente a la caída del salario real y los fuertes aumentos en diversas tarifas (las de la electricidad y el gas en primer lugar), e incluso fue el producto de las insistencias de sectores del radicalismo y la Coalición Cívica que buscaron trasladar el enojo de sus bases electorales.[18] Al mismo tiempo, se mantuvieron y ampliaron los planes sociales y se establecieron líneas de diálogo y negociación con los movimientos sociales, lográndose cierta "pax social".[19]

De modo que un gobierno caracterizado por la fuerte presencia de gerentes de grandes empresas nacionales y multinacionales entre sus principales funcionarios (lo que dio lugar a hablar de una “CEO-cracia”), también supo llevar los “tiempos políticos” necesarios para tratar de consolidar los apoyos mayoritarios. El triunfo en las elecciones legislativas de 2017 pareció, por un momento, demostrar lo acertado de todo este complejo esquema. A nivel nacional, Cambiemos logró el 42% de los votos (cuando en la elección legislativa de 2015 apenas había obtenido el 35%), mientras el peronismo se presentó dividido entre el kirchnerismo y sectores no kirchneristas —que en varios distritos mantuvieron la formalidad del Partido Justicialista, como la provincia de Buenos Aires (distrito clave pues concentra el 37% del padrón electoral nacional)—. En esta provincia, Esteban Bullrich, el candidato a senador de Cambiemos, se impuso (con el 41%) a la propia Fernández de Kirchner (quien obtuvo el 37%); mientras que Florencio Randazzo, en un frente encabezado por el Partido Justicialista, consiguió el 5%. En estas elecciones legislativas, a nivel nacional, las fuerzas kirchneristas alcanzaron el 21% y el Partido Justicialista, el 16%. El Frente Renovador de Massa, entonces en coalición con la Generación para un Encuentro Nacional (GEN), encabezado por Margarita Stolbizer (dirigente de origen radical), apenas consiguió el 6% (frente al 18% y el 4% que habían obtenido ambas fuerzas dos años antes cuando formaron parte de alianzas de similares composiciones).

Las tensiones dentro del gobierno se desatarían luego de este triunfo electoral. Justamente, el macrismo procuró entonces avanzar con sus reformas estructurales, en los planos fiscal, laboral y previsional. Las inversiones productivas esperadas no se habían concretado, en teoría por la falta de este tipo de transformaciones profundas. De hecho, durante los cuatro años de gobierno macrista, las inversiones extranjeras directas fueron de menor volumen que las de la segunda presidencia de Fernández de Kirchner.[20] Así, lo que el sector empresarial calificaba como “insuficiencia del ajuste” generó conflictos internos en las clases dominantes por las tensiones, por ejemplo, entre la especulación financiera y la inversión productiva o las ventajas al sector energético, que incrementaron los costos de los demás sectores.[21] Pero, cuando el gobierno procuró avanzar con reformas estructurales, la resistencia popular fue muy intensa, con enormes movilizaciones. La última de ellas derivó en una fuerte represión. Finalmente, el gobierno retrocedió, especialmente en sus metas de un programa antiinflacionario con altas tasas de interés. Pero, tampoco así, con tasas de crédito más bajas, la burguesía argentina acompañó al gobierno con las esperadas inversiones.[22] Finalmente, en 2018, el crédito internacional se cerró

para una sobreendeudada Argentina. Esto dañó fuertemente la credibilidad del proyecto macrista y se generó una corrida cambiaria por la fuga de los capitales especulativos que solo se frenó temporariamente por medio de un inédito acuerdo y préstamo del Fondo Monetario Internacional (FMI) que, inicialmente, era de 57.000 millones de dólares. Este empréstito, por completo fuera de escala para este organismo, solo fue posible por las presiones sobre el FMI del gobierno de Donald Trump, a fin de sostener un aliado político clave en la región.

De todos modos, la crisis económica no pudo detenerse y se derrumbaron los salarios reales, creció la pobreza y la inflación de 2019 alcanzó al 54%. A pesar de los beneficios que las reducciones salariales implicaron para el sector empresarial, buena parte de la burguesía tomó distancia de un gobierno que la perjudicaba en diversos aspectos: por la suba de costos, por la apertura a la competencia con productos importados o por las altísimas tasas de interés en los créditos y, a la mayoría, por el deterioro en los niveles de consumo.

El contexto de crisis del proyecto económico del macrismo parecía sepultar sus posibilidades de ganar la elección presidencial de 2019. Sin embargo, al mantenerse la unidad de la coalición gobernante, sumado al apoyo de los medios de comunicación concentrados y cierta capacidad para evitar que la economía se desmadrara por completo, las chances electorales del oficialismo se mantuvieron relativamente altas; en particular, si el peronismo se presentaba dividido una vez más, como sucedió en 2015 —con la figura de Sergio Massa—, y en 2017, cuando además se fracturaron entre kirchneristas y no kirchneristas. Sorpresivamente, el 18 de mayo de 2019, Fernández de Kirchner, a través de un video, declinó su candidatura presidencial (hasta entonces bastante presupuesta) y anunció su postulación para la vicepresidencia, acompañando a Alberto Fernández. Él había sido el jefe de Gabinete durante toda la presidencia de Néstor Kirchner e, incluso, en el primer semestre de la de Fernández de Kirchner. Desde entonces, se ubicaba en un papel de opositor crítico del estilo confrontativo y de las políticas de la que sería su compañera de fórmula, a las que juzgaba un tanto extremas. Fernández había oscilado entre el Frente Renovador de Massa y el apoyo al peronismo opuesto al kirchnerismo en 2017. A partir de estos vínculos, logró reunificar a todo el arco peronista, incluido el Frente Renovador, y conformar un frente muy amplio, junto con el kirchnerismo, denominado Frente de Todos. También se sumaron varios partidos de izquierda y centro-izquierda; algunos ya habían estado junto al kirchnerismo, como Nuevo Encuentro, el Partido Solidario, el Frente Grande, el Movimiento Nacional Alfonsinista o el Partido Comunista, y otros se agregaron entonces como el

Frente Patria Grande, el Partido Comunista Revolucionario o Unidad Popular.

En las elecciones primarias de agosto de 2019, el binomio de Fernández y Fernández de Kirchner se impuso contundentemente con el 48% de los votos, mientras que la fórmula de Juntos por el Cambio (nueva denominación de Cambiemos), con Mauricio Macri y Miguel Ángel Pichetto, solo llegó al 32%. El senador Pichetto había sido ininterrumpidamente el jefe de la bancada justicialista en el Senado desde el año 2002 y, desde esta posición, impulsó muchos de los acuerdos con el gobierno macrista. Recién a mediados de 2019 renunció a esa jefatura, al sumarse a Cambiemos. Luego de unos días de estupor por esta categórica derrota, el macrismo lanzó una intensa campaña de movilización ciudadana, realmente inédita para esta fuerza política, al organizar concentraciones en las plazas a las que Macri asistía y donde se insistía con la consigna "Sí, se puede"; en el sentido de que aún era posible revertir el resultado electoral. Un renovado antiperonismo permitía envalentonar a una parte importante de la sociedad. De todas formas, finalmente, el Frente de Todos se impuso en la primera vuelta al alcanzar el 48%, mientras que Juntos por el Cambio obtuvo el 40%; Roberto Lavagna, el 6%; Nicolás del Caño (por el Frente de Izquierda y de Trabajadores [FIT], coalición de partidos trotskistas), el 2%, y dos candidatos de derecha, Juan José Gómez Centurión, el 1,7%, y José Luis Espert, el 1,5%.[23] Gómez Centurión es un mayor retirado del Ejército, que participó de dos sublevaciones "carapintadas" durante el gobierno de Raúl Alfonsín y fue director general de la Aduana y vicepresidente del Banco Nación durante el macrismo, hasta que en 2019 rompió con el gradualismo y lanzó su candidatura en un frente de sectores claramente conservadores. En cambio, Espert era un economista ultraliberal que planteaba que Macri no difería demasiado de las posiciones de Fernández.

Es interesante observar que Macri logró mejorar de manera notoria el resultado obtenido en las elecciones primarias. Y lo hizo desde una nueva discursividad, muy distinta de la que lo había llevado a la presidencia en 2015. Si entonces había prometido "la revolución de la alegría", su discursividad fue cada vez menos festiva. Incluso, el macrismo pasó a proponer que había que ser "capaces de vivir en la incertidumbre y disfrutarla", como dijo el ministro de Educación Esteban Bullrich. Se buscó potenciar el individualismo, el emprendedurismo, la "meritocracia", para generar un cambio cultural que permitiera acabar con décadas de "populismo", aunque para ello fueran necesarios el "sacrificio" y una ortopedia moral.[24] Porque otro de los ejes fue la idea de la "austeridad", un discurso que criticaba "la fiesta" del kirchnerismo, cuando —según las palabras

del presidente del Banco Nación, Javier González Fraga— le habían hecho "creer a un empleado medio que su sueldo servía para comprar celulares, plasmas, autos, motos e irse al exterior".[25] Se apeló progresivamente al (auto)sacrificio y, a la vez, a la necesidad de castigar a los otros. En este sentido, también cobraron protagonismo discursos cada vez más autoritarios y xenófobos, desplegados insistentemente en los medios por el senador peronista Pichetto —entonces devenido compañero de fórmula de Macri—. Como lo analiza Daniel Feierstein, se buscó transformar las prácticas sociales fascistas en una de las posibilidades para regenerar una derecha en decadencia.[26]

Pero lo fundamental, en esta coyuntura al menos, fue que Macri no pudo lograr su reelección. En solo cuatro años, se desvanecieron las esperanzas de sacar al país del sendero "populista". Aún más, Fernández de Kirchner había logrado imponerse. Es cierto que solo como compañera de fórmula de Fernández, pero a la base electoral macrista poco le importaba ese detalle. El fracaso en instalar un proyecto neoliberal que había generado grandes expectativas en el amplio abanico de sectores no peronistas (o antiperonistas) generó una enorme frustración. Estas personas sintieron el revés en términos de que "Argentina no tenía salida" y mostraron un rencor que no lograban canalizar políticamente, que quedó en una relativa "disponibilidad" para otro tipo de interpelaciones, incluso autoritarias.[27]

Sin embargo, Macri tenía una explicación clara de su propio fracaso y ya la había esgrimido en su campaña electoral. No había tenido éxito por culpa del "gradualismo", de haber negociado demasiado con los sectores representativos de las clases populares. Es así que en las entrevistas prometía que si ganaba las elecciones iría "en la misma dirección, lo más rápido posible", enterrando cualquier idea de gradualismo. El desafío mayor era cómo conseguiría el apoyo de las mayorías para impulsar, aún en forma más drástica, el mismo programa que no solo había fracasado en términos económicos, sino que había concitado el rechazo de innumerables sectores de las clases populares, pero también de la clase media y de buena parte del propio empresariado. Una serie de eventos lo haría posible. De todos modos, como vimos, con esta línea argumental logró preservar el apoyo de cuatro de cada diez votantes, una cifra notoriamente mayor (seis puntos porcentuales más) a la que había obtenido en 2015 en primera vuelta.

LA COMPLICADA PRESIDENCIA DE ALBERTO FERNÁNDEZ

El clima de optimismo típico del inicio de todo gobierno se detuvo a los pocos meses de su asunción, con la irrupción de una pandemia originada por un virus para el que, prácticamente, no se conoce aún tratamiento efectivo en los casos graves. Argentina tuvo un par de meses para prepararse, como gobierno y como sociedad, para hacer frente a la llegada de la pandemia. Sin embargo, la sociedad debatió muy poco sobre las posibles medidas a tomar para frenar el ingreso al país del virus SARS-COV-2, causante de la enfermedad COVID-19, en forma no controlada. El gobierno tampoco estimuló este debate. Un debate que hubiera podido construir consensos en torno a cuidados más fuertes para controlar la llegada y difusión del virus; en particular, en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), región muy poblada. Como lo ha planteado Feierstein, se confió —a contramano de toda evidencia sociológica previa— en que esos sectores sociales medio-altos y altos iban a ser responsables. De modo que por no implementar una política de estricto control en el retorno desde el exterior (que hubiera perjudicado solo a unas decenas de miles de personas), las posteriores medidas de aislamiento que afectaron a millones fueron mucho menos efectivas, pues no se logró impedir el comienzo de la circulación del virus (en especial en el AMBA) y hubo que paralizar casi toda la actividad nacional para evitar su difusión temprana en el resto del país, con los consiguientes costos económicos y sociales.[28] En general, la falta de debate ciudadano institucionalizado fue la tónica durante toda la pandemia y dejó toda la responsabilidad en manos del gobierno nacional; en todo caso, de “los especialistas”, que para determinados sectores sociales fueron cada vez más identificables con el oficialismo.

De todos modos, inicialmente hubo altísimos niveles de adhesión por parte de la ciudadanía a las medidas de cuidado decretadas por la presidencia. La instauración del aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) permitió mantener la circulación del virus en niveles muy bajos mientras se preparaba el sistema sanitario público, devastado luego de cuatro años de gobiernos neoliberales cuyos funcionarios incluso se habían jactado de no inaugurar hospitales ya terminados (el caso de la gobernadora de la provincia de Buenos Aires, María Eugenia Vidal, en 2017 y 2018). El éxito de esta política de drástica

reducción de la circulación del virus y de preparación del sistema de salud se evidenció, para mediados del año 2020, en una tasa de fallecimientos por COVID-19 mucho más baja que la del resto de los países americanos y europeos. Por este motivo, las protestas contra el ASPO fueron, en un comienzo, muy minoritarias.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo se fue gestando un desgaste de este aislamiento generalizado, con una creciente crítica tanto desde los medios de comunicación concentrados como desde la oposición política. Se sucedieron marchas "anticuarentena" en grandes centros urbanos, de las que participaron diversos grupos de derecha y ultraderecha, que constituyeron un punto de inflexión —casi de nacimiento— del fenómeno "libertario"; más allá de la candidatura de José Luis Espert el año anterior, quien sostenía un programa ultraneoliberal.[29] Es que la situación de la pandemia y la crítica a las medidas para contener la circulación del virus permitían desafiar distintos lugares comunes del progresismo y de la izquierda.[30] En especial a través de las redes sociales, se expandió un individualismo ideológico que se articuló con posiciones anticientíficas y antidemocráticas, en una lógica que deja de lado toda discusión racional y en la que se impone el que grita más fuerte.[31]

En estas marchas también cobró un gran protagonismo Patricia Bullrich, exministra de Seguridad del gobierno de Macri y ahora presidenta del PRO. Este clima de crecientes protestas, más cierta indecisión del gobierno de Fernández, derivaron en una paulatina relajación de los controles y en la apertura de hecho de una serie de actividades que produjeron la llegada de la —ya no tan temida— "primera ola" de contagios masivos. Previsiblemente, el número de fallecidos por COVID-19 creció rápidamente cuando aumentó el nivel de contagios. Por desgracia, no se promovió un debate ni un balance de las políticas implementadas. Incluso primó una imagen demasiado centrada en lo acontecido en el AMBA, que dificultó la valorización de las experiencias exitosas de algunas provincias en las que, a lo largo de 2020, se controló eficazmente la circulación del virus, con tasas muy bajas de fallecimientos. Fue el caso de Formosa, Misiones o Catamarca, cuyas políticas fueron duramente criticadas en varios medios nacionales a partir de información falsa.

Esta falta de balance a nivel gubernamental o de la opinión pública mediática no impidió que se construyera cierto "buen sentido" en la mayoría de los sujetos.[32] Así, en enero de 2021, encontramos, en una encuesta que realizamos en la provincia y en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, que poco más de la mitad

de la gente responsabilizaba a las personas que habían hecho marchas anticuarentena y a la oposición (que las había apoyado) por el aumento de los contagios durante la primera ola, y solo un quinto culpaba al gobierno nacional. El cuarto restante imputaba a gente que habría tenido conductas no respetuosas del aislamiento social.[33]

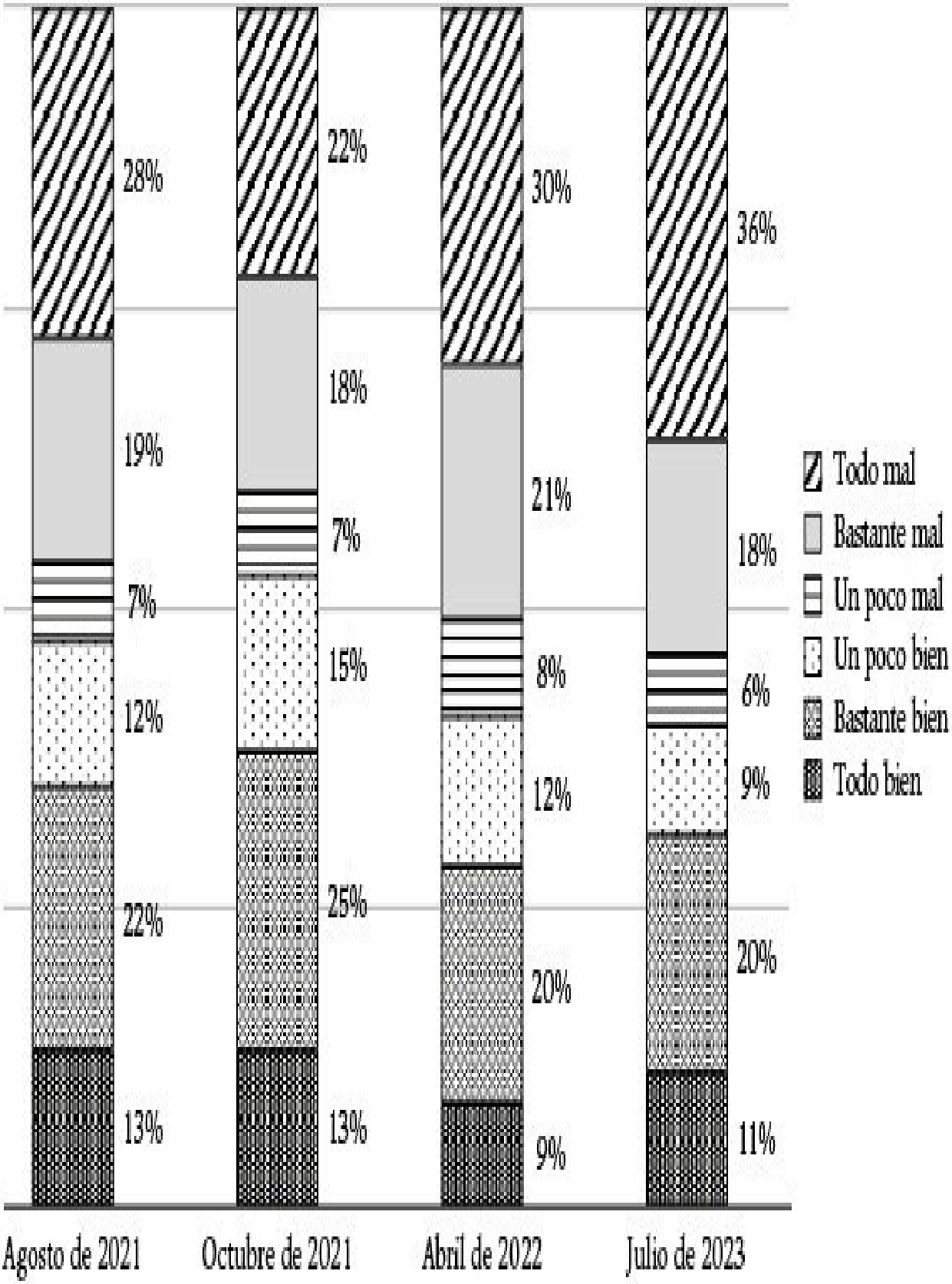
La temporada estival de 2021, con sus actividades al aire libre (donde los riesgos de contagio eran mucho menores), permitió relajar los cuidados, al tiempo que hubo una clara reducción en la tasa diaria de contagios y de fallecimientos debidos al COVID-19. Sin embargo, por esta misma flexibilización de las medidas, los controles y las conductas, la circulación del virus siguió siendo importante. Desde el gobierno nacional, donde primaba la confianza en la llegada de una gran cantidad de dosis de vacunas (que finalmente se demoró más de lo previsto), se autorizaron los viajes al exterior sin restricciones: alrededor de doscientos mil argentinos y argentinas viajaron a destinos turísticos donde circulaban nuevas cepas del virus, especialmente en Brasil, Estados Unidos y México. Como parte de este clima general de relativa despreocupación, los dirigentes de Juntos por el Cambio promovieron el retorno a las clases presenciales, frente a la opción de mantener las clases virtuales hasta que comenzara la vacunación masiva. Observamos una clara distorsión de la opinión pública por parte de los medios de comunicación concentrados que, insistentemente, afirmaban que la enorme mayoría estaba cansada de las medidas restrictivas y que no quería que volvieran a aplicarse, incluso ante la inminente segunda ola de contagios, que ya acontecía en los países vecinos. Por el contrario, en realidad, existía un fuerte apoyo de la ciudadanía a la implementación de “cuarentenas” cuando llegara esta segunda ola: casi dos tercios opinaban en este sentido. Sin embargo, la minoría que solo proponía restricciones menores o ninguna medida se autopercibía como mayoría, cuestión que analizaremos en detalle en el tercer capítulo.[34]

Finalmente, la segunda ola llegó con una opinión pública poco preparada para enfrentarla, una oposición que criticaba la aplicación de medidas y un gobierno un tanto dubitativo en su propio accionar. Como era de prever, la mortalidad debida al COVID-19 se disparó en los meses de abril, mayo, junio y julio de 2021. Sin embargo, la sociedad argentina casi no reaccionó ante esta desoladora realidad. En una primera encuesta nacional efectuada en el marco de nuestro proyecto de investigación PISAC COVID-19, a comienzos de agosto de 2021, las personas se dividían en partes relativamente iguales en sus evaluaciones positivas o negativas sobre cómo había gestionado la pandemia el gobierno

nacional. Con todo, como se puede observar en la primera columna del gráfico I.1, la mayoría de quienes evaluaban positivamente la gestión se inclinaban por "bastante bien", mientras que entre quienes tenían una evaluación negativa se destacaban los que opinaban "todo mal".[35]

Las evaluaciones sobre la gestión de la pandemia presentaban una vinculación estrecha con los posicionamientos políticos de los individuos entrevistados. La polarización política era vivida como una realidad no deseada, que, al mismo tiempo, se consideraba inevitable.[36] Si por un lado la gran mayoría manifestaba un creciente hartazgo por la excesiva división, de todas maneras, indefectiblemente se posicionaba con cierta claridad en uno de los dos polos, ya que desde uno u otro lado de la "grieta" se pensaba al otro cargado de odio y se consideraba que, de tener mucho poder, el país podía enfrentar situaciones extremadamente negativas.[37]

GRÁFICO I.1. Evaluación de la gestión de la pandemia por parte del gobierno nacional


28%
19%
7%
12%
22%
13%
22%
18%
7%
15%
25%
13%
30%
21%
8%
12%
20%
9%
36%
18%
6%
9%
20%
11%
Todo mal
Bastante mal
Un poco mal
Un poco bien
Bastante bien
Todo bien
Agosto de 2021
Octubre de 2021
Abril de 2022
Julio de 2023

FUENTES: encuestas propias, véanse detalles en el apéndice I.

En este contexto de final de la segunda ola —que no era percibido como tal por la ciudadanía (que pensaba que continuaría hasta fin de año al menos)—, tuvieron lugar las elecciones primarias para legisladores nacionales, a comienzos de septiembre de 2021. El gobierno sufrió un duro golpe. En comparación con las elecciones presidenciales de octubre de 2019, en estas primarias, el Frente de Todos redujo su caudal de votos del 48% al 32% del total nacional. Juntos por el Cambio se mantuvo en torno al 41%, la naciente Libertad Avanza/Avanza Libertad alcanzó el 6% y el FIT pasó del 2% al 5 por ciento.

Estos resultados electorales mostraron, entre otras cosas, el impacto de la desesperante situación social de los sectores más golpeados por los efectos económicos de la pandemia. A pesar de la recuperación económica que tuvo lugar durante 2021 (que pudo, finalmente, recobrar los niveles de actividad previos a la pandemia), no se revirtió la profundización de la pobreza.[38] El salario real estaba en sus niveles más bajos desde 2005. Las líneas de intervención del gobierno nacional, tales como la prohibición de despidos y los auxilios para el pago de salarios, cuidaron el empleo formal, pero no pudieron frenar el impacto sobre el empleo informal. Este último fue auxiliado con tres pagos extraordinarios de un Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), pero solo en 2020; recién en noviembre de 2021 se concretó un cuarto pago. Además, las clases con mayor desventaja carecieron de la posibilidad de continuar con sus actividades laborales en forma virtual desde sus residencias y así se acentuaron las desigualdades sociales.[39]

El oficialismo no pudo evitar el desgaste que significó la gestión de la pandemia, con los problemas que generaron el aislamiento y la suspensión de las clases presenciales para los jóvenes y las familias. Tampoco consiguió instalar una narrativa que lo contrarrestase. Un elemento adicional que golpeó duramente la credibilidad de Fernández y las chances electorales del Frente de Todos fue la difusión, unos meses antes de las elecciones primarias, de las fotos de una fiesta de cumpleaños de su mujer ocurrida hacía un año, en la residencia presidencial, cuando las restricciones que el propio mandatario había decretado impedían este tipo de encuentros.

Luego del adverso resultado de las primarias, la vicepresidenta hizo públicas a través de una carta las críticas que le había formulado al presidente por no haber mejorado la situación económica de los sectores populares. Renunciaron algunos funcionarios kirchneristas y hubo una situación crítica en la que, por un lado, desde Juntos por el Cambio se agitaron perspectivas potencialmente destituyentes y, por otro, el gobierno obtuvo ciertos apoyos empresariales que ayudaron a estabilizar la situación. Finalmente, tuvo lugar una rápida caída en la cantidad de contagios y fallecimientos por COVID-19, en los meses de septiembre y octubre de 2021. Esto ayudó a concretar una fuerte apertura de las actividades, pero el Frente de Todos solo alcanzó una leve mejora y totalizó el 35% de los votos en las elecciones generales celebradas en noviembre.

Sin embargo, las apreciaciones acerca del desempeño del gobierno nacional frente a la pandemia ya se habían cristalizado y no se modificaron sustancialmente a pesar de esta mejoría. Como puede observarse en la segunda columna del gráfico I.1, la diferencia principal fue una reducción del porcentaje de personas que opinaban que el gobierno había hecho “todo mal”, del 28% al 22%, y un leve incremento de quienes evaluaban que lo había hecho “bastante bien” o “un poco bien”. El escaso impacto de las mejoras reales en la situación pandémica sobre las evaluaciones de la gestión del gobierno nacional puede asociarse a un clima de crisis generalizado instalado luego de la derrota del oficialismo en las elecciones primarias de septiembre.

Las constantes internas que atravesaban a todas las áreas ministeriales solo agravaron estos problemas. Cuando analizamos el voto en las elecciones legislativas de noviembre de 2021 y su relación con otras cuestiones, vemos que el Frente de Todos solo retuvo a su base electoral vinculada al liderazgo de la vicepresidenta Fernández de Kirchner. Un sector que, en simultáneo, sintió cada vez más distante a Fernández. La impronta “moderada” que cultivó el presidente poco contribuyó en este sentido. En cambio, quienes habían votado en 2019 al Frente de Todos pero tenían opiniones críticas sobre los gobiernos de Fernández de Kirchner, dejaron de votar por el oficialismo y se inclinaron por Juntos por el Cambio, o no fueron a votar.

Del lado de la oposición, Juntos por el Cambio mantuvo sus apoyos electorales, aunque no logró construir entusiasmo en torno a sus propuestas. Un análisis de los motivos del voto a esta fuerza en 2021 muestra que funcionó más como catalizador de un voto contrario al gobierno que como la esperanza de que Argentina necesitaba el retorno de esta coalición al gobierno nacional.[40] Además,

en esta elección, la coalición se encontró con el desafío que le significó la emergencia de los libertarios —en particular en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y otras grandes ciudades—, encabezados por Javier Milei y José Luis Espert. Una expresión política de derecha extrema que competía por parte de su electorado. Espert ocupó el primer lugar en la lista de diputados en la provincia de Buenos Aires, por una coalición denominada Avanza Libertad. Milei hizo lo propio en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, con la lista La Libertad Avanza. Este último había trabajado como economista del grupo Eurnekian (que administra la mayoría de los aeropuertos argentinos, además de tener inversiones en medios de comunicación, empresas alimenticias y de energía) y abrazaba la perspectiva "paleolibertaria" de Murray Rothbard, que lo llevaría a posiciones tan extremas como proponer privatizar las calles o afirmar que podrían venderse órganos o que, al menos filosóficamente, también podría plantearse la venta de niños. Desde hacía un par de años, realizaba apariciones televisivas sumamente provocadoras, con un discurso fuertemente antikeynesiano y, también, shows teatrales en los que rompía a mazazos una maqueta del Banco Central o insultaba a los políticos que englobaba en la idea de "la casta". Entre otras extravagancias, había asistido disfrazado de superhéroe a un festival de animé japonés, donde planteó que su misión era "cagar a patadas en el culo a keynesianos y colectivistas".[41] En su primera campaña electoral, las legislativas de 2021, concitó una gran visibilidad, ya a nivel nacional, según pudimos constatar en nuestras encuestas (a pesar de no presentarse en otras jurisdicciones, con excepción de Córdoba y la provincia de Buenos Aires, con la ya comentada lista de Espert). El acto de cierre en Parque Lezama mostró la diversidad de "tribus" que lograba congregar, de sectores sociales muy diferentes y con posiciones ideológicas distintas, aunque predominaron los cánticos de ultraderecha, con insultos hacia "los zurdos", "los mapuches", Cristina Fernández de Kirchner y también Horacio Rodríguez Larreta.[42]

Por otro lado, en esta elección, se observó un incremento de las posiciones apolíticas o antipolíticas, con una marcada tendencia hacia diversas posiciones ideológicas de derecha o centro-derecha o hacia un conservadurismo social. Una corriente de infeliz apatía parecía llevar al puerto del odio y las reacciones intolerantes a quienes antes eran indiferentes.

Como un último coletazo de la pandemia, la tasa de contagios y, sobre todo, de personas fallecidas tuvo un breve aumento a fines de enero y principios de febrero de 2022, pero luego continuó reduciéndose en los siguientes meses. La alta predisposición a vacunarse de la población argentina, sumada a la excelente

organización de la campaña de vacunación, explican este logro.[43] Aun así, esto no se trasladó a las apreciaciones del desempeño del gobierno nacional frente a la pandemia. Para abril de 2022, empeoró en relación con las evaluaciones de octubre de 2021: quienes pensaban que lo había hecho bien (ya sea “todo bien”, “bastante bien” o “un poco bien”) se redujeron del 53% al 41%, tal como se ve en la tercera columna del gráfico I.1. Evidentemente, la crisis económica del país al finalizar la pandemia generó un clima de opiniones contrario al gobierno, que incidía, incluso, en la evaluación de la gestión, a pesar de los evidentes logros. La cuarta columna del gráfico permite observar cómo siguieron empeorando, retrospectivamente, las evaluaciones sobre ella: en julio de 2023, un 36% consideraba que se había hecho “todo mal”.

En la misma encuesta de abril de 2022, quienes habían sentido bastante o mucho enojo, estrés o soledad durante la pandemia se inclinaron a desear el triunfo de Milei en las elecciones de 2023 en una proporción más alta. En particular, quienes sintieron este tipo de sensaciones se orientaron tres veces más por los “libertarios” que por el Frente de Todos. A la inversa, quienes no las sintieron, preferían al oficialismo.[44]

Si la pandemia signó los dos primeros años del gobierno de Fernández, no fue lo único que contribuyó a generar la sensación de fracaso y frustración que dejó su gestión. Su presidencia sufrió el creciente hostigamiento de los medios de comunicación concentrados, algunos de los cuales incorporaron a comunicadores y periodistas con explícitas posiciones de derecha, que antes tenían espacios en medios menos destacados. Pero Alberto Fernández no impulsó ninguna medida para que los medios de comunicación fueran menos oligopólicos y, de algún modo, tuvieran un perfil más acorde con las posiciones ideológicas de la ciudadanía. En este sentido, una de las primeras decisiones (o, mejor dicho, no decisiones) de la presidencia de Fernández fue, justamente, no reponer los artículos que Macri, por decreto, había anulado de la ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.

Esta fue la tónica del gobierno de Fernández: no confrontar con los poderes reales y confiar en que estos se autorregularan y evitaran los sesgos derechistas en su accionar. Así, abordó de un modo similar la cuestión de las arbitrariedades del Poder Judicial, siempre sesgadas hacia la derecha. También las conductas empresariales abusivas, en el terreno laboral o en el aumento desmedido de precios, eran condenadas verbalmente o, en todo caso, se tomaban medidas que luego se retrotraían o solo se amenazaba con ellas, para luego abrir una

“instancia de diálogo”. Un ejemplo muy claro fue cuando el 15 de marzo de 2022 el presidente dijo: “Les prometo que el viernes va a empezar la guerra contra la inflación en Argentina. Vamos a terminar con los especuladores”. Esto, en primer lugar, estimuló una remarcación de precios, antes de que se anunciaran las medidas. Pero aquel viernes, en el discurso “de guerra”, solo planteó que había “dado indicaciones a mis ministros y ministras para que construyan acuerdos con los diferentes sectores”, que “confío en encontrar acuerdos que ayudarán a bajar la inflación”, y mencionó una abstracta “batalla contra los especuladores”, sin referir a ninguna medida concreta. En 2022, la inflación fue del 95 por ciento.[45]

También realizó discursos contra el endeudamiento con el FMI que Macri había hecho. Hasta se inició una causa legal al respecto que previsiblemente nunca avanzó al interior de un Poder Judicial con innumerables aliados del macrismo. La propia incapacidad del gobierno de Fernández para consolidar una denuncia fuerte sobre la herencia recibida y procurar una sanción si no jurídica, al menos moral, y el poder de los medios concentrados lograron diluir la responsabilidad de Macri en el peso de la enorme deuda externa generada durante su gobierno. En noviembre de 2021 solo el 38% le atribuía esta responsabilidad, un 18% responsabilizaba a Fernández de Kirchner o al propio Alberto Fernández, un 38% se la adjudicaba a “todos los gobiernos” y un 4% respondía que no tenía idea.

Pero Fernández tampoco avanzó en cuestionar concretamente ante el FMI la ilegalidad del acuerdo que, además, había incumplido sus propias normas internas. Por el contrario, el ministro de Economía Martín Guzmán llegó a un acuerdo de refinanciación en el cual Argentina quedó atada a revisiones trimestrales, con el riesgo constante de caer en cesación de pagos con el organismo. La aprobación del acuerdo significó una fuerte tensión con el kirchnerismo. Máximo Kirchner, hijo de Néstor y Cristina y líder de La Cámpora (la principal organización del espacio kirchnerista), en disconformidad, renunció a su cargo de jefe de la bancada oficialista en la Cámara de Diputados.

En sus discursos, Fernández señaló permanentemente problemas e inconsistencias que debían modificarse, pero no tomó medidas para corregirlos; al menos no con la necesaria firmeza para conseguir resultados efectivos. Nunca quedó del todo claro si confiaba, ingenuamente, en que las intervenciones argumentativas lograrían equilibrar la balanza o si creía que con su retórica nacional-popular “moderada”, aunque no se concretaran demasiados cambios,

lograría gozar tanto del apoyo popular como del de los sectores empresariales concentrados; mientras la dirigencia kirchnerista era perseguida y demonizada y su base militante se desmoralizaba.[46] Lo cierto es que terminó ignorado por todos, no sin antes recibir durísimas críticas, en especial desde la derecha política y mediática.

En este estilo de gobierno, resultó llamativa la excesiva contemplación de los grupos de ultraderecha que emitían discursos de odio contra el kirchnerismo y realizaban instalaciones en la Plaza de Mayo, con bolsas mortuorias con caras o nombres de los principales dirigentes de esa fuerza, de dirigentes sindicales y de figuras de los movimientos de derechos humanos. Luego, tampoco se desplegó ninguna medida de acción antiterrorista frente al intento de asesinato contra la vicepresidenta, como hubiera acontecido en cualquier gobierno menos timorato. Incluso, un mes después del atentado, el ministro de Seguridad elogiaba las acciones y los tiempos de la jueza María Eugenia Capuchetti, quien trabó prácticamente todas las líneas investigativas que podían conducir a potenciales vínculos con dirigentes macristas o libertarios. Hasta un punto, existe cierta dificultad intrínseca por la paradoja de cómo no ser tolerantes frente a la intolerancia.[47] Pero en este caso, no era solo la pretendida "libertad de expresión" lo que estaba en juego, sino discursos claramente de odio y, asimismo, el gatillazo sobre la cabeza de la vicepresidenta.

El intento de magnicidio significó un parteaguas en la política argentina, por varios motivos. En primer lugar, porque la falta de reacción de buena parte de la dirigencia opositora puso en evidencia cierta tolerancia hacia la violencia política que hasta entonces parecía por fuera del consenso democrático instaurado en 1983. Resultó llamativo que Milei no condenara el atentado y que Bullrich solo se refiriera al "hecho de gravedad", en el marco de una crítica a Alberto Fernández por "acusar a la oposición y a la prensa", y cuestionara el "feriado para movilizar militantes". Además, el principal asesor de Bullrich obstaculizó repetidamente la investigación judicial mientras era acusado de, al menos, conocer que se realizaría el magnicidio. En segundo lugar, porque en las redes sociales, los activistas de derecha pusieron en duda la seriedad del atentado[48] y, como parte de un clima de banalización, el diario Clarín tituló una nota de tapa "La bala que no salió y el fallo que sí saldrá", en referencia a la condena que en diciembre de ese año recayó sobre la vicepresidenta.

La contestación televisada a este fallo —por cierto, culminación de un proceso plagado de irregularidades, propias del lawfare que ha golpeado a la dirigencia

popular latinoamericana— por parte de Fernández de Kirchner finalizó con la explicitación de su decisión de no ser candidata a ningún cargo en las elecciones de 2023.[49] Esto abrió un complejo escenario para el Frente de Todos, que retomaremos en el capítulo VII.

PESIMISMO Y PROPUESTAS DE CRECIMIENTO

Como vimos, se acumuló una serie de fracasos y frustraciones que generaron un enorme pesimismo en la mayoría de la ciudadanía. Así, en abril de 2022, cuando preguntamos cómo pensaban que sería la situación general del país un año después, el 44% respondió “mucho peor” y un 16% “un poco peor”; mientras que un 18% creía que sería “igual” y apenas un 14%, “un poco mejor”. Solo un 6% sostenía la ilusión de que sería “mucho mejor”. Esta decepción generalizada se observaba también cuando interrogamos qué frase describía mejor al gobierno nacional. El 54% escogió “nos lleva al fracaso como país”, cuando podría haber escogido otras críticas menos lapidarias, como “no resuelve los problemas” (elegida por el 14%) o “genera desilusión” (11%). Tan solo un 12% optó por “tal vez esté encontrando el rumbo” y un optimista 7%, “nos está sacando adelante”. Además, la falta de un relato social capaz de darles comprensión a estas frustraciones tendió a transformarlas, en muchos casos, en resentimiento.[50]

Como el país no había logrado crecer desde 2011 (excepto algún año puntual, en forma poco destacada), el anhelo de que Argentina retomara una senda de crecimiento económico se instaló casi como parte del sentido común. Lo difícil de visualizar era cuál podía ser la forma política y social de este deseado crecimiento.

La base kirchnerista apostaba a algún tipo de recomposición del esquema que había sido exitoso durante el gobierno de Néstor Kirchner y, al menos, la primera presidencia de su esposa. En esos años el crecimiento económico había sido en torno al 9% anual (entre 2003 y 2007, con un nuevo repunte en 2010 y 2011) y su combinación con políticas de inclusión social pareció devenir en un consenso fuerte, casi en una hegemonía de este esquema que, en todo caso, podría haber tenido matices en su dirección política. Por ejemplo, la emergencia de la figura de Sergio Massa entre los años 2012 y 2014 podía ser representativa de esta potencial alternancia entre gobiernos más radicalizados, como los de Fernández de Kirchner, y gobiernos más moderados. Esto incluso podría haberse dado con un eventual triunfo de Daniel Scioli en 2015. Pero, como vimos, esta posible continuidad del modelo kirchnerista o, en todo caso, de una alternancia con variantes nacional-populares moderadas no sucedió.

Si, en 2023, los simpatizantes kirchneristas mantenían este anhelo, para la gran mayoría de la ciudadanía esta realidad había quedado muy lejos en el tiempo y, en particular, en su memoria. Una importante porción de la población fue sensible a las durísimas críticas que se repetían de manera constante desde los medios de comunicación, la dirigencia opositora y la mayor parte del Poder Judicial contra la figura de Fernández de Kirchner. A esto se sumaba que cada vez eran más desacreditadas las políticas que había impulsado. En el capítulo VI, veremos que, si bien en 2011 había cosechado el 54% de los votos, en 2023 solo la mitad respondía que le habían gustado sus políticas (incluso, si no computamos al 10% que respondió ser muy chico y no recordar sus gobiernos).

En el oficialismo, algunos indicadores económicos generaban expectativas para tener chances electorales y, de algún modo continuar un proyecto nacional-popular moderado, diferenciado del kirchnerismo. En 2021, Argentina logró recuperar la caída generada el año anterior por la pandemia y su producto bruto interno creció un 10%. En 2022, a pesar de todas las turbulencias, se incrementó un 5%. El desempleo se ubicó en niveles muy bajos. Los grandes grupos económicos oscilaron entre accionar para frenar cualquier política económica más decidida del gobierno y no “soltarle la mano” en los momentos más críticos. Sin embargo, la altísima inflación y los bajos salarios que no acompañaban el aumento de precios, sobre todo en el sector informal, opacaron por completo estos relativos logros de la política económica oficial. La población por debajo de la línea de la pobreza (medida por ingresos), alcanzó al 40,1% en el primer semestre de 2023 (era del 35,5% a fines de 2019). En este contexto, la sequía que golpeó de un modo completamente extraordinario a la producción agropecuaria redujo de tal forma el saldo de la balanza comercial que el gobierno supo que la economía no crecería en 2023. Las únicas oportunidades políticas para el oficialismo eran que la ciudadanía creyera que, en 2024, sí se podría relanzar el crecimiento gracias a un mejor contexto climático y a los efectos de una increíble obra de infraestructura (el gasoducto Néstor Kirchner), que permitiría no solo dejar de importar gas, sino comenzar a exportarlo. Pero la credibilidad en la capacidad del peronismo para gestionar la economía estaba dañada seriamente, sobre todo, porque la inflación era muy alta. Como dijimos, 2022 cerró con un 95% de inflación anual y en el primer semestre de 2023, tuvo un promedio mensual del 7 por ciento.

Otro sector de la dirigencia promovía el crecimiento sobre la base de un proyecto neoliberal con algunos perfiles moderados, que proponía el diálogo para construir consensos políticos y sociales en torno a realizar transformaciones

profundas, pero acordadas. Estaba encabezado por Horacio Rodríguez Larreta y fue sumando el apoyo de la mayor parte de la dirigencia de Juntos por el Cambio, la mayoría del empresariado e, incluso, de la embajada estadounidense. Se basaba en la idea de que el gobierno macrista había fracasado, justamente, por su incapacidad de gestar esos consensos, y quería concretarlos con los sectores moderados del peronismo y también del sindicalismo.

En cambio, Mauricio Macri, quien pendulaba entre promover su propia candidatura y apoyar a Patricia Bullrich como candidata presidencial de Juntos por el Cambio, proponía que en esta oportunidad, con un programa neoliberal ejecutado de forma rápida y decidida, se encontraría el anhelado camino del crecimiento. En 2022, en su libro Para qué, prometía la privatización de una larga lista de empresas públicas o su directa eliminación. Además, afirmaba que serían capaces de ser más duros que la resistencia al cambio que seguramente sobrevendría.[51] En sentido similar, ante la pregunta directa de un periodista televisivo de que ese programa generaría mucha protesta social y "eventualmente muertos", Macri respondió de forma explícita: "El liderazgo tiene que bancárselo". En esta misma línea, Bullrich añadió verosimilitud a que, desde el lado más duro del PRO, no tendrían problemas de conciencia a la hora de efectivizar los niveles de represión que fueran necesarios para acabar con cualquier protesta social que la imposición de este programa neoliberal drástico generara. El eje de su campaña fue la palabra "orden" y se entroncaba con un reclamo por la "seguridad" que gran parte de la ciudadanía tiene ante la creciente sensación de inseguridad que el delito genera desde hace años en Argentina.

Pero Milei venía instalando desde los medios de comunicación otra propuesta de un programa de crecimiento, aún más extrema que la del macrismo. En su narrativa, si el Estado se retiraba por completo de la regulación de la economía y, también, de cualquier tipo de política redistributiva, si se acababa con la "justicia social" y se "dinamitaba el Banco Central" para impedir cualquier emisión monetaria, entonces sí, en ese paraíso ultraneoliberal, los empresarios invertirían y Argentina volvería al sendero de crecimiento del que las políticas intervencionistas —ya no solo de los peronistas, sino también radicales yrigoyenistas— habían sacado al país cien años atrás. Milei se referenció explícitamente en la Escuela austríaca y, en particular, mencionaba insistentemente a Friedrich Hayek. Con lo cual su propuesta de "acabar con la casta de los políticos" en realidad entrañaba una desaparición de toda regulación estatal que pudiera poner freno al proceso de concentración económica a cargo de las megaempresas. La defensa de los monopolios implicaba un claro

sinceramiento del proyecto neoliberal, pues ya no habría, siquiera, una relativamente cínica defensa de la libre competencia. También, esta tradición de pensamiento económico le permitía a Milei la fusión con los sectores del más rancio conservadurismo, reivindicadores del accionar durante la última dictadura, encarnados en la figura de su candidata a la vicepresidencia, Victoria Villarruel. Como analiza Wendy Brown, en Hayek encontramos una crítica explícita de aquellos que buscan remplazar las prácticas e instituciones tradicionales por otras deliberadamente planificadas de manera democrática. Para este autor incluso los propios mercados serían una forma de tradición. No formula solo una crítica a la soberanía popular, sino que rechaza la premisa de Aristóteles de que la vida política hace libres a los humanos.[52]

Así, el campo de la disputa electoral de 2023 estaba ya delineado y tan solo faltaba la definición de los nombres de algunos de los contendientes. Pero antes de abordar esta cuestión, en el próximo capítulo nos adentraremos en ubicar la situación argentina en el contexto de una extraña crisis de hegemonía que recorre buena parte del mundo, con el objeto de aportar elementos para comprender que el fenómeno argentino forma parte de un conjunto de situaciones con muchas características similares.

Luego, en los siguientes cuatro capítulos, presentaremos las formas de pensar de los distintos sectores de la ciudadanía acerca del conjunto de cuestiones que podían estar por detrás de esta disputa entre proyectos políticos y sociales. Nos introduciremos en las bases más profundas de la hegemonía; aquellas que no se referencian de forma directa en las luchas entre candidatos, sino en lo más estrictamente ideológico. De todos modos, como también veremos, los discursos y las acciones de los políticos, en el mediano y largo plazo, tienen evidentes efectos en la configuración de las formas de pensar que predominan en la ciudadanía.

[1] Su nombre completo era Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación, pero fue ampliamente conocida como la Alianza.

[2] Mariano Dagatti, “La refundación kirchnerista. Capitalismo, democracia y nación en el discurso de Néstor Kirchner”, en Juan Grigera (ed.), Argentina después de la convertibilidad (2002-2011), Buenos Aires, Imago Mundi, 2013, pp. 33-62.

[3] Emiliano López, Los años post-neoliberales. De la crisis a la consolidación de un nuevo modelo de desarrollo, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2015.

[4] Alejandro Grimson, ¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

[5] Gastón Varesi, Kirchnerismo y neodesarrollismo. Hegemonía, acumulación y relaciones de fuerzas en la Argentina, Buenos Aires, Luxemburg, 2021, pp. 43-48.

[6] Fabiana Martínez, "Aproximación a algunos tópicos del 'discurso kirchnerista'", en Javier Balsa (comp.), Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo, Buenos Aires, UNQ-CCC, 2013, pp. 47-61.

[7] Lo "agonal" hace referencia, de acuerdo con Chantal Mouffe, a una forma del antagonismo en que los adversarios respetan una arena democrática; a diferencia del antagonismo propiamente dicho, en el que se daría una lucha "entre enemigos". Chantal Mouffe, La paradoja democrática, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 114-116.

[8] Emiliano López, op. cit.

[9] Ernesto Laclau, La razón populista, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

[10] En Argentina, más de la mitad de la sociedad —y en algunos sondeos, hasta tres cuartos— responde que es "de clase media". De todos modos, es una pregunta que obtiene respuestas muy diferentes según las opciones que se presenten. En particular, la gente no gusta optar por que es de "clase baja". Si en cambio se ofrece la opción "clase obrera o trabajadora", más personas la escogen frente a la de "clase media".

[11] Más detalles en Javier Balsa, "Las lógicas de construcción de la hegemonía desplegadas desde los gobiernos petistas y kirchneristas", en Roteiro (UNOESC), núm. 45, 2020, pp. 1-28.

[12] Como lo ha analizado Dubet, en la medida en que en las últimas décadas ha operado cierta homogeneización en los modos de vida, en la que ya no hay barreras claras sino más bien niveles distintos en los consumos, se

tienden a exacerbar los procesos de distinción, comparándose con quienes se tiene más cerca. Véase François Dubet, La época de las pasiones tristes, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 30-32.

[13] Alejandro Grimson, op. cit., p. 304.

[14] Dolores Rocca Rivarola, "La militancia kirchnerista", en Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani (coords.), Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, pp. 319-347.

[15] Esta carencia tenía un origen previo al kirchnerismo, nacida en la crisis de los partidos en los años noventa y la aguda fragmentación del campo popular. Cabe aclarar que no es un problema exclusivo del peronismo, porque el intento de articular las fuerzas de izquierda que se habían sumado al oficialismo tampoco tuvo continuidad en su proyecto de confluir en el Frente Nuevo Encuentro, que finalmente se redujo a una de las cuatro fuerzas que buscaron confluir allí.

[16] Además de los apoyos a sus posiciones ideológicas neoliberales, el macrismo fue legitimándose a través de la politización de diversos prejuicios sociales contra la inmigración, las diferencias culturales y la crítica a los beneficiarios de la asistencia estatal, tal como lo analizan Gisela Catanzaro y Ezequiel Ipar, "La polarización política: nueva derecha y autoritarismo social", en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin (eds.), Discursos de odio. Una alarma para la vida democrática, San Martín, UNSAM EDITA, 2023, pp. 96 y 97.

[17] La UCR tuvo un álgido debate entre las opciones de aliarse con el PRO de Macri o con el Frente Renovador de Sergio Massa, que se resolvió en la Convención Nacional de Gualeguaychú. Véanse detalles en Mariana Gené y Gabriel Vommaro, El sueño intacto de la centroderecha y sus dilemas después de haber gobernado y fracasado, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 69-78.

[18] Mariana Gené y Gabriel Vommaro, op. cit., p. 35.

[19] Adrián Piva, "Economía y política en la larga crisis argentina (2012-2021)", en Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad, núm. 98, 2022, pp. 157-189.

[20] Mariana Gené y Gabriel Vommaro, op. cit., p. 223.

[21] Francisco Cantamutto y Emiliano López, "¿El programa imposible? El dilema entre el ajuste y la legitimidad al interior del bloque en el poder", en Facundo Barrera et al., La economía política de Cambiemos. Ensayos sobre un nuevo ciclo neoliberal en Argentina, Buenos Aires, Batalla de Ideas, 2019, pp. 21-59.

[22] Adrián Piva, op. cit.

[23] En Argentina, no resulta necesaria una segunda vuelta en las elecciones presidenciales si la primera fuerza supera el 45% de los votos afirmativos (sin computar los votos en blanco) o si sobrepasa el 40% y posee un 10% de ventaja sobre la segunda.

[24] Paula Canelo, ¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

[25] Gisela Catanzaro, Espectrología de la derecha, Buenos Aires, Cuarenta Ríos, 2021.

[26] Daniel Feierstein, La construcción del enano fascista, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2019, p. 43.

[27] Este tipo de sentimientos de frustración y de "disponibilidad" para opciones autoritarias surgió en varias de las entrevistas semiestructuradas que realizamos desde la red Encrespa, en el marco del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) COVID-19, "Identidades, experiencias y discursos sociales en conflicto en torno a la pandemia y la pospandemia".

[28] Daniel Feierstein, Pandemia. Un balance social y político de la crisis del COVID-19, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021, pp. 51, 52 y 82.

[29] Melina Vázquez, "Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei y 'nuevas derechas'", en Pablo Semán (coord.), Está entre nosotros, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 91 y 92.

[30] Pablo Semán y Nicolás Welschinger, "Juventudes mejoristas y el mileísmo

de masas. Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden", en Pablo Semán (coord.), op. cit., p. 198.

[31] Ezequiel Ipar, "Política y redes: hate news", en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin (eds.), op. cit., pp. 101-108.

[32] Para Antonio Gramsci, el "buen sentido" es aquella parte del sentido común que surge de la propia práctica y que permite corregir las perspectivas que tratan de negar las interpretaciones más coherentes con la experiencia cotidiana.

[33] Javier Balsa, Guillermo de Martinelli, Pehuén Romaní y Juan Ignacio Spólita, "Covid, política y cuidados", en El Cohete a la Luna, 24 de enero de 2021. Disponible en línea: <www.elcohetealaluna.com>.

[34] Javier Balsa, Daniel Feierstein, Guillermo de Martinelli, Pehuén Romaní y Juan Ignacio Spólita, "¿Qué harías si fueras presidente y se empezaran a llenar las terapias intensivas?", en Página/12, 10 de marzo de 2021.

[35] Por otro lado, a través de las encuestas pudimos detectar la existencia de procesos de negación y disociación frente a la pandemia (más detalles sobre estas cuestiones pueden consultarse en Daniel Feierstein, Pandemia, op. cit., pp. 99-138). Aunque solo un 2% de las personas encuestadas respondió que no creía que el virus existiera, un 10% se resistía a otorgarle mayor gravedad. Esta minoría estaba compuesta, incluso, por individuos a quienes la realidad los había golpeado en forma muy próxima, pues habían tenido familiares o amistades cercanas que habían estado graves por coronavirus. En cuanto a la disociación, encontramos una porción mayor de la ciudadanía (en torno a un cuarto de esta), que, si bien consideraba que el virus era grave o muy grave, al mismo tiempo evaluaba que no habría que haber tomado tantas medidas de cuidado. Aunque, en este caso, quienes opinaban así solo muy limitadamente trasladaban estas actitudes de disociación a las propias medidas de cuidado; ya que, por ejemplo, los niveles de vacunación eran muy altos entre ellos.

[36] Valeria Brusco y Analía Orr, "Más allá de la grieta, la resignación", en La Tinta, 10 de agosto de 2021. En este sentido, se ha señalado que esta polarización actúa por encima de la voluntad de los distintos actores políticos, según Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez, "Claves del

enfrentamiento político en la Argentina reciente", en Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez (coord.), Polarizados. ¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario), Buenos Aires, Capital Intelectual, 2021.

[37] Javier Balsa, "En las profundidades de la grieta", en El Cohete a la Luna, 14 de marzo de 2021, disponible en línea: <www.elcohetealaluna.com>.

[38] Leticia Muñiz Terra, "Efectos de la pandemia sobre las políticas, la estructura y la dinámica socio-ocupacional", en PISAC COVID-19, La sociedad argentina en la postpandemia, t. II: Trabajo, comunicación y territorios, Buenos Aires, CLACSO / Agencia de I+D+d, 2023.

[39] Jésica Plá, Manuel Riveiro y Eugenia Dichiera, "Dinámicas de la estructura de clases", en Agustín Salvia, Santiago Poy y Jésica Lorena Plá (comps.), La sociedad argentina en la pospandemia, Buenos Aires, Siglo XXI, 2022, pp. 141-158.

[40] María Celeste Ratto y Javier Balsa, "Las razones del voto en las elecciones generales 2021. ¿Por qué voto lo que voto?", en Página/12, 4 de diciembre de 2021.

[41] Véanse más detalles en Pablo Stefanoni, ¿La rebeldía se volvió de derecha?, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, pp. 97-130.

[42] Véase una detallada descripción de este acto cuasifundacional del espacio libertario en Sol Verónica Gui, Ramiro Parodi y Lucas Reydó, "El fenómeno libertario: tiempos despedazados", en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin (eds.), op. cit., pp. 241-252.

[43] Para el mes de abril de 2022, la enorme mayoría de la población no solo se había vacunado, sino que gran parte había recibido tres dosis. Sin embargo, quedaba un 3% que solo se había aplicado una dosis (la mitad manifestaba que no se daría un refuerzo) y un 6% que no se había vacunado (en general porque las vacunas no le daban seguridad o porque argumentaba que igual se podrían contagiar).

[44] La preferencia por Juntos por el Cambio no se modificó en relación con estas cuestiones. Una proporción similar existía entre quienes simplemente manifestaban estar de mal humor y estas orientaciones políticas.

[45] Algo similar ocurrió con la “decisión” de expropiar la empresa exportadora de granos Vicentín, que estaba en quiebra, con un enorme pasivo con el Banco Nación, debido al irresponsable otorgamiento de créditos por parte de la gestión macrista. Esta “decisión” se presentó, en un discurso encabezado por el propio Fernández, como la oportunidad de tener una empresa estatal testigo en la comercialización de granos. Sin embargo, fue rápidamente dejada de lado, ante la oposición de sectores del propio peronismo de Santa Fe (donde se radica la empresa), de Juntos por el Cambio, y por el accionar de sectores del Poder Judicial que trabaron el proceso.

[46] La duda también asaltó durante estos años a la propia militancia kirchnerista, que osciló entre calificar al presidente de “tibio” y pensar que era un “traidor” o un quintacolumnista de las fuerzas de la derecha.

[47] Véanse, al respecto, las agudas reflexiones de Ezequiel Ipar, “Los nudos ideológicos de la democracia y el diagnóstico de la época”, en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin (eds.), op. cit., pp. 23-49.

[48] Natalia Aruguete y Ernesto Calvo, Nosotros contra ellos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 236-238. Un análisis de los comentarios banalizadores en las redes se encuentra en Ramiro Parodi, “¿De qué está hecha una bala? Redes sociales y discursos de odio”, en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin (eds.), op. cit., pp. 265-273.

[49] Sobre el lawfare, véase Carol Proner, “Lawfare como herramienta de los neofascismos”, en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), Neofascismo. La bestia neoliberal, Madrid, Siglo XXI, 2019, pp. 219-228. En particular, sobre el proceso a Fernández de Kirchner en esta causa, véase el análisis crítico por parte del ministro de la Corte Suprema de la provincia de Santa Fe, Daniel Erbetta, en “Erbetta: el juicio contra Cristina se usará para enseñar cómo no debe ser un proceso penal”, en La Capital, 29 de agosto de 2022, disponible en línea: <www.lacapital.com.ar>.

[50] Lo ha planteado en términos conceptuales, François Dubet, op. cit., p. 81.

[51] Mariana Gené y Gabriel Vommaro, op. cit., p. 299.

[52] Wendy Brown, En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las

políticas antidemocráticas en Occidente, Buenos Aires, Tinta Limón, 2020, pp. 93 y 120-124.

II. Una extraña crisis de hegemonía recorre el mundo

EN BUENA PARTE DE EUROPA y América, la lucha política, al menos en el último siglo y medio (con excepciones notorias de los fascismos y las dictaduras), ha tendido a resolverse en el terreno de las democracias representativas. En este marco republicano-representativo, la disputa por las posiciones gubernamentales y por la dirección ideológica de la sociedad no se da, como en el pasado, en los términos de una guerra entre estamentos, sino en los de una lucha por conseguir la hegemonía entre partidos y fuerzas políticas. Y la propia dinámica de esta disputa tenderá a ocultar ineludiblemente —o, al menos, a moderar— su vínculo con las clases.[1] Esto es así porque, como lo planteó Antonio Gramsci, los intereses particulares de la clase dominante tienen que ser presentados como los intereses generales del conjunto de la sociedad, es decir, como intereses de pretensión universal. Y lo mismo acontece con los proyectos promovidos por las clases subalternas.

Así se eleva la lucha política del plano de lo corporativo (es decir que se centra en la defensa de los intereses de un grupo) al plano de la disputa por la hegemonía, por la dirección de la sociedad. Una lucha que se da entre diferentes fuerzas políticas que promueven distintos proyectos sociales. Para ello, se insta a la ciudadanía a sumarse a una determinada propuesta que procura ser hegemónica, y se implementan una serie de recursos ideológicos y también coercitivos con el fin de "convencer" de sus bondades. En la medida en que la interpelación sea exitosa y compartida por la gran mayoría de la sociedad, los postulados del proyecto parecerán "objetivos", en el sentido que Gramsci da al término, es decir, serán "universalmente subjetivos".[2]

Corresponde señalar la recursividad entre consenso y viabilidad de un determinado proyecto y, por lo tanto, también de su "verdadero" carácter favorable para el conjunto social. Una situación de hegemonía, es decir, con grados de aceptación altos hacia un proyecto, puede generar adecuaciones en las subjetividades y que las mayorías rechacen toda propuesta alternativa. Asimismo, pueden reducirse bastante las resistencias corporativas, en un clima de resignación frente a la instalación del proyecto hegemónico.[3] De esta forma, se reduce la conflictividad social y, por lo tanto, aumentan la viabilidad de la

propuesta dominante y su capacidad para generar un crecimiento económico del conjunto de la sociedad. Esto es así en cuanto la confianza en la viabilidad es recursiva. En el caso de los proyectos capitalistas, la burguesía, si siente una clara certeza en la continuidad del programa hegemónico, efectúa las inversiones que garantizan el crecimiento y se "demuestra" que ese esquema beneficia al conjunto de la sociedad. Por el contrario, en un clima de resistencias, de luchas sociales y, sobre todo, de disputa entre programas que buscan la hegemonía, predomina la incertidumbre, los empresarios no realizan inversiones y se quiebra la viabilidad del proyecto de la clase dominante. Este es el "empate hegemónico", tal como lo conceptualizó Juan Carlos Portantiero en relación con la realidad argentina de los años sesenta. Pero puede describir también las disputas durante la última década en nuestro país y en otras naciones de América Latina.[4]

Si los proyectos se presentan como "universales" y, relativamente, desvinculados de las clases, surge la cuestión de cómo sus integrantes pueden evaluar cuál es el que mejor defiende sus propios intereses. Existe cierto nivel "instintivo" por el cual una clase reconoce que un determinado proyecto la beneficiará o la perjudicará. Aun así, la complejidad de la lucha política, en la cual siempre hay una relación de fuerzas entre programas en disputa, hace que nunca sea transparente la conexión entre proyectos e intereses de las clases. Es difícil saber cuántos de sus intereses "más burdos" debe resignar una clase, a fin de lograr que los principales sean resguardados, y hasta qué punto puede tratar de obtener mayores beneficios, con el riesgo de que se genere un descontento tal que arriesgue demasiado. Por eso siempre hay varias fuerzas políticas que se presentan como defensoras de una misma clase.[5] En fin, para realizar apreciaciones más certeras acerca de cuál es la propuesta política que las clases deben apoyar y para elaborar programas propios que luchen por la hegemonía, las clases cuentan con "intelectuales orgánicos". Cuando Gramsci escribe "intelectuales" no se refiere solo a los "académicos", sino que incluye a toda persona que colabora con darle conciencia a una clase sobre qué debe hacer. Los intelectuales son orgánicos a una clase cuando le proponen la identificación de sus intereses para que guíen sobre esa base sus conductas en el terreno de la lucha de clases y, más específicamente, en la lucha política. Entre los más cercanos a la clase, encontramos a los y las dirigentes de sus organizaciones corporativas —incluidos quienes están más cerca de sus bases, como un delegado gremial o un dirigente empresarial— y también a los integrantes que, sin ser dirigentes formales de sus organizaciones, constituyen sus figuras más locuaces, tanto en la esfera pública como en los espacios de sociabilidad donde

se conversa qué hacer en una determinada coyuntura: desde los lugares de encuentro exclusivos de la alta burguesía, hasta los espacios de reunión en las barriadas populares.[6] Además, entre estos intelectuales cercanos a la clase se destaca la incidencia de quienes forman parte de las fundaciones o centros de investigación vinculados a ella y que tienen la función específica de evaluar las distintas opciones políticas e ideológicas desde la perspectiva de los intereses de la clase que los financia. En un plano más general, encontramos una serie de aparatos de hegemonía, entre los que descuellan los medios masivos de comunicación y sus periodistas, que interpelan a la ciudadanía en favor de determinados proyectos aunque procuran presentarse como “independientes” y abiertos al debate.

Ahora bien, las propuestas políticas son, a su vez, elaboradas por las y los políticos, es decir, por otros intelectuales que se distancian de las clases, al menos en forma relativa, para poder presentar sus programas en un plano de mayor universalidad y que parezca que representan el interés general, como ya hemos explicado.

La disputa por la hegemonía implica, entonces, un juego de luchas entre fuerzas y proyectos diferentes que, en un contexto democrático, tratan de demostrar que son quienes mejor defienden los intereses de las clases que los sustentan, con la mediación de los intelectuales más orgánicos a ellas. En simultáneo, estos partidos intentan convencer a otros grupos sociales de que el programa que impulsan le conviene al conjunto de la sociedad. En este proceso de “demostración”, los partidos operan sobre los integrantes de las clases y procuran socializarlos dentro de una determinada perspectiva del orden social y, más específicamente, en determinadas lecturas sobre la coyuntura. Incluso tratan de ganar las subjetividades al construir identificaciones con una determinada fuerza, pues las identidades políticas pueden darles mayor solidez a estos vínculos entre las personas y los proyectos en disputa. De allí la importancia de la lucha ideológica y su imbricación con la política.

UNA EXTRAÑA CRISIS DE HEGEMONÍA

Hoy en casi todos los países asistimos a una extraña crisis de hegemonía, que se caracteriza por que ningún proyecto social presenta la potencia para ser capaz de dirigir e integrar la sociedad.

En un punto, no es una crisis orgánica, pues no hay proyecto alternativo. Más bien, pareciera que hay cierta "prórroga de mandato" del último proyecto que logró ciertos niveles de hegemonía, el neoliberal. Una continuidad de sus elementos basales más que de sus formas de representación política. Es que la hegemonía no solo implica acuerdos sobre la representación política y la dirección ideológica de la sociedad, sino que también se basa en la instauración de ciertas formas de vida que, por su extensión y su cotidianeidad, tienden a naturalizarse; es decir, a quedar fuera del debate ciudadano. Aquí es donde los cambios que trajo el neoliberalismo en los últimos cuarenta años lograron las modificaciones más profundas y duraderas.[7] Una cuestión que Luc Boltanski y Ève Chiapello identificaron de manera temprana y con gran agudeza como un "nuevo espíritu del capitalismo".[8] Se caracteriza por una base que combina un consumismo notoriamente más elevado que el del período anterior, de los años sesenta (en el que todavía pesaban ciertos elementos de la austeridad, el ahorro en pos de objetivos de mediano o largo plazo y algunos planos de apoyo en lo colectivo propios de un Estado de bienestar), y una precarización creciente del plano laboral con efectos profundos en la "corrosión del carácter", como analizó Richard Sennett.[9]

En definitiva, por encima de esta base naturalizada de un modo de vida neoliberal, se suceden los fracasos de los proyectos políticos. Tanto los neoliberales como las iniciativas posneoliberales. En este contexto, cobran cada vez más peso propuestas con fuertes dosis de autoritarismo, aunque no se concreten en formas neofascistas de gobierno. Desde 2008 en adelante, se evidencia una crisis de hegemonía en la mayoría de los países con regímenes democrático-representativos. Esta crisis se traduce en una alta inestabilidad política, una "crisis de representación", la emergencia de nuevos tipos de autoritarismos (combinados con irracionalismos y fanatismos) e importantes tensiones entre perspectivas ideológico-políticas. Esta situación contrasta con el

consenso cuasipospolítico de fines del siglo pasado, durante la edad de oro de la hegemonía neoliberal. Al mismo tiempo, las divisiones político-ideológicas generaron percepciones incompatibles de la realidad, dando lugar a una enorme circulación de fake news. Las divergencias ya no afectan la forma de valorar los hechos o a cuáles dar centralidad, sino que discrepan sobre qué acontece. Se erosionaron de tal manera las bases fácticas del sentido común que las descripciones completamente fantasiosas de la realidad ya dejaron de ser inverosímiles y son replicadas por millones de usuarios de las redes sociales.[10]

Estos fenómenos no se integran coherentemente en una caracterización de conjunto que logre explicar los fundamentos de la actual crisis de hegemonía generalizada. Es decir, nos cuesta entender qué tipo de crisis tenemos frente a nosotros. Esta dificultad gnoseológica parte de dos motivos fuertemente entrelazados.

En primer lugar, la comprensión de la situación actual se obstaculiza por la falta de un proyecto que proponga una solución clara a esta crisis (es decir, de una sólida propuesta hegemónica alternativa). Debemos recordar que el conocimiento profundo de lo social requiere la trascendencia intelectual frente a lo dado. Se conoce porque se puede pensar en una realidad diferente, porque se puede ir más allá de la inmediatez de lo observable. Entonces, es posible razonar acerca de la historicidad de la situación actual y hacer inteligible la realidad sensible.[11] Solo el racionalismo y el utopismo del Iluminismo permitieron criticar y, en consecuencia, entender de forma cabal el mundo del Ancien Régime y proponer transformaciones sociales que acabaran con los restos del feudalismo y el esclavismo. Luego, solo la conjunción de la crítica marxista y el ideal de un proceso de transición socialista posibilitaron la comprensión crítica de la sociedad capitalista. Observemos que, como planteaba Gramsci, estas críticas desplegaron su total capacidad gnoseológica en la medida en que trascendieron el plano de lo estrictamente académico-intelectual y se convirtieron en creencias arraigadas con fuerza en importantes porciones de la sociedad; al punto de tornarse, para muchos, en descripciones verdaderas y en guías para la conducta. En la actualidad, la falta de un proyecto alternativo al capitalismo o de uno que, de manera más acotada, al menos, remplace su versión neoliberal, constituye un limitante estructural para entender nuestra realidad.

En segundo lugar, otro motivo que dificulta la comprensión de la crisis actual es su novedoso carácter principal: la existencia de una profunda crisis de los proyectos societales. Es decir, no solo no hay propuestas alternativas potentes,

sino que ni siquiera el proyecto neoliberal dominante logra ser verdaderamente hegemónico, en tanto que sus representantes ya no se proponen como conductores para dirigir e integrar la sociedad y no solo para dominarla. Si la dominación de tipo hegemónico fue la forma política típica en los países capitalistas desarrollados desde 1870, su continuidad no parece estar asegurada, pues esta ausencia de actitud hegemónica no solo abarca los programas alternativos, sino también los dominantes.

EL FRACASO DEL NEOLIBERALISMO COMO PROYECTO HEGEMÓNICO

En la década de 1990, luego del derrumbe de la experiencia soviética, hubo un momento de fuerte hegemonía neoliberal. Fue tan potente que la burguesía internacional (con su comando militar estadounidense) y las burguesías locales apostaron a la expansión de las formas políticas de la democracia representativa en la mayoría de los países del mundo (exceptuando la estratégica región del golfo Pérsico, donde se sostuvieron monarquías fortísimamente patriarcales y de un elitismo extremo). Se sentían tan seguras de su capacidad de dominio ideológico-político que lo construyeron dentro del terreno democrático, en regiones del planeta donde casi nunca lo habían logrado. Entonces, en países en los que, en los años setenta o comienzos de los ochenta, las clases dominantes habían tenido que ceder a las demandas de democratización (como sucedió en la mayor parte de los países de América Latina o del sur de Europa), en vez de apostar al retorno a las dictaduras, las burguesías se empeñaron en la consolidación de coaliciones políticas neoliberales. En la gran mayoría de los casos tuvieron éxito, con nuevas fuerzas políticas o con la reconversión al neoliberalismo de las fuerzas tradicionales. Las alternativas giraron en torno a fuerzas más reaccionarias o más "progresistas", pero todas ellas ganadas por el neoliberalismo. Para consolidar estos procesos, equipos de intelectuales orgánicos colaboraron con organizar e impulsar el involucramiento de la burguesía en el apoyo a esta construcción de la hegemonía neoliberal. A modo de ejemplo, podemos enumerar estos procesos de los años noventa en tres países latinoamericanos: en México, se osciló entre un Partido de la Revolución Institucional (PRI) neoliberalizado y el siempre neoliberal Partido de Acción Nacional (PAN), que llegó a la presidencia a fines del año 2000; en Argentina, asistimos a la neoliberalización del peronismo y, como alternativa, a una alianza entre el radicalismo y una fuerza "progresista" que resultó respetuosa del programa hegemónico, y en Brasil, las opciones fueron la derecha tradicional, el centrista Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) o el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), que rápidamente también abrazó el neoliberalismo.

Algo similar ocurrió en Europa Occidental, donde la mayoría de los partidos socialdemócratas adoptaron el programa neoliberal a través de la idea de la "tercera vía". Incluso las transiciones poscomunistas de Europa Oriental se caracterizaron por un drástico viraje en este sentido.

Sin embargo, el neoliberalismo entró en crisis. Con el cambio de siglo, este proyecto perdió capacidad hegemónica en la mayoría de los países de América del Sur. Luego de vicisitudes y rebeliones (algunas de significativa intensidad), se instalaron, por la vía democrática, gobiernos de centro-izquierda o de izquierda que tomaron menor o mayor distancia del neoliberalismo, en casi todas las naciones del continente: Venezuela, Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Nicaragua, Ecuador, Chile, Honduras, Paraguay y El Salvador.

Luego, la crisis de 2008 puso en cuestión el consenso neoliberal en los países capitalistas más desarrollados. Se evidenció que este proyecto había fracasado en su intento de impulsar un nuevo ciclo de crecimiento económico (incluso en revertir de forma clara la tendencia decreciente de la tasa de ganancia): los niveles de crecimiento en los países desarrollados, que eran de alrededor del 10% anual en las décadas de 1960 y 1970, en las dos primeras décadas del siglo XXI rondaron el 2%, cuando no sufrieron fuertes caídas como en 2008 y 2009. Lo paradójico es que —como en el título de Colin Crouch— ocurre la extraña no muerte del neoliberalismo, en buena medida, por el enorme poder político de las empresas, "característica ampliamente aceptada pero no democrática de nuestras constituciones de facto".[12]

EL CARÁCTER DE LA CRISIS DE LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL

En la actualidad nos hallamos frente a la dificultad de cómo conceptualizar esta crisis del neoliberalismo. Esta posee una serie de elementos que se encuadran claramente en lo que Gramsci describe como “crisis orgánicas”, ya que existen dos tipos de fuertes tensiones entre lo estructural y lo superestructural.[13] Por un lado, la que deriva de una dinámica de acumulación internacionalizada no solo en el plano comercial, sino también en el financiero y en el productivo-industrial. Este proceso genera una competencia fiscal entre las naciones (para atraer a las inversiones) que funciona como una especie de “gatillo automático” y produce un desvanecimiento de la capacidad político-regulativa de los Estados nacionales. A la vez, obliga a implementar políticas cada vez más neoliberales.[14] Sin embargo, la dinámica política de la elección de los gobernantes continúa en manos del voto popular y dentro de los límites de los Estados. Entonces, cuando el proyecto neoliberal pierde todo dinamismo económico, se agudiza la contradicción, sobre la que escribe Gramsci, entre el cosmopolitismo de la vida económica y el nacionalismo exasperado de la vida estatal. Así como esta contradicción, en otro momento, condujo a la Primera Guerra Mundial, hoy asistimos al recrudecimiento de los nacionalismos, las “guerras comerciales”, las tensiones bélicas o, incluso, las amenazas o intervenciones militares directas. La carencia de instancias institucionales de resolución de estos problemas internacionales no hace más que incrementar la gravedad de la situación.

Por otro lado, las tensiones entre estructura y superestructura características de las crisis orgánicas se observan también a nivel de las inadecuaciones entre formas típicas de subjetividad y dinámicas de acumulación. El capitalismo neoliberal requiere estructuras empresariales sumamente flexibles, basadas en una notoria expansión de la terciarización que permite a las grandes empresas no responsabilizarse por las condiciones laborales, cada vez más caracterizadas por una precarización extrema. Se desplegó una serie de operaciones mediático-discursivas para construir subjetividades que celebran la “independencia”, el “riesgo”, la “flexibilidad” y perciben la precariedad en términos de “emprendedurismo”. A pesar de ello, la gran mayoría de los trabajadores rechazan estas condiciones laborales y sus formas de vida correspondientes. En

general, sin modelos alternativos claros, elaboran una visión crítica desde su "buen sentido" (que nace de la práctica, según Gramsci) o a partir de defensas corporativas que retoman, muchas veces, las discursividades y tradiciones sindicales o políticas propias de los años cuarenta a setenta; aunque, en algunos países, hubo procesos identitarios combativos novedosos, como los chalecos amarillos franceses.

Si bien estas dos formas de tensión podrían autorizar a pensar que estamos frente a una crisis orgánica, consideramos que la falta de un proyecto hegemónico alternativo conduce a dejar de lado esta conceptualización. Pues la crisis de hegemonía no se torna "orgánica" a menos que algún sector proponga otro ordenamiento social y sus representantes se postulen como capaces de conducir la sociedad en esa dirección.

En este sentido, tenemos, por un lado, la profunda crisis de la propuesta socialista. La izquierda no se recuperó de la derrota que significó el derrumbe de la experiencia soviética. Ni el trotskismo ni el eurocomunismo (y sus derivas), ni las "nuevas" izquierdas lograron recrear en las masas la ilusión de que es posible una transición al socialismo que evite los problemas del autoritarismo y el estancamiento económico. De modo que el proyecto socialista hoy no tiene siquiera capacidad para plantearse la disputa por la hegemonía. Por lo tanto, todos los proyectos políticos con algún grado de adhesión en la ciudadanía, en la gran mayoría de los países, hoy se mueven dentro de variantes del capitalismo.

Por otro lado, y en parte como resultado de esta crisis del proyecto socialista, en los últimos treinta años asistimos a un notorio desvanecimiento de la propuesta socialdemócrata.[15] Como todo programa de conciliación de clases, requiere el compromiso de la burguesía y del proletariado en moderar sus intereses en función de considerar parte de los intereses de la otra clase fundamental. Sin embargo, casi todos los burgueses comenzaron a renegar de este compromiso. Sin el temor de que la clase obrera y otras clases aliadas promovieran una revolución comunista —como diría Gramsci—, dejaron de moderar sus "burdos intereses económico-corporativos". Por lo tanto, abrazaron el credo neoliberal y empezaron a boicotear de forma abierta cualquier proyecto de conciliación. Esta situación dejó "girando en el aire" a la socialdemocracia en tanto proyecto societal, la redujo a una discursividad progresista sobre cuestiones no económicas y produjo la pérdida de gran parte del sustento electoral que tenía décadas atrás.

De esta forma, si no hay proyectos hegemónicos alternativos y, por ende, no existe una crisis orgánica, cabe preguntarse si el neoliberalismo podría continuar siendo un proyecto hegemónico. Para lograrlo, tendría que “cerrar” (o más bien suavizar) las dos tensiones entre estructura y superestructura que describimos y, a la vez, relanzar un ciclo de crecimiento económico mundial. En relación con esto último, el capitalismo nos sorprendió una y otra vez, al generar ciclos de crecimiento cuando la mayoría de los intelectuales de izquierda no los esperaban, demostrando su vitalidad y la actualidad del planteo gramsciano de que el desarrollo del capitalismo “ha sido una ‘crisis continua’”.

Por otra parte, en cuanto a la tensión estructura-superestructura a nivel geopolítico, no puede descartarse que se arribe a cierta “paz económica” mundial. Obviamente, requeriría muchas condiciones que hoy parecen difíciles de encontrar, con situaciones de conflictos bélicos abiertos en Ucrania y en el Cercano Oriente. Pero son tan numerosos los intereses económicos cruzados y hay tanto para perder si las tensiones desembocan en una guerra comercial abierta (aún más si escala a conflictos bélicos entre las superpotencias) que es probable que primen los actores más racionales y se construya algún tipo de “paz económica”.

El mayor problema para recrear la hegemonía neoliberal parece estar en el plano de la composición de intereses de clases y de la confianza en cierto grado de integración social. Los dos obstáculos a este modelo serían la incapacidad para contener a gran parte de la burguesía y su imposibilidad para integrar a las mayorías sociales.

El proceso de concentración económica promovido por el neoliberalismo significa que solo la fracción más alta de la burguesía logra consolidar altas tasas de ganancia. Así, en Estados Unidos, las empresas no financieras ubicadas dentro del decil más alto (el 10% de mayor riqueza) tuvieron, en 2014, tasas de rendimiento de las inversiones en capital que fueron cinco veces mayores a la mediana del conjunto de las empresas, cuando un cuarto de siglo antes esta proporción era solo del doble.[16] Las mayores fortunas mundiales crecieron a ritmos del 6% o el 7% anual (en valores reales) entre 1987 y 2017, entre tres y cuatro veces mayores al incremento del patrimonio medio y unas cinco veces más rápido que la renta media. De continuar así, esto conduciría a que los multimillonarios concentrasen todo el patrimonio mundial.[17] En general, estas ganancias extraordinarias se basan en distintos tipos de rentas monopólicas o cuasimonopólicas, destacándose el sector digital por el despliegue de prácticas

que aniquilaron a casi toda posible competencia.[18]

Todo esto genera un proceso de hiperconcentración que parece no tener límites y promete reducir el mundo empresarial relevante a un puñado de megaempresas.[19] Esta concentración no afecta solo al sector manufacturero, sino que amenaza con extenderse sobre todo el sector comercial y de servicios, a través de las ventas en línea reunidas en unas pocas plataformas de ventas) y la expansión de las empresas que controlan la provisión de servicios (como los envíos de todo tipo de mercancías o el transporte organizado por Uber).[20] La profusa interpenetración entre las principales empresas, los grandes bancos y fondos de inversión, los medios de comunicación más centralizados y las propias calificadoras de riesgo genera mecanismos de cooperación entre los capitales más concentrados que les otorgan un poder muy por encima del de los gobiernos y del resto de la burguesía.[21]

En realidad, asistimos a cierta mutación en el proyecto neoliberal, al menos en su faz ideológica. Si el eje en las décadas de 1980 y 1990 fue un discurso centrado en la promoción de la libre competencia, del libre mercado (aunque en la práctica se desmantelaban las trabas antimonopólicas), en la última década vemos una reivindicación más clara de los efectos positivos que tendrían las grandes empresas, aun si constituyen situaciones monopólicas. Crouch analiza de qué manera la Escuela de Chicago revirtió la legislación estadounidense de defensa de la competencia y potenció la existencia de gigantescas corporaciones globales, con una impresionante capacidad para incidir en la política.[22] Thomas Piketty advierte que en Friedrich Hayek hay una crítica explícita al liberalismo por confiar tanto poder legislativo a asambleas parlamentarias electas, en detrimento de derechos construidos en el pasado, en particular los de propiedad.[23] Por su parte, Wendy Brown estudia cómo, en las elaboraciones conceptuales de Hayek, existe una desvalorización de la democracia que permitió a muchos neoliberales apoyar sangrientas dictaduras en el pasado, y hoy, estar poco preocupados por la erosión de la dinámica política liberal-republicana que promueve la aplicación de sus políticas.[24] A nivel de las representaciones sociales, advertimos una creciente centralidad de las figuras de los grandes multimillonarios, cuyas fortunas, en general, se basan en monopolios o cuasimonopolios. Sus vidas personales son permanentemente comentadas y sus intervenciones en las redes sociales son replicadas en diversos medios. Además, cobran extraordinaria difusión las extravagantes iniciativas que impulsan: desde los viajes turísticos al espacio, hasta los proyectos de colonizar Marte.

Frente al proceso de concentración que genera el proyecto neoliberal, las fracciones menos concentradas de la burguesía y sus representantes políticos e ideológicos no logran establecer un “sentido de separación”, de “escisión”, en relación con el modelo económico liderado por las megaempresas. Esta incapacidad se vincula con dos factores. En primer lugar, estas megaempresas son, en ciertos casos, el sector más dinámico de la economía y, por lo tanto, oponerse a su expansión es presentado como una “oposición al progreso”. Y, en segundo lugar, el resto de la burguesía está presa de la propia trampa de la ideología neoliberal, que muestra un sistema económico concentrado, de carácter monopólico, como si fuera “el mercado”, a pesar de que, en la práctica, es algo muy diferente a su descripción clásica.[25] Al mismo tiempo, esta ideología, al demonizar toda intervención estatal regulativa de estos “mercados”, impide que el resto de la burguesía pueda apelar a políticas que frenen el proceso de concentración y sean la base de algún modelo de acumulación capitalista diferenciado del neoliberal.

Por lo tanto, la mayor parte de la burguesía no logra proponer un proyecto político societal contrario que frene la concentración, y así sus integrantes se resignan, planteando que no hay futuro, y se refugian en cierto consumismo de “disfrute de la vida” (algo similar ocurre con buena parte de los pequeñoburgueses que visualizan su falta de porvenir dentro de este modelo).[26] Pero esta resignación no significa apoyar un proyecto societal. Y, sin el compromiso activo de la burguesía o de la mayoría de la clase, le es muy difícil al neoliberalismo interpelar al conjunto de la sociedad.

El segundo motivo que obstaculiza la reconstrucción de la hegemonía neoliberal es su imposibilidad para integrar a las mayorías dentro de su modelo societal: ofrece a casi todos los integrantes de las nuevas generaciones de trabajadores empleos hiperprecarizados o la autoexplotación en pseudocuentapropismos subordinados a plataformas de megaempresas (como ser chofer con su propio auto o repartir productos en bicicleta); más allá de que brinda algunos empleos de calidad para un sector altamente capacitado y adaptado a las grandes corporaciones. De modo que las megaempresas tienen dificultades objetivas para lograr presentar sus intereses particulares como los intereses generales y, muy probablemente, la mayoría no opte nunca racionalmente por este tipo de sociedad.

Ante esta incapacidad, un sector de esta altísima burguesía (sus “mentes más lúcidas”), sin sugerir un cambio en el modelo de acumulación, solicita que le

cobren más impuestos, para que el Estado pueda impulsar políticas asistenciales masivas.[27] Temen que, sin estas medidas de contención, se desate una guerra de clases. Al respecto, el millonario estadounidense Nick Hanauer (fundador de Amazon), en un video que tuvo amplia difusión (y que fue censurado durante años por la propia organización TED), explica que sin estas políticas asistenciales, más tarde o más temprano, todos los "plutócratas", como él se autodenominó, terminarán en "la horca".[28]

Pero, debemos diferenciar el despliegue de políticas asistenciales que procuran frenar los estallidos sociales y una real construcción de una hegemonía en torno a un modelo de sociedad. Además, estos multimillonarios "progresistas" son claramente una minoría dentro de la alta burguesía. Pareciera que la mayoría de ellos solo piensan en la opción de encerrarse en sus condominios, en sus islas privadas, moverse en helicópteros, protegerse con sus ejércitos privados y dejar que el resto del mundo se hunda en la miseria. Aún más, buena parte de la pequeña burguesía, en muchos países, trata también de aislarse en barrios privados que les brinden un mínimo de seguridad frente a los crecientes problemas de marginalidad.

De todos modos, no puede descartarse que, en algún momento futuro, este mundo socialmente dicotómico logre niveles de aceptación. En función de la falta de proyectos hegemónicos alternativos, puede que las distintas clases sociales acepten propuestas de subjetividades cada vez más resignadas a vidas altamente subordinadas al gran capital y a las posiciones laborales que este les ofrece. Como siempre, todo dependerá de la relación de fuerzas, especialmente en el plano político-ideológico. Sin embargo, pensamos que resulta poco plausible que esta adecuación alcance un grado tal que permita consolidar la dominación hegemónica del proyecto neoliberal. En todo caso, lo que seguramente va a ocurrir, en el corto y mediano plazo, es la consolidación de dominaciones no hegemónicas o solo parcialmente hegemónicas con un fuerte componente coercitivo.

LA POSIBILIDAD DE DOMINACIONES DE CARÁCTER NO HEGEMÓNICO

Sin la posibilidad de proponer, ni en el presente ni en un futuro plausible, un modelo de sociedad mínimamente integrada, el proyecto neoliberal solo puede apelar a apoyos fanáticos y/o irracionales. Estos apoyos poseen tres fuentes: el consumismo (que ha operado como el sustrato del consenso neoliberal desde los años setenta); la ideología de la meritocracia y el individualismo, y la apelación al autoritarismo, tanto político como social.

El consumismo constituye la base consensual del neoliberalismo que se apoya más en las prácticas y los modos de vida que en una ideología. En las últimas décadas, se expandieron formas y niveles de consumo (incluyendo diversos tipos de bienes y servicios) de modo tal que se modificaron de manera sustancial los estilos de vida de porciones mayoritarias de la sociedad. Obviamente, las diferencias entre las sociedades centrales y las periféricas son evidentes, así como también entre las distintas clases sociales. Sin embargo, para la mayoría de los habitantes urbanos del planeta los cambios en los consumos son notorios y les permitieron acceder a prácticas que, hasta hace pocas décadas, estaban reducidas a los sectores de ingresos altos o mediano-altos, como el delivery de comida, los teléfonos celulares inteligentes e, incluso, los automóviles con chofer. Por otro lado, este consumismo puede ocultar cada vez menos su inviabilidad ecológica y social. En este sentido, promueve ciudadanos que se piensan casi exclusivamente como consumidores, incluso que casi no-se-piensan y que se limitan a disfrutar de la realización o del mero deseo de los consumos que logran o a los que aspiran llegar.

En cuanto a la meritocracia y el individualismo, podemos identificarlos como una parte intrínseca de la ideología neoliberal, pero la preexistieron y podrían sobrevivirla. Son un sustrato de ideas propias del sentido común de la mayoría de las sociedades capitalistas. Así, en sus estudios sobre la sociedad estadounidense de mediados de la década de 1940, Theodor Adorno halló un individualismo económico duro, que se manifestaba en la ausencia de toda “compasión con el pobre”.[29] En Hayek encontramos una fundamentación conceptual de este ataque a la “justicia social” y un elogio a la “desigualdad”

como esenciales para el desarrollo, y en entrevistas recientes de personas de la derecha estadounidense se observa cómo rechazan la idea de tener que sentir compasión por los oprimidos, aunque se identifican como cristianos devotos.[30] Lo más irracional de este discurso meritocrático es que en la actualidad, con el desmantelamiento de casi todo el Estado de bienestar, resulta obvio que las diferencias en los puntos de partida marcados por el origen de clase de cada individuo determinan cada vez más las posibilidades de éxito o fracaso personal.[31]

Por último, asistimos a una expansión del anticientificismo y, también, del autoritarismo protofascista a través de la incentivación de odios sociales que explican la extraordinaria aparición de líderes políticos autoritarios, anticientificistas y neoliberales (en un claro contraste con otro tipo de dirigentes que supo tener el proyecto neoliberal en décadas anteriores, como Bill Clinton, Anthony Blair o Fernando Henrique Cardoso). El recurso a los elementos autoritarios de la personalidad como base de sustento del fascismo y el autoritarismo fue tempranamente estudiado por Erich Fromm, para Alemania,[32] y por Adorno, para Estados Unidos.[33] Dentro de la misma tradición de la Escuela de Frankfurt, Wolfgang Streeck afirmaba en 2013 que, si el neoliberalismo ya no podía crear la ilusión de un crecimiento con justicia social, lo más probable era que propagase un modelo dictatorial de economía capitalista de mercado inmunizado contra todo correctivo democrático, manteniendo a los opositores en un estado de marginación ideológica, desorganización política y presión física.[34] Como ya comentamos, las elaboraciones conceptuales de Hayek habilitan esta deriva autoritaria.

Entonces, aunque no consiguen construir una hegemonía en el conjunto de la sociedad, las fuerzas neoliberales apelan al autoritarismo, tanto en su vertiente política (reclamando la protección del orden propietarista, por encima de cualquier resguardo de los derechos y libertades) como en sus aspectos sociales (vinculados a la xenofobia, los valores conservadores y el desprecio a los pobres).[35] Así obtienen consensos activos de los grupos de fanáticos más o menos cercanos al autoritarismo o, directamente, al fascismo, que se manifiestan en un “discurso del odio”.[36] Si, en general, este neoliberalismo autoritario se desarrolla dentro del sistema democrático, en algunos casos resulta muy claro que la democracia es utilizada en forma instrumental para destruirla desde dentro.[37]

Por otro lado, el antiintelectualismo y el anticientificismo son actitudes que cada

vez gozan de mayor extensión. El antiintelectualismo fue una característica propia de la derecha republicana en Estados Unidos[38] y, en América Latina, fue también cultivada por las derechas autoritarias, en particular durante las dictaduras. Sin embargo, en los últimos años hay un recrudecimiento de estas posiciones, que se traducen en extraños fenómenos como la crítica a las vacunas, el auge del terraplanismo, la creencia en las más ridículas teorías conspirativas o la aceptación acrítica de increíbles fake news.[39] Es que la reacción neoconservadora apela centralmente a las emociones y los estados de ánimo, incitando a cuestionar la legitimidad de algunas instituciones e, incluso, de la propia estructuración democrática de las sociedades. Se apuesta a la falta de debates públicos, de razones, de conversación democrática y de información. No importan los hechos, sino la interpretación emotiva, subjetiva, en consonancia con el rechazo posmoderno de la verdad.[40] Para lo cual se recurre a un individualismo extremo, centrado en una idea de "libertad" vinculada a la "espontaneidad", que a su vez se articula con una orientación narcisista extrema para la cual el mundo se reduce a su persona. Reaparecieron casi todos los elementos con los que Georg Lukács caracterizaba al irracionalismo: el desprecio del entendimiento y la razón, la glorificación lisa y llana de la intuición, una teoría aristocrática del conocimiento, la repulsa del progreso social e, incluso, la mitomanía.[41]

Resulta claro que la consolidación del neoliberalismo requiere, al menos en la mayoría de los países, el despliegue de una base militante solo provista por grupos activados a partir del fanatismo autoritario y el antiintelectualismo y anticientificismo. Sin embargo, muy difícilmente estos grupos consigan constituir las mayorías electorales que permitan, por sí solas, consolidar la victoria democrática del neoliberalismo. Para ello este proyecto necesita el apoyo de otros sectores que son interpelados desde el consumismo y/o desde el discurso meritocrático-individualista, y que, en general, se vinculan a identidades autoproclamadas como "apolíticas", cuando no hacen gala de una decidida actitud "antipolítica". En otros casos, se acercan más a identidades autopresentadas como "republicanas", en clara oposición a lo que califican como "populismos demagógicos". El verdadero "arte" de los intelectuales orgánicos del neoliberalismo fue conseguir que, en la mayoría de los países, no se construya un "sentido de separación" o de "escisión" entre autoritarios y "apolíticos" o, incluso, entre autoritarios y "republicanos".[42] Además del cuidado que tuvieron los intelectuales y los medios de comunicación concentrados para no generar oposiciones insalvables entre estas identidades, también supieron cultivar una articulación que tenía una historia previa: la perspectiva

“antipopular” que compartían estos diferentes grupos. Es que la diversidad de posiciones existente entre los simpatizantes de la centro-derecha y los de la ultraderecha, o entre los “republicanos” y los “nacionalistas”, o entre fanáticos y apolíticos, esconde afinidades profundas alrededor de una posición decididamente contraria a cualquier política de carácter “popular” o reparadora de las injusticias sociales. En el caso argentino se traduce en un renovado “antiperonismo”, en el brasileño, en el “antipetismo”, y en el estadounidense, en tildar de “socialista” a cualquier política favorable a una mínima justicia social.[43]

Lo que resulta claro es que, a pesar de presentar discursividades muy diferentes, en las coyunturas claves (elecciones, pero también golpes institucionales o cuasiinstitucionales) las fuerzas del centro a la derecha (por arriba) y las subjetividades antipopulares de todo tipo (por abajo) saben unirse, logrando esa “unidad en la acción” que las izquierdas muchas veces han pregonado, pero en pocas ocasiones concretaron. En esos momentos determinantes, todo este entramado de actitudes consumistas, meritocráticas, autoritarias, anticientíficas y antipopulares es articulado en torno al candidato con mejores posibilidades de darle continuidad al modelo neoliberal (aunque, a veces, no lo pregone en forma explícita). En muchas ocasiones, se consigue que se imponga, a pesar de que el neoliberalismo sea incapaz de proponer un modelo social integrativo.

Se abre así la posibilidad de que se consoliden formas de dominación no hegemónicas o solo parcialmente hegemónicas (en el sentido de que no se darían en el marco de una democracia representativa en la que hubiera un claro respeto del pluralismo), sobre todo si el control del aparato del Estado se articula con el manejo de los medios concentrados de comunicación para lograr una sustancial reducción de la participación política de buena parte de los sectores subalternos, la desinformación de las mayorías y la creciente imposición de medidas autoritarias. Para la aplicación de la coerción, además del recurso a las fuerzas policiales y militares, estos proyectos autoritarios pueden contar con el apoyo de las fuerzas de choque (más o menos organizadas) de los fanáticos de ultraderecha y, también, llegado el caso, con las milicias privadas de las empresas de seguridad globales, que expandieron su importancia de formas impresionantes en las últimas décadas.[44]

Es probable que estos procesos no tengan una instancia resolutiva, sino que se constituya una tendencia que progresivamente modifique el escenario, convirtiendo la arena político-institucional en un terreno más favorable a estas dominaciones menos consensuales.[45] Es más factible que una serie de coyunturas

defina este derrotero, sobre todo en las instancias electorales que pueden consolidar opciones autoritarias (como las elecciones de Trump o Bolsonaro). Vimos que estos triunfos no les permiten avanzar rápidamente en la consolidación de regímenes altamente autoritarios, del modo en que lo hicieron los fascismos de hace cien años. Parecería que se lo impidieran los propios marcos institucionales y el hecho de que parte de la burguesía (en especial sus capas más altas) defienden estos marcos por las garantías que les proveen ante las posibles arbitrariedades de estos líderes autoritarios o el caos al que pueden conducir al mundo (tal vez una porción de la clase dominante algo haya aprendido de las desastrosas experiencias fascistas). En cualquier caso, resulta muy riesgoso confiar en las burguesías como garantes del orden democrático. Sabemos que la base de la preservación de los regímenes democráticos nace del rechazo popular frente a estos protoautoritarismos. Ahora bien, cabe preguntarnos si estos rechazos podrán construir un proyecto hegemónico alternativo o serán solo actitudes defensivas.

LAS COALICIONES ANTINEOLIBERALES, SU RELATIVO "JACOBINISMO" Y LAS TENSIONES EN SU INTERIOR

En las últimas décadas asistimos a dos olas de reacciones de las fuerzas de centroizquierda e izquierda (con la excepción de los partidos trotskistas) frente a los avances del proyecto neoliberal. Con más fuerza en América Latina, en el cambio de siglo, tuvo lugar la emergencia de procesos antineoliberales en la mayoría de los países de la región, como ya comentamos. No obstante, en casi todos los países, estos gobiernos tuvieron un momento de derrota, ya sea en términos electorales, por giros políticos del presidente (Ecuador) o por golpes de Estado, casi siempre con algún viso de legalidad parlamentaria. Así, las fuerzas neoliberales recuperaron el control del Poder Ejecutivo en Honduras (2009), Chile (2010 y 2018), Paraguay (2012), Argentina (2015), Brasil (2016), Ecuador (2017), Bolivia (2019), El Salvador (2019) y Uruguay (2020).

Pese a esto, las fuerzas populares se reorganizaron en la mayoría de los países latinoamericanos y construyeron, incluso, alianzas más amplias. También en varios países europeos, especialmente luego de la crisis del 2008, crecieron coaliciones del centro-izquierda hacia la izquierda. En estas experiencias confluyeron diversas tradiciones políticas: las fuerzas nacional-populares, la socialdemocracia, las izquierdas populares y los diversos partidos de izquierdas más tradicionales, con el apoyo de dirigentes sindicales, movimientos sociales y la "marea feminista". Parece que todos estos espacios comprendieron que solo su unión y la articulación de sus mejores aportes (dejando de lado sus sectarismos) podían vencer un neoliberalismo que, aun en crisis, mantenía una gran capacidad electoral. En otros países, con tradiciones políticas bipartidistas, observamos que dentro de los partidos centristas cobraron, al menos por algún momento, mayor impulso sus corrientes de izquierda (por ejemplo, los sectores representados por Bernie Sanders dentro del partido demócrata estadounidense o los encabezados por Jeremy Corbyn dentro del laborismo británico).

En estas confluencias, los sectores de centro-izquierda parecían aceptar la necesidad de incorporar los aires de renovación que traen las nuevas izquierdas, con su militancia, y su espíritu de confrontación y de recreación de ideales políticos. Y, desde el otro lado, las viejas y nuevas militancias del amplio

abanico de “las izquierdas” percibían que las mejores posibilidades de incidir sobre la realidad o, incluso, de acumular fuerzas para un futuro medianamente cercano, pasaban por el triunfo de estas coaliciones que impidieran la consolidación en el poder del neoliberalismo y el autoritarismo, aunque fuera a costa de moderar las políticas que se impulsarían una vez a cargo del Estado. Estas nuevas coaliciones fueron exitosas electoralmente y obtuvieron los gobiernos de México (2018), Argentina (2019), Bolivia (2020), Perú (2021, aunque no duró siquiera un año), Honduras (2022), Chile (2022), Colombia (2022) y Brasil (2023).

La mayor dificultad de estas alianzas fue definir un proyecto alternativo que no fuera una mera impugnación al modelo neoliberal. Con todo, este rechazo, si hubiera sido claro (no siempre lo fue o, más bien, en general no lo fue), permitía delimitar tres ejes político-ideológicos centrales para este posible proyecto: en primer lugar, la denuncia de que, detrás del discurso “promercado”, en realidad se esconde la consolidación de monopolios y oligopolios que impiden el despliegue de un mercado verdaderamente competitivo; en segundo lugar, el acuerdo en que esta lógica de mercado debe acotarse a determinadas áreas de la economía, mientras que otras deben ser debatidas democráticamente y planificadas desde el Estado, y, en tercer lugar, cierto consenso en que las cuestiones sociales no tienen que regirse por el mercado (como la educación, la salud, la equidad entre los géneros, el uso del suelo o el cuidado del medioambiente, por dar solo los ejemplos más evidentes). Sin embargo, estos principios no alcanzaron para conformar un programa alternativo.

Era imprescindible que estas coaliciones construyeran espacios colectivos y democráticos para el debate y la elaboración de un programa común. Pero en este punto surgió una tensión al interior de las coaliciones de centro-izquierda e izquierda, al menos para el caso latinoamericano, vinculado al carácter “jacobino” que predominaba en muchas de estas coaliciones, en especial en la primera ola de gobiernos progresistas. Para subsanar o trascender representaciones de clase demasiado ganadas por la resignación o la burocratización, también para superar cierta apatía política generalizada, varias de estas alianzas desarrollaron ese carácter: un grupo dirigencial relativamente pequeño, sumamente ejecutivo y decidido (aunque en algunos países fueron más timoratos) y con cierta independencia de las distintas clases sociales. Pero, sobre todo, lo desplegaron para empujar o disciplinar a la burguesía que, como ya hemos visto, tendió siempre a evitar la conciliación de clases, y para obligarla a reinvertir sus ganancias (evitando la fuga de sus capitales hacia el exterior). Esta

actitud generó diversas tensiones entre la dirección “jacobina” y las clases y sus representantes. Para comprender mejor esto debemos regresar brevemente a Gramsci y analizar sus apreciaciones sobre el fenómeno “jacobino”. En los Cuadernos reivindica la capacidad de esta fuerza política para imponerse por encima de la conciencia de las clases y, mediante la acción estatal, consolidar los proyectos transformadores, a través “de crear hechos consumados irreparables, empujando a la burguesía a fuerza de patadas en el trasero, por parte de hombres extremadamente enérgicos y resueltos”.[46]

Las fuerzas de centro-izquierda e izquierda que estuvieron en el poder estatal en América Latina durante las dos primeras décadas de este siglo presentaron algunas características “jacobinas”: cierta independencia de la clase, impulsando proyectos que excedían los niveles de conciencia de las direcciones corporativas de la burguesía industrial y de los trabajadores, y la búsqueda de la unidad del sujeto político popular.[47] En la actualidad, al analizar estas experiencias para pensar la estrategia política de las nuevas coaliciones, resulta útil tener presentes cinco tensiones propias de la relación entre “jacobinismo” y clases sociales, que no deberían ser conceptualizadas como contradicciones insalvables sino, por el contrario, como “tensiones creativas” que se despliegan en todo proceso emancipatorio.[48]

En primer término, existe una tensión entre la lógica política jacobina y la dinámica de la representación más estrecha de cada una de las clases. En los procesos latinoamericanos no faltaron desavenencias entre los dirigentes corporativos (sean sindicales, empresariales o de los movimientos sociales) y una dirección política cada vez menos vinculada con ellos. En varios casos, en los momentos claves, estas dirigencias corporativas restaron sus apoyos, contribuyendo a las derrotas de los gobiernos populares (sea en forma electoral o a través de golpes institucionales o abiertamente basados en las fuerzas armadas). Aunque también es cierto que la centralidad de lo estatal en la construcción política reforzó estas tensiones y conspiró contra la construcción del poder popular más autónomo desde las organizaciones sociales y sindicales.[49]

En segundo término, estos proyectos no dejan de depender de fracciones burguesas que tienden a brindar apoyos solo transitorios o, incluso, forzados. A nivel económico, estos programas dependen de que estas burguesías reinviertan sus ganancias, pues, de otro modo, la economía se estanca y peligran los apoyos electorales (en especial, de los sectores ubicados en el centro del espectro ideológico).[50] Y a nivel político, estas fracciones burguesas casi siempre

traicionaron en los momentos de mayor confrontación y seguramente lo volverían a hacer, pues no sienten que forman parte de estos proyectos. Por eso resulta clave la capacidad de la fuerza jacobina para dirigir a la burguesía, incorporarla al proyecto, pero también "disciplinar" su conducta.

En tercer término, se encuentra la tensión entre antagonizar o conciliar. El jacobinismo se caracterizó, en algunas de las experiencias latinoamericanas recientes, por desplegar una narrativa antagonista contra el poder económico concentrado o de oposición al establishment. De este modo, lograron generar un sentido de separación ("pueblo/oligarquía"), que politizó a sus bases militantes y simpatizantes. Esta movilización partidista intensa les permitió a algunas de estas fuerzas retornar democráticamente al poder en algunos países (como en Argentina en 2019 y en Bolivia en 2020), mientras que donde faltó este discurso confrontativo y este relato constructor de la unidad popular contra las elites, la fuerza política perdió capacidad movilizadora. Sin embargo, esta misma radicalización discursiva condujo al alejamiento de los sectores más moderados, que no se sentían a gusto en este tipo de enfrentamientos, como comentamos en el capítulo anterior para el caso argentino. En el plano electoral, esto llevó a la derrota de varios gobiernos populares. El problema es que para volver a interpelar de manera exitosa a los sectores moderados se suavizó la agonalidad de las propuestas y de los discursos e, incluso, la actitud jacobina tendió a desvanecerse. Aquí el "arte de la política" muestra toda su importancia: desplegar diversas discursividades que contengan a los que gustan de la moderación y el diálogo, al tiempo que no se pierda la agonalidad que garantiza la movilización de la fuerza propia. Se trata de aprender de la capacidad articuladora de discursos diversos que supo cultivar la derecha, como ya analizamos. Pero un jacobinismo light puede constituir un verdadero oxímoron, como ocurrió con el gobierno de Alberto Fernández.

En cuarto término, estos caminos jacobinos se caracterizan por combinar una diversidad de formas de producción de difícil articulación: un sector estatal de la economía, un sector capitalista (con diversos componentes en tensión), diversos sectores cooperativos y de la economía popular. Resulta muy difícil conciliar intereses y tradiciones político-ideológicas de actores tan disímiles, sobre todo en momentos de retracción económica, por lo que se tendió a apelar a articulaciones de tipo presidencialistas, que también generaron escasos sentimientos de representación en los sectores moderados.

No queremos dejar de señalar la quinta y última tensión que surge en torno al

sentido final del proyecto hegemónico alternativo. En el esquema (relativamente estático, pero muy didáctico) de Eric Olin Wright, toda propuesta de conciliación de clases requiere la promesa de no resolución.[51] La burguesía debe prometer no volver al "capitalismo salvaje" y vimos que solo un poder político fuerte puede "convencerla" de no hacerlo. Por su parte, el proletariado no debe avanzar hacia el "socialismo". Ahora bien, la base militante de los sectores de izquierda de la coalición difícilmente mantenga su combatividad y la aceptación de las concesiones ideológico-políticas que debe realizar en este marco, si no posee un ideal utópico que le otorgue un sentido más trascendental a estas aceptaciones coyunturales. El problema que persiste, entonces, es cómo vincular estos proyectos con una recuperación del programa socialista, de contenido anticapitalista. Cabe aclarar que esta es una dificultad de las izquierdas y no de los sectores proburgueses dentro de la coalición (más allá de que, previsiblemente, estos se opongan a darle este sentido al proyecto). Es decir, las izquierdas que forman parte de la coalición no deben "descansar" en la denuncia de "traición" o "tibieza" de los sectores moderados, sino que deben abordar seriamente las dos cuestiones centrales de esta tensión: recrear cierto ideal de sociedad socialista al que las masas puedan anhelar llegar y pensar formas de operar la transición entre el modelo "jacobino" y el socialismo.[52]

LA PANDEMIA DEL COVID-19, FALSAS EXPECTATIVAS Y AVANCES AUTORITARIOS

En este contexto complejo de crisis de hegemonía, en que confrontaban proyectos neoliberales cada vez más signados por el autoritarismo y proyectos popular-democráticos con poca claridad en sus objetivos, arribó la pandemia del COVID-19. Si bien inicialmente la necesidad del cuidado estatal ante la llegada del virus tendió a promover una mirada más positiva de lo colectivo y una crítica al individualismo e, incluso, a la situación de los sistemas sanitarios luego de años de políticas neoliberales, este no fue el balance general que dejó la pandemia en el terreno político. Es cierto que las sociedades no toleraron que se dejara morir a una parte de sus integrantes, con tal de que la economía funcionara, como pedían varios representantes del neoliberalismo. Aun así, varios fenómenos incrementaron la capacidad interpelativa de este proyecto. En parte de la ciudadanía se gestó un creciente malestar con las formas de control impuestas por el combate a la pandemia, en especial en los sectores más afectados por las prohibiciones de circulación. Al mismo tiempo, se potenciaron los procesos favorables a las actitudes más individualistas y al despliegue de la concentración económica. El mayor aislamiento favoreció las compras en línea[53] y se expandió, casi en forma instantánea, el teletrabajo. Una vida digitalizada es también una vida en la que los usuarios de las redes sociales y demás plataformas virtuales producimos información, a tiempo completo, para que se direccionen cada vez más nuestros deseos a fin de lucrar con ellos. En líneas generales, la vida a través de Internet se corporizó de un modo que hasta antes de la pandemia solo vivenciaban algunos pocos. Se profundizó una “desocialización generalizada de la existencia”.[54]

La mayor visualización de las desigualdades sociales previas, que se agravaron o se sufrieron de forma más aguda en el contexto pandémico (como el hacinamiento o la falta de conexión a Internet), no se tradujo en un mayor apoyo a proyectos políticos que promovieran la inclusión. Si inicialmente la situación de encierro pareció generar en algunos una reflexión sobre sus anteriores prácticas de consumo y, en términos más amplios, sobre el modo en el que estas definían el sentido de la vida y de sus preferencias culturales, en general estas

reflexiones no se volcaron a lo colectivo, sino hacia objetivos más bien individualistas.[55] Cuando el aislamiento obligatorio terminó, enormes deseos de consumo antes reprimidos se desplegaron y mucha gente procuró, no solo "volver a la normalidad", sino "disfrutar más de la vida", con una fuerte despreocupación por lo colectivo.

Hasta que se alcanzó la vacunación masiva, en los países europeos y parte de los americanos, en la segunda mitad de 2021, las estrategias más exitosas frente a la pandemia fueron aquellas que procuraron la eliminación total de la circulación del virus. Estas medidas lograron un número muy pequeño de fallecimientos por habitantes. Así, para mediados de marzo de 2021, los países que aplicaron esta estrategia tenían una muy baja cantidad de fallecimientos acumulados por COVID-19 por millón de habitantes (como Vietnam, China, Nueva Zelanda y Australia). Además, el rápido control también posibilitó volver a autorizar la apertura de casi todas las actividades, de modo que sus economías fueron las que menos se resintieron por la pandemia. Considero que la clave para explicar por qué, en el resto de los países, la clase dominante no impulsó estas estrategias de eliminación del virus está en que las políticas necesarias para hacerlo iban a contramano de los elementos que moviliza el neoliberalismo en pos de una dominación no hegemónica: incrementar el papel del Estado, reclamar paciencia (contraria al inmediatismo consumista), desarrollar actitudes responsables por parte de la ciudadanía, compartir y comprender análisis racionales (lejos de los irracionalismos, hoy en boga) y apelar al cuidado colectivo, en el que se pospusiesen libertades individuales en favor de la salud del conjunto (algo totalmente opuesto al discurso del odio y el egoísmo).

Por eso, la mayoría de las fuerzas políticas de derecha, de los comunicadores massmediáticos y la parte de la ciudadanía ganada por posiciones autoritarias o "apolíticas" se inclinaron por las estrategias de mitigación del COVID-19, cuando no realizaron una directa minimización o negación de la importancia de la pandemia y/o la búsqueda (más o menos explícita) de la "inmunidad de rebaño". Los ejemplos de Bolsonaro, Trump y, en menor medida, Johnson grafican este derrotero en los gobiernos de Brasil, Estados Unidos y Gran Bretaña. Estas actitudes de sabotaje a las estrategias de supresión de la circulación o, directamente, negacionistas contribuyeron a polarizar aún más el clima político.

[1] Las cuestiones conceptuales, que presentamos brevemente a continuación, se desarrollan en Javier Balsa, "El problema del sujeto en las luchas por la hegemonía: ¿clase o proyecto?", en Laura Huertas y Fabián Villarraga (comps.), Ante la astucia del zorro. Estudios sobre hegemonía, cultura política y procesos de subjetivación en la teoría y en los casos, La Plata, Extramuros, 2022. Existe una versión en línea publicada en La Tizza: <medium.com>.

[2] Sobre esta cuestión puede consultarse Javier Balsa, "La crítica al objetivismo y la propuesta epistemológico-política contenida en el Cuaderno 11", en International Gramsci Journal, vol. 2, núm. 4, 2018, pp. 3-36.

[3] De todos modos, siempre habrá, aunque sea en los márgenes de la opinión pública, grupos que critiquen al proyecto hegemónico; pues nunca la hegemonía puede ser completa. Siempre existe, en realidad, una lucha por ella.

[4] Juan Carlos Portantiero, "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", en Pasado y Presente, núm. 1 (nueva serie), 1973, y del mismo autor, "Economía y política en la crisis argentina", en Revista Mexicana de Sociología, núm. 2, 1977.

[5] Por ejemplo, la burguesía puede poner en riesgo su propia existencia como clase al estimular que las mayorías opten por un camino socialista; o, al buscar objetivos radicales de largo plazo, las clases subalternas pueden dividir sus apoyos en diversas fuerzas progresistas, de modo que se facilite la instauración de un gobierno neoliberal extremo que atropelle muchas de sus conquistas sociales previas.

[6] Acerca de cómo se imbrican estos espacios de sociabilidad con los encuentros más ideológicos y políticos, véase Flávio Henrique Calheiros Casimiro, A nova direita. Aparelhos de ação política e ideológica no Brasil contemporâneo, San Pablo, Expressão Popular, 2018, pp. 205-232.

[7] Sobre este tercer plano de la construcción de la hegemonía, distinto del doctrinal-ideológico y del de las alianzas de clase, puede leerse lo que entonces denominé "tercera lógica de la hegemonía", en Javier Balsa, "Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía", en Theomai, núm. 14, segundo semestre de 2006.

[8] Luc Boltanski y Ève Chiapello, El nuevo espíritu del capitalismo, Madrid, Akal, 2002.

[9] Richard Sennett, La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Barcelona, Anagrama, 2000.

[10] Este fenómeno es también impulsado por la fragmentación de la opinión pública en "burbujas informativas" potenciadas por los algoritmos propios de las redes sociales digitales, tal como se analiza en Ernesto Calvo y Natalia Aruguete, Fake news, trolls y otros encantos, Buenos Aires, Siglo XXI, 2020. Considero que la fragmentación extrema de la opinión pública podría disolver por completo esta arena común y, en ese caso, obligarnos a repensar toda nuestra teorización sobre la dinámica política moderna y la teoría de la hegemonía en particular.

[11] Juan Samaja, Epistemología y metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica, Buenos Aires, Eudeba, 1994, y Hugo Zemelman, Los horizontes de la razón, Barcelona, Anthropos y El Colegio de México, 1992.

[12] Colin Crouch, La extraña no-muerte del neoliberalismo, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012, p. 226.

[13] Se pueden encontrar más detalles sobre el concepto de "crisis" en Gramsci y la diferenciación entre distintos tipos de crisis en sus escritos carcelarios en Javier Balsa, "Crisis? What Crisis? Los tipos de crisis en Gramsci y la interpretación de la crisis de hegemonía actual", en Materialismo Storico, vol. 9, núm. 2, 2020, pp. 326-372.

[14] Thomas Piketty, Capital e ideología, Buenos Aires, Paidós, 2019, p. 51.

[15] Incluimos dentro del esquema socialdemócrata a diferentes proyectos políticos (independientemente de su denominación) que, a mediados del siglo XX, se basaron en la conciliación de clases para lograr reducir las desigualdades dentro de modelos capitalistas de sociedad, tal como los engloba Thomas Piketty, op. cit.

[16] Council of Economic Advisers, Issue Brief. Benefits of Competition and Indicators of Market Power, 2016, p. 5, disponible en línea: <obamawhitehouse.archives.gov>.

[17] Thomas Piketty, op. cit., pp. 819 y 820.

[18] Subcommittee on Antitrust, Commercial and Administrative Law of the Committee on the Judiciary, Investigation of Competition in Digital Markets. Majority Staff Report and Recommendations, Washington, U.S. House of Representatives, 2020.

[19] Así, ya en 2011, un núcleo de 147 empresas estrechamente vinculadas entre sí eran capaces de controlar el 40% del total del valor de las 43.000 empresas transnacionales, según Debora Mackenzie y Andy Coghlan, "Revealed-the Capitalist Network that Runs the World", en New Scientist, 19 de octubre de 2011. Y las 737 compañías principales controlaban el 80% del valor total de estas empresas, según el análisis de Stefania Vitali, James Glattfelder y Stefano Battiston, "The Network of Global Corporate Control", en PLOS ONE, vol. 6, núm. 10, 2011.

[20] Ya en 2019, es decir, antes de la llegada de la pandemia del COVID-19, las ventas minoristas por e-commerce eran el 12% del total de estas ventas en los Estados Unidos, cuando en 2010 habían constituido solo el 4 por ciento.

[21] Peter Phillips, Megacapitalistas. La elite que domina el dinero y el mundo, Buenos Aires, Roca, 2019, pp. 54-61.

[22] Colin Crouch, op. cit.

[23] Thomas Piketty, op. cit., p. 846.

[24] Wendy Brown, En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente, Buenos Aires, Tinta Limón, 2020.

[25] Colin Crouch, op. cit.

[26] En nuestras investigaciones sobre los procesos de concentración en la producción agropecuaria en Argentina, detectamos esta actitud de profunda resignación entre la burguesía mediana o pequeña. En los últimos treinta años, la cantidad de unidades productivas se redujo a la mitad en la zona más fértil del país. Sin embargo, no hubo acciones de protesta de ningún tipo o pedidos de una política que frene o modere este proceso de concentración. El odio a la intervención estatal, la confianza "en los mercados" y la celebración del "avance tecnológico" dejaron a estas

fracciones de clase totalmente desarmadas frente al avance de las empresas más grandes. Su único refugio fue convertirse en los pequeños rentistas que alquilan sus campos a esas empresas. Véase Javier Balsa y María Dolores Liaudat, “La investigación del consenso en las luchas por la hegemonía: una propuesta metodológica y su ejemplificación en el agro pampeano actual”, en Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales, vol. 10, núm. 2, 2020.

[27] Así, por ejemplo, unos ochenta “Multimillonarios para la Humanidad” han firmado una carta en la que manifiestan: “Les pedimos a nuestros gobiernos que nos aumenten los impuestos. Inmediatamente. Sustancialmente. Permanentemente”. Ya con anterioridad a la pandemia, se conformó en Estados Unidos un grupo de unos doscientos “Millonarios Patrióticos” que pedían que les subieran los impuestos.

[28] Pues, según Hanauer, “ninguna sociedad libre y abierta puede soportar este aumento en la desigualdad económica”, disponible en línea: <www.ted.com>.

[29] Theodor Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y B. Nevitt Sanford, La personalidad autoritaria, Buenos Aires, Proyección, 1965, pp. 652-654.

[30] Wendy Brown, En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente, Buenos Aires, Tinta Limón, 2020, pp. 44-53 y 195 y 196.

[31] El ejemplo tal vez más evidente de esta realidad es la relación “perfecta” entre la tasa de acceso de los jóvenes a la educación superior en Estados Unidos (incluso considerando los diplomas cortos de solo dos años) y los ingresos que poseen sus padres. En 2014, en el decil de ingresos menores, solo el 30% accedía, mientras que en el decil superior, lo hacía más del 90%. Además, los incrementos entre ambos extremos mostraban una relación lineal casi total, tal como lo analiza Piketty, op. cit., p. 53.

[32] Erich Fromm, Obreros y empleados en el Tercer Reich. Un análisis psicológico-social, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012. Fromm recién permitió en 1980 la publicación de este trabajo que había terminado a mediados de la década de 1930.

[33] Theodor Adorno et al., op. cit.

[34] Wolfgang Streeck, Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016, p. 166.

[35] Se ha ido conformando una verdadera "internacional reaccionaria", en la que se articulan dos corrientes, una más claramente neoliberal autoritaria y otra más social-identitaria, tal como lo analiza Clara Ramas San Miguel, "Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva internacional reaccionaria", en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), Neofascismo. La bestia neoliberal, Madrid, Siglo XXI, 2019, pp. 73-87.

[36] Estudios realizados en Argentina encontraron una fuerte asociación entre actitudes autoritarias y preferencia por las ideas neoliberales; véase Ezequiel Ipar, "Neoliberalismo y neoautoritarismo", en Política y Sociedad, vol. 55, núm. 3.

[37] Pablo Stefanoni, ¿La rebeldía se volvió de derecha?, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, p. 59.

[38] Véase Tom Frank, "Aquellos estadounidenses que votarán por George W. Bush. Despreciados por la 'elegancia progresista'", en Le Monde Diplomatique, edición argentina, núm. 56, febrero de 2004.

[39] Algunos estudios muestran una clara asociación entre estas actitudes anticientíficas y las identidades políticas de derecha. En Estados Unidos, había una importante diferencia entre demócratas y republicanos en la confianza en los científicos, ya antes de la llegada de la pandemia: un 43% y un 27%, respectivamente, según Cary Funk, Meg Hefferon, Brian Kennedy y Courtney Johnson, "Trust and Mistrust in Americans' Views of Scientific Experts", en Pew Research Center, 2 de agosto de 2019, disponible en línea: <www.pewresearch.org>. La receptividad a las teorías conspirativas sobre la pandemia era el doble entre los republicanos que entre los demócratas, según el estudio de Amy Mitchell, Mark Jurkowitz, J. Baxter Oliphant y Elisa Shearer, "Three Months In, Many Americans See Exaggeration, Conspiracy Theories and Partisanship in COVID-19 News", en Pew Research Center, 29 de junio de 2020, disponible en línea: <www.journalism.org>.

[40] María José Fariñas, “Supremacismo y fascismo”, en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), op. cit., pp. 115 y 116.

[41] Georg Lukács, El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler, México, Grijalbo, 1983, p. 9.

[42] La excepción más notoria parece ser la de Francia.

[43] Para dar cuenta de estos fundamentos claramente antipopulares del “antiperonismo” puede consultarse Alejandro Grimson, ¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, y para el “antipetismo”, Jessé Souza, A Elite do atraso, Da escravidão à Lava Jato, Río de Janeiro, Casa da Palavra, 2017.

[44] Peter Phillips, op. cit., pp. 228-235.

[45] Como plantea Daniel Feierstein (La construcción del enano fascista, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2019, p. 64): “El fascismo no implica necesariamente un quiebre que se da de un día para el otro sino que, como todo proceso histórico, se va construyendo y va avanzando durante años en modos de organización que aún no son fascistas pero que van instalando la legitimidad de ciertos modos de relación social que, gradualmente, hacen viable dicha salida”.

[46] Antonio Gramsci, Cuadernos de la cárcel, México, Era, 1999, t. 5, pp. 400-402 (cuaderno 19, nota 24).

[47] Martín Cortés, “Gramsci contemporáneo: ecos de la voluntad nacional-popular en América Latina”, en Las Torres de Lucca, núm. 11, 2017, p. 91.

[48] Álvaro García Linera, Las tensiones creativas de la revolución, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2011.

[49] La cuestión se agrava cuando la fuerza jacobina se caracteriza por ser eminentemente política y no desarrolla sus propias fuerzas sindicales o corrientes empresariales. Pero, incluso en los casos en los que buena parte de la dirigencia de estas fuerzas jacobinas provenga de la militancia social, surge la tensión de su potencial desvinculación de sus bases. Véanse las interesantes reflexiones sobre este tipo de tensiones formuladas por Álvaro

García Linera, op. cit.

[50] Tal como lo ha analizado, para el caso de la socialdemocracia europea, Adam Przeworski, Capitalismo y socialdemocracia, México, Alianza, 1990.

[51] Eric Olin Wright, “El poder de la clase obrera, los intereses de la clase capitalista y el compromiso de clase”, en Eric Olin Wright, Comprender las clases sociales, Madrid, Akal, 2018.

[52] Acerca de recrear la perspectiva de una transición al socialismo, resultan útiles, entre muchos otros aportes, las interesantes reflexiones de Matías Maiello, “Apuntes sobre la lucha de ideologías más allá de la Restauración burguesa”, en Ideas de Izquierda, 14 de enero de 2024, disponible en línea: <www.laizquierdadiario.com>. Y sobre las tensiones en el proceso emancipatorio, véase Javier Balsa, “Consciência crítica e processo emancipatório”, en Marcos del Roio y Leandro Galastri (comp.), Gramsci e a verdade efetiva das coisas, San Pablo, Expressão Popular, 2021, pp. 337 y 366.

[53] Así la plataforma latinoamericana Mercado Libre más que duplicó su facturación durante el segundo trimestre de 2020 con respecto al mismo período de 2019, según Natalí Risso, “Mercado Libre celebra la cuarentena”, en Página/12, 13 de agosto de 2020, disponible en línea: <www.pagina12.com.ar>.

[54] Roberto Follari, “Después del aislamiento”, en Alejandro Grimson (dir.), El futuro después del Covid-19, Buenos Aires, Jefatura de Gabinete de Ministros de Argentina, 2020, p. 14.

[55] Al menos eso ha surgido de las investigaciones realizadas sobre España y sobre Argentina, véanse Centro de Investigaciones Sociológicas, “Efectos y consecuencias del Coronavirus (I). Avance de resultados”, núm. 3298, disponible en línea: <http://www.cis.es/cis/opencms/ES/NoticiasNovedades/InfoCIS/2020/Docume y Juan Ignacio Spólita, Javier Balsa y Valeria Brusco, “Pandemia de Covid-19, subjetividades y política en Argentina”, en Cuadernos Iberoamericanos, vol. 10, núm. 2, pp. 70-73.

III. La reacción ante el progresismo

LOS FENÓMENOS NOVEDOSOS y que alcanzan cierta masividad y visibilidad, tanto en la calle como en los medios de comunicación, tienden a dificultar la observación de las reacciones que se generan contra ellos. Desde la década de 1990 asistimos a cierta "ola progresista" que impulsó una agenda de cambios sociales y culturales en un amplio abanico de cuestiones: desde una mirada mucho más tolerante hacia la diversidad sexual y el género, hasta un mayor respeto por las culturas de los pueblos originarios y el cuidado del medioambiente; pasando por los derechos de distintas minorías o grupos mayoritarios históricamente subalternizados, como las mujeres, incluido también el estímulo de la actitud crítica como un elemento central del proceso educativo. En ciertas ocasiones, esta ola se articuló dentro de cierta hegemonía neoliberal, especialmente en los años noventa, cuando el neoliberalismo se presentaba como "progresista" y "multicultural" y, a veces, desplegaba una declinación "posmoderna" habilitante de una crítica a cierta normalización vinculada a la modernidad. Y en otras, estos avances se articularon con las corrientes posneoliberales o, incluso, antineoliberales, ensayando, en ocasiones, formas de unión con un discurso "anticapitalista".[1]

Sin embargo, algunas de estas luchas o propuestas progresistas trataron de ubicarse por encima de las tensiones políticas, de modo de ganar una mayor capacidad interpelativa que les permitiera convencer a casi toda la opinión pública. En el caso argentino, esto fue especialmente importante, ya que la polarización política de las últimas décadas tendió a bloquear la percepción de cualquier convocatoria que viniese de lo que se percibiera como del "otro lado de la grieta". Por el contrario, cuando este intento de posicionamiento tuvo cierto éxito, parecía haber una enorme mayoría que acompañaba algunos de estos avances progresistas. Así, las cuestiones ecológicas, feministas y la tolerancia hacia la diversidad sexual mostraron altos niveles de acompañamiento en la opinión pública, tanto por algunas movilizaciones en las calles (como las convocadas bajo la consigna "Ni Una Menos", en contra de los femicidios, en las que participaron mujeres famosas de un amplio abanico político e ideológico) como por la forma en que la gran mayoría de los comunicadores sociales

acompañaban estos reclamos.

Además, varios de estos avances se concretaron en leyes y otro tipo de medidas que los convirtieron en derechos y políticas públicas y, siempre con limitaciones, se hicieron realidad. Así, por dar solo algunos ejemplos, tuvo lugar el reconocimiento del derecho a la tierra por parte de los pueblos originarios en la reforma constitucional de 1994; la creación de un instituto nacional contra la discriminación (INADI) en 1995; la sanción del matrimonio igualitario, que posibilitó el casamiento de personas de igual género (2010); el derecho a elegir la identidad de género (2012); la sanción de la ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) (2020) y la opción de una nomenclatura no binaria en la identidad de género (2022). En algunos casos, al estar legitimados legalmente, pero, sobre todo, al convertirse en parte de la vida cotidiana, estos avances progresistas quedaron fuera del debate y la controversia públicos. En otros, continuaron profundizando ciertas luchas.

De acuerdo con Ezequiel Ipar, este avance progresista pareció tener más fuerza en la opinión pública por un desplazamiento en el pensamiento reaccionario que, en la segunda mitad del siglo XX, con cierto cinismo, lo había conducido a resignarse frente al universalismo normativo. Sin embargo, la irrupción de las nuevas derechas radicales alteró el escenario, pues presentaron el principio de la desigualdad, el racismo, la xenofobia o la misoginia como planteos que defienden los intereses “verdaderos” de la mayoría de los ciudadanos.[2] Así, frente al avance “progresista” en diversos campos, asistimos, primero, a una silenciosa y por momentos tozuda resistencia. Las perspectivas conservadoras tuvieron cierta incapacidad para debatir estos avances en la opinión pública, al menos en los medios de comunicación. Sin embargo, la falta de enunciaciones públicas no significó que existiera un consenso generalizado.[3]

Al mismo tiempo, se fue instalando un contradiscurso de la mano de intervenciones políticamente “incorrectas”; primero en las redes, aunque también de parte de algunos comunicadores de derecha, en principio no ubicados en los canales centrales y “serios”.[4] En general, como lo ha estudiado Albert Hirschman, históricamente, todos los avances progresistas fueron acompañados de distintos tipos de reacciones conservadoras con diferentes retóricas.[5] En la actualidad, podemos observar que en ocasiones se articulan como “discurso del odio”, pero en otras despliegan una posición argumentativa sin esta marca de sentimientos tan negativos hacia el otro. Así, se desdoblan en dos modulaciones: una más agresiva y otra más cuidadosa de las formas. Finalmente, en la medida

en que el contexto político nacional, durante la presidencia de Mauricio Macri, habilitó la enunciación pública de un discurso contrario al "progresismo",[6] surgieron voces reaccionarias que actualizaron maneras de decir que parecían sacadas del "baúl de los recuerdos". Así, por ejemplo, las feministas comenzaron a ser nombradas como "feminazis" o a las comunidades originarias que reclamaban por los derechos sobre las tierras arrebatadas se las empezó a calificar de "terroristas", tanto en las redes como por parte de comunicadores.[7]

No vamos a hacer aquí un recorrido por las múltiples coyunturas y discursos que construyeron una reacción contra los diversos avances progresistas. Simplemente diremos que en la última década volvieron a potenciarse discursos xenófobos (en particular contra la inmigración de países vecinos: paraguayos, bolivianos y peruanos), racistas (no solo contra los africanos, sino contra los "negros" argentinos),[8] civilizatorio-europeocéntricos (contra lo indígena, que en Argentina se articuló con el criollismo), homofóbicos y contra toda diversidad sexual y avance de los derechos de las mujeres (instalando la idea de que todo es una "ideología de género" que busca "adoctrinar"), punitivistas (como respuesta frente al delito), autoritarios y tecnocráticos (ante el avance de la democracia y el estímulo de un espíritu crítico). También creció una discursividad reivindicadora de la última dictadura cívico-militar.[9]

El juego discursivo entre el progresismo y la reacción (neo)conservadora cobró distintas formas según las cuestiones y los momentos. Pero, en general, la posición progresista tendió a presentarse como ampliamente mayoritaria, procurando deslegitimar por completo el discurso reaccionario, al punto de considerarlo casi inexistente o, en todo caso, marginal y propio de minorías conservadoras que el propio "progreso" haría desaparecer. Como contracara de cierta eficacia de esta operación discursiva y comunicacional del progresismo, el discurso reaccionario tendió a ubicarse en la posición de la rebeldía, de lo "políticamente incorrecto". Desde allí, haciendo uso de lo que presentaba, muchas veces, como un "meme", una broma, una ironía, se permitió realizar enunciaciones sin ninguna limitación moral. Como plantean Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, los memes llevan al extremo la lógica del chiste y en este gesto, en apariencia ingenuo, vuelven enunciables planteos violentos que de otro modo no podrían ser dichos.[10] Esta falta de tabúes y de límites morales le dio una enorme ventaja a la ultraderecha o la derecha alternativa ante una izquierda mucho más cuidadosa de las formas.[11] Con todo, desde este posicionamiento discursivo, en algunos casos en los márgenes de la opinión pública, esta enunciación reaccionaria se presentó como defensora de la mayoría de la "gente

común” que era “olvidada” por las políticas progresistas; en particular, porque muchas de estas surgieron en un contexto signado por las “políticas focalizadas”. De modo que, como señala François Dubet, esto promueve que muchos sientan que “otros se benefician con un dispositivo del que yo estoy privado por ser demasiado joven, demasiado viejo, por no habitar en el barrio adecuado: por no estar en la mira”. Y, para librarse del sentimiento de ser despreciado, se pone distancia de quienes lo son aún más: el enemigo es el asistido.[12]

No siempre se construyó esta relación de pretendida mayoría progresista e impugnación rebelde reaccionaria. En algunos temas históricamente más controversiales, como la prohibición de la interrupción voluntaria del embarazo, las voces se mostraron siempre en disputa por su condición mayoritaria (nadie quiso ubicarse en el lugar de la minoría).

Por último, en algunas controversias, la actitud rebelde se instauró como la de las mayorías que impugnaban un Estado “represivo”. Este fue, gradualmente, el caso de las posiciones “anticuarentena” o contrarias a las restricciones a la circulación para frenar las olas de contagio del COVID-19. En especial, ante la inminente llegada de la segunda ola y cuando la campaña de vacunación daba sus primeros pero alentadores pasos, pudimos medir de qué manera se había logrado instalar en la ciudadanía la idea de que las mayorías estaban en contra de nuevas restricciones, aunque la cantidad y gravedad de casos llegase a ser muy alta; cuando, en realidad sucedía todo lo contrario. En una encuesta realizada en febrero de 2021, en la provincia de Buenos Aires (PBA), tanto en el conurbano bonaerense como en el resto de la provincia, y en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), se pidió a los encuestados que se imaginaran en la situación de ser presidentes de la nación y que optaran entre cuatro posibles medidas frente a aumentos potenciales en los casos de COVID y la ocupación total de las salas de terapia intensiva. Un 40% escogió aplicar una “cuarentena estricta durante un mes, para que el virus desaparezca, como hicieron en China, con policía y gendarmería en la calle para que nadie pueda salir sin autorización”; un 23% optó por “cuarentenas intermitentes de nueve días y luego veintiún días de libre circulación durante seis meses, para ir controlando la situación hasta que todos estén vacunados”; apenas un 16% escogió que “solo volvería a cerrar algunas actividades recreativas y las escuelas, pero el resto lo dejaría como ahora”; mientras que un 21% se inclinó por “solo le pediría a la población que aumentase los cuidados, pero no pondría nuevas restricciones”. Sin embargo, este 37% que solo proponía restricciones menores o ninguna medida se autopercibía como mayoría y pensaba que todos apoyarían estas

decisiones. En cambio, alrededor de la mitad de quienes sí eran mayoría y aplicarían cuarentenas consideraba que tendrían que soportar las críticas de toda la ciudadanía.[13] Los medios de comunicación habían instalado una visión distorsionada del vínculo mayoría/minoría en relación con las opiniones en torno a las políticas de cuidado.[14] Esta percepción distorsionada y su correlato en términos de dinámica grupal también se podían detectar en diversos encuentros (en espacios laborales, familiares, de amistades o reuniones escolares de padres y madres) en los que, muchas veces, se imponía esa minoría intensa por sobre una mayoría que apoyaba la continuidad de los cuidados, pero que permanecía silenciosa en los debates o frente a los comentarios jocosos.

En todo el mundo, de la mano del giro hacia posiciones cada vez más autoritarias del proyecto neoliberal —que comentamos en el capítulo II— el discurso reaccionario conservador comenzó a tomar una visibilidad evidente. Se produjo una relegitimación y, en algunos casos, incluso su institucionalización. Pese a ello, muchos de estos enunciadores institucionalizados mantuvieron su espíritu pretendidamente "rebelde", aun desde las posiciones gubernamentales (tal vez el ejemplo más notable sea el de Donald Trump). Al mismo tiempo, siguió habiendo otros enunciadores que se posicionaron "a la derecha de la derecha" y corrían cada vez más los límites de lo decible.

En el caso argentino, con la llegada al gobierno del macrismo, algunas de estas inflexiones (neo)conservadoras ocuparon lugares de enunciación estatal y consiguieron así la legitimación que la propia posición institucional brinda. Tal vez el ejemplo más claro fue Patricia Bullrich, quien, desde el cargo de ministra de Seguridad, defendió asesinatos de ladrones indefensos o de adolescentes baleados por la espalda mientras reclamaban terrenos para las comunidades originarias. En otros casos, como el de Darío Lopérfido (ministro de Cultura de CABA, director del Teatro Colón y luego agregado cultural en Alemania), jugar al límite de lo decible, cuestionando el número de desaparecidos durante la última dictadura, le significó perder sus cargos.[15]

El fracaso del proyecto macrista y el retorno al gobierno del peronismo no modificó este avance comunicacional de las posiciones reaccionarias, sino que, incluso, se incrementaron de la mano de las tensiones que surgieron en torno a la pandemia y a las medidas de control de la circulación. Varios de los comunicadores sociales que sostenían esta discursividad reaccionaria (en especial contra el feminismo, pero también en favor de la represión ilegal y del asesinato de ladrones bajo la consigna "uno menos") cobraron centralidad en

medios cada vez más importantes y ya no solo en canales de menor audiencia u horarios marginales. Como lo plantea Ezequiel Ipar, son animadores de la paranoia social que se permiten hablar en público sobre sus "otros", rompiendo todas las formas del respeto cívico, y que pregonan una violencia profundamente destructiva, en algunos casos en términos simbólicos, pero que no coloca ningún freno a la posibilidad de que se pase al plano de lo real.[16] A la vez, en particular entre los jóvenes, continuó creciendo el consumo de una serie de youtubers, streamers y tuiteros de derecha, en algunos casos con destacada formación intelectual, como Agustín Laje, quien propone una estrategia de "batalla cultural", retomando una serie de elementos conceptuales gramscianos.[17] La irrupción de los libertarios en la escena política argentina desplazó la crítica al progresismo y la izquierda hacia el extremo, posicionándose claramente a la derecha del PRO.[18] De hecho, un blanco predilecto de estas nuevas derechas son los que denominan "conservadores cornudos", porque ceden frente al progresismo.[19] En Argentina, Milei dirigió esta operación de violencia discursiva, especialmente, contra Horacio Rodríguez Larreta, jefe de gobierno de CABA, referente del PRO y, hasta el año 2022, el candidato con más chances de convertirse en presidente. Por ejemplo, en la campaña electoral de 2021 lo calificó como "zurdo de mierda" y "sorete". Este desenfado extremo en las formas enunciativas, que no solo se dirigía contra Rodríguez Larreta sino contra "la casta política", concitó el interés del público más joven, que empezó a seguirlo, principalmente, a través de las redes sociales.

En qué medida todo este proceso coadyuvó a reorientar la opinión pública argentina hacia posiciones favorables a propuestas políticas conservadoras es algo difícil de estimar. Algunas evidencias muestran que, por un lado, se consolidó una minoría muy activa, promotora de valores y medidas que reconocían derechos de sectores históricamente discriminados. Resulta siempre muy difícil cuantificar cuál es la relevancia de estas minorías en el conjunto de la ciudadanía, sobre todo porque lo que existe es un continuum de posiciones y, salvo algunas cuestiones muy específicas —como la posición frente a la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo—, es imposible fijar límites claros entre, por ejemplo, quién es feminista y quién no. Aun así, contamos con algunas estimaciones diferentes, ya que en distintas encuestas formulamos preguntas sobre los mismos temas, pero de diversa forma.

En este capítulo mostramos, en primer lugar, cierta evidencia de que esta reacción ante el "progresismo" configuró una posición relativamente extendida en la ciudadanía. Para ello, analizamos las respuestas en encuestas realizadas

entre 2021 y 2023 sobre una serie de temáticas progresistas (y la correspondiente reacción conservadora): el feminismo, la propuesta de un mayor cuidado en la expresión o el llamado a ser “políticamente correctos”, el lenguaje denominado “inclusivo”, la legislación y las medidas protectoras de diversas minorías, la tradición receptiva de la inmigración (en particular, contra la proveniente de países limítrofes), las políticas de inclusión como forma de reducir el delito, el estímulo de perspectivas críticas dentro de las políticas educacionales y la promoción de medidas de reparación para con las diversas minorías (analizando en qué medida se activó como reacción un discurso de que se olvidaban de la “gente común”).

En segundo lugar, estudiamos cómo estas diversas cuestiones se han articulado entre sí, configurando ciertos patrones de respuestas conservadoras o reactivas. Del mismo modo en que también se constituyeron patrones progresistas, aunque, como veremos, predominaron la combinación de posiciones contradictorias o intermedias.

Cada uno de estos temas presenta, en general, distribuciones distintas según la edad y el género. Para agilizar la escritura, no explicitamos todas estas diferencias, pero sí las señalamos cuando resultan de una magnitud importante.

Antes de comenzar con el análisis, hacemos dos aclaraciones. Por un lado, diferenciamos tres grupos etarios, con dos cortes en los 30 y los 65 años. Para simplificar la escritura los denominamos “jóvenes”, “adultos” y “adultos mayores”, aunque sabemos que los conceptos de juventud o los distintos momentos de la edad adulta son mucho más complejos que estos cortes arbitrarios en la edad. Y, por otro lado, en cuanto a las clasificaciones de género, como fueron pocos los casos de quienes indicaron “otro género”, no los distinguimos en los análisis estadísticos (constituyen entre el 0,6% y el 0,8% de las personas que respondieron nuestras encuestas; sumaron de treinta a cincuenta casos).

EL FEMINISMO

Algunos avances sobre las cuestiones de género, concretados durante los gobiernos kirchneristas y que pasaron a formar parte de la vida cotidiana, lograron una importante aceptación generalizada; por ejemplo, el matrimonio igualitario, aprobado en 2010. Así, a comienzos de 2021, en una pregunta que años atrás podría haber sido controversial, muy pocas personas cuestionaron que las parejas homosexuales pudieran adoptar niños (solo el 7% respondió que estaba “muy en desacuerdo” y un 12% “en desacuerdo”).

Sin embargo, no ocurrió lo mismo con la IVE. Si bien fue sancionada a fines de 2020, continuó siendo controversial luego de su aprobación legal. En el caso de las mujeres, las opiniones se dividían en partes relativamente iguales; mientras que los varones estaban más en contra que a favor.[20]

Dejando de lado esta cuestión puntual, tratamos de estimar de diversas formas la adhesión o el rechazo al movimiento feminista. Encontramos que algo menos de un tercio de las mujeres estaban de acuerdo de manera clara con el feminismo. Así, por ejemplo, en enero de 2021, en una encuesta que abarcó PBA y CABA, solo al 16% de las mujeres le parecían “perfectos los reclamos de las feministas”, y un 15% decía que estaban “casi todos bien”. De modo similar, en la encuesta nacional de octubre de 2021, alrededor de un tercio acordaba con todos (12%) o casi todos (19%) los reclamos feministas.[21] En julio de 2023, algo más de un quinto de las mujeres acordaba con todo (5%) o la mayoría (17%) de lo que hacía el movimiento feminista. Cabe señalar que el nivel de acuerdo descendía cuando se preguntaba por “lo que hace” y no por “los reclamos”. Por último, en octubre de 2023, el 23% de las mujeres se sentía identificado con el feminismo y tal vez pueda sumársele una porción del 38% que escogió la opción intermedia “me gustan algunas cosas del feminismo”.

En el otro extremo, alrededor de cuatro de cada diez mujeres no acordaba con el feminismo. En la encuesta de enero de 2021, un 32% sostenía que los reclamos de las feministas eran claramente excesivos (es pertinente reparar en que podían optar por la respuesta “algunos son excesivos”, que concitó la adhesión del 37% de las mujeres). En la encuesta nacional de octubre de 2021, al 44% le parecían

excesivos sus reclamos. En julio de 2023, un 40% dijo que no estaba de acuerdo con nada de lo que hacía el movimiento feminista. Y, por último, en octubre de 2023, un 39% manifestó que no le gustaba el feminismo.

Haber relevado el tema en distintas encuestas, con diferentes preguntas, realizadas a distintas personas y en distintas coyunturas, y haber conseguido resultados relativamente similares nos permite confirmar la existencia de una polarización en torno al feminismo y a la reacción antifeminista entre las mujeres: alrededor de un tercio presenta acuerdos con este movimiento y sus reclamos, mientras que un porcentaje levemente mayor se ubica en sus antípodas. Mucho más difícil de caracterizar y cuantificar es el sector intermedio de mujeres que no se identifican con el feminismo ni lo rechazan explícitamente; pero, en líneas generales, podemos estimar que un poco más de un tercio se ubica en estas posiciones intermedias.[22]

La cuestión etaria presenta una relación compleja con el feminismo. En algunas preguntas, las diferencias eran muy marcadas y mostraban un claro incremento del feminismo entre las jóvenes. Así, el acuerdo con los reclamos de este movimiento se extendía el doble entre las jóvenes frente a las mujeres adultas.[23] Al preguntar por "lo que hace el movimiento feminista" se observó el mismo tipo de diferencias, pero menos marcadas.[24] En cambio, si la pregunta era por la identificación con el feminismo no surgían distinciones entre los grupos etarios: jóvenes (un 25%), adultas (un 21%) y adultas mayores (un 28%).

De igual modo, el grado de oposición al feminismo entre los distintos grupos etarios era diferente según el tipo de pregunta. En el posicionamiento frente a los reclamos del feminismo o a lo que hacen las feministas, pocas jóvenes eran muy críticas, pero sí lo era la mayoría de las mujeres mayores de 30 años.[25] En cambio, en términos de identificarse con el movimiento, los porcentajes de mujeres que dijeron que no les gustaban no fueron tan diferentes.[26]

Los hombres presentaban una distribución no muy distinta que las mujeres frente al feminismo. Según las preguntas, alrededor de un cuarto de los varones acordaban con este movimiento y sus reclamos, mientras que quienes eran muy críticos oscilaron entre un cuarto y casi la mitad de los encuestados. Así, en octubre de 2023, un 21% de los varones decía que le parecía bien el feminismo, un 52% que le parecían bien algunas cosas del feminismo y solo un 24% que no le parecía bien el feminismo. Dos años antes, solo el 10% de los hombres acordaron con todos sus reclamos, el 17% con casi todos, el 26% solo con

algunos y el 47% respondía que eran excesivos.[27]

Como en el caso de las mujeres, las diferencias en las respuestas según la edad no fueron constantes, sino que estaban muy determinadas por el tipo de pregunta. En este sentido, los varones jóvenes se distanciaron con mayor claridad del feminismo.[28] Sin embargo, frente a los reclamos feministas, no hubo diferencias.[29] Y, frente a lo que hacen las feministas, las discrepancias fueron menores.[30]

Otra forma de abordar las reacciones ante el feminismo fue medir la sensibilidad frente a lo que se registraba como los problemas asociados a su avance. Llamó la atención que entre los dos motivos de lo que "le da más bronca", de un listado de siete cuestiones, un 19% eligió, como una de las dos respuestas, "que algunas mujeres inculpen injustamente a los hombres aprovechándose del auge del feminismo".[31] Incluso, no se observó mucha diferencia según el género: el 16% de las mujeres escogió esa respuesta y en el caso de los hombres lo hizo el 23%. Por el contrario, solo el 9% señaló como uno de los motivos de bronca "que los hombres cobren más que las mujeres en los mismos puestos laborales". Aquí sí se observó un claro diferencial por género: el 13% de las mujeres señaló esta causa de bronca y solo lo hizo el 3% de los hombres.

En el caso de los varones, se generaron dos fenómenos que, como veremos más adelante, impactarían de modo favorable en el voto a Milei. Por un lado, algo más de la mitad de ellos sentían que tenían dificultades para relacionarse con las mujeres por culpa del feminismo.[32] Llamativamente, eran los jóvenes quienes más presentaban alguna dificultad en este sentido: solo un 40% dijo que no tenía problemas para relacionarse porque se llevaban bien con las feministas, mientras que el 47% de los adultos y el 56% de los adultos mayores escogieron esa respuesta.[33] Y, por otro lado, alrededor del 30% de los varones sentían que les faltaba una identidad propia en tanto tales. Entre los jóvenes el porcentaje que sentía que necesitaba una identidad propia se elevaba al 38 por ciento.

SE HAN OLVIDADO DE LA “GENTE COMÚN”, LA DENUNCIA DE LA “CORRECCIÓN POLÍTICA” Y EL LENGUAJE “INCLUSIVO”

Como comentábamos, una de las estrategias de la reacción conservadora fue plantear que el progresismo se había ocupado demasiado de los sectores minoritarios y se había olvidado de la “gente común”. Como lo afirma Feierstein, en la medida en que los nuevos progresismos abandonaron el universalismo, numerosos grupos de población pasaron a sentirse abandonados, en particular quienes son hombres, blancos o jóvenes, y viven con dureza la destrucción del mundo que había configurado la identidad de sus mayores. Por lo cual, han procurado recuperar su orgullo perdido, al sentirse atacados por portar características de las que no podían ni querían renegar. Todo ello los empujó hacia las interpelaciones de la nueva derecha y sus actitudes fascistas que, al menos, ofrecen una respuesta, aunque sea simplista y paranoica, a sus crisis.[34]

En octubre de 2023 preguntamos: “En las últimas décadas, se han dictado leyes y medidas para proteger los derechos de grupos específicos como, por ejemplo, los homosexuales, las mujeres, los indígenas y las personas con discapacidad. ¿Qué siente respecto a estas leyes y medidas?”. Casi la mitad escogía una de las dos opciones que incluía la proposición “se han olvidado de la gente como usted”: un 22% consideraba que “esas medidas eran necesarias, pero que fueron demasiadas y que se han olvidado de la gente como usted” y otro 22% que “esas medidas no eran tan necesarias y que se han olvidado de la gente como usted”. En el otro extremo, solo un 41% respondía que esas medidas “eran necesarias porque estos grupos habían sido históricamente discriminados. Hoy habría que promover más medidas que garanticen sus derechos”. Y, en una posición intermedia, el 15% restante optaba por la idea de que las medidas “eran necesarias porque estos grupos habían sido históricamente discriminados, pero que ya han sido suficientes y no habría que promover más medidas de este tipo”.

Las mujeres eran mucho más sensibles sobre esta cuestión: casi la mitad sostenía que eran necesarias más medidas (frente a solo un tercio de los hombres que se inclinaban por esa opción) y, por el contrario, solo un 16% de las mujeres manifestaban que la protección de estos derechos no había sido tan necesaria

(cuando el 28% de los varones daba esa respuesta). Los jóvenes eran quienes menos consideraban que había que promover más medidas y quienes más sentían que se habían olvidado de ellos y de ellas.[35] Previsiblemente, eran los varones jóvenes quienes menos reconocían la necesidad de estos derechos de las minorías: apenas un 19% pensaba que debían promoverse más medidas y el 56% opinaba que se habían olvidado de ellos y que las medidas habían sido demasiadas o directamente innecesarias.

Parte de esta actitud poco cuidadosa de las minorías también se conformaba por una crítica a la "corrección política". Se fue extendiendo un discurso contrario a tener que ser cuidadoso en las formas de hablar porque eso podía llegar a hacer sentir mal a los otros. Se consolidó una mirada muy crítica de los intentos de imponer una corrección discursiva.[36]

El éxito de este contradiscurso fue increíble: casi dos tercios de las personas no compartían que tuviéramos que cuidarnos tanto con lo que decimos. Ante la pregunta "algunas personas dicen que no pueden expresar abiertamente lo que opinan, porque les da miedo que las critiquen por ser ofensivas ya que no dicen lo "políticamente correcto", un 36% se sentía más representado por la frase "está mal que tengamos que cuidarnos tanto con lo que decimos. La gente tendría que bancarse más las opiniones aunque no le gusten", y un 27% optó por "ni un extremo ni el otro, pero en general está mal que tengamos que cuidarnos tanto con lo que decimos". En cambio, solo un 9% escogió "está bien, porque antes se decía cualquier cosa. Mucha gente se sentía discriminada y la pasaba muy mal", y un 28% "ni un extremo ni el otro, pero en general está bien que nos cuidemos un poco más con lo que decimos".

Las mujeres se manifestaban un poco más de acuerdo con la idea de que tengamos que cuidarnos al hablar para no discriminar: en su caso, las dos respuestas en favor de cuidarse sumaban el 40%, mientras que en el de los varones solo el 32%. Por su parte, los jóvenes apoyaban levemente un poco más el ser cuidadosos (el 40%, en ambas opciones de respuesta) que los adultos (el 35%) o los adultos mayores (el 36 por ciento).

Esta reacción contra el excesivo cuidado en las formas de hablar no se vinculaba con una actitud más progresista en otros aspectos. No era una rebeldía que se articulaba con una actitud menos conservadora o, al menos, individualista, sino una rebeldía que podemos considerar reaccionaria. Esto lo observamos cuando relacionamos estas respuestas con las que brindaron frente a las leyes y medidas

de protección de las minorías. Mientras que dos tercios de quienes estaban a favor de cuidarse al hablar apoyaban con claridad las medidas en favor de las personas históricamente discriminadas, solo un tercio de quienes eran críticos de la idea de tener que cuidarse al hablar lo hacía.

En Argentina, tal vez más que en otros países, algunas personas trataron de expresarse sin marcadores de género, primero escribiendo con la letra “x” (en vez de las vocales marcadoras de género “o” y “a”) y luego con la letra “e” (más propicia para la enunciación verbal). Rápidamente fue posible observar reacciones muy contrarias a esta forma de expresión. Numerosos comunicadores en los medios se burlaban de ello, se publicaron repetidas notas periodísticas contrarias y se difundieron infinidad de posteos críticos, cuando no claramente agresivos, contra este lenguaje “inclusivo”. El rechazo pasaba el nivel de la crítica y era posible registrar sentimientos de bronca, tal vez vinculados al papel identitario que las formas de hablar involucran.

Las encuestas confirmaron tanto el extendido rechazo ante esta innovación lingüística como el sentimiento de bronca que generó en buena parte de la población. En julio de 2023 solo el 3% manifestó que le encantaba “cuando escucha hablar en lenguaje inclusivo, por ejemplo, ‘les chiques o ’todes’”, y un 5% dijo que le gustaba. En el extremo opuesto, a un 35% le molestaba e, incluso, a un 26% le daba bronca. Solo un 32% respondió que le daba igual. Es cierto que entre los menores de 30 años existía una mayor tolerancia: un 47% respondió que le daba igual, pero los niveles de rechazo (bronca o simple disgusto) eran, de igual forma, mucho más elevados (un 44%) que los de aceptación (un 8%). En particular, los varones jóvenes presentaban un alto rechazo (un 51%) y casi nula aceptación (un 4 por ciento).[37]

XENOFOBIA, PUNITIVISMO Y RECLAMO DE ORDEN

Como parte de esta habilitación de discursos críticos de derecha, se instalaron opiniones duras hacia los inmigrantes, en un país que tradicionalmente había estado muy abierto a la llegada de personas de otras naciones. Como en todas las cuestiones, pero en particular en las que no hay una propuesta concreta en debate sino solo discursos con apreciaciones relativamente abstractas, la distribución de las opiniones de la población es muy sensible a la forma de realizar las preguntas. El cruce entre dos frases con sentidos opuestos en relación con la inmigración limítrofe permitió, en la encuesta de 2021 (solo PBA+CABA), observar que un 21% tenía una clara posición xenófoba, ya que estaba de acuerdo con que había que prohibir la llegada de más inmigrantes para proteger los puestos de trabajo de los argentinos, y además, estaba en desacuerdo con la frase “los bolivianos y paraguayos que vienen a trabajar merecen los mismos derechos laborales que los argentinos”. En la posición opuesta, estaba el 28% que defendía los derechos laborales de los inmigrantes y, al mismo tiempo, se oponía a que se prohibiese la llegada de nuevos inmigrantes.[38]

En 2023, se demostró que menos de un tercio sostenía una posición abiertamente antixenófoba: preguntados por “los inmigrantes que vienen de Bolivia y Paraguay”, apenas un 29% optó por la respuesta “hay que darles un trato igual al que tienen los argentinos”. En cambio, un 17% respondió que “habría que hacer que muchos se vuelvan a sus países de origen”, un 8% que “habría que prohibir la llegada de más inmigrantes”, y un 46% que “habría que permitirles que se queden pero que paguen por los servicios públicos que usen”, como si no pagaran impuestos viviendo en Argentina.

Por otro lado, el drástico proceso neoliberal de los años noventa y el surgimiento de una alta desocupación estructural generaron un claro incremento del delito y, con ello, se configuró la “inseguridad” como un problema nuevo pero que no logró erradicarse desde entonces, ni siquiera cuando el país volvió a crecer luego de la crisis de 2001 y hubo políticas para reducir los efectos de la marginación. Frente a ello, el discurso reaccionario (neo)conservador hizo de la “inseguridad” uno de sus temas preferidos. Cargó contra lo que denominaron “el garantismo”, proponiendo endurecer las penas para los delitos contra la propiedad, e incluso

elogiaron “meterles bala a los delincuentes”.

Al preguntar por una primera y una segunda medida para reducir el delito, en julio de 2023, observamos que la sociedad argentina estaba dividida en cuatro cuartos: uno que se inclinaba por dos medidas punitivistas (sobre todo promover leyes más duras y, con menor importancia, poner más policías en las calles); otro que, en cambio, optaba por dos políticas de inclusión social (en especial generar más oportunidades de trabajo o, algunos pocos, urbanizar las villas); otro que escogía una medida inclusiva en primer lugar y una punitivista en segundo, y el cuarto restante elegía una medida punitivista como primera y una inclusiva como segunda. No había importantes variaciones por edad, aunque los jóvenes eran levemente más punitivistas. Tampoco había mucha diferencia entre géneros, aunque los varones eran un poco más punitivistas que las mujeres.

Si las posiciones estaban divididas en cuanto al punitivismo o la integración social con respecto a que la policía cometiera actos ilegales para resolver crímenes, solo había una minoría que lo avalaba. Ante la frase de que “a veces, para resolver algunos crímenes, es necesario que la policía realice procedimientos ilegales”: solo un 6% respondió “muy de acuerdo” y un 11% “de acuerdo”; en cambio, un 22% optó por “ni en acuerdo ni en desacuerdo” y el 60% restante estaba en desacuerdo o muy en desacuerdo (en julio de 2021).

Por otra parte, frente al estímulo de las actitudes críticas, en especial en los contextos educativos, la reacción conservadora ha estado pregonando la necesidad de volver a instalar el orden y la autoridad sin que se permita la discusión en las aulas. En ese sentido, en la encuesta de enero de 2021 (PBA + CABA), casi seis de cada diez personas estaban “muy de acuerdo” (un 26%) o “de acuerdo” (un 32%) con la frase “la vida en sociedad requiere que los niños aprendan a respetar a la autoridad sin discutirles a los adultos”. También solo un cuarto acordaba con la idea de que “las tomas y protestas en los colegios sirven a los estudiantes para aprender prácticas democráticas”, mientras que más de la mitad se oponía: estaban en desacuerdo (un 35%) o muy en desacuerdo (un 19%). Sin embargo, en una pregunta similar en torno al orden escolar pero formulada en forma distinta, en julio de 2023, solo un 22% optaba por la idea de que “las autoridades deben imponer el orden y los estudiantes tienen que acatarlo sin críticas”, un 44% por la opción “es importante que haya un poco de orden, pero también que los estudiantes puedan formular críticas” y un 34% por “los docentes deben estimular el espíritu crítico y la participación de los alumnos en los centros de estudiantes”.

PATRONES DE RESPUESTAS CONSERVADORAS O PROGRESISTAS

A esta altura, podremos preguntarnos si estas opiniones o valoraciones se vinculaban entre sí y configuraban ciertos patrones de respuestas relativamente repetidos, o si cada persona producía combinaciones específicas de modo que no era posible encontrar muchas regularidades en la asociación de respuestas. Explorar la existencia de patrones o "síndromes" fue una de las preocupaciones surgidas en el comienzo del empleo de encuestas en las ciencias sociales. En la década de 1930, para analizar un conjunto de preguntas que abordaban la cuestión del autoritarismo o las posiciones críticas y encontrar "síndromes", Erich Fromm construyó una metodología que identificaba patrones de respuestas que emplearemos en el siguiente capítulo. Dentro de esta misma tradición, unos años más tarde, Theodor Adorno construyó diversas escalas para medir el grado de autoritarismo, antisemitismo y conservadurismo en la investigación colectiva sobre la personalidad autoritaria realizada en Estados Unidos.[39] Aquí, retomamos esta perspectiva de elaborar escalas que midan con mayor precisión, de acuerdo con un conjunto de preguntas, cuán progresista o cuán conservadora es una persona.

Con miras a facilitar la comprensión, comenzamos por mostrar la relación en las respuestas a dos preguntas y analizar si quienes respondían en un sentido progresista una pregunta también lo hacían en el mismo sentido en la otra.[40] Para dar un ejemplo, entre quienes no estaban nada de acuerdo con lo que hacía el movimiento feminista, casi todos sentían bronca (el 45%) o les molestaba (el 43%) escuchar hablar en lenguaje inclusivo, tal como se observa en la anteúltima columna de la derecha del cuadro III.1. En esa misma columna se puede ver que a casi nadie que estuviera en desacuerdo con el feminismo le gustaba (un 1%) o le encantaba (un 0%) esa forma de hablar. En cambio, en la primera columna de la izquierda se puede observar que entre quienes estaban de acuerdo con todo lo que hacían las feministas, al 24% le encantaba el lenguaje inclusivo y al 18% le gustaba. De este modo, es posible observar si existían patrones de relación entre las respuestas a dos preguntas. Y podríamos hablar de personas "feministas y favorables al lenguaje inclusivo", "feministas y contrarias al lenguaje inclusivo", "contrarias al feminismo y al lenguaje inclusivo", y así (en principio, el cuadro

III.1 nos genera veinte combinaciones distintas, aunque algunas presentan porcentajes tan pequeños de casos que podrían ser dejados de lado).

Para poder visualizar la relación entre todo un conjunto de preguntas a la vez (lo cual sería imposible a través de este tipo de cuadros) contamos con una medida que sintetiza en un solo número cuánto se relacionan dos cuestiones si, al menos, las respuestas presentan un orden jerárquico. Por ejemplo, en las dos preguntas del ejemplo anterior, había un orden creciente. Esto nos permite calcular un coeficiente de correlación que mide en qué medida cuando las personas presentan un valor elevado en una respuesta también lo brindan en la otra.[41] Si, además, les damos valores numéricos a las respuestas, podemos tener un coeficiente de correlación con algunas ventajas matemáticas y un ajuste más preciso que el meramente jerárquico en la calificación de las respuestas (es el coeficiente de Pearson, usualmente llamado coeficiente de correlación). Por ejemplo, a las respuestas sobre el feminismo les asignamos valores de 100 cuando los entrevistados no estaban de acuerdo con nada de lo que hacían las feministas, de 66 cuando solo acordaban con algunas cosas, de 33 cuando acordaban con la mayoría y de 0 cuando acordaban con todo lo que hacían (el orden es inverso porque medimos el grado de conservadurismo). En el caso del lenguaje inclusivo, les asignamos un 100 si les daba bronca, un 75 si les molestaba, un 50 si les daba igual, un 25 si les gustaba y un 0 si les encantaba.[42] Esto permite calcular un coeficiente de correlación que resulta, en el caso de estas dos preguntas, de 0,59, y muestra que existía una relación bastante alta entre ambas preguntas. Este coeficiente mide la relación lineal entre dos variables, teniendo valor 1 cuando una sube a la par que la otra. La forma de graficar esta relación es con un gráfico de dispersión, en el que una variable se ubica en un eje horizontal y otra en uno vertical, y se coloca una marca en la intersección de cada caso. Lo veremos en detalle en el capítulo V. Asimismo, en el apéndice III se pueden consultar todas estas cuestiones metodológicas con mayor precisión.

CUADRO III.1. Relación entre evaluación del feminismo y actitud frente al lenguaje inclusivo (porcentaje dentro de ¿qué piensa del movimiento feminista?)

Cuando escucha hablar en lenguaje inclusivo, por ejemplo “les chiques” o “todes”, ¿le gusta o le molesta
Me gusta
Me da igual
Me molesta
Me da bronca
Total

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Tenemos así un valor que nos permite visualizar rápidamente la relación entre varias preguntas a la vez. Por ejemplo, en el cuadro III.2, podemos ver la relación existente entre cinco cuestiones que preguntamos en julio de 2023 y que hemos comentado a lo largo de este capítulo. Se observa que en todos los casos hay una asociación: cuando las respuestas eran más conservadoras en una pregunta, tendía a haber respuestas conservadoras en la otra. De todos modos, no eran relaciones muy fuertes (oscilaban en torno a 0,3), excepto entre feminismo y lenguaje inclusivo.

El mismo análisis, con mayor detalle, se puede realizar para nueve de las cuestiones relevadas en la encuesta de enero de 2021. En el cuadro III.3, vemos de nuevo asociaciones importantes entre casi todas las preguntas, aunque no muy elevadas. Es posible apreciar que los coeficientes eran bajos en el caso del derecho de los homosexuales a adoptar niños. Sucede que, como comentamos, estaba muy aceptado y, por lo tanto, la correlación es baja con las otras preguntas, pues siempre hubo respuestas positivas (que interpretamos como progresistas), aunque en las otras preguntas las respuestas hayan sido más bien conservadoras. También es un poco baja la relación del resto de las variables (excepto el feminismo) con la crítica al lenguaje inclusivo, pero en este caso por el motivo opuesto: el rechazo era muy alto aun cuando las respuestas eran progresistas en las otras preguntas.

CUADRO III.2. Coeficiente de correlación entre variables de cuestiones del eje progresismo/conservadurismo

	Feminismo	Lenguaje inclusivo	Orden en la escuela	Inmi
Feminismo	1	0,590	0,327	0,31

Lenguaje inclusivo		1	0,346	0,34
Orden en la escuela			1	0,31
Inmigrantes				1
Delito				

Feminismo: ¿Qué piensa del movimiento feminista?

Lenguaje inclusivo: Cuando escucha hablar en lenguaje inclusivo, por ejemplo “les chiques” o “todes”, ¿le gusta o le molesta?

Orden en la escuela: Para usted, ¿cómo sería mejor la escuela secundaria?

Inmigrantes: En relación con los inmigrantes que vienen de Bolivia y Paraguay, ¿cuál de las siguientes frases se aproxima más a lo que usted piensa?

Delito: Imagínese que usted fuera el presidente y tuviera que elegir una medida para reducir el delito, ¿cuál de estas medidas tomaría? En la siguiente pregunta puede elegir una segunda medida.

(En el apéndice II se detallan los valores otorgados a cada respuesta.)

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Una última cuestión metodológica. Convertir las respuestas en números tiene, al menos, otra ventaja, además de poder medir la relación lineal entre dos preguntas. Podemos sumar las respuestas a varios interrogantes y construir una escala más precisa y, a la vez, más segura. Una escala es la combinación de varias preguntas a fin de caracterizar con mayor precisión un caso (una persona) en un conjunto unificado de cuestiones y poder decir, por ejemplo, cuán progresista o conservadora es. Estas escalas presentan dos beneficios para el análisis. Por un lado, con un solo valor podemos sintetizar varias preguntas y, por el otro, la caracterización de la persona no dependerá de una sola pregunta, en la que puede tener justo una opinión particular muy diferente de la que presenta en el resto de las cuestiones.[43] En el apéndice II se detalla qué preguntas entraron en cada una de las escalas y el puntaje que les dimos a las distintas respuestas.

CUADRO III.3. Coeficiente de correlación entre variables de cuestiones del eje

progresismo/conservadurismo

	Antivillas	Antiinmigrantes	Antiinclusivo	Respetar	Inmigrant
Antivillas	1	0,367	0,324	0,358	0,262
Antiinmigrantes		1	0,220	0,409	0,565
Antiinclusivo			1	0,224	0,147
Respetar				1	0,272
Inmigrantes					1
Homosexuales					
Tomas					
Punitivismo					
Feministas					

Antivillas: Para evitar el crecimiento de las villas miseria el Estado debería impedir por la fuerza que se produjeran nuevos asentamientos.

Antiinmigrantes: Para proteger los puestos de trabajo de los argentinos, habría que prohibir la llegada de más inmigrantes.

Antiinclusivo: El lenguaje inclusivo es una moda estúpida.

Respetar: La vida en sociedad requiere que los niños aprendan a respetar a la autoridad sin discutirles a los adultos.

Inmigrantes: Los bolivianos y paraguayos que vienen a trabajar merecen los mismos derechos laborales que los argentinos.

Homosexuales: Está bien que las parejas de homosexuales puedan adoptar niños.

Tomas: Las tomas y las protestas en los colegios les sirven a los estudiantes para aprender prácticas democráticas.

Punitivismo: Imagínese que usted fuera el presidente y tuviera que elegir una medida para reducir el delito, ¿cuál de estas medidas tomaría? En la siguiente pregunta puede elegir una segunda medida.

Feministas: ¿Qué le parecen los reclamos de las feministas?

FUENTE: encuesta de enero de 2021 (3.244 casos, alcance PBA+CABA), véanse detalles en el apéndice I.

Por ejemplo, la persona 1274, de la encuesta de julio de 2023, presenta un valor de 76,6 de la escala de conservadurismo porque, por un lado, respondió de forma claramente conservadora en tres cuestiones: no estaba de acuerdo con nada de lo que hacen las feministas (100 puntos), le daba bronca el lenguaje inclusivo (100 puntos) y escogió dos medidas punitivistas para combatir el delito (100 puntos). Y, por otro, porque fue moderada en las respuestas por las que optó en las otras dos: consideró que en la escuela secundaria es importante que haya un poco de orden, pero también que los estudiantes puedan formular críticas (50 puntos), y que a los inmigrantes de Bolivia y Paraguay habría que permitirles que se

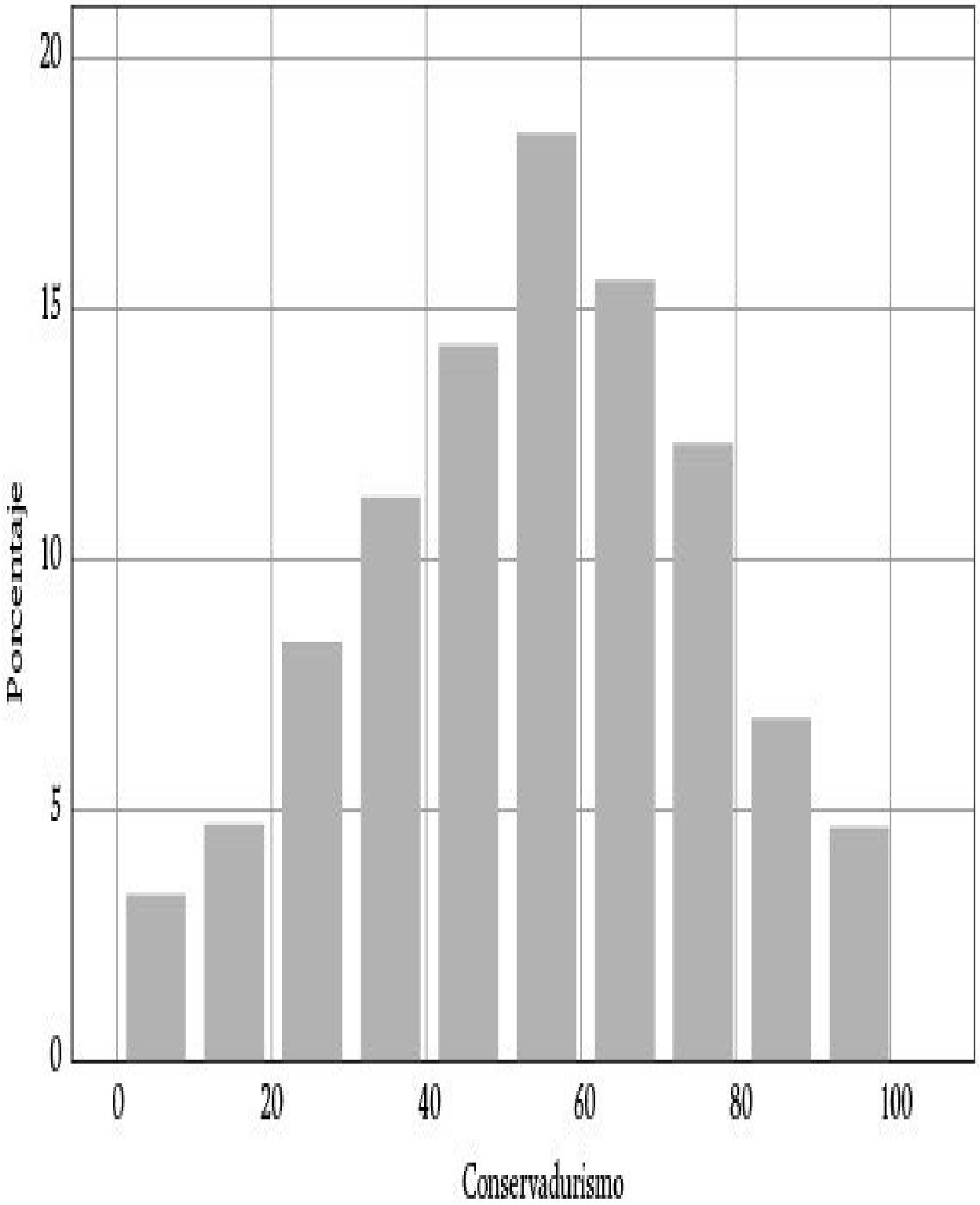
quedasen pero que pagasen por los servicios públicos que usen (33 puntos). Esta persona sumó entonces 383 puntos en cinco cuestiones, con un valor promedio de 76,6.

Y, para dar un ejemplo diferente, el caso 1284 tiene un valor en la escala de conservadurismo de 35, porque respondió tres cuestiones en forma claramente progresista, pero otras dos en forma conservadora. En cuanto a las medidas contra el delito optó por dos de tipo integrador (0 puntos), consideró que a los inmigrantes hay que darles un trato igual al que reciben los argentinos (0 puntos), y en la escuela secundaria opinó que los docentes deben estimular el espíritu crítico y la participación de los alumnos en los centros de estudiantes (0 puntos), pero también dijo que no estaba de acuerdo con nada de lo que hacen las feministas (100 puntos) y que le molestaba el lenguaje inclusivo (75 puntos). En total, sumó 175 puntos, con un promedio de 35 puntos.

Tenemos ahora un único valor para cada persona que indica cuán progresista o conservadora es en sus respuestas a un conjunto de preguntas. Podemos ver, entonces, cómo se distribuían los casos, si se concentraban en las posiciones más extremas o si, más bien, en las intermedias, y si había alguna tendencia hacia el predominio del conservadurismo o del progresismo. En julio de 2023, en la escala de seis preguntas, obtuvimos que un 12% de los encuestados era progresista (con valores por debajo de 25 puntos en conservadurismo), un 30% algo progresista (entre 25 y 50 puntos), un 39% algo conservador (entre 50 y 75 puntos) y un 19% conservador (con más de 75 puntos). El valor promedio era de 54 puntos y la mediana (el valor que divide la cantidad de casos por la mitad) era similar, 55 puntos, es decir, bastante equilibrado, con una levísima tendencia hacia el conservadurismo.

Tal como se observa en el gráfico III.1, las posiciones extremas constituían dos pequeñas minorías que presentaban valores claramente progresistas o claramente conservadores (como sabemos eran dos minorías muy activas). En cambio, la gran mayoría se encontraba en valores intermedios de la escala.[44] La distribución se acercaba bastante a la forma acampanada (o de una distribución normal), con pocos casos en los valores extremos.

GRÁFICO III.1. Distribución de los casos en la escala de conservadurismo


20
15
10
5
0
Porcentaje
0
20
40
60
80
100
Conservadurismo

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Las distribuciones en las otras dos escalas de conservadurismo que construimos (con la encuesta de enero de 2021 y la de octubre de 2023) eran similares, con promedios de 51 y 53 puntos, respectivamente, y medianas de 54 y 50 puntos.

Tal vez lo más importante que muestra esta distribución en forma de campana es que no existían grupos numerosos que sostuvieran posiciones sólidamente progresistas o muy conservadoras en el conjunto de los temas relevados. En cambio, predominaban las personas con posturas intermedias, ya sea porque mantuvieran opiniones moderadas en la mayoría de los temas, o porque en algunas cuestiones fueran bastante progresistas y en otras más bien conservadoras. Esta preponderancia del "centro" tuvo importantes consecuencias a la hora de generar cierta fluidez en la conducta electoral. Probablemente, si hubieran predominado los grupos polares, los candidatos posicionados en un extremo habrían recibido el rechazo de amplios sectores entre quienes sus ideas fueran claramente resistidas.

Las diferencias en los valores en la escala entre los distintos sectores sociales, que comentaremos a continuación, eran todas relativamente leves, pues, aunque había diferencias en los valores promedio en la escala, cuando observamos cómo se distribuían los casos, predominaban los valores intermedios. Para entender bien esta cuestión, que vuelve al analizar otros puntos, necesitamos otra breve explicación sobre cómo se pueden comparar distribuciones de una variable numérica (en este caso de la escala de conservadurismo) entre diferentes categorías (por ejemplo, de género). Tenemos un número que brinda un primer indicio, el valor promedio; no obstante, podría suceder que, al comparar entre varones y mujeres el promedio fuera distinto, pero que la mayoría de los varones tuvieran valores similares a la mayoría de las mujeres. De allí el interés de comparar no solo un número de síntesis, sino de visualizar la distribución de los casos. Los gráficos de caja (o box-plot, en inglés) son sumamente útiles para una rápida comparación.

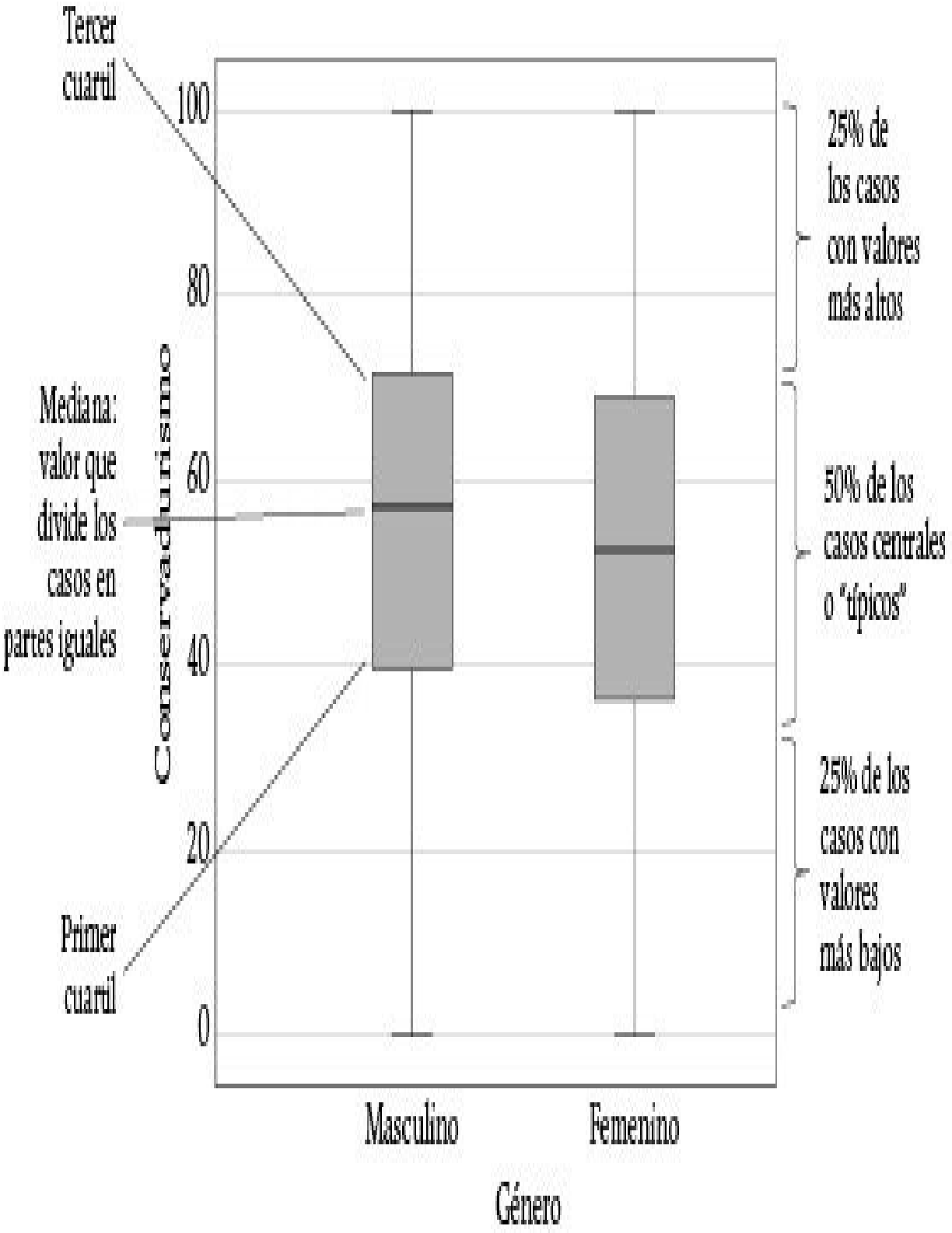
Para la confección del gráfico de cajas se usan, en principio, tres medidas básicas: la mediana (que es el valor que divide los casos en partes iguales), el

primer cuartil (que es el valor que deja por debajo a un cuarto de los casos) y el tercer cuartil (el valor que deja por debajo tres cuartos de los casos). Así, se grafica una caja que encierra los casos ubicados entre el primer y el tercer cuartil, como se ve en el gráfico III.2. Es decir, el 50% de los casos más comunes, que llamaremos “típicos”. También se marca con una línea horizontal la mediana. Y luego, se trazan líneas verticales (bigotes) hasta que existan casos, para mostrar cómo se distribuyen el cuarto inferior y el cuarto superior. Solo se detiene la línea para diferenciar los casos “extremos”, si los hubiera, y se identifica a cada uno con un círculo pequeño. Se consideran casos “extremos” o “atípicos” aquellos que están por debajo de 1,5 veces la distancia intercuartil (la caja) desde el primer cuartil (límite inferior de la caja), o 1,5 veces esta distancia por encima del tercer cuartil.

Lo que este tipo de gráficos permite visualizar con facilidad es cómo se distribuyen los casos típicos. Estos son los que más interesan, pues en la complejidad de la dinámica social, siempre hay casos que pueden pensar de modos muy diferentes que la mayoría y esto dificulta la visualización de las diferencias.

En el caso del impacto del género en el nivel de conservadurismo (o progresismo) de la persona encuestada, el promedio indica que las mujeres eran un poco más progresistas, con un valor promedio en la escala de 52 puntos, frente al 56 de los hombres. Con todo, la distribución de la mitad de las mujeres típicas era muy similar a la de los hombres típicos, como se ve en el gráfico III.2. Por eso decimos que las diferencias eran leves. Y lo mismo acontecía con las demás cuestiones que vamos a comentar, pero que por una cuestión de espacio no incluimos en los gráficos. Si quisiera observarse un gráfico en el que fuera visible que existen distribuciones de los casos muy diferentes según una variable categórica, podría verse el gráfico VII.4. La distribución de las personas en esta misma escala de conservadurismo, según votaran a los candidatos de Unión por la Patria o a Milei o Bullrich, en las elecciones primarias de 2023, eran muy distintas. Por lo tanto, las “cajas” no presentan solapamientos: los casos típicos de ambos conjuntos de votantes eran completamente distintos.

GRÁFICO III.2. Nivel de conservadurismo según género


Tercer cuartil
Mediana: valor que divide los casos en partes iguales
Primer cuartil
Conservadurismo
100
80
60
40
20
0
Masculino
Femenino
Género
25% de los casos con valores más altos
50% de los casos centrales o "típicos"
25% de los casos con valores más bajos

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

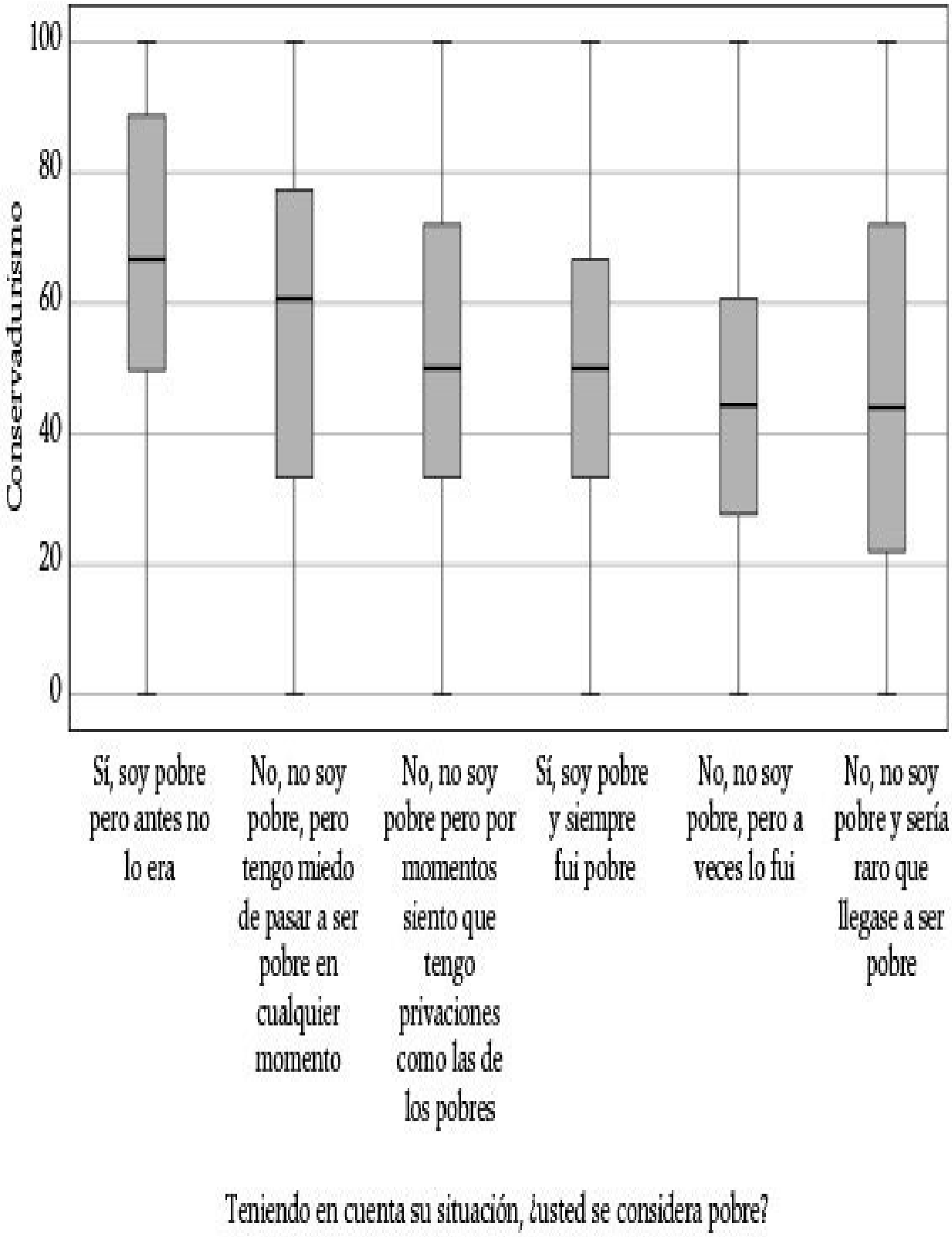
Hecha esta aclaración de que las diferencias no eran muy importantes porque los casos típicos se solapaban en todas las distinciones que comentamos, podemos agregar que los jóvenes también eran un poco más progresistas, con un promedio de 47 puntos, frente a 57 en los adultos y 56 en los adultos mayores. En especial, eran muy pocos quienes sostenían posiciones netamente conservadoras (un 7%), frente al cuarto de adultos o adultos mayores que tenían este tipo de valores en la escala.

El incremento del nivel educativo también se relacionaba con valores menos conservadores en la escala: con solo nivel primario (60 puntos de promedio), secundario (53 puntos) y superior (49 puntos).

No se hallaron casi diferencias entre regiones geográficas, ni entre vivir en una ciudad grande o una localidad más pequeña, o aun si se vivía en un pueblo, en el centro o en un barrio. Tampoco fueron significativas las diferencias por ocupación o por la condición de formalidad o informalidad del trabajo.[45] Las sensaciones relativas a la pobreza presentaban más impacto sobre el nivel de conservadurismo. Ante la pregunta "¿usted se considera pobre?", quienes percibían que ahora eran pobres presentaban posiciones más conservadoras: los que optaron por "sí, soy pobre pero antes no lo era" tuvieron una media de 65 puntos en la escala de conservadurismo. En un segundo lugar, en torno al valor promedio del conjunto de los casos, encontramos a quienes tenían temor a pasar a ser pobres o percibían tener privaciones de pobres: "No, no soy pobre, pero tengo miedo de pasar a ser pobre en cualquier momento" (55 puntos de promedio) y "no, no soy pobre, pero por momentos siento que tengo privaciones como las de los pobres" (53 puntos). En cambio, quienes habían dejado de ser pobres o no tenían temor de llegar a serlo presentaban los valores más bajos, es decir, eran más progresistas: "No, no soy pobre, pero a veces lo fui" (45 puntos), "no, no soy pobre y sería raro que llegase a ser pobre" (46 puntos). Quienes declararon haber sido siempre pobres mostraban un valor levemente por debajo del promedio (52 puntos). El gráfico III.3 revela que las diferencias no eran solo en las medianas, sino que las distribuciones de los casos típicos también eran bastante distintas (aunque algunos de los casos típicos de una categoría tenían

valores similares a los de las otras).

GRÁFICO III.3. Nivel de conservadurismo según cómo se sentía en relación con la pobreza


Conservadurismo
100
80
60
40
20
0
Sí, soy pobre pero antes no lo era
No, no soy pobre, pero tengo miedo de pasar a ser pobre en cualquier momento
No, no soy pobre pero por momentos siento que tengo privaciones como las de los pobres
Sí, soy pobre y siempre fui pobre
No, no soy pobre, pero a veces lo fui
No, no soy pobre y sería raro que llegase a ser pobre
Teniendo en cuenta su situación, ¿usted se considera pobre?

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

La incertidumbre de quienes sentían que habían caído en la pobreza, o tenían miedo de pasar a ser pobres, o incluso por momentos percibían privaciones de pobres los empujaba a posiciones más conservadoras que las que exhibían quienes no tenían esos temores. Podría estar operando el proceso que describe Richard Sennett con relación a que, en un mundo de incertidumbres por el nuevo tipo de capitalismo, se busca la coherencia en el conservadurismo, recurriendo a la idea de valores duraderos, a pesar de que se han acostumbrado a la incertidumbre y el riesgo, o más bien, justamente para compensar su adecuación a ellos, por la carencia de una vida relativamente ordenada y previsible que, en el pasado, permitía a los sujetos construirse un relato lineal de ella.[46]

* * *

Hemos podido comprobar que el avance progresista en una serie de cuestiones socioculturales no logró la hegemonía duradera que, por momentos, pareció haberse instalado. Por un lado, porque fue creciendo una reacción (neo)conservadora que impugnó cada vez con mayor virulencia estos postulados progresistas, incluso desde su propia raíz (a veces de forma argumentada, a veces desde la mera prepotencia enunciativa o desde apelaciones fuertemente emocionales). Y, por otro lado, porque una mayoría relativamente silenciosa no acompañó estos avances progresistas, sino que persistió en posiciones más bien conservadoras, aunque no tan extremas y, en muchos casos, combinó posturas relativamente progresistas en unos temas y algo conservadoras en otros. De forma que la reacción conservadora tampoco logró construir una mayoría con posiciones antiprogresistas. En el caso del feminismo, en torno a un tercio de las mujeres acordaba con este movimiento y un porcentaje algo mayor se posicionó en contra. En el caso de los hombres las proporciones eran levemente más contrarias.

Las opiniones también se dividían en partes iguales en cuanto a las leyes y

medidas que habían protegido a grupos específicos (como homosexuales, mujeres, indígenas o personas con discapacidad), entre quienes consideraban que eran necesarias y que había que promover más medidas, y quienes creían que habían sido demasiadas o, incluso, no habían sido tan necesarias y, en ambos casos, se habían olvidado de la gente como ellos. Un grupo minoritario creía que habían sido necesarias pero que ya habían sido suficientes.

El lenguaje inclusivo presentaba muy altos niveles de impugnación, incluso muchos sentían bronca cuando lo escuchaban. También había un extendido rechazo a cuidarse tanto en la forma de hablar porque hay gente que se puede sentir discriminada.

Las actitudes hacia los inmigrantes de países limítrofes mostraban que menos de un tercio opinaba que había que darles un trato igual al que tienen los argentinos, mientras que un sexto sostenía que había que lograr que se volvieran a sus países de origen.

Frente al delito, las opiniones se dividían entre las cuatro combinaciones de medidas punitivistas o de integración social. En cambio, en cuanto a la cuestión de la tensión entre orden escolar o la promoción de actitudes críticas en los estudiantes, un tercio privilegiaba esta última cuestión, un quinto el orden y algo menos de la mitad se ubicaba en una posición intermedia.

Cuando miramos en forma conjunta todos los temas, a través de la construcción de una escala de conservadurismo (o de la tensión entre progresismo/conservadurismo), vemos que había una disputa por la hegemonía cultural entre dos sectores minoritarios y una mayoría con posiciones moderadas; algunos sectores de esta mayoría eran más progresistas y otros, más conservadores.

En relación con la coyuntura electoral que se abría en 2023, los patrones ideológicos en el eje progresismo/conservadurismo de ningún modo garantizaban el triunfo de las posiciones más conservadoras que pregonaba Javier Milei, aunque tampoco existía una mayoría que rechazara claramente el conservadurismo.

Introduciéndonos en el vínculo de la dinámica política con estas tensiones entre progresismo y conservadurismo, tanto el peronismo-kirchnerismo como Juntos por el Cambio prefirieron desplegar estrategias para captar a los diversos

sectores moderados.[47] Estas estrategias combinaron tres tácticas. En primer lugar, contenían sectores militantes de las posiciones más claras y afines a la orientación general de cada fuerza. Así, el peronismo-Frente de Todos tenía grupos mayoritarios con posiciones progresistas. En cambio, Juntos por el Cambio contuvo a sectores conservadores. Ahora bien, estas fuerzas no expulsaron a grupos menores que podían ubicarse en posiciones claramente opuestas, sino que, a veces, incluso los alentaron. En segundo lugar, cultivaron la existencia de dirigentes o grupos militantes con posiciones moderadas, tanto afines con la línea general de la fuerza política como también algunos sectores con posiciones moderadas contrarias a esta línea. Y, en tercer lugar, los principales líderes de cada coalición evitaron pronunciamientos excesivamente extremos en distintos temas, combinando elementos de la discursividad progresista con otros de la conservadora.

Un indicador de la yuxtaposición de estas tácticas fue la votación en 2018 del proyecto de interrupción voluntaria del embarazo (que obtuvo aprobación en la Cámara de Diputados, pero fue rechazado en el Senado). Si bien la mayoría de los legisladores del Frente de Todos votó a favor, hubo muchos que lo hicieron en contra. En forma inversa, aunque la mayoría de los legisladores de Juntos por el Cambio se opusieron, hubo un sector sumamente activo que promovió su aprobación.

Tanto por la estrategia de cada coalición de ubicar en posiciones extremas a sus adversarios,[48] como por la propia polarización política que acontecía en la ciudadanía, se tendía a pensar que los sectores notoriamente progresistas o conservadores constituían la mayoría y no que predominaban las posiciones moderadas.

Los libertarios, en cambio, irrumpieron con otra estrategia discursiva: inclinar la arena pública hacia la derecha, dando la “batalla cultural” contra el progresismo sin realizar ninguna concesión. Y, tal como analiza Wendy Brown para el caso estadounidense, combinaron “una superioridad moral autopercibida con una conducta casi celebratoriamente amoral e irrespetuosa”, respaldando “la autoridad al tiempo que presentan una desinhibición social pública y una agresión sin precedentes”.[49]

[1] Cada una de estas diferentes articulaciones con los proyectos que

disputaban la hegemonía político-ideológica sufrían las objeciones de quienes consideraban sumamente importante que estos avances progresistas formasen parte del otro proyecto hegemónico. Así, por ejemplo, destacadas figuras del feminismo, como Nancy Frazer, formularon duras críticas a un feminismo que no tuvo inconvenientes en vincularse con el neoliberalismo. Frazer analiza críticamente una deriva del ecologismo que se articula con el discurso de la ultraderecha. Nancy Frazer, Capitalismo caníbal, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023. También Pablo Stefanoni analiza el desarrollo de un movimiento LGBTI y cierto ecologismo afines a las nuevas derechas, en ¿La rebeldía se volvió de derecha?, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

[2] Ezequiel Ipar, "Los nudos ideológicos de la democracia y el diagnóstico de la época", en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin (eds.), Discursos de odio. Una alarma para la vida democrática, San Martín, UNSAM EDITA, 2023, pp. 44 y 45.

[3] Como lo ha analizado James Scott, el silencio puede significar resistencia, aunque en su libro lo aborda como parte de las luchas de los sectores subalternos. James Scott, Los dominados y el arte de la resistencia, México, Era, 2000.

[4] Daniel Feierstein, La construcción del enano fascista, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2019, pp. 99-109.

[5] Albert Hirschman, La retórica reaccionaria, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2021.

[6] Como enumera Feierstein, durante este gobierno se impulsaron campañas de delación, por ejemplo de docentes, intervenciones patoteriles de "organizaciones" de padres o vecinos en establecimientos educativos, ataques a movimientos sociales, incluyendo comunidades originarias o campesinas, limitaciones al derecho al ejercicio del periodismo, instigación al ejercicio de microviolencias, como el aval al gatillo fácil, la "justicia por mano propia" o los linchamientos públicos, el hostigamiento de la oposición política, sindical y hasta de los científicos, y el acrecentamiento del antisemitismo (Daniel Feierstein, op. cit., pp. 47-49).

[7] Según las investigaciones del Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismo (LEDA) de la Universidad Nacional de San Martín, en 2022

el 26% de la ciudadanía promovía o apoyaba discursos de odio y un 17% permanecía indiferente frente a ellos. Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin (comps.), Desafíos de la democracia argentina en la pospandemia, San Martín, UNSAM EDITA, 2022, p. 39.

[8] En Argentina, la identidad "negra", así como el insulto racista, refiere más a la posición de clase de los más pobres y los culturalmente plebeyos. Véase Ezequiel Adamovsky, "El color de la nación argentina. Conflictos y negociaciones por la definición de un ethnos nacional, de la crisis al Bicentenario", en Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas, núm. 49, 2012, pp. 343-364.

[9] Véase un desarrollo detenido de esta cuestión en Daniel Feierstein, Los dos demonios (recargados), Buenos Aires, Marea, 2018.

[10] Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, "Al odio no se lo lleva el viento", en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, Discursos de odio, op. cit., p. 260.

[11] Pablo Stefanoni, op. cit., p. 90.

[12] François Dubet, La época de las pasiones tristes, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 39 y 85.

[13] Véanse más detalles en Javier Balsa, Daniel Feierstein, Guillermo de Martinelli, Pehuén Romaní y Juan Ignacio Spólita, "¿Qué harías si fueras presidente y se empezaran a llenar las terapias intensivas?", en Página/12, 10 de marzo de 2021.

[14] Ciertos mensajes del propio gobierno reproducían esta imagen, como la creativa publicidad "La Cuidadanía", que mantenía la idea de que quien se cuidaba responsablemente constituía una minoría, frente a una mayoría que se burlaba de las preocupaciones. Un spot de esta campaña se encuentra disponible en línea: <www.youtube.com>.

[15] En 2023, en cambio, cuestionar esta cifra no les valió ninguna "penalización" por parte del electorado a Javier Milei ni a Victoria Villarruel, su compañera de fórmula presidencial.

[16] Ezequiel Ipar, "Autoritarismo social: exterminar a todos los brutos", en

Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, Discursos de odio, op. cit., pp. 228 y 229.

[17] En particular en Agustín Laje, La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha, México, HarperCollins, 2022. Acerca del uso de los aportes de Gramsci que realiza Laje, puede consultarse Javier Molina Johannes, "La batalla cultural. Usos de Gramsci por las derechas latinoamericanas contemporáneas", en El Ejercicio del Pensar, núm. 35, octubre de 2022, pp. 36-42. Y un recorrido más detallado de esta "batalla cultural" llevada adelante por los libertarios argentinos puede encontrarse en Ezequiel Saferstein, "Entre libros y redes: la 'batalla cultural' de las derechas radicalizadas", en Pablo Semán (coord.), Está entre nosotros, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 122-162.

[18] Sergio Morresi y Martín Vicente, "Rayos en cielo encapotado: la nueva derecha como una constante irregular en la Argentina", en Pablo Semán (coord.), op. cit., p. 69.

[19] El insulto contiene una figura incluso más agresiva, tal como lo analiza Pablo Stefanoni, op. cit., p. 60.

[20] A mediados de 2021, el 43% de las mujeres estaba a favor de la legalización del aborto, el 44% en contra y el 13% no tenía posición tomada. En el caso de los hombres, los porcentajes eran del 37%, el 48% y el 15%, respectivamente. Entre los jóvenes los niveles de aceptación eran más altos: un 73% a favor en el caso de las mujeres y un 60% en el de los varones. En octubre de 2021, las mujeres estaban un 38% a favor, un 45% en contra y un 17% sin posición tomada, y los hombres el 33%, el 49% y el 18%, respectivamente. Bastante parecidos a los de julio de 2021.

[21] Porcentajes similares se obtuvieron, en la misma fecha, a partir de una muestra aleatoria de hogares a los que se hizo llegar personalmente la invitación a responder la encuesta: un 15% acordaba con todos los reclamos feministas y un 19% con casi todos.

[22] El sondeo realizado en octubre de 2023 obligó a ubicarse en tres posiciones: "me siento identificada con el feminismo" (un 23%), "me gustan algunas cosas del feminismo" (un 38%) o "no me gusta el feminismo" (un 39%). La encuesta de julio de 2023 mostró que un 38% solo estaba de

acuerdo con algunas de las cosas que hacen las feministas. Un porcentaje similar al 37% que escogió que algunos de los reclamos eran excesivos en enero de 2021. Una proporción menor de posiciones intermedias surgió en octubre de 2021: un 25% escogía la opción "acuerdo con algunos de sus reclamos, pero con la mayoría no".

[23] La enorme mayoría de las menores de 30 años acordaban con todos (un 20%) o casi todos los reclamos del movimiento feminista (un 39%), mientras que solo lo hacía el 9% y el 14%, respectivamente, de quienes tenían entre 31 y 65 años, y el 10% y el 12% de las mayores de 65.

[24] Las jóvenes acordaban con todo (un 9%) o con la mayoría de lo que hacen (un 30%), en mucho mayor grado que las adultas (un 4% y un 12%, respectivamente) y que las adultas mayores (un 5% y un 13 por ciento).

[25] En octubre de 2021, solo el 14% de las jóvenes respondió que le parecían excesivos, mientras que lo hizo el 53% de las adultas y el 49% de las adultas mayores. En el caso de "lo que hacen las feministas" (en julio de 2023), el 18% de las jóvenes no acordaban con nada de lo que hacían, porcentaje que subía al 48% entre las adultas y al 47% entre las adultas mayores.

[26] Ante la pregunta identitaria (en octubre de 2023), las diferencias fueron menores: el 31% de las jóvenes dijeron que no les gustaba el feminismo, mientras brindaron esa respuesta el 43% de las adultas y el 35% de las adultas mayores.

[27] En enero de 2021, los hombres, respectivamente, se distribuían del siguiente modo: para un 11%, eran perfectos los reclamos de las feministas, para un 18% estaban casi todos bien, para un 43% "algunos excesivos" y para un 28% eran "claramente excesivos".

[28] Solo un 13% de los menores de 30 años dijo que le parecía bien el feminismo, mientras que brindó esa respuesta el 22% de los adultos y el 34% de los adultos mayores (octubre de 2023).

[29] El 30% de los jóvenes dijo estar de acuerdo con todos o casi todos, el 25% de los adultos y el 30% de los adultos mayores (en octubre de 2021).

[30] Acordaron con todo o con la mayoría de lo que hacen el 14% de los jóvenes, el 19% de los adultos y el 20% de los adultos mayores (en julio de

2023).

[31] Los otros motivos de bronca entre los que se podía optar eran que los jueces no paguen impuesto a las ganancias; que los manteros ocupen toda la vereda; que los piqueteros corten las avenidas; que los hombres cobren más que las mujeres en los mismos puestos laborales; que haya empleados públicos que cobren sin casi trabajar; que haya empresarios que se lleven la plata fuera del país; ninguna de estas opciones me da bronca.

[32] Ante la pregunta de si tenía problemas para relacionarse con las mujeres por temor a quedar como un machista, un 29% respondió que no tenía problemas porque trataba de no relacionarse con mujeres feministas, un 9% que muchas veces se le generaban problemas, un 6% que bastantes veces y un 10% que pocas veces se le generaban problemas.

[33] Cuando las mujeres responden sobre qué le sucede a la mayoría de los hombres de su edad, son más críticas de lo que acontece: un 20% dice que la gran mayoría de ellos no sabe cómo relacionarse con las mujeres por temor a quedar como unos machistas, un 25% responde que a bastantes hombres les sucede eso, un 26% que directamente evitan a las feministas y solo un 29% que la mayoría no tiene problemas porque se llevan bien con las feministas.

[34] Daniel Feierstein, "Posfacio: enfrentando al huevo de la serpiente", en La construcción del enano fascista, nva. ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2023, pp. 177-179.

[35] Solo un tercio de ellos creían que había que promover más medidas, frente a la mitad de los adultos mayores (el 43% de los adultos se inclinaban por esa respuesta). En cambio, los menores de 30 años eran quienes más manifestaban que se habían olvidado de ellos, ya sea diciendo que las medidas directamente no habían sido necesarias (el 24%) o que habían sido demasiadas (el 23 por ciento).

[36] Véase al respecto el capítulo II del libro de Pablo Stefanoni, op. cit.

[37] En enero de 2021, en PBA y CABA preguntamos sobre la misma cuestión de otra manera: cuán de acuerdo o en desacuerdo está con la frase "el lenguaje inclusivo es una moda estúpida", y recibimos un 38% de "muy de acuerdo" y un 18% "de acuerdo". Solo un 20% dijo estar en desacuerdo (un

10% muy en desacuerdo y un 10% en desacuerdo) y un 23% no estaba ni de acuerdo ni en desacuerdo.

Al medir el humor social de los argentinos, un sondeo de opinión realizado por las consultoras D'Alessio-Irol y Berensztein arrojó que el 70% de los consultados se manifestó en contra del lenguaje inclusivo y que un 43% se mostró a favor de la prohibición de su uso en las escuelas públicas de CABA. "Encuesta: un 70% de los argentinos está en contra del lenguaje inclusivo", en Infobae, 22 de junio de 2022, disponible en línea: <www.infobae.com>.

[38] **Un 10% creía que había que prohibir la llegada de inmigrantes, pero respetar sus derechos, y solo un 2% pensaba que no había que prohibirla, pero no acordaba con que tuvieran los mismos derechos. El 39% restante no tenía, al menos en alguna de las dos preguntas, una posición clara. En cuanto a las respuestas a cada pregunta, la frase "para proteger los puestos de trabajo de los argentinos, habría que prohibir la llegada de más inmigrantes" cosechó un 41% de adhesiones, un 31% de rechazo, mientras que un 29% dijo no estar ni de acuerdo ni en desacuerdo. Sin embargo, en esa misma encuesta, la frase "los bolivianos y paraguayos que vienen a trabajar merecen los mismos derechos laborales que los argentinos" concitó un 54% de adhesiones y solo un 27% de rechazo, con un 19% que no pudo definirse (enero de 2021, encuesta realizada en PBA y CABA).**

[39] **Los estudios que dirigió en Estados Unidos hacia el final de la Segunda Guerra Mundial comprendieron, en su faz cuantitativa, la elaboración de cuatro escalas: de antisemitismo, de etnocentrismo, de conservadurismo político-económico y de fascismo (o de tendencias antidemocráticas implícitas). En general, cada escala surgía de la sumatoria de las respuestas frente a frases, según el grado de apoyo u oposición (leve, moderada o marcada) que indicaran los encuestados. Theodor Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y R. Nevitt Sanford, La personalidad autoritaria, Buenos Aires, Proyección, 1965.**

[40] **En el mismo sentido, otros estudios detectaron una relación entre la xenofobia y el rechazo a la IVE: el 66,8% de quienes compartían o apoyarían un enunciado xenófobo se manifestaron en contra de esta ley, según Oriana Seccia y Lucía Wegelin, "Debate por el aborto legal", en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, Discursos de odio, op. cit., p. 138.**

[41] En el caso de variables con un orden, se llama coeficiente de Spearman.

[42] En la mayoría de las preguntas, a los valores extremos de respuestas les asignamos el 0 y el 100, 50 a la respuesta neutra, y 25 y 75 a las intermedias. Cuando eran cuatro opciones, usamos el 33, y 66 para las intermedias. Pero hubo casos con opciones más específicas en las que utilizamos otros valores, como 20 y 80.

[43] Es decir, no diremos que es bastante conservadora porque en una pregunta escogió una respuesta bastante conservadora, sino porque en el promedio de seis o más preguntas se ubicó en un valor relativamente alto de conservadurismo. Entonces, una vez que las preguntas se convierten en variables numéricas, es posible sumarlas, dividirlas por la cantidad de preguntas y construir una escala de conservadurismo, que tomará por valor 100 si todas las respuestas fueron conservadoras y valor 0 si todas fueron progresistas, o una serie de valores intermedios, ya sea que una persona escogió siempre respuestas intermedias, sea que en algunas preguntas escogió opciones extremas en un sentido y en otras, extremas en el otro.

[44] Nuestros análisis nos permiten concluir que alrededor de un tercio de estos “moderados” lo eran por haber brindado respuestas con sentidos notoriamente opuestos, mientras que un quinto quedaba en esta categoría por dar respuestas neutrales y casi la mitad se ubicaba en estas posiciones intermedias por haber oscilado entre respuestas moderadamente progresistas y moderadamente conservadoras.

[45] En el caso de los discursos de odio, otros estudios encontraron diferencias según la modalidad de inserción en el mercado laboral. Quienes tenían una situación inestable mostraron una mayor predisposición a difundirlos, seguidos por los precarizados; mientras que quienes tenían un trabajo estable presentaban una menor disposición a promover o aprobar discursos de odio (con diferencias del orden de los veinte puntos porcentuales), según Micaela Cuesta y Pablo Villarreal, “La lenta y persistente marcha del autoritarismo social en la Argentina”, en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, Discursos de odio, op. cit., p. 133.

[46] Richard Sennett, La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 14 y 27.

[47] Existen temas de consenso intercoaliciones en los que no se ha construido, desde las fuerzas políticas, una polarización sobre ellos, tal como señalan Gabriel Kessler y Gabriel Vommaro, “Conflictos y consensos sociopolíticos en la Argentina pospandemia”, post en Polarización y conflicto socio-político, octubre de 2023, disponible en línea: <polarizacion.net>.

[48] Desde Juntos por el Cambio y los medios afines, el peronismo-kirchnerismo era presentado como fuertemente feminista, proinmigración, “garantista” (o antipunitivista), preocupado más por los “derechos humanos de los delincuentes y no por los derechos de la gente de bien”, irrespetuoso de la división de poderes, favorable a las tomas de tierras (por parte de pueblos originarios o de sectores populares urbanos) y, en general, defensor de los derechos de grupos minoritarios, olvidándose o, aún más, en desmedro de los derechos de la “gente común”. Y, a la inversa, desde el Frente de Todos y los comunicadores afines, se procuró presentar a Juntos por el Cambio como antifeminista, xenófobo, contrario a los derechos humanos y con una visión meramente punitivista de la cuestión social.

[49] Wendy Brown, En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente, Buenos Aires, Tinta Limón, 2020, p. 18.

IV. El retorno recargado de las ideas neoliberales y la resistencia de la perspectiva nacional-popular

DURANTE LA MAYOR PARTE del siglo XX, Argentina se caracterizó por pendular entre propuestas “mercadocéntricas” y “estadocéntricas”.[1] Estas últimas estuvieron tradicionalmente vinculadas con el peronismo. El viraje de 180 grados que realizó Carlos Saúl Menem una vez arribado a la presidencia en 1989 quebró esta lógica pendular, con la implementación, desde un gobierno peronista que duró algo más de diez años, de un profundo programa promercado. El posterior gobierno de la Alianza (formada por la Unión Cívica Radical [UCR] y el Frente País Solidario [FREPASO]) pareció confirmar que el neoliberalismo había logrado establecer una hegemonía tan clara que cualquier recambio político solo podía tener lugar dentro de ese proyecto. Sin embargo, solo dos años más tarde, la profunda crisis económica que culminó en el estallido social y político de diciembre de 2001, descripta en el primer capítulo, pondría fin a este pretendido consenso promercado.

La salida de esta crisis tuvo una clara orientación hacia el intervencionismo estatal, única forma de brindar legitimidad a un sistema político muy cuestionado por una porción muy importante de la ciudadanía. Aun así, tiende a olvidarse que las dos opciones claramente neoliberales sumaron el 41% de las preferencias de la ciudadanía en las elecciones de 2003. De todos modos, Menem renunció a presentarse al balotaje y asumió Néstor Kirchner. Tanto su gobierno como las dos presidencias de Cristina Fernández de Kirchner desplegaron una serie de políticas de carácter nacional-popular. Este proceso fue acompañado por una discursividad oficialista centrada en la idea de la “solidaridad” y de los “derechos” (se recuperó la frase de Eva Perón: “Donde existe una necesidad nace un derecho”). Se estructuró una discursividad nacional-popular, con una fuerte confrontación con el proyecto neoliberal, más allá de que en una serie de cuestiones estructurales se mantuvieron los cambios instaurados en la década de 1990 (como una cultura del consumo, la producción agrícola cada vez más concentrada, una minería extractiva y una alta presencia de multinacionales en la economía nacional). La reelección de Fernández de Kirchner en 2011 con el 54% de los votos y la dispersión de la oposición pareció

indicar que el kirchnerismo había establecido una hegemonía sólida en la sociedad argentina. Con todo, en pocos años se vería que no era así, y que dos fuerzas relativamente nuevas pondrían en jaque su continuidad en la dirección del Estado. Por un lado, grupos del propio peronismo, pero renuentes al estilo confrontativo con los grupos de poder y disconformes con las formas un tanto verticalistas que adjudicaban al liderazgo de la presidenta, formaron una fuerza nueva (el Frente Renovador), encabezada por Sergio Massa, a la que también se sumaron algunas figuras provenientes de otras tradiciones.[2] Por otro lado, se desarrolló un nuevo partido, más claramente neoliberal, el PRO, encabezado por Mauricio Macri.

De todos modos, estas dos fuerzas que desafiaban, en especial desde 2013, la continuidad del proyecto kirchnerista se centraban más en la crítica a la corrupción y a la excesiva polarización política (a lo que agregaban la denuncia de que el modelo oficialista no reducía la pobreza). Aunque el perfil del macrismo se orientaba al neoliberalismo de forma clara, el propio Macri, durante su campaña electoral y para incrementar sus chances, interpretó que tenía que prometer que iba a respetar una serie de políticas nacionalistas e inclusivas implementadas por el kirchnerismo. Es que a mediados de 2015 todavía existía cierto predominio de las posiciones nacional-populares en la mayoría de la sociedad.[3]

Como vimos en el capítulo I, en consonancia con este clima de ideas y procurando mantener altos niveles de consenso, el gobierno de Juntos por el Cambio aplicó en forma relativamente “gradual” sus políticas neoliberales. Sin embargo, fue virando su discursividad durante el gobierno y el propio Macri terminó su gestión prometiendo que, si era reelecto, aplicaría un programa neoliberal de manera más drástica y rápida.

No obstante la reivindicación más fuerte y clara de un programa ultraneoliberal la encabezó Javier Milei, con un embate, incluso, a la teoría neoclásica (por su crítica a los fallos de mercado y la promoción de políticas antimonopólicas, al menos en términos conceptuales). A través de su llamativa presencia en programas televisivos, pero también con una campaña muy activa en las redes sociales y shows teatrales, repitió frases que confrontaban directamente con la idea de “derechos” socioeconómicos y con el concepto de justicia social. Así, en el cierre de la campaña en la que obtuvo su cargo de diputado nacional por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), en noviembre de 2021, expresó: “Venimos a terminar con el verso ese de que ‘donde hay una necesidad nace un

derecho’, porque es mediante ese sistema que aumentan el gasto público, los impuestos, toman deuda y cuando ya no pueden más le dan a la maquinita [de imprimir billetes]”.[4]

En este capítulo, veremos la enorme eficacia que la discursividad neoliberal recargada tuvo para incidir en las apreciaciones ideológicas sobre la economía, la sociedad y el papel del Estado, y la capacidad de resistencia del discurso nacionalpopular. En primer lugar, analizamos una serie de cuestiones más estructurales: cuánto caló el ataque medular al propio concepto de justicia social; en qué medida existía una aceptación o un rechazo a la excesiva desigualdad social que ha ido imponiendo el programa neoliberal; cuáles eran las apreciaciones sobre cómo han hecho su fortuna los grandes empresarios y cuáles eran las causas de la pobreza; la medida y las formas en que se legitima el capitalismo. En segundo lugar, atendemos a temas más coyunturales: cómo la gente explicaba la crisis económica; a quiénes responsabilizaba por la inflación, y la mirada sobre el Estado en esta situación. En tercer lugar, evaluamos la existencia de patrones de respuestas, es decir, hasta qué punto las personas poseían una posición relativamente coherente en el conjunto de sus opiniones socioeconómicas, o si oscilaban entre respuestas más neoliberales o más nacional-populares según la especificidad de cada pregunta. Para finalizar, observamos cómo el clivaje existente en el mercado de trabajo, entre empleos formales e informales, impactó en estas valoraciones y apreciaciones, tanto en las estructurales como en las coyunturales. También consideramos en qué medida las distintas clases ocupacionales presentaron diferencias en su adhesión a las ideas nacional-populares o a las neoliberales.

LAS CUESTIONES PROFUNDAS DE LA INTERPELACIÓN NEOLIBERAL

No más justicia social

Teniendo en cuenta la excentricidad de algunas de sus propuestas, pudo parecer que Milei convocaba, particularmente, más por el tono de su discurso que por la radicalidad de sus planteos ultraneoliberales.[5] Muchos comentaristas destacaron estas formas y minimizaron su capacidad para modificar las posiciones ideológicas de buena parte de la ciudadanía argentina. En este sentido, uno de los elementos más extremos de su impugnación frontal a cualquier papel del Estado como moderador de la lógica desigual de la economía capitalista fue su crítica radical al concepto de justicia social, que calificaba incluso como "aberración".

El concepto de "justicia social" tiene más de un siglo de prédica, en especial desde la Iglesia católica, y fue retomado en Argentina tanto por el radicalismo como por el peronismo (cuya otra denominación es, precisamente, justicialismo). De hecho, se encuentra en la Constitución nacional (art. 75, inc. 19), a partir de la reforma de 1994. En este país, la prédica duramente crítica contra este concepto fue casi una exclusividad de Milei. Ningún referente político había expresado antes una crítica frontal al concepto de justicia social hasta que comenzó a enunciarla Milei.[6] De hecho, el "padre" del neoliberalismo argentino, Álvaro Alsogaray, enmarcado más en una tradición ordoliberal alemana, defendía una economía social de mercado, en la cual tuviera lugar la intervención del Estado para trazar el marco de la actividad económica, pero también para asegurar la competencia, resolver los casos críticos que escapan a las reacciones espontáneas del sistema y, además, para alcanzar determinados objetivos sociales.[7] El de Milei es un planteo que se entronca en los discursos de los grupos de la nueva derecha en los que —como analizaron Micaela Cuesta y Ezequiel Ipar— se critica el exceso de apertura frente a los débiles, por lo cual son necesarios hombres fuertes para salvarnos, siempre y cuando les entreguemos todavía más poder.[8]

Cabe entonces cuestionarse en qué medida esta prédica de Milei había logrado instalarse en las mentalidades argentinas. En octubre de 2023, preguntamos a los encuestados con cuál de las siguientes frases referidas a la idea de justicia social estaban más de acuerdo y encontramos, para nuestra sorpresa, que un 34% escogió la durísima frase "es una idea que hay que eliminar porque castiga al que

le va bien y, además, implica regalarles cosas a otros". Es cierto que casi la mitad (el 47%) comulgaba con la defensa de la justicia social y optaba por la frase "es la base de la conciliación entre los empresarios y los trabajadores: es la idea básica que permite que haya educación, salud pública, jubilaciones y otros derechos". El restante 19% se inclinó por "es una idea que ofrece un paliativo para que la gente se quede tranquila, no proteste, y evita el fortalecimiento de la lucha de los trabajadores". Esta última frase, más allá de su posible perspectiva izquierdista, fue escogida por personas con muy distintas orientaciones ideológicas.[9]

Hemos comprobado así que con solo un par de años de prédica ultraneoliberal, Milei logró horadar uno de los conceptos centrales sobre el papel redistribuidor del Estado o moderador de las injusticias del capitalismo. Algo más de un tercio de los ciudadanos había sido eficazmente interpelado por su mensaje.

Aquella exhortación contraria a la justicia social caló más fuerte entre los y las jóvenes: el 44% de los menores de 30 años escogieron la frase que proponía eliminarla, frente a un 37% que optó por la defensa de esta idea.[10] Asimismo, los varones se destacaban por acompañar mucho más esta crítica que las mujeres: el 39% de ellos escogió la primera frase, mientras que solo el 28% de ellas lo hizo. Previsiblemente, entre los hombres jóvenes la adhesión a la frase que proponía eliminar la justicia social alcanzaba niveles altísimos (el 54%).[11] En algunos estudios cualitativos se ha interpretado que la crítica de los jóvenes al Estado era más por su situación concreta, una crítica al "estado del Estado", por sus carencias actuales, por cierta "mímica estatal", pero que no ponían en cuestión la idea de bien público.[12] Sin embargo, de nuestras encuestas surge que un sector importante impugnaba en términos abstractos la justicia social y el papel equilibrador del Estado, rechazando explícitamente la frase que hacía referencia a la conciliación de clases y a que con la justicia social se logra que haya educación, salud pública, jubilaciones y otros derechos.

En esa misma encuesta formulamos una serie de preguntas sobre cuestiones de ideología socioeconómica, de lo que se desprende que la elección de aquella frase era acompañada de manera consistente con respuestas neoliberales en otras preguntas.

El elogio de la desigualdad, la riqueza, la pobreza y la legislación laboral

El neoliberalismo se ha caracterizado por instalar un elogio de la desigualdad, coherente con el extraordinario aumento de ella que generó en todo el mundo.[13] François Dubet señala que, al menos para el caso de Francia, la desigualdad no es una elección ideológica reivindicada como tal, sino más bien un conjunto de prácticas que cotidianamente la toleran y la refuerzan.[14] Sin embargo, vemos que en la realidad argentina de 2023, un importante sector justificaba altos niveles de desigualdad. Hicimos el ejercicio de colocar a quienes encuestamos ante la situación de tener que darnos su opinión sobre el caso de que un empresario ganase cien veces más de lo que ganaba un obrero o un empleado de su empresa. La gran mayoría de los encuestados estaba objetivamente, en términos económicos, mucho más cerca del obrero o el empleado que de ese empresario: solo un 7% eran (o vivían en hogares a cargo de) pequeños comerciantes, empresarios, gerentes o rentistas y un 6% eran profesionales independientes. El 87% restante eran (o estaban a cargo de) asalariados, autónomos no profesionales y vivían de changas o estaban jubilados.

A pesar de estar en su mayoría mucho más cerca de la posición del obrero o del empleado, seis de cada diez encuestados aceptaba ese nivel de desigualdad: un 31% porque lo valoraba positivamente (el 7% porque "estimula el esfuerzo personal" y el 24% porque "estimula a que sigan invirtiendo y el país crezca"), y un 29% porque creía "que es así como funciona la economía" (el 13% aunque le gustase "solo un poco" y el 16% aunque no le gustase).[15] Se observa cómo los discursos neoliberales, pero también la progresiva neoliberalización de la vida y el consiguiente sentimiento de resignación impregnaron la mayoría de las conciencias.[16]

Es cierto que los restantes cuatro de cada diez valoraban de manera negativa esta enorme desigualdad: un 20% "porque no se distribuye la riqueza, y eso impide el crecimiento del mercado interno" y otro 20% "porque los trabajadores son los que crean la riqueza".

Como en tantas otras preguntas, los jóvenes tenían visiones más positivas sobre

la dinámica de un capitalismo sin regulaciones: el 67% aceptaba esa enorme desigualdad, escogiendo alguna de las cuatro opciones en este sentido. También los hombres tendieron a ser menos críticos: un 69% escogió estas respuestas. En cambio, las mujeres eligieron estas opciones en un 52% de los casos.

El análisis conjunto de varias preguntas nos permite observar que lo que se valoraba era la desigualdad o, al menos, había resignación frente a ella. De este modo, no era que necesariamente predominase una visión positiva de los grandes empresarios, sino que en esta cuestión las opiniones estaban más divididas. Así, cuando preguntamos "cómo le parece que han hecho su fortuna la mayoría de los grandes empresarios" las posiciones estaban divididas en partes iguales. Casi la mitad creía que lo habían hecho por sus méritos: "mediante su trabajo y esfuerzo" (el 35%); "implementando ideas innovadoras (el 14%); unos pocos meramente "gracias a la suerte" (el 3%). Y casi la otra mitad sostenía que habían hecho su fortuna "explotando a los trabajadores" (el 30%) o "robando al pueblo" (el 17%). También aquí los jóvenes manifestaron una perspectiva más favorable a los grandes empresarios: casi dos tercios consideró que habían hecho su fortuna mediante su esfuerzo (el 40%), innovando (el 16%) o gracias a la suerte (el 6 por ciento).

En similar sentido, la cuestión impositiva, al ser referida a los empresarios, mostró una sociedad escindida. Algo más de la mitad opinaba que había que reducir los impuestos; en cambio, casi la otra mitad se inclinó por perseguir a los evasores.[17]

La contracara de cómo se pensaba que habían hecho su fortuna los grandes empresarios era la opinión de por qué había pobres. Les pedimos que escogieran las dos principales razones por las cuales había personas que vivían en situación de pobreza. Si bien había una multiplicidad de combinaciones en las respuestas, la mayoría responsabilizaba a los pobres por su propia situación. Casi seis de cada diez colocaba en los pobres la causa única o principal de su situación, señalando la falta de educación o el no querer trabajar, y, en todo caso, agregando la complicidad de los políticos o colocando como segundo motivo una cuestión estructural: la falta de oportunidades o las actitudes de los empresarios. Tan solo tres de cada diez atribuía las causas principalmente en el sistema que no daba oportunidades, los propios empresarios o en una combinación de estos dos motivos con la responsabilidad de los políticos. Y el caso restante de cada diez les adjudicaba la entera responsabilidad a los políticos.[18]

Esta responsabilización hacia los pobres por su propia situación se vincula con una crítica a los planes sociales que se había ido generalizando. No la hemos medido en 2023, pero en enero de 2021 encontramos que la mitad de los encuestados estaban muy de acuerdo o de acuerdo con la frase “La entrega de planes de asistencia fomenta la vagancia” (un cuarto estaba en desacuerdo o muy en desacuerdo, y el cuarto restante no estaba ni de acuerdo ni en desacuerdo). Otros estudios han arribado a resultados similares.[19] Se había instalado muy fuertemente en la sociedad un reclamo por el regreso a una “cultura del trabajo” que, más allá de su cuota de verdad, no tenía en cuenta que es el propio capitalismo flexible el que ha corroído la ética del trabajo, aquella que reafirmaba el uso autodisciplinado del tiempo y el valor de la gratificación postergada, tal como lo ha analizado Sennett.[20] Al tiempo que este capitalismo empuja a vastos sectores a la informalidad laboral o, directamente, el desempleo o el subempleo. También Dubet ha destacado que, en Francia, muchos sostienen que las víctimas de las mayores desigualdades merecen su suerte y no son verdaderas víctimas. De todos modos, para este autor estas consideraciones chocan con los principios que los mismos sectores sostienen, al menos en términos abstractos.[21] Aquí, existe coherencia ideológica en una adhesión al neoliberalismo.

Para cerrar esta cuestión de la desigualdad, visualicemos qué pensaba la ciudadanía en relación con la legislación laboral. Aquí emergía cierto “buen sentido”, esas apreciaciones que surgen de la práctica y que permiten tomar distancia de interpelaciones ideológicas contrarias a los intereses más concretos de los sujetos. Así, el 57% de las personas respondió que “habría que ampliar los derechos de los trabajadores y que alcancen a todos los que hoy están ‘en negro’”, y un 16% que “no se tienen que hacer cambios que flexibilicen el régimen de trabajo, porque terminan siempre perjudicando a los trabajadores”. Tan solo un 22% escogió la opción “habría que acabar con los llamados ‘derechos de los trabajadores’ que solo promueven la industria del juicio e impiden que las empresas crezcan”. El restante 5% dijo que no sabía nada o que no le interesaban las leyes laborales.

En esta pregunta, los jóvenes no presentaron posiciones distintas a las de los adultos. En cambio, sí se observaron importantes diferencias según el género: las mujeres optaron mucho más por la opción de ampliar derechos (el 67%) que los hombres (el 46%). Entre los varones fue más alta la proporción que escogió acabar con los derechos laborales que entre las mujeres (el 29% frente al 16 por ciento).

La legitimación del capitalismo

La persistencia del proyecto neoliberal en contextos democráticos ha llevado a preguntarnos cómo se legitima un modo de producción que tiende a generar grandes desigualdades si no hay una fuerte intervención redistributiva del Estado. En términos más generales, la paulatina extensión del modo de producción capitalista en el último siglo y medio, más la falta en los últimos treinta años de un desafío potente al capitalismo han ayudado a una cierta naturalización de este, a pesar de que los comportamientos y la moral que exige sean tan contrarios a las formas de vida previas al capitalismo, como no solo Karl Marx, sino incluso más claramente Max Weber remarcaban. En esta línea, para Luc Boltanski y Ève Chiapello, las personas necesitan de poderosas razones morales para adherirse al capitalismo, de allí la necesidad de un "espíritu del capitalismo", tanto en términos individuales (Weber) como también en términos del bien común (Hirschman). Y agregan que el capitalismo no puede encontrar en sí mismo ningún recurso que le permita proporcionar razones para el compromiso, y por ello busca el apoyo moral por fuera de él, incluso incorporando las críticas que se han formulado. En este sentido, si en la etapa anterior el capitalismo se justificaba por un espíritu de justicia social, el nuevo espíritu del capitalismo, vinculado a la articulación sobre la base de proyectos flexibles, estaría fundado en la idea de que permitiría el desarrollo de las capacidades personales y la autonomía (internalizando las críticas de los años sesenta al burocratismo), al tiempo que el éxito sería la prueba de estas virtudes individuales (y el fracaso, de su carencia).[22]

Sin embargo, la falta de una crítica social sustancial al nuevo capitalismo ha ido generando ciertas ideologías de legitimación que parecerían no requerir otras justificaciones más que la posibilidad del enriquecimiento ilimitado. Por momentos, resultan muy borrosas las líneas que diferencian esta justificación en relación con la del desarrollo personal. No podemos dejar de asombrarnos por la emergencia de discursividades centradas en las virtudes del enriquecimiento ilimitado y de celebraciones mediáticas de la vida fastuosa y de gastos completamente excéntricos de los multimillonarios. Asimismo resulta llamativo el discurso de Milei, con su defensa extrema de una lógica capitalista en la que

no se internaliza ninguna crítica para construir su legitimación. Regresando a Boltanski y Chiapello, pareciera el ejemplo de “individuos unidimensionales —próximos a la ficción del homo oeconomicus— [que] no se indignarían por nada, no sentirían compasión por nadie, carecerían de espíritu crítico. Ya no les quedaría nada de humano”.[23]

Para adentrarnos de forma exploratoria en estas cuestiones, presentamos a los encuestados cinco valoraciones y argumentaciones en torno al capitalismo (para evitar incidir en las respuestas, la pregunta simplemente era “¿cuál de las siguientes frases se acerca más a lo que usted piensa?” y se presentaron cinco enunciados). Tres de las opciones no invocaban ningún tipo de intervención estatal en la legitimación del capitalismo: 1) “El capitalismo es bueno porque permite que cada uno desarrolle sus capacidades personales”; 2) “El capitalismo es bueno porque permite que cada uno se enriquezca todo lo que pueda”, y 3) “El capitalismo no es bueno, pero es el único sistema posible”. En cambio, otra opción apelaba a una fuerte intervención estatal: 4) “El capitalismo solo puede traer bienestar si un Estado fuerte redistribuye las ganancias”. Una última opción era una crítica frontal al capitalismo y proponía probar con un socialismo o un comunismo modernizados: 5) “El capitalismo es malo y habría que probar con un socialismo o un comunismo modernizados que eviten los errores del pasado”.

Las primeras tres opciones tuvieron casi la mitad de las respuestas. Por un lado, un 6% le otorgaba la legitimación por su propia dinámica, que habilita al enriquecimiento personal sin límites. Sin embargo, tenía mucho más atractivo la idea de que lo que posibilita el capitalismo es que cada uno desarrolle sus capacidades personales: un 28% optó por esta respuesta. Por último, un 13% sostuvo que no es bueno, pero es el único sistema posible. Enmarcados en la posición crítica, un 41% adhirió a la idea de que el capitalismo solo puede traer bienestar con un Estado fuerte y redistributivo, y un 12% se inclinó por las opciones anticapitalistas.

Aquí también los jóvenes mostraron un perfil más neoliberal: el 63% escogió alguna de las tres opciones legitimadoras del capitalismo sin requerir la intervención estatal, como se observa en el cuadro IV.1. Es así que la idea de que es bueno porque permite el enriquecimiento ilimitado alcanzó el apoyo del 12% de los menores de 30 años. Por el contrario, la intervención estatal redistributiva fue escogida solo por el 24% de los jóvenes. Como es posible ver en la cuarta fila del cuadro IV.1, esta opción iba incrementando sus niveles de apoyo a medida que aumentaba la edad.

CUADRO IV.1. Legitimación o crítica del capitalismo según grupos etarios

¿Cuál de las siguientes frases se acerca más a lo que usted piensa?
El capitalismo es bueno porque permite que cada uno desarrolle sus capacidades personales
El capitalismo es bueno porque permite que cada uno se enriquezca todo lo que pueda
El capitalismo no es bueno, pero es el único sistema posible
El capitalismo solo puede traer bienestar si un Estado fuerte redistribuye las ganancias
El capitalismo es malo y habría que probar con un socialismo o un comunismo modernizados que eviten
Total

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

UNA MIRADA NEOLIBERAL DE LA CRISIS ARGENTINA

Las causales de la crisis y la responsabilidad de la inflación

Un claro indicador de cuánto caló la prédica neoliberal en la población argentina lo encontramos cuando les preguntamos a los encuestados por la principal causa de los problemas económicos: el 54% escogió “los elevados gastos del Estado y la alta emisión de pesos del gobierno”. Las otras opciones de respuesta apuntaban, por un lado, a la (ir)responsabilidad de la gestión macrista y el elevadísimo endeudamiento que contrajo (elegida por el 30% de las personas) y, por otro lado, al accionar de la gran burguesía y su capacidad oligopólica para incrementar los precios (un 16% optó por esta causa). Los jóvenes estaban más influenciados por la perspectiva que responsabiliza al Estado por la crisis económica: la primera opción fue indicada por dos tercios de los menores de 30 años.[24]

De todos modos, cuando las ideas neoliberales eran llevadas al terreno más concreto tenían dificultades para hacer pie en la conciencia de la ciudadanía. Así, frente a los aumentos de precios, eran muchos más quienes sentían bronca contra los empresarios que los subían más de lo acordado con el gobierno, que quienes se mostraban comprensivos porque debían adaptarse a la inflación. En particular, en julio de 2023, un 50% respondió que sentía, ante estos empresarios, “mucha bronca, se abusan de su poder y generan inflación”. A ellos, podemos sumar un 13% de los encuestados que se inclinó por la respuesta “un poco de bronca, porque generan inflación”. En cambio, solo un 23% eligió “mucha comprensión, porque los empresarios están obligados a adaptarse a la inflación” y un 15% “un poco de comprensión, porque mucho no pueden hacer”. No deja de asombrar que casi cuatro de cada diez encuestados desresponsabilizaron a los dueños de las empresas por aumentos que, al menos en primera instancia, eran decididos y aplicados por ellos y no por el gobierno.

La mirada sobre el Estado

El discurso neoliberal ha tenido un gran éxito en imponer una fuerte asociación entre “Estado” y significantes negativos. Ante siete posibles palabras, el significante “Estado” era vinculado por el 71% de las personas con cuestiones negativas o al pago de impuestos: el 44% escogió la opción “políticos corruptos”; un 15%, “empleados públicos ñoquis”, y un 12%, “impuestos”. En cambio, solo el 29% lo hizo con servicios públicos (un 15% con “hospitales”, un 13% con “escuelas” y un 1% con “policía”).

Preguntados más específicamente sobre el tamaño del Estado y qué debería hacerse con él y con los empleados públicos, casi cuatro de cada diez mostraron una fuerte adhesión a las propuestas drásticas de un neoliberalismo recargado, mientras que solo tres de cada diez defendieron el intervencionismo estatal. Así, un 37% optó por la frase “el Estado es demasiado grande y no tiene que meterse en la economía, hay que reducirlo drásticamente y hay que despedir a muchos de los empleados públicos”, un 31% por “habría que reducir un poco el papel del Estado en la economía y hay que despedir a algunos empleados públicos” y el restante 32% escogió “el Estado tiene que dirigir la economía y para ello no está mal que sea grande”.

PATRONES DE RESPUESTAS

Antes de analizar los resultados de modo cuantitativo, a través de una escala de neoliberalismo, vamos a presentar algunas recurrencias que surgen al cruzar varias preguntas. Recuperamos aquí la metodología que Erich Fromm usó para encontrar patrones o "síndromes" de personas más "autoritarias" o más "radicales" en su estudio sobre las actitudes de los alemanes en el contexto del ascenso del nazismo. Fromm escogió nueve preguntas para identificar las posiciones de los encuestados en tres complejos (evaluación de los problemas sociopolíticos generales, posición frente a la autoridad y posición frente al prójimo). Luego identificó si predominaban, dentro de cada uno, respuestas autoritarias, radicales, orientadas al compromiso o indiferentes. Finalmente, identificó "síndromes" o patrones de respuestas según los distintos tipos de combinaciones que cada persona presentaba en estos complejos. Por ejemplo, un síndrome estaba conformado por las personas que brindaron opiniones autoritarias en las tres cuestiones o, a la inversa, que lo habían hecho en los tres casos en un sentido radical. Pero estos no eran la mayoría. El grupo más numeroso era el que tenía opiniones políticas de izquierda o radicales, pero sin una posición clara ("indiferentes" en la clasificación de Fromm) en la posición frente a la autoridad y hacia el prójimo. Sintéticamente, la mayor preocupación de Fromm fue encontrar que el grupo que presentaba una línea socialista tanto en pensamiento como en sentimiento (y del que "podía esperarse en tiempos críticos que reuniera el valor, la disposición a hacer un sacrificio y la espontaneidad que son necesarios para la conducción de los pocos elementos activos y la victoria sobre el adversario") era relativamente pequeño (el 15%). Incluso, más lo preocupaba que el 20% de los adherentes de los partidos obreros (socialdemócratas o comunistas) había manifestado en sus opiniones y sentimientos una tendencia inequívocamente autoritaria. Seguramente por el pesimismo de sus conclusiones es que Fromm recién aceptó la publicación de este trabajo, editado en forma de libro por Wolfgang Bonß, en 1980, a pesar de que para la segunda mitad de los años treinta el estudio estaba finalizado.[25]

Repitiendo esta metodología de Fromm, distinguimos algunos patrones de respuesta bastante claros explorando el cruce de cuatro de las preguntas

formuladas en julio de 2023 (qué piensa de las leyes que regulan el trabajo; cómo han hecho su fortuna la mayoría de los grandes empresarios; qué habría que hacer con los impuestos y qué frase representa mejor su idea sobre el Estado). Encontramos que seis de cada diez personas mostraron una elevada coherencia, respondiendo las cuatro preguntas con opciones que referían a la ideología neoliberal o a la nacionalpopular; o, en todo caso, haciéndolo en forma intermedia en una o dos de estas preguntas (es decir, en dos o tres se escogió la respuesta neoliberal, o la nacional-popular, y en la otra, o en las otras dos, no se optó nunca por la respuesta claramente opuesta). Así computados los casos, un 32% del total lo hizo en un sentido nacional-popular y un 27% en uno neoliberal.

En cambio, solo un 6% tenía opiniones contradictorias, es decir que en las cuatro preguntas combinó dos respuestas neoliberales y dos nacional-populares. Un tercio de quienes respondieron la encuesta tuvo niveles intermedios de coherencia, pues eligieron respuestas en tres preguntas en un sentido y en la restante en uno opuesto, o dos en un sentido, una opuesta y la otra intermedia.[26] Finalmente, solo un 3% optó en la mayoría de las preguntas por las posiciones intermedias.

Confirmamos así la existencia de una elevada polarización ideológica, que también corroboramos en las cuatro preguntas planteadas en octubre de 2023 (la principal causa de los problemas económicos que tiene hoy el país; con cuál frase referida a la idea de justicia social está más de acuerdo; qué piensa de que un empresario gane cien veces más de lo que gana un obrero o empleado de su empresa, y con cuál frase en torno al capitalismo estaba más de acuerdo). A partir de estas consultas descubrimos patrones similares, con seis de cada diez encuestados presentando una elevada coherencia. Es decir, con las cuatro preguntas contestadas de forma neoliberal o de forma nacional-popular o, en todo caso, con una o dos respuestas contestadas de forma intermedia. Según esta clasificación, el 31% del total tuvo respuestas claramente nacional-populares y el 29% contestaciones neoliberales. Solo un 8% dio respuestas claramente contradictorias (dos nacional-populares y dos neoliberales). Y tres de cada diez personas brindaron tres respuestas en un sentido y la otra en sentido contrario, o dos en un sentido, una opuesta y otra intermedia.[27] Solo en un 2% hubo predominio de respuestas intermedias. Llama la atención que, con preguntas completamente diferentes, y en dos muestras de personas también distintas, los patrones de agregación fueran tan similares.

Del mismo modo que para el eje progresismo/conservadurismo, para analizar la

relación entre todas las preguntas vinculadas a las posiciones neoliberales o nacional-populares, transformamos las respuestas en un valor numérico que procuró aproximarse a su grado de neoliberalismo. En el apéndice II se explica cómo se adjudicaron estos valores.

Como ya comentamos en el capítulo anterior, obtener un valor numérico nos permite dos cosas. Por un lado, ver el grado de correlación entre las preguntas, es decir, con un solo valor (el coeficiente de correlación) podemos rápidamente ver el grado en que al incrementarse los valores en una pregunta, suben en la otra. Y, por otro lado, podemos sumar todas las preguntas y construir una escala de neoliberalismo, que tiene valor 100 cuando en todas las preguntas la persona escogió la opción neoliberal y 0 cuando optó por la nacional-popular.

Tanto en la escala que construimos con las preguntas de julio de 2023, como con las de octubre de ese mismo año, se aprecia una alta correlación entre casi todas las respuestas, en general en torno a coeficientes de 0,4 o 0,5 (véanse los cuadros IV.2 y IV.3). Esto es un indicador de que las personas tuvieron mayor coherencia respecto a su ideología socioeconómica que a sus actitudes progresistas o conservadoras (recordemos que los coeficientes de correlación entre estas preguntas rondaban el 0,3).

Además, a diferencia de la escala de conservadurismo, que presentaba una forma acampanada o de distribución normal, la escala de neoliberalismo tenía una distribución casi uniforme de casos en todos los niveles, como se observa en el gráfico IV.1 (que puede compararse con el gráfico III.1, con la distribución de casos en la escala de conservadurismo). Esto significa que había una importante cantidad de personas que eran de forma clara neoliberales o nacional-populares. Así, el 27% tenía valores de menos de 25 puntos en la escala, mientras que el 26% presentaba 75 puntos o más de neoliberalismo. El 24% era “algo nacional-popular” con valores entre 25 y 50 puntos, y el restante 22% era “algo neoliberal”.[28]

A través de este análisis cuantitativo, confirmamos lo que habíamos registrado en el análisis de patrones de respuestas: la polarización ideológica en las cuestiones socioeconómicas.

CUADRO IV.2. Coeficientes de correlación entre preguntas de la escala de

neoliberalismo

	Fortuna grandes empresarios	Causas de la pobreza	Le
Fortuna grandes empresarios	1	0,308	0,4
Causas de la pobreza		1	0,3
Leyes laborales			1
Estado			
Impuestos y evasión			

Fortuna grandes empresarios: ¿Cómo le parece que han hecho su fortuna la mayoría de los grandes empresarios?

Causas de la pobreza: Las dos razones principales por las cuales hay personas que viven en situación de pobreza.

Leyes laborales: ¿Qué piensa en relación con las leyes que regulan el trabajo?

Estado: ¿Cuál de estas frases representa mejor su idea sobre el Estado?

Impuestos y evasión: En relación con los impuestos, ¿cuál frase representa mejor su forma de pensar? (Véanse detalles de opciones de respuesta en el apéndice II.)

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Los jóvenes revelaron un valor promedio en la escala de neoliberalismo de 52 puntos, similar al de los adultos mayores, mientras que las personas de 30 a 65 años eran un poco más nacional-populares, con una media de 47 puntos. Los varones eran claramente más neoliberales que las mujeres, con valores promedio de 55 y 44 puntos, respectivamente. Previsiblemente, los varones jóvenes tenían niveles de adhesión al neoliberalismo más altos (62 puntos de promedio). Por contraste, las mujeres jóvenes sostenían más las ideas nacional-populares o de izquierda, con 40 puntos de promedio en esta escala.[29]

CUADRO IV.3. Coeficientes de correlación entre preguntas de la escala de neoliberalismo

	Causa de los problemas económicos	Justicia social
Causa de los problemas económicos	1	0,507

Justicia social		1
Capitalismo		
Empresario/obrero		

Causa de los problemas económicos: ¿Cuál es para usted la principal causa de los problemas económicos que tiene hoy el país?

Justicia social: Ahora vamos a compartirle algunas frases referidas a la idea de justicia social. ¿Con cuál de estas frases está más de acuerdo?

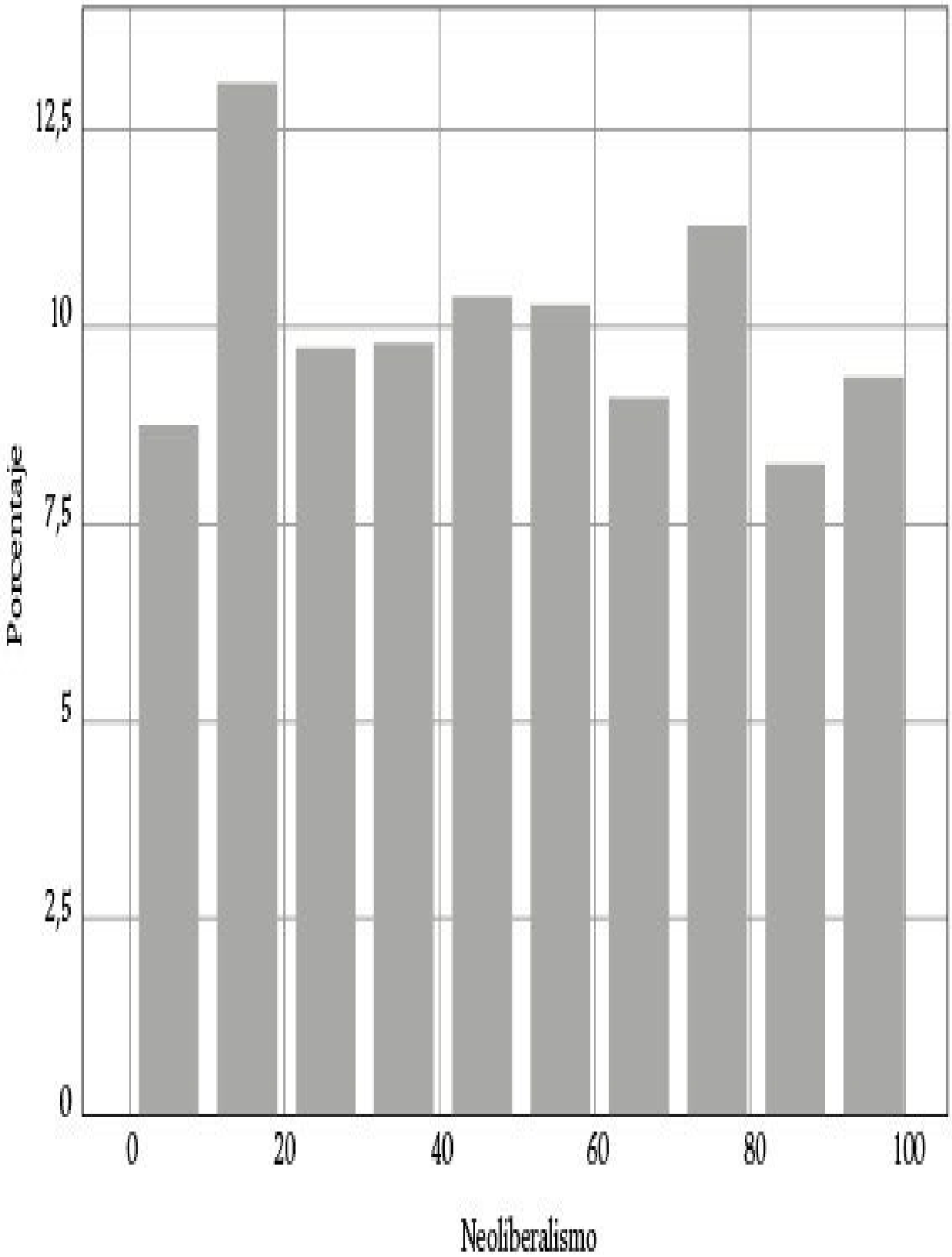
Capitalismo: ¿Cuál de las siguientes frases se acerca más a lo que usted piensa?

Empresario/obrero: ¿Qué piensa de que un empresario gane cien veces más de lo que gana un obrero o empleado de su empresa? (Véanse detalles de opciones de respuesta en el apéndice II.)

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

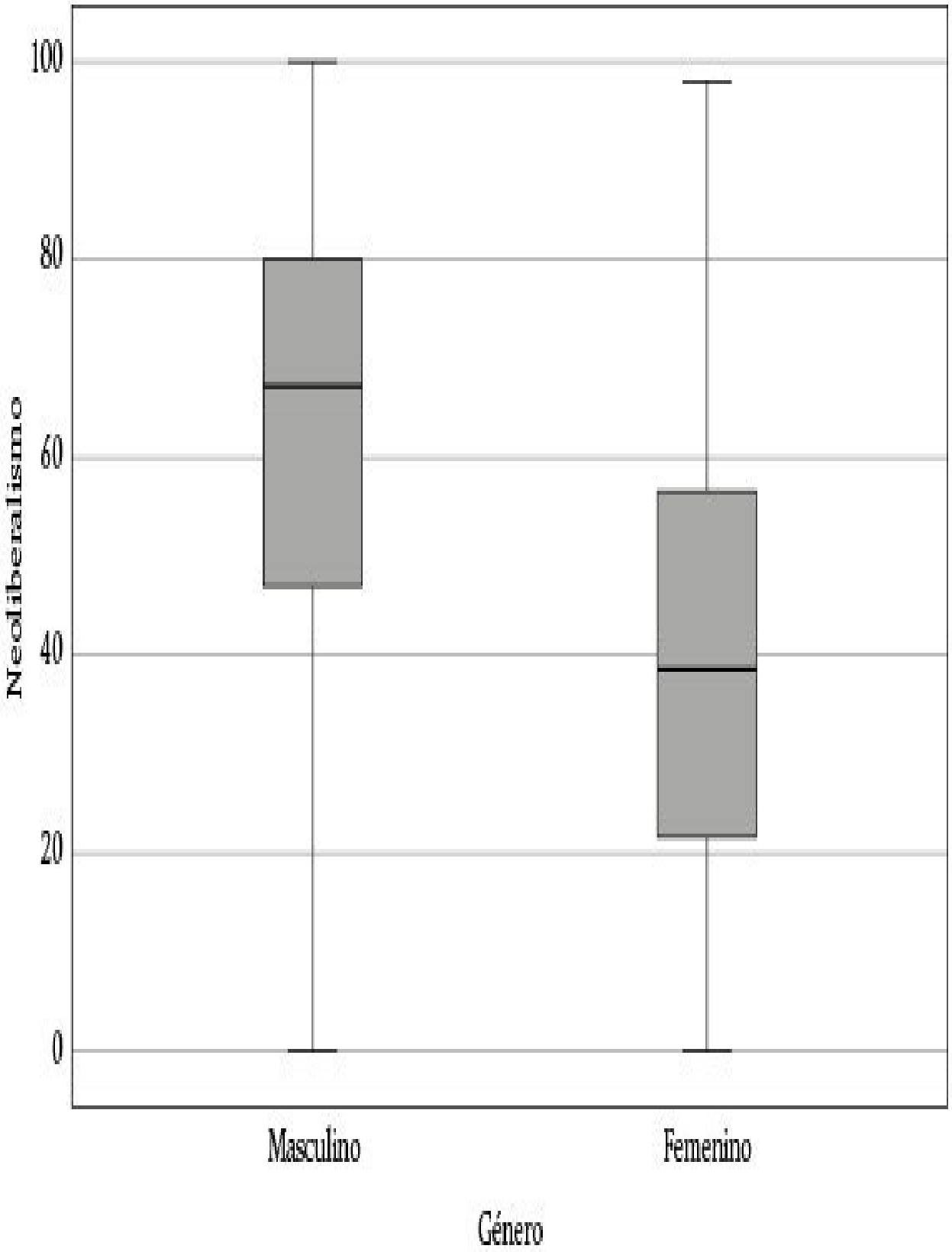
En general, la dispersión de los casos fue muy alta, y se observa un elevado solapamiento entre los casos típicos, por lo que no es posible realizar generalizaciones sobre estas diferencias, con excepción de lo que sucedía entre los jóvenes. Aquí sí, las diferencias eran sustanciales, pues tres cuartos de las mujeres jóvenes se ubicaron por debajo de los 56 puntos en la escala, mientras que tres cuartos de los varones jóvenes lo hicieron por encima de los 47 puntos en la escala de neoliberalismo. Es decir, casi no había solapamiento en las cajas representativas de los casos típicos, como se puede ver en el gráfico IV.2. Recordemos que la caja está conformada por las personas que constituían la mitad de los casos centrales, dejando un cuarto de encuestados por debajo y otro cuarto por encima. Se observa, entonces, que las mujeres apoyaban menos al neoliberalismo. No podemos afirmar que ocurriera porque fueran mayoritariamente feministas, pues ya vimos que no lo eran. Sin embargo, es probable que sus tradicionales tareas de cuidado las hicieran más sensibles y críticas frente a un neoliberalismo salvaje que juzga y desprecia la propia actitud del interés por el otro. Además, lo que sí ha brindado el feminismo, incluso en sus sentidos menos militantes, es cierta idea de pertenencia a un colectivo, cierto grado de sororidad. Y existe una asociación entre sensación de individualidad extrema, de no formar parte de ningún grupo, y la adhesión a las ideas neoliberales.

GRÁFICO IV.1. Distribución de los casos en la escala de neoliberalismo


12,5
10
7,5
5
2,5
0
Porcentaje
0
20
40
60
80
100
Neoliberalismo

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

GRÁFICO IV.2. Distribución de los casos de menores de 30 años en la escala de neoliberalismo según género


100
80
60
40
20
0
Neoliberalismo
Masculino
Femenino
Género

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

LA RELACIÓN ENTRE LAS IDEAS SOCIOECONÓMICAS Y LAS CONDICIONES DE TRABAJO

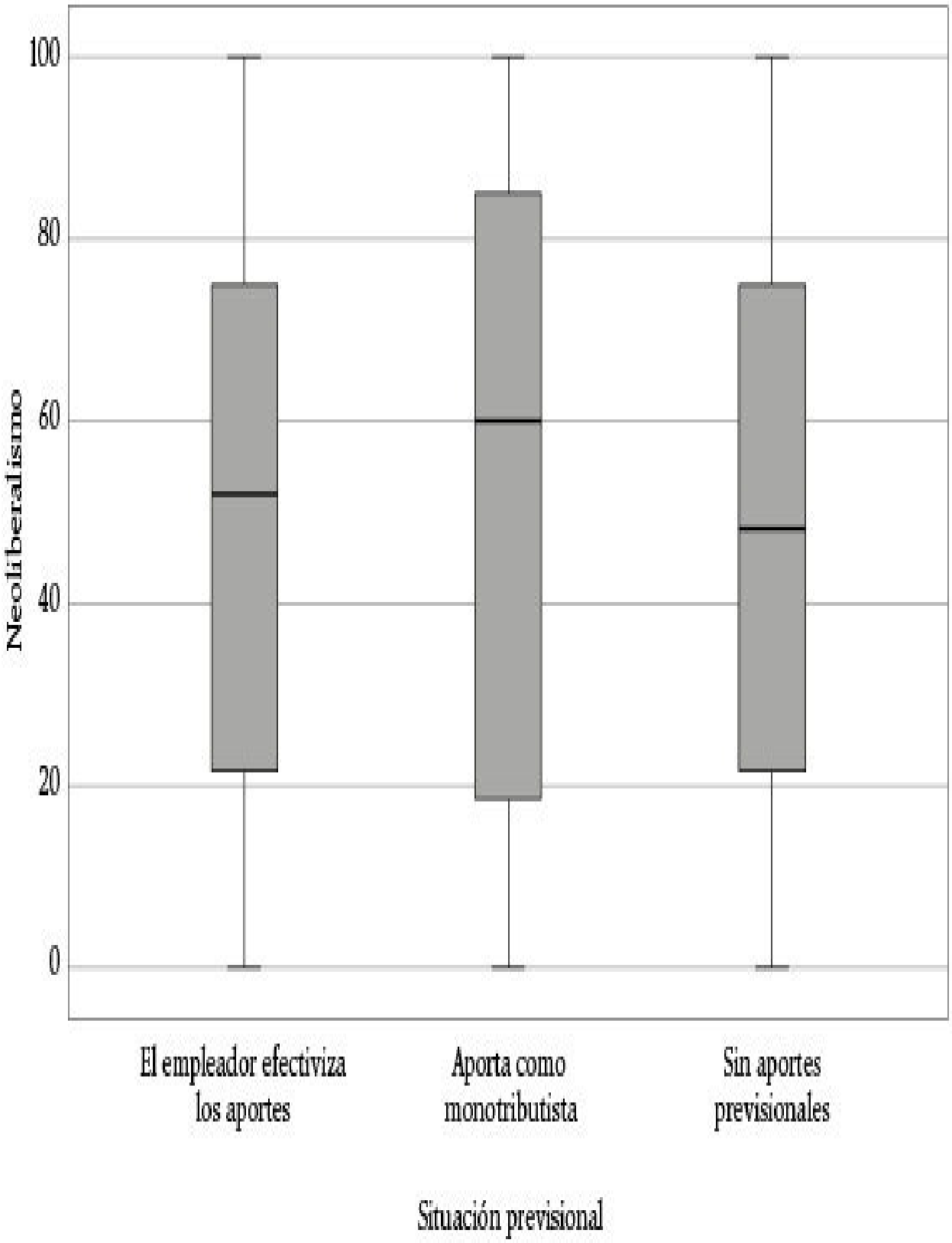
Una serie de investigaciones ha mostrado que, muchas veces, los sectores con mayor precariedad laboral son menos críticos del neoliberalismo. En particular, Pablo Semán y Nicolás Welschinger identifican un sector que se encuentra por fuera de las condiciones laborales formales, cuyos integrantes se reconocen laboral y moralmente como “emprendedores” (y que los autores califican de “mejoristas”) y creen sobre todo en el progreso personal y que “la sociedad es un robo” del rendimiento del esfuerzo personal, de la que el individuo debe protegerse, porque “los derechos tienen que merecerse”.[30]

Sin embargo, en nuestras encuestas no surge una relación muy clara entre informalidad laboral y predominio de ideas neoliberales. Para abordar esta cuestión hemos preguntado cuál era la situación previsional del encuestado o encuestada que trabajaba, brindando tres opciones de respuesta: si le realizaban aportes, si aportaba él mismo como monotributista o si no estaba teniendo ningún tipo de aportes jubilatorios. Según estimaciones efectuadas sobre la base de la Encuesta Permanente de Hogares del segundo semestre de 2023, el 48% de los trabajadores que vivían en aglomerados urbanos contaban con aportes previsionales concretados por el empleador, el 17% hacían ellos mismos sus aportes y el 35% no tenían ningún tipo de aportes previsionales.[31] En la encuesta de julio de 2023, vemos que solo los monotributistas eran un poco más neoliberales que quienes tenían aportes depositados por su empleador. En cambio, quienes no tenían ninguna cobertura previsional eran menos neoliberales. Así, los trabajadores que recibían aportes por parte de su empleador manifestaron un valor medio en la escala de neoliberalismo de 50 puntos, quienes aportaban ellos mismos como monotributistas[32] tenían un promedio de 53 puntos, y entre quienes no tenían aportes de ningún tipo el valor medio era de 48 puntos.[33]

De todos modos, el gráfico IV.3 muestra que la distribución de los casos típicos de cada categoría laboral (el 50% central de los casos) presentaba una elevada dispersión. Es decir que la situación previsional influía poco en la ideología socioeconómica de los trabajadores.[34]

Analizando en particular la pregunta sobre el capitalismo, como se observa en el cuadro IV.4, la informalidad del encuestado incrementaba levemente la adhesión a ese sistema (en el sentido de considerarlo bueno por alguno de los dos motivos que se ven en las primeras dos filas): subía del 31% cuando tenía los aportes hechos por el empleador, al 43% en el caso de los monotributistas o al 42% en quienes no tenían aportes de ningún tipo. Era, sobre todo, notorio que solo un tercio de quienes no tenían ninguna seguridad previsional valoraba la intervención redistributiva del Estado, frente al 45% que sí lo hacía entre quienes tenían aportes realizados por su empleador. Seguramente quienes no visualizaban que el Estado o su propia capacidad de presión sindical les garantizaban derechos laborales (en este caso previsionales) confiaban menos en el rol estatal y terminaban creyendo en las “bondades” intrínsecas del capitalismo, pues no apostaban mayoritariamente al socialismo como opción.

GRÁFICO IV.3. Distribución en la escala de neoliberalismo según la situación previsional de quienes se encuentran trabajando


100
80
60
40
20
0
Neoliberalismo
El empleador efectiviza los aportes
Aporta como monotributista
Sin aportes previsionales
Situación previsional

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

No se confirmó la hipótesis de que quienes trabajaban en situaciones de mayor precariedad laboral eran quienes menos defendían los derechos laborales. Por el contrario, el 63% de las personas que no contaban con aportes previsionales de ningún tipo reclamaban por la ampliación de derechos, mientras que lo hacía el 55% de quienes tenían aportes por parte de su empleador. Aunque es cierto que solo lo proponía el 46% de quienes eran monotributistas.[35] Hemos visto que, tanto en la escala como en varias preguntas, quienes tenían las posiciones más neoliberales no eran las personas en una situación de mayor informalidad (sin aportes previsionales), sino aquellos trabajadores autónomos que estaban inscriptos como tales y pagaban sus propios aportes jubilatorios.

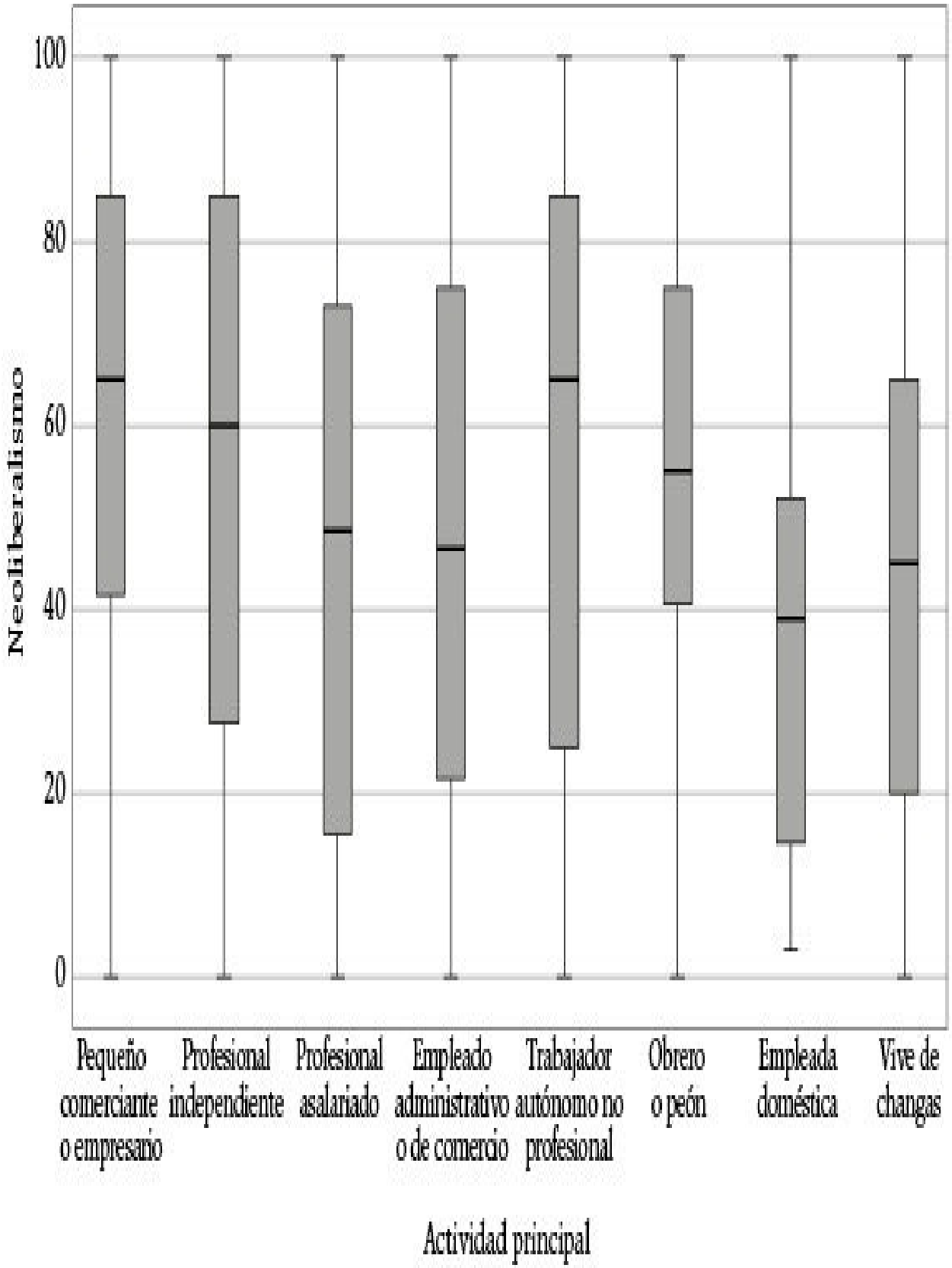
CUADRO IV.4. Valoración del capitalismo según la situación previsional de las personas ocupadas

El capitalismo es bueno porque permite que cada uno desarrolle sus capacidades personales	
El capitalismo es bueno porque permite que cada uno se enriquezca todo lo que pueda	
El capitalismo no es bueno, pero es el único sistema posible	
El capitalismo solo puede traer bienestar si un Estado fuerte redistribuye las ganancias	
El capitalismo es malo y habría que probar con un socialismo o un comunismo modernizados que eviten	
Total	

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Por último, analizamos posibles diferencias entre las distintas ocupaciones laborales. Si bien existían distinciones en los valores promedio de neoliberalismo de cada una, también aquí la elevada dispersión de casos a lo largo de la escala relativiza mucho la importancia de estas diferencias (tal como puede verse en el gráfico IV.4).[36] De modo que, salvo en el caso de las empleadas domésticas, que eran en su gran mayoría consistentes con posiciones nacional-populares, no puede darse mayor importancia a la clase ocupacional en la determinación de la ideología sobre cuestiones socioeconómicas.[37] Resulta notoria esta escasa incidencia de la clase en estas posiciones.

GRÁFICO IV.4. Distribución en la escala de neoliberalismo según el tipo de ocupación


Neoliberalismo
100
80
60
40
20
0
Pequeño comerciante o empresario
Profesional independiente
Profesional asalariado
Empleado administrativo o de comercio
Trabajador autónomo no profesional
Obrero o peón
Empleada doméstica
Vive de changas
Actividad principal

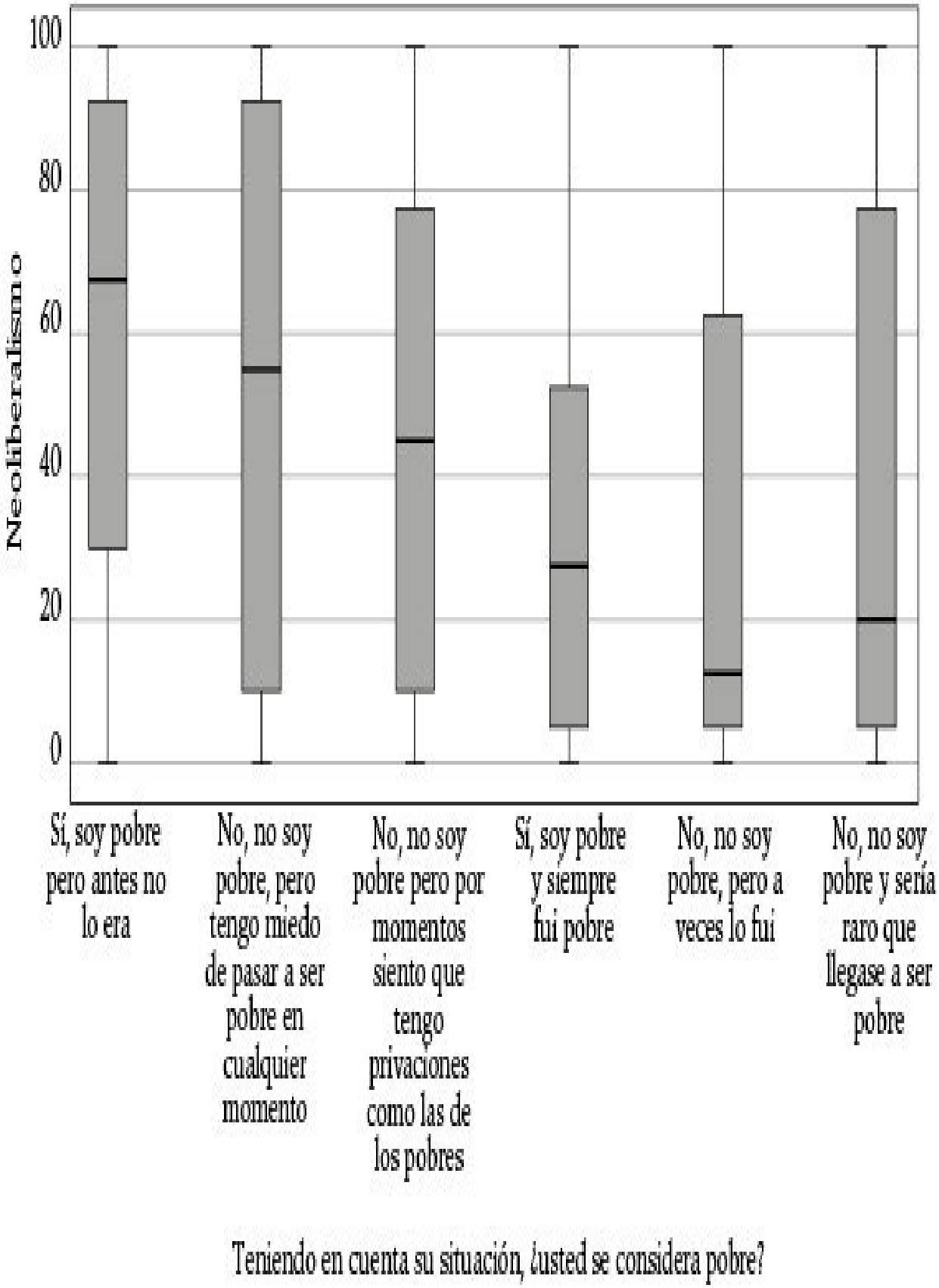
FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

En cuanto a la pregunta específica sobre los derechos laborales, muy pocas empleadas domésticas y unos pocos obreros escogieron la opción de acabar con ellos, mientras que alrededor de un tercio de los trabajadores autónomos, los profesionales independientes y los empresarios o pequeños comerciantes lo hicieron.[38]

Pero más que la ocupación o la informalidad, encontramos que lo que presentaba un impacto un poco mayor era la sensación relativa a la pobreza: eran mucho más neoliberales quienes percibían que habían caído en la pobreza (con un valor promedio de 59 puntos en la escala), seguidos de quienes temían caer en ella en cualquier momento (53 puntos) y quienes, a veces, sentían privaciones como las que tenían los pobres (47 puntos). En cambio, eran más nacional-populares quienes habían salido de la pobreza (32 puntos de promedio), quienes no tenían temor a caer en ella (39 puntos) y quienes siempre habían sido pobres (35 puntos). El gráfico IV.5 permite observar que no solo había diferencias en los valores promedio, sino también en la distribución de los valores en la escala de neoliberalismo para los casos típicos de cada clase de sentimientos vinculados a la pobreza.

Resulta difícil tener una explicación certera de por qué una mayor inestabilidad estaría vinculada a una más alta adhesión al neoliberalismo. Es probable que algunos imputasen esta situación de caída en la pobreza o el temor a descender en ella o la sensación de tener privaciones al gobierno del Frente de Todos, y de allí su apoyo a las ideas neoliberales. También podría acontecer que la ansiedad que generaba la inestabilidad económica empujase a otros a un apoyo al neoliberalismo, a través de una adecuación de su subjetividad en pos de adaptarse a estos nuevos tiempos de creciente flexibilidad, tal como lo ha planteado Richard Sennett.[39] Según Dubet, la inclinación a culpar a las víctimas del sistema por su situación de marginalidad o pobreza se fortalece a medida que se siente la amenaza de caída social y desclasamiento, situaciones que se han transformado en un verdadero pánico moral.[40]

GRÁFICO IV.5. Distribución en la escala de neoliberalismo según la sensación en relación con la pobreza


Neoliberalismo
100
80
60
40
20
0
Sí, soy pobre pero antes no lo era
No, no soy pobre, pero tengo miedo de pasar a ser pobre en cualquier momento
No, no soy pobre pero por momentos siento que tengo privaciones como las de los pobres
Sí, soy pobre y siempre fui pobre
No, no soy pobre, pero a veces lo fui
No, no soy pobre y sería raro que llegase a ser pobre
Teniendo en cuenta su situación, ¿usted se considera pobre?

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

EFICACIA DE LA SOCIALIZACIÓN POLÍTICA TEMPRANA EN EL PLANO IDEOLÓGICO

Consideramos importante analizar en qué medida los contextos de crianza de los niños, en particular la orientación política predominante en la familia, podrían estar incidiendo en los posicionamientos ideológicos de las personas en la actualidad. Hemos encontrado un elevado impacto de la socialización política familiar en las ideas que las personas tenían sobre las cuestiones socioeconómicas. Al respecto, preguntamos cuánto interés en la política había en su hogar cuando era un niño, y también qué orientación política predominaba (brindando un amplio listado) o si había posiciones divergentes dentro de su familia. Se observa que haberse criado en un hogar peronista estaba asociado a la asunción de posiciones ideológicas claramente nacional-populares (media en la escala de 35 puntos) y más aún si el hogar era "kirchnerista no tan peronista" (media de 28), y lo mismo sucedía con un hogar de izquierda (media de 32 puntos). De todos modos, en los tres casos, un cuarto presentaba valores en la escala por encima de los 58 puntos, los 42 puntos y los 45 puntos, respectivamente, como se ve en el gráfico IV.6.

En forma opuesta, crecer en hogares liberales o conservadores orientaba a sus hijos e hijas a posiciones fuertemente neoliberales. Quienes habían sido criados en hogares radicales reflejaban una amplia dispersión, pero más orientada en favor del neoliberalismo (media de 54 puntos).

Previsiblemente, para las personas criadas en hogares con posiciones encontradas o con interés en la política pero sin posición política definida, el rango en la escala de neoliberalismo resultaba muy amplio, con valores medios de 44 y 49 puntos respectivamente. En este sentido, la influencia no se distingue de la de los hogares poco o nada interesados en la política (con medias de 49 y 50 puntos y distribuciones similares).

*** * ***

Pudimos advertir que, a diferencia de las cuestiones que ubicamos en el eje progresismo/conservadurismo, había una clara polarización del conjunto de la sociedad en cuanto a los temas socioeconómicos. El proyecto neoliberal logró, a pesar del fracaso de su gobierno, mantener sus apoyos políticos en 2019; pero, sobre todo, impedir ser defenestrado luego. Finalmente, pudieron reinstalarse con un esquema explicativo de la crisis económica y una propuesta de salida de esta. De todos modos, la discursividad neoliberal no era hegemónica, pues había un sector importante de la ciudadanía que sostenía, con bastante claridad, posiciones nacional-populares o de (centro)izquierda.

GRÁFICO IV.6. Distribución en la escala de neoliberalismo según las ideas políticas predominantes en el hogar cuando era niño

Neoliberalismo
100
80
60
40
20
0
Peronismo
Kirchnerismo no tan peronista
Radicalismo
Izquierdas, socialismo o comunismo
Liberalismo
Desarrollismo
Partido provincial
Conservadurismo o de derecha
No había ninguna que predominara, porque había posiciones encontradas
Ninguna. Estaban interesados en la política pero sin tener una posición
Poco interesados
Nada interesados
Orientación política en su hogar cuando era niño

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

En algunos tópicos, esta prédica neoliberal tuvo un enorme impacto, sobre todo, al lograr que un sector importante de la ciudadanía compartiera ideas que hasta hacía unos años eran casi imposibles de enunciar en la arena pública, como el deseo de acabar con la justicia social y la aceptación de una profunda desigualdad económica. Y esto se enhebró con la concepción de que, para que estas ideas y este proyecto neoliberal fueran viables, tenían que ser aplicados en forma drástica y rápida, dejando de lado toda idea de "gradualismo". El discurso neoliberal también instaló en una mayoría de la ciudadanía que el problema de la crisis económica surgía por los elevados gastos estatales y la consiguiente emisión monetaria.

Pero, en otras cuestiones, ciertos núcleos de "buen sentido" (que nacen de la propia práctica cotidiana) hacían surgir, aun entre quienes tenían un perfil neoliberal en otros temas, un fuerte rechazo a algunas propuestas neoliberales, como acabar con los derechos laborales.

Es claro que la disputa entre modelos económico-sociales estaba abierta, que el neoliberalismo logró recuperarse de los efectos derivados del fracaso de la experiencia del macrismo en el gobierno, pero que también había un importante sector que aún defendía las ideas nacional-populares.

Cuán arraigadas estaban estas creencias y valoraciones es algo que no pudimos relevar. Las encuestas solo nos devuelven niveles de coherencia entre contestaciones a diversas preguntas y, en este sentido, los patrones en los temas socioeconómicos mostraron mucha mayor adhesión (al neoliberalismo o a lo nacional-popular) que la que observamos, en el capítulo anterior, a las actitudes conservadoras o progresistas, donde eran pocos quienes brindaron muchas respuestas de forma consistente con una posición clara. Sin embargo, la técnica de encuesta no permite prever en qué medida los sujetos revisarán sus posiciones ideológicas cuando la realidad les demuestre que van contra sus intereses más concretos. El propio triunfo de Milei pondrá a prueba estas convicciones. Con todo, como vimos en el caso del gobierno de Macri, desde el poder (y con toda la

capacidad comunicacional que posee) es posible responsabilizar a los anteriores gobiernos “populistas” y solicitar paciencia, en nombre de las inversiones y el prometido crecimiento futuros. Como analizamos, Macri, al final de su mandato y a pesar de la dura crisis económica, obtuvo más votos que los que había tenido en 2015; aunque es cierto que no avanzó con total audacia y que se aplicaron varias medidas paliativas.

En fin, antes de abordar cómo estas tensiones se pusieron en juego en la dinámica político-electoral de 2023, analizaremos la interrelación entre las cuestiones que colocamos en el eje nacional-popular/neoliberal y las pertenecientes al de progresismo/conservadurismo y, más en general, cómo eran las visiones de la ciudadanía sobre la dinámica social.

[1] Según la caracterización, ya clásica, de Marcelo Cavarozzi, Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina, Buenos Aires, Ariel, 1997.

[2] El Frente Renovador logró derrotar al oficialismo en las elecciones parlamentarias de 2013 en la crucial provincia de Buenos Aires. De modo que Massa quedó instalado como un candidato con muchas chances para la disputa por la presidencia del 2015 (finalmente obtendría la tercera posición con el 21% de los votos).

[3] Véase al respecto Ibarómetro, Radiografía ideológica de los argentinos, julio de 2015.

[4] “Milei cerró su campaña al grito de donde hay una necesidad, no hay un derecho”, en Página/12, 8 de noviembre de 2021.

[5] Incluso daba la impresión de que carecía de timing electoral, es decir, de la capacidad de considerar la potencial inconveniencia de realizar algunas afirmaciones durante una campaña en la cual, se suponía, los candidatos no deben alejar potenciales votantes si no es para sumar un número mayor. Entre estas extralimitaciones podemos destacar sus ideas acerca de la posible venta legal de órganos o, aun, de bebés, la privatización potencial no solo de autopistas, sino del tránsito por las calles, la calificación del papa Francisco como “representante del maligno en la Tierra”, o del jefe de Gobierno de CABA —figura destacada de una fuerza neoliberal con la que

muy probablemente tuviera que establecer alianzas— como "sorete" y, ya en campaña, de Patricia Bullrich como "montonera [grupo guerrillero peronista de los años setenta] que ponía bombas en los jardines de infantes".

[6] En Estados Unidos se encontraba mucho más difundida la crítica a los llamados despectivamente "guerreros de la justicia social" o "Social Justice Warrior" (SJW), al punto de constituirse en el elemento de articulación de una diversidad de grupos y tradiciones derechistas muy diversas, según analiza Pablo Stefanoni, ¿La rebeldía se volvió de derecha?, Buenos Aires, Siglo XXI, 202, pp. 102 y 103.

[7] Pablo Guido, "Coordenadas intelectuales de Álvaro Alsogaray", en Procesos de Mercado. Revista Europea de Economía Política, vol. VIII, núm. 1, primavera de 2011, pp. 209-252.

[8] Micaela Cuesta y Ezequiel Ipar, "El Tea Party argentino", en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, Discursos de odio. Una alarma para la vida democrática, San Martín, UNSAM EDITA, 2023, p. 222.

[9] Dos tercios de quienes la eligieron respondían, en otra pregunta, que la causa de los problemas económicos eran los gastos estatales elevados y la alta emisión monetaria. Asimismo, es posible observar que habían optado por esta tercera alternativa ciudadanos de diversas orientaciones políticas: un tercio de quienes habían votado a Myriam Bregman, pero también el mismo porcentaje de quienes votaron a Schiaretti, casi un cuarto de los votantes de Bullrich y un quinto de los de Milei (solo descendía a una décima parte entre quienes habían votado a Massa). Interpretamos, por lo tanto, que muchas personas optaron por esta opción debido a que permitía formular una crítica a la idea de justicia social sin necesidad de sostener una posición extremadamente dura como la primera frase.

[10] Solo el 30% de los adultos y el 28% de los adultos mayores acordaban con la eliminación de la justicia social. En esta última franja etaria era donde este concepto concitaba mayores apoyos, alcanzando al 57% de sus integrantes.

[11] Pablo Stefanoni (op. cit., pp. 77-81) analiza cómo, en el caso estadounidense, los jóvenes gammers jugaron un papel clave en la construcción de estas actitudes de crítica a los "guerreros de la justicia

social”.

[12] Pablo Semán y Nicolás Welschinger, “Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas. Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden”, en Pablo Semán (coord.), Está entre nosotros, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 187-190.

[13] Thomas Piketty, Capital e ideología, Buenos Aires, Paidós, 2019, pp. 47 y 48 y 776-781.

[14] François Dubet, ¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario), Buenos Aires, Siglo XXI, 2015. La base de este fenómeno se encontraría, para Dubet, en una crisis de las solidaridades (tanto en términos prácticos como imaginarios), por la cual ya no deseamos realmente la igualdad de todos, incluyendo a quienes no conocemos.

[15] No es que los pequeños comerciantes o los profesionales independientes tuvieran opiniones mucho más favorables en cuanto a esta desigualdad: en general rondaban los dos tercios y un tercio optaba por las dos frases críticas.

[16] François Dubet, La época de las pasiones tristes, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 35-47.

[17] Un 31% optó por la frase “hay que reducir mucho los impuestos que pagan los empresarios, pues solo así se va a lograr que haya inversiones”, un 20% opinó que “hay que reducir un poco los impuestos que pagan los empresarios, para así lograr que inviertan más”, un 33% sostuvo que “hay que realizar más controles para evitar que la mayoría de los empresarios evada” y el restante 17% que “hay que poner presos a los ricos que evaden impuestos, porque si no el Estado no tiene los recursos que se necesitan”.

[18] Síntoma del clima de época, entre los primeros motivos se destacó “por culpa de los políticos”, escogido por el 35 por ciento.

[19] Así, por ejemplo, el 59% de las personas respondió, en septiembre de 2023, que estaba muy de acuerdo o de acuerdo con la frase “El Estado no debe entregar planes sociales porque con eso fomenta la vagancia”, según Ezequiel Ipar, “Análisis demográfico, ideológico y político del voto 2023 en Argentina”, en prensa.

[20] Richard Sennett, La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 103-123.

[21] François Dubet, ¿Por qué preferimos la desigualdad?, op. cit., pp. 35-38.

[22] Luc Boltanski y Ève Chiapello, El nuevo espíritu del capitalismo, Madrid, Akal, 2002, pp. 35-237.

[23] Ibid., p. 602.

[24] De un modo similar, en una encuesta realizada en septiembre de 2023 por el Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos (LEDA-UNSAM), de un listado de diversas causales de la crisis, más de seis de cada diez personas la adjudicaron a "los políticos en general" (un 39%), al "gasto excesivo del Estado" (un 20%) o, directamente, a "la democracia" (un 4%); mientras que un 20% ubicaba la responsabilidad en "el FMI y la deuda externa", un 9% en "los empresarios y los especuladores" y un 4% en "la pandemia y la guerra". LEDA, Análisis demográfico, ideológico y político del voto 2023 en Argentina, UNSAM (en prensa).

[25] Erich Fromm, Obreros y empleados en vísperas del Tercer Reich: un análisis psicológico-social, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica y Universidad de San Martín, 2012, pp. 313-367.

[26] Observando estos casos con mayor detenimiento, computamos un 17% de nacional-populares con algo de neoliberal, y un 15% de neoliberales con algo de nacional-popular.

[27] Quienes así respondieron pueden ser catalogados como un 16% nacional-popular con algo neoliberal, y un 13% neoliberal con algo nacional-popular.

[28] En la escala construida en octubre de 2023 surgió una distribución un poco más rígida, tal vez por el tipo de preguntas, en la cual un 38% tuvo valores nacional-populares (menos de 25 puntos), un 20% moderadamente nacional-populares, un 19% moderadamente neoliberales y un 24% neoliberales.

[29] Confirmamos la existencia de esa fuerte brecha ideológica entre mujeres y hombres jóvenes que se encontró en otros países: véase John Burn-

Murdoch, “A New Global Gender Divide is Emerging. Young Men and Young Women’s World Views are Pulling Apart. The Consequences could be Far-Reaching”, en The Financial Times, 26 de enero de 2024.

[30] Pablo Semán y Nicolás Welschinger, op. cit., pp. 179-182.

[31] Estimaciones realizadas, gentilmente para este libro, por Santiago Poy, sobre la base de la metodología detallada en Santiago Poy, “In-Work Poverty Dynamics: Trigger Events and Short-Term Trajectories in Argentina”, en Journal for Labour Market Research, vol. 57, núm. 24, 2023, pp. 1-16. En nuestra encuesta de julio de 2023, en los aglomerados urbanos estos porcentajes fueron del 53%, del 20% y del 27%, respectivamente.

[32] Personas que pagan el monotributo: un régimen para pequeños contribuyentes que sustituye el pago de IVA y Ganancias y lo unifica con los aportes jubilatorios y la obra social.

[33] El análisis de la situación previsional de quien era principal aportante económico en el hogar (que podía o no ser la persona encuestada) muestra, incluso, una reducción mayor del nivel de adhesión al neoliberalismo en hogares a cargo de personas sin aportes: valor medio de 44 puntos frente a los 50 puntos en hogares a cargo de quienes recibían aportes. Aunque es cierto que en familias donde quien más contribuía era monotributista el valor de neoliberalismo presentaba un promedio de 54 puntos.

[34] No obstante, en la encuesta de octubre de 2023, con otra escala diferente, sobre la base de otras cuatro preguntas, sí se observó un importante incremento de la adhesión al neoliberalismo entre quienes no tenían aportes (51 puntos de promedio) o los pagaban ellos (52 puntos), frente a quienes les hacía aportes previsionales su empleador (42 puntos). La diferencia tiene el mismo sentido pero es más limitada si consideramos la situación laboral del principal aportante económico del hogar: 48 cuando le realizan aportes, 53 si es monotributista y 49 si no recibe aportes.

[35] Los porcentajes eran similares en el caso de los principales aportantes del hogar.

[36] En la encuesta de julio de 2023 notamos que los trabajadores autónomos no profesionales presentaban altos niveles de adhesión al neoliberalismo, con una media de 57 puntos en la escala, en relación con el valor promedio

de quienes trabajaban (que era de 50). También mostraban mayores niveles promedio de adhesión a las ideas neoliberales los profesionales independientes (57) y los pequeños comerciantes (62). En cambio, se destacaban por sus niveles bajos las empleadas domésticas (39), quienes vivían de changas (46) y los profesionales asalariados (45). Llamaba la atención que obreros, peones y trabajadores manuales tuvieran un nivel promedio alto (55 puntos). Quienes no trabajaban y estudiaban tuvieran una adhesión superior a la media (con 52 puntos) y los jubilados una cercana (48).

[37] En la escala de octubre, como en la de julio, los autónomos presentaron una mayor adhesión al neoliberalismo (un promedio de 58 puntos), en relación con el valor estándar de todos los que trabajaban (que era de 47). Con niveles promedio altos también se destacaban los pequeños comerciantes (53) y con niveles bajos las empleadas domésticas (36), los profesionales asalariados (40) y los empleados administrativos o de comercio (44). Quienes no trabajaban y estudiaban tenían un valor medio alto (53), mientras que los jubilados presentaban uno muy bajo (37).

[38] Esta opción tan extremadamente neoliberal era sostenida por el 43% de los pequeños comerciantes o empresarios (sin empleados o hasta con cinco empleados) y por el 46% de los empresarios o gerentes. También se destacaron con esta opinión extrema dos tercios de las 18 personas que dijeron vivir de rentas y no trabajar. Por su parte, la escogieron el 33% de los profesionales independientes, un 30% de quienes trabajaban de forma autónoma (pero ascendía al 40% en el caso de quienes dentro de esta categoría aportaban a través del monotributo). Solo el 20% de los profesionales asalariados y de los empleados administrativos o de comercio, el 24% de quienes vivían de changas y el 17% de los obreros, peones o asalariados que realizaban trabajos manuales. El 21% de quienes estaban desocupados, pero buscaban trabajo. Fueron las empleadas domésticas quienes más rechazo presentaron a esta opción: solo el 7% adhirió, y el 9% de las amas de casa (que no declararon tener otro trabajo). Optaron por esta frase el 18% de quienes estudiaban y no trabajaban ni buscaban trabajo por ese motivo.

[39] Richard Sennett, op. cit., pp. 29-31.

[40] François Dubet, ¿Por qué preferimos la desigualdad?, op. cit., pp. 38-41.

V. Las distintas perspectivas sobre la sociedad

LA RELACIÓN ENTRE CONSERVADURISMO Y NEOLIBERALISMO

A esta altura del análisis, podemos preguntarnos si la gente con posiciones progresistas también tiene una ideología nacional-popular, o si muchos neoliberales también son progresistas. Hemos encontrado una vinculación muy fuerte entre estas dos dimensiones de las personas. La enorme mayoría de quienes tenían valores altos en la escala de neoliberalismo también los poseía en la escala de conservadurismo. Y viceversa: casi todos los progresistas eran nacional-populares. De modo que casi no existía lo que, tradicionalmente, se consideraba un "liberal" en su sentido clásico. Es decir, alguien contrario a la intervención estatal en la economía, pero que defendiera el avance en cuestiones como los derechos civiles y de las minorías o el estímulo a la actitud crítica en la educación. Y también eran pocos quienes estaban a favor del intervencionismo estatal pero en contra por completo del progresismo cultural o cívico, lo que tradicionalmente se considera un "fascista", al menos en el sentido laxo del término.

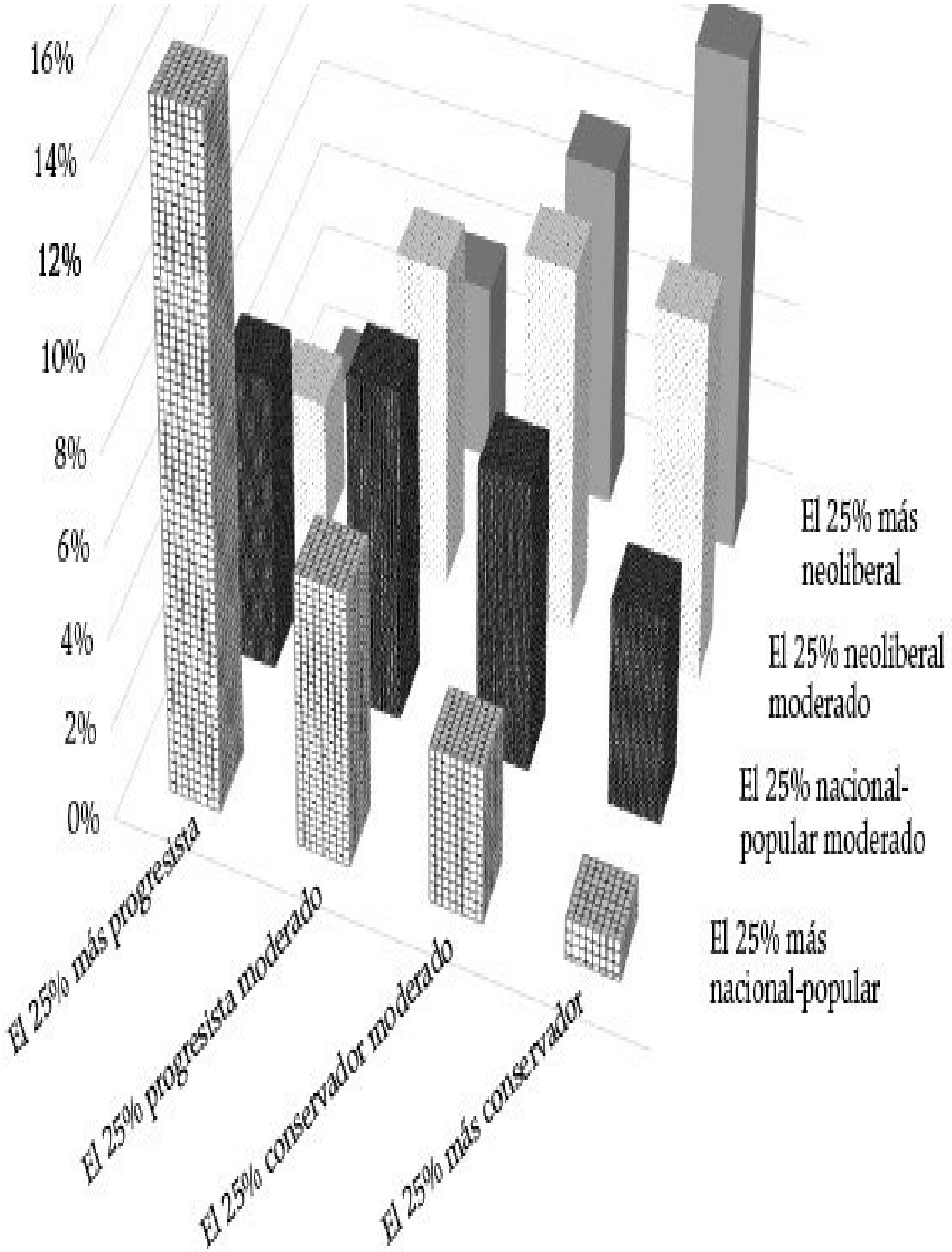
Para visualizar la relación entre ambas escalas, dividimos los casos a partir de valores que, en cada una, fraccionan en cuatro grupos de igual tamaño a la población (es decir, un cuarto en cada categoría, de allí que esos valores se denominen "cuartiles"). Así, por ejemplo, en la escala de neoliberalismo, consideramos al cuarto de los encuestados con respuestas que sumaron los valores más bajos y los llamamos "el 25% más nacional-popular", al cuarto de casos siguientes lo denominamos "el 25% nacional-populares moderados", al otro cuarto, "el 25% neoliberales moderados" y al último cuarto, con los valores más altos en la escala, le asignamos el nombre de "el 25% más neoliberales". Hicimos lo mismo para el caso del progresismo o el conservadurismo.[1]

Al cruzar ambas variables, se generan 16 posiciones. Si no hubiera ninguna relación entre ambas escalas, en cada posición tendría que haber un 6,25% de los casos, es decir, 1/16 de las personas en cada una. Si esta fuera la situación, todas las torres/columnas del gráfico V.1 tendrían la misma altura. Sin embargo, hay una fuerte relación entre ambas escalas, por lo cual la gente que era, al mismo tiempo, del cuartil de los "más neoliberales" y del cuartil de los "más progresistas" apenas alcanzaba al 1% de los casos (en el gráfico casi no se puede

ver la torre que la representa; se encuentra escondida al fondo a la izquierda). En el otro extremo, algo similar ocurría con la cantidad de gente que era del cuartil de los “más nacional-populares” y del cuartil de los “más conservadores”; solo sumaban otro 1% de los casos (la pequeña torre adelante a la derecha). También eran pocos quienes eran al mismo tiempo del cuartil de los “más nacional-populares” y del cuartil de los “conservadores moderados” (el 3 por ciento).

Por el contrario, los tipos que presentaban valores mucho más altos que los esperados (si no hubiera relación entre las dos variables) eran los del cuartil de los “más neoliberales” y del cuartil de los “más conservadores” (el 11%) y los del cuartil de los “más nacional-populares” y del cuartil de los “más progresistas” (el 15%), las dos torres más altas del gráfico V.1.

GRÁFICO V.1. Distribución del total de casos según sus posiciones en ambas escalas divididas en cuartiles


16%
14%
12%
10%
8%
6%
4%
2%
0%
El 25% más progresista
El 25% progresista moderado
El 25% conservador moderado
El 25% más conservador
El 25% más neoliberal
El 25% neoliberal moderado
El 25% nacional-popular moderado
El 25% más nacional-popular

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Al observar cuestiones más sutiles, vemos en el cuadro V.1 que las tendencias se repetían, aunque mucho menos marcadas, en los dos grupos moderados. Los del cuartil “neoliberales moderados” presentaban pocos casos del cuartil de los “más progresistas” (el 3%), y los del cuartil “nacional-populares moderados” tenían pocos casos del cuartil de los “más conservadores” (el 5 por ciento).

Entonces, tenemos una importante cantidad de casos en posiciones neoliberales y conservadoras, por un lado, y nacionalpopulares y progresistas, por el otro. Sin embargo, hay que tener presente que muchísimas personas estaban en las posiciones intermedias de ambas escalas, configurando un “centro” ideológico que va a ser el eje de la disputa política. Esta misma cuestión la podemos observar con mayor detalle en un gráfico de dispersión (gráfico V.2), en el que cada persona encuestada se representa con una marca (en este caso, un pequeño círculo) en el cruce de los dos valores que tiene en cada uno de los ejes (el valor en la escala de conservadurismo en el eje horizontal y el valor de neoliberalismo en el eje vertical).[2] Allí podemos ver que las personas que tenían ideas nacional-populares se concentraban, en su mayoría, en valores sumamente bajos de la escala de neoliberalismo (podemos interpretar que tenían una elevada coherencia en sus posiciones), al tiempo que se dispersaban por diversos valores de conservadurismo, pero en general por debajo de 50 puntos. En el extremo opuesto, encontramos una concentración de casos con valores altos de neoliberalismo, dispersos en niveles de conservadurismo superiores a los 50 puntos. Y, en el espacio central, hay casos con niveles intermedios de ambas escalas, aunque con una tendencia mayor hacia el neoliberalismo y el conservadurismo.

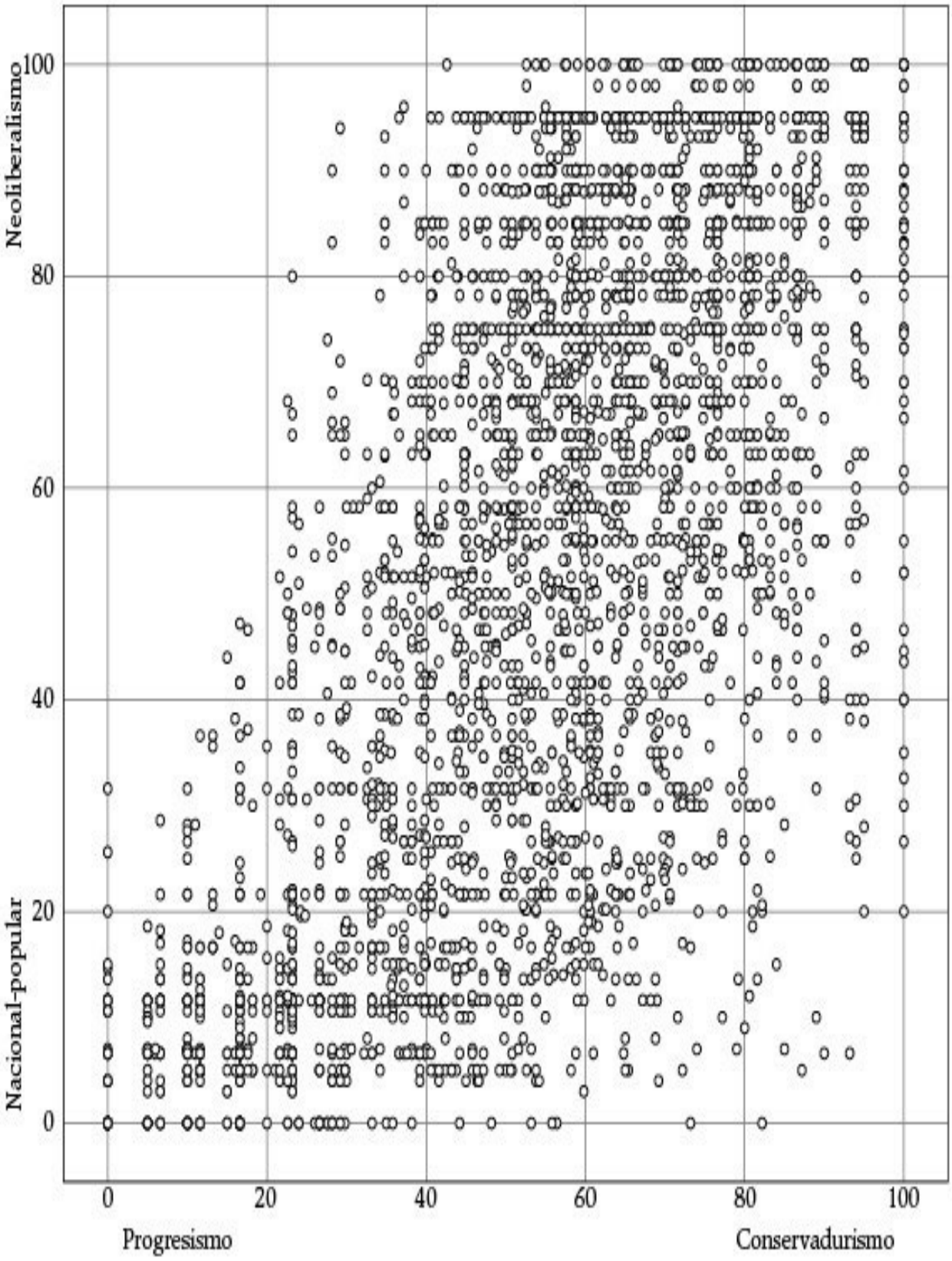
CUADRO V.1. Distribución del total de casos según sus posiciones en ambas escalas divididas en cuartiles

	El 25% más progresista	El 25% progresista moderado
El 25% más neoliberal	1%	4%
El 25% neoliberal moderado	3%	7%
El 25% nacional-popular moderado	7%	7%
El 25% más nacional-popular	15%	6%

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Asimismo, en el gráfico V.2 llama la atención que entre las 3.295 personas para quienes se logró computar los valores en ambas escalas (pues respondieron todas sus preguntas) no hubiera nadie con un nivel mayor a 50 en la escala de neoliberalismo y menor a 20 en la escala de conservadurismo. Así, el área en el extremo superior izquierdo del gráfico V.2 está vacía. Siempre, en todo sondeo de opinión, más allá de las tendencias mayoritarias, suele haber una pequeña cantidad de casos "extraños" o disonantes. Pero en la sociedad argentina actual no había nadie con esas características. Existía una total ausencia de lo que podemos denominar "liberales clásicos", al menos en un sentido estricto. Es cierto que había un 11% de personas algo progresistas (por debajo de los 50 puntos en conservadurismo) y neoliberales; sin embargo, en su mayoría tenían valores de conservadurismo por encima de los 35 o 40 puntos. Lo mismo aconteció en la encuesta que realizamos en enero de 2021 y el equipo de Ipar obtuvo datos similares en el año 2013.[3]

GRÁFICO V.2. Distribución del total de casos en las escalas de neoliberalismo y conservadurismo


Neoliberalismo
Nacional-popular
100
80
60
40
20
0
0
20
40
60
80
100
Progresismo
Conservadurismo

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Como ya vimos, contamos con el coeficiente de correlación para medir cuán fuerte es una relación entre dos variables.[4] En la encuesta de julio de 2023, esta presentó un coeficiente de correlación de 0,567, un valor muy elevado para el caso de dos variables sociológicas que miden cuestiones conceptualmente diferentes, pues no existe ninguna pregunta o tema que se repita entre la escala de neoliberalismo y la de conservadurismo. En la encuesta de enero de 2021 (solo la provincia y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires), este mismo coeficiente, sobre la base de escalas similares pero con una mayor cantidad de preguntas, también fue alto y con un valor similar (0,524). Asimismo, las escalas más simples construidas con las preguntas de la encuesta de octubre de 2023 también arrojaron un coeficiente similar e, incluso, un poco más elevado (0,594).[5]

Asombra la fuerte relación entre estas dos escalas. Es probable que el capitalismo flexible promueva el desarrollo de un tipo de personalidad narcisista (algo que también es reforzado en el plano ideológico por la prédica neoliberal) que favorece el conservadurismo y el autoritarismo. Este individualismo extremo sintoniza con un tipo de subjetividad contraria a cualquier sistema regulatorio y a toda limitación a la libertad y remite a la espontaneidad y a una subjetivización como consumidor y como alguien irresponsable.[6] En términos de Fromm, se enmarca en un tipo de carácter social relativamente novedoso y distinto de la tipología armada por este autor, en lo que algunos teóricos que continuaron su obra califican como un carácter de “orientación yoísta”, marcadamente narcisista.[7] Así, Rainer Funk ha propuesto este nuevo tipo de carácter que se define por procurar un yo libre, espontáneo, no limitado por preceptos o estándares externos, que “niega el derecho de establecer qué es bueno o malo, auténtico o falso, sintonizado con la realidad o solo una ilusión”.[8]

Ahora bien, esta personalidad fuertemente narcisista en un marco de elevada incertidumbre estructural, como el del capitalismo actual, y proclive a producir constantes frustraciones, tiende a generar tres actitudes vinculadas con el conservadurismo y el autoritarismo. En primer lugar, promueve —como forma de paliar, con “la idea de valores duraderos”, la ansiedad producida por la

inseguridad laboral actual y la carencia de un relato que organice su vida y su conducta— un apego a ciertos valores tradicionales o a un conservadurismo cultural y una crítica frontal a quienes viven de la ayuda estatal e, incluso, un desdén hacia quienes poseen empleos estables, tal como lo ha analizado Sennett.[9] En segundo lugar, al pasar al plano de lo colectivo, el culto de la individualidad solo puede prosperar por la obediencia disciplinada del conjunto, de allí que fomente los valores autoritarios y jerárquicos.[10] Esto se relaciona con la propensión permanente a la agresividad que estimula la personalidad narcisista pues, si es violentada en su ego, en vez de responder con temor, lo hace con una rabia aniquiladora, según Funk. Y, en tercer lugar, según este mismo autor, como esta nueva orientación fuertemente narcisista se vincula con el carácter mercantil, en el cual el mercadeo de nuestra propia personalidad significa convertirse uno mismo en un producto para ser comprado —y por esa razón uno entrena aquellos rasgos personales con los cuales puede alcanzar el éxito en un determinado mercado, independientemente de nuestras propias características personales—, si por algún motivo no se consigue el éxito, se desarrollan fantasías narcisistas de grandeza, como método para evitar el derrumbe mental, de modo que son muy comunes las pretensiones de distinción social.[11]

Esta relación entre proyecto neoliberal y actitudes conservadoras y autoritarias fue también construida como propuesta política desde el propio origen de las ideas neoliberales de Hayek. Su reivindicación de un capitalismo sin ninguna regulación estatal se conjugaba con una desvalorización de la democracia (que se materializó en el apoyo a la dictadura de Pinochet, entre otras), con una falta de compasión por los pobres y con una reivindicación de los valores tradicionales presentados como naturales, en contraste con el poder político.[12] También Murray Rothbard, en su propuesta “paleolibertaria”, combina la meta de acabar con el Estado junto con el fortalecimiento de instituciones sociales tradicionales, como la familia, las iglesias y las empresas, que protegerían a los individuos del Estado, distinguiendo entre la autoridad “natural”, que surgiría de las estructuras sociales voluntarias, de la “antinatural”, impuesta por el Estado.[13]

De modo que tanto en el plano de la interpelación ideológica como en el del tipo de personalidad que estimula el capitalismo flexible, resulta entendible que la adhesión a ideas neoliberales vaya de la mano con actitudes conservadoras. Podemos, entonces, comprender que lenta, pero inexorablemente, los “liberales clásicos” fueran convirtiéndose en piezas de museo y que, entre más de tres mil encuestados, no hayamos encontrado siquiera uno.

EL IMPACTO DE LA ASOCIACIÓN ENTRE NEOLIBERALISMO Y CONSERVADURISMO EN LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA

La forma combinada en que se distribuían las apreciaciones de la ciudadanía (conservadoras o progresistas y neoliberales o nacional-populares) tuvo un claro impacto en términos de representación política. Esto explica por qué han perdido todo protagonismo quienes adhieren a posiciones "liberales clásicas", es decir, liberales en lo económico y pluralistas en lo político. La reducida base electoral condenó, en algunos casos, a estos referentes a "refugiarse" en la actividad cultural o intelectual, pero sin ocupar puestos políticos relevantes. Esta escasa presencia de un electorado "liberal" también permite comprender cómo dirigentes que procuraron cultivar este perfil, como Elisa Carrió, a pesar de su enorme visibilidad mediática fueron perdiendo la posibilidad de obtener resultados electorales significativos. El derrotero de Daniel Lipovetzky —tal vez la figura más clara de un referente político que se consideraba "progresista" pero defendía el proyecto neoliberal del PRO— puede ser considerado un símbolo de qué les ocurrió a este tipo de dirigentes por contar solo con una reducida base electoral afín a las posiciones ideológicas que postulaban. Electo diputado nacional en 2015, tuvo un papel muy destacado impulsando la aprobación de la ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo en 2018 como presidente de la comisión de legislación general, ley que logró su aprobación por la Cámara de Diputados. Además, era un asiduo participante de programas en emisoras de televisión vinculadas con la oposición al gobierno de Macri, donde defendía esta gestión desde un discurso que se mostraba "progresista" (prácticamente, era uno de los pocos políticos que cubría ese papel en medios opositores en aquel entonces). Sin embargo, en el período 2019-2021 pasó a ser diputado en la Legislatura de la provincia de Buenos Aires y perdió casi toda presencia en la opinión pública nacional, y en la elección de 2023 ni siquiera se posicionó en las listas, aunque procuró hacerlo detrás de la candidata menos progresista de Juntos por el Cambio, Patricia Bullrich.

Además, la asociación entre neoliberalismo y conservadurismo generaba que las posiciones ideológicas "moderadas", pero afines al neoliberalismo, tendieran más a lo conservador y no a lo progresista. Observemos en el gráfico V.2, en el

rango de 50 a 75 puntos en la escala de neoliberalismo, que había muchas más personas con niveles de conservadurismo por encima de los 50 puntos que por debajo. Esto explica, en buena medida, que figuras que buscaron ocupar una posición neoliberal más moderada, como Rodríguez Larreta, estuvieran condenadas a no concitar la adhesión mayoritaria de una ciudadanía neoliberal, cada vez menos ubicada en el centro y más girada hacia posiciones fuertemente conservadoras, cuando no autoritarias. Algo similar aconteció con la dirigencia radical que, paulatinamente, adoptó posiciones más conservadoras o casi se retiró de la arena pública. Esto no invalida la posibilidad de la construcción de una fuerza política liberal, en su sentido clásico, pero la acota a un partido que se mantenga firme en sus principios (para poder diferenciarse de la derecha, lo cual es casi imposible si se alía políticamente con ella), a sabiendas de que, en la actualidad, no va a contar con más de un 10% a un 15% de adhesiones ideológicas del electorado. Algo no despreciable, pero que no permite triunfar electoralmente en forma autónoma.

A la inversa, eran muy pocos los que abrazaban posiciones nacional-populares y daban cuenta de actitudes claramente conservadoras. Por lo tanto, era previsible que los políticos que cultivaron ese perfil, como Guillermo Moreno, a pesar también de tener una enorme visibilidad mediática, tampoco lograran un importante apoyo electoral.

LAS VISIONES DEL CONFLICTO Y LA ARMONÍA SOCIAL

Hasta aquí analizamos los posicionamientos de cada persona sobre una serie de tópicos, pero también consideramos importante captar la forma en que se visualizaba la dinámica social. En particular, nos centramos en dos cuestiones. En primer lugar, si se pensaba que en la sociedad había cierta armonía entre todos los grupos que la componían o si se consideraba que una minoría imponía sus intereses. Y, en segundo lugar, analizamos si se veía a la sociedad predominantemente dividida entre, por un lado, los sectores populares y, por otro, los ricos, con quienes los primeros no tendrían características ni intereses comunes; o, en cambio, si se consideraba que no existía una división clara entre los distintos niveles sociales.

Las ciencias sociales le han prestado especial atención a la primera cuestión, conceptualizada como la tensión entre la armonía y el conflicto social. Aquí nos hemos limitado a medir qué pensaba la ciudadanía a partir de mostrar dos imágenes y preguntar cuál de ellas, con su correspondiente explicación, describía mejor a la sociedad argentina actual (véase figura V.1): si la imagen de la izquierda (con un círculo englobando pequeños círculos) y su texto explicativo (“en la sociedad argentina hay distintos grupos sociales que tienen intereses comunes, y ningún grupo se impone sobre los otros”) o la imagen de la derecha (un círculo pequeño arriba con una flecha que se dirigía hacia un círculo grande debajo) y su comentario (“en la sociedad argentina, casi siempre una minoría termina imponiendo sus intereses sobre la mayoría de la población”).[14]

Solo el 24% se inclinó por la imagen de la izquierda como símbolo de la armonía social, mientras que el 76% restante optó por la imagen de la derecha, representativa de la idea de una minoría dominante. Resultó muy claro que predominaba la idea de que vivíamos en una sociedad en conflicto.

FIGURA V.1. Pregunta sobre la imagen de la dinámica social

¿Cuál de estas dos imágenes (y su correspondiente explicación) representa mejor a la sociedad argentina
1. En la sociedad argentina, hay distintos grupos sociales que tienen intereses comunes, y ningún grupo s

Analizar quién era para cada uno esta minoría fue más interesante que este predominio de una mirada conflictiva de nuestra sociedad. Esta fue la pregunta que les hicimos a continuación a quienes optaron por la imagen de la izquierda, y que debían responder libremente por escrito. Por lo tanto, hubo que analizar cada una de las contestaciones y codificarlas. En algunos pocos casos (213), no escribieron una respuesta, pero sí lo hicieron 2.752 personas y tuvimos que darles una interpretación.

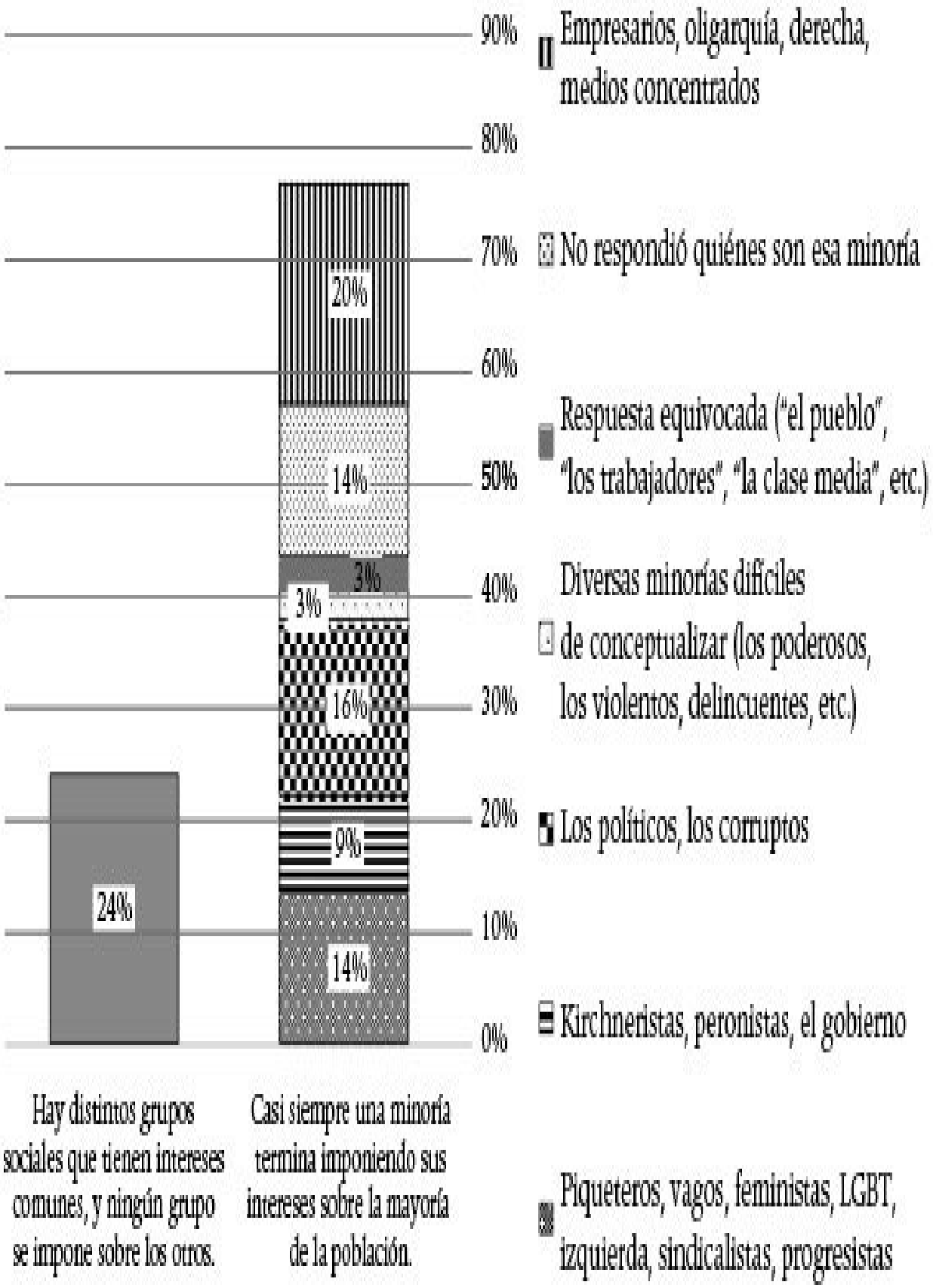
Para nuestra sorpresa, solo un 20% del total identificó a esa minoría con "la clase alta", "la oligarquía", "los grandes empresarios", "el círculo rojo"[15] u otras denominaciones similares, vinculadas con la idea de sectores con poder económico y/o mediático; en ocasiones también vinculados a potencias imperialistas, las multinacionales o el Fondo Monetario Internacional. En cambio, un 23% consideró que esa minoría eran los movimientos sociales o las fuerzas políticas progresistas, de izquierda o nacional-populares: un 14% identificó a esa minoría como "los piqueteros", "las feministas", "los LGBTQ+", "la izquierda", "los sindicalistas" o, directamente, "los vagos", y un 9% la consideró conformada por "los kirchneristas" o, en una frecuencia menor, "los peronistas". Por otro lado, un 16% sindicó a esta minoría como "los políticos" o "los políticos corruptos". Esta cifra nos permite relativizar la importancia del discurso "anticasta", pues fue un porcentaje menor (uno de cada seis) el que espontáneamente describió a la sociedad teniendo que soportar a "los políticos" imponiéndose sobre la mayoría.[16] Cuando analizamos las respuestas a otras preguntas que brindaron quienes señalaron a "los políticos" y a los "políticos corruptos" como esa minoría dominante, pudimos ver que eran claramente antiperonistas o, más aún, antikirchneristas. De modo que es posible interpretar que se referían, en específico, a los políticos kirchneristas o a los peronistas.

De esta forma, es factible englobar este conjunto de respuestas que se referían a una minoría dominante distinta de la clase alta en términos de que un 40% consideraba que la minoría que imponía sus intereses sobre la mayoría eran sectores que podemos denominar progresistas, de izquierda o nacional-populares.

El 20% restante (que completa al 76% que planteó que una minoría se impone a la mayoría) no escribió respuestas o no fue posible clasificarlas de una manera clara, porque las palabras eran muy generales, como "los violentos", "los

poderosos” (que podían ser interpretadas en favor de una u otra de las anteriores clasificaciones, por lo que preferimos pecar por cautos y no codificarlas en ningún sentido) o porque interpretamos la respuesta como equivocada, por referir a la mayoría dominada (“el pueblo”, “la clase media”, etc.). En el gráfico V.3 se visualiza la distribución de todas las respuestas a las dos preguntas.

GRÁFICO V.3. Imagen de la sociedad: armonía o minorías que se imponen a las mayorías


90%
80%
70%
60%
50%
40%
30%
20%
10%
0%
20%
14%
3%
3%
16%
9%
14%
24%
Empresarios, oligarquía, derecha, medios concentrados
No respondió quiénes son esa minoría
Respuesta equivocada ("el pueblo", "los trabajadores", "la clase media", etc.)
Diversas minorías difíciles de conceptualizar (los poderosos, los violentos, delincuentes, etc.)
Los políticos, los corruptos
Kirchneristas, peronistas, el gobierno
Piqueteros, vagos, feministas, LGBT, izquierda, sindicalistas, progresistas
Hay distintos grupos sociales que tienen intereses comunes, y ningún grupo se impone sobre los otros.
Casi siempre una minoría termina imponiendo sus intereses sobre la mayoría de la población.

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Los jóvenes eran quienes menos identificaban a la minoría dominante con la clase alta (el 14%, frente al 21% entre los adultos y el 23% entre los adultos mayores), en cambio lo hacían con los políticos corruptos (el 22% frente al 13% de los adultos y el 15% de los adultos mayores). En el resto de las opciones, no hubo grandes diferencias por grupo etario ni por género.[17] Tampoco hubo discrepancias significativas por la informalidad laboral o la clase ocupacional.

Llama la atención el importante peso de una extraña perspectiva de minorías muy específicas y de escaso poder real que se impone sobre la mayoría de la sociedad. Sin embargo, esta concepción fue cultivada desde la "nueva derecha"; así, uno de sus principales teóricos, Agustín Laje, ha señalado que en la actualidad, "bajo la hegemonía de la ideología de la 'inclusión', son las minorías las que empiezan a mostrar sus potencias opresivas por sobre las mayorías (verbigracia: LGBT, 'piqueteros', indigenismos, inmigrantes, etc.)".[18] No podemos dejar de señalar el simplismo de esta concepción de la dinámica social. Su aceptación da cuenta del fracaso de las expectativas de que un sistema educativo renovado y ampliado en sus alcances (ahora con la educación secundaria obligatoria) generaría una ciudadanía más crítica e informada.[19] Muy probablemente también existan bases objetivas para esta dificultad de comprensión. La propia lógica del capitalismo neoliberal fue haciendo cada vez más difícil de entender la dinámica social hasta tornarla "ilegible".[20] Al mismo tiempo, la expansión de lo que Dubet denominó un régimen de desigualdades múltiples tendió a complejizar las explicaciones que brindan las ciencias sociales y a hacerlas menos accesibles para el conjunto de la ciudadanía.[21]

LA RELACIÓN ENTRE LA IMAGEN DE LA SOCIEDAD Y EL CONSERVADURISMO Y EL NEOLIBERALISMO

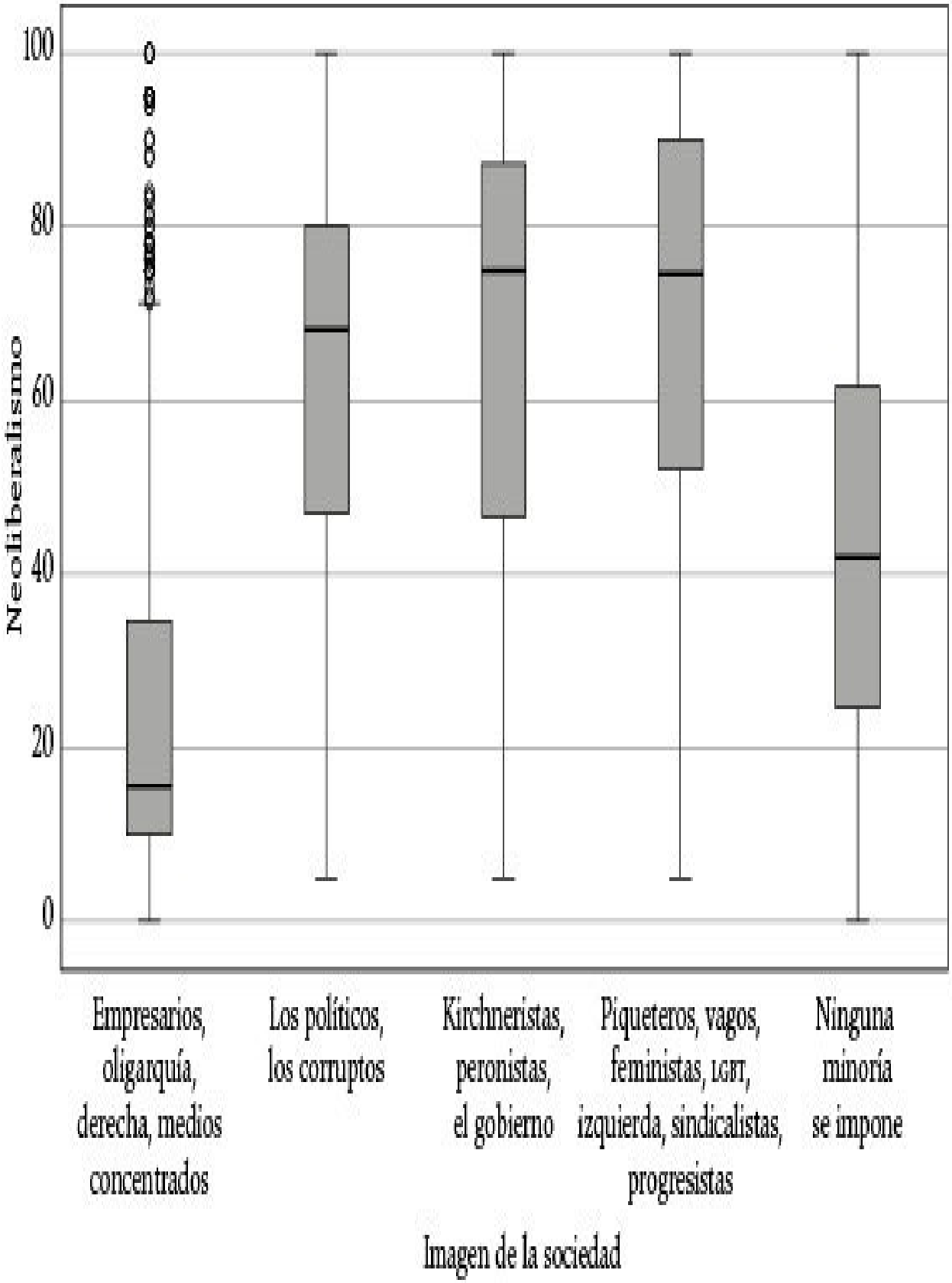
Previsiblemente, quienes identificaban que la minoría que imponía sus intereses sobre la mayoría eran los empresarios o la oligarquía (o similares) eran nacional-populares, con un valor medio de 25 puntos en la escala de neoliberalismo. Por el contrario, quienes plantearon que esa minoría estaba constituida por los piqueteros, las feministas o la izquierda eran bien neoliberales (media de 69 puntos); al igual que quienes sostenían que esa minoría eran los kirchneristas (media de 66 puntos), como también quienes pensaban que eran los políticos corruptos (media de 63 puntos). Por último, quienes tenían una imagen armónica de la sociedad contaban con un valor intermedio de neoliberalismo, de 46 puntos en promedio.

Tenemos así dos visiones de la sociedad con dos perspectivas ideológicas bastante claras. Porque no solo diferían en sus valores medios, sino que las personas más típicas dentro de cada perspectiva revelaban valores muy diferentes en la escala de ideología socioeconómica. Esto se observa en los gráficos de cajas, en los que, recordemos, la caja central representa al 50% de los casos más típicos (dejando las líneas y los círculos para representar a los dos cuartos de casos más extremos y, en este sentido, menos típicos). Así, se ve, en el gráfico V.4, que los casos típicos de quienes brindaron las distintas visiones de cómo era la armonía entre sectores o quiénes se imponían sobre la mayoría eran muy diferentes en sus posiciones ideológicas. Todos los casos típicos que indicaban a la clase alta como la minoría dominante tenían una ideología nacional-popular con valores muy bajos en la escala de neoliberalismo. A diferencia de todos los que señalaban a los piqueteros, las feministas, los kirchneristas o los políticos corruptos como esa minoría, que poseían valores altos de neoliberalismo. Por último, los casos típicos de quienes tenían una visión armónica sí se solapaban en sus valores, aunque solo un poco, con los dos tipos de visiones conflictivas.

Pero los casos típicos no solo presentaban valores muy distintos en la escala de neoliberalismo, sino que también tenían diferencias notorias en la de conservadurismo. Los valores promedio de conservadurismo eran de 36 puntos

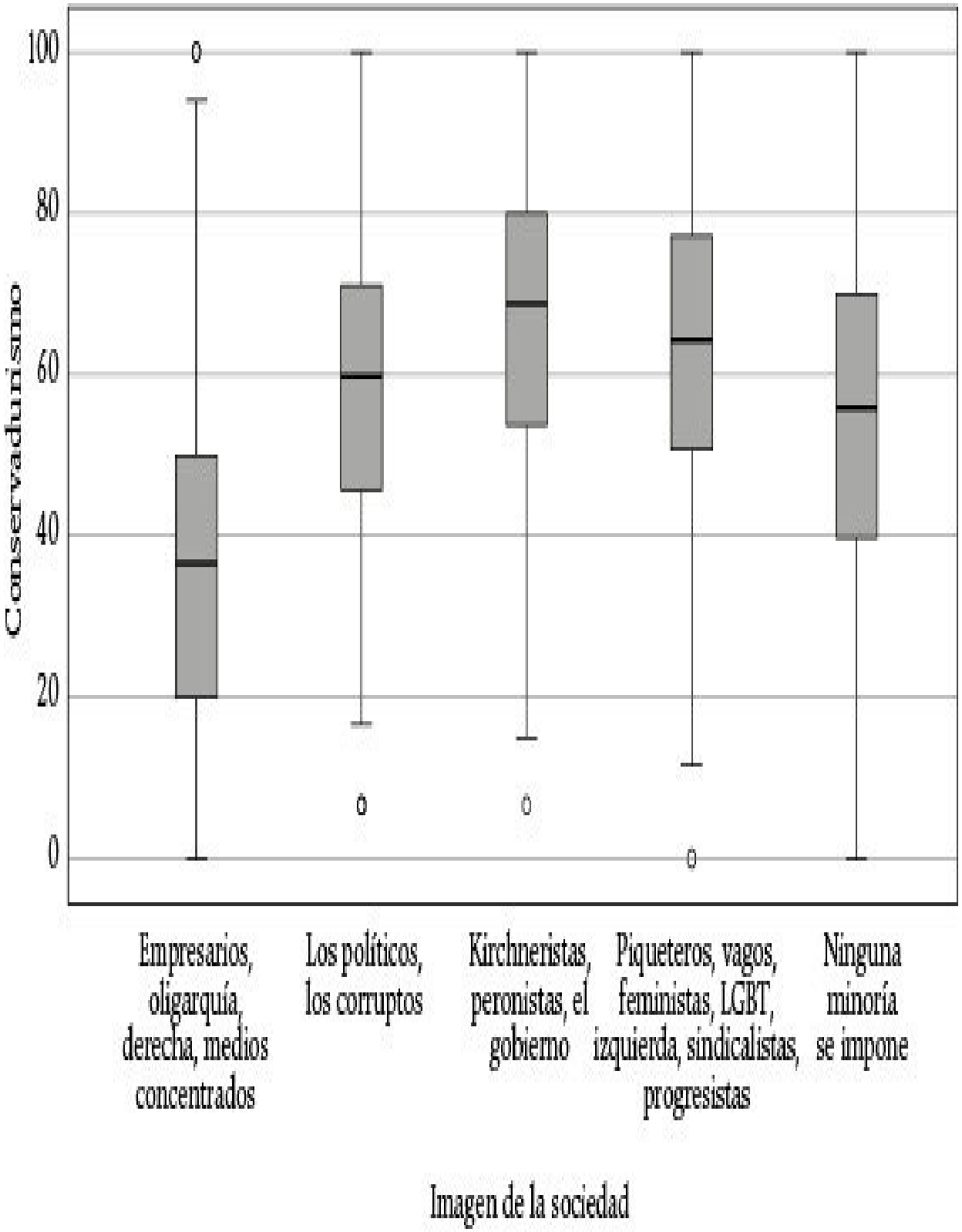
para quienes identificaban a la minoría con la clase alta, de 59 para los que planteaban que eran los políticos corruptos, 66 para quienes decían que eran los kirchneristas, 64 para quienes indicaban a los piqueteros, las feministas o la izquierda, y de 55 puntos en el caso de haber dicho que no había ninguna minoría que impusiera sus intereses. Aquí también los casos típicos de cada respuesta a las preguntas por la armonía o las minorías dominantes mostraron importantes diferencias, con dispersiones que solo revelaron algunos pequeños solapamientos, como se observa en el gráfico V.5.[22]

GRÁFICO V.4. Distribución en la escala de neoliberalismo según la imagen de la sociedad


Neoliberalismo
100
80
60
40
20
0
Empresarios, oligarquía, derecha, medios concentrados
Los políticos, los corruptos
Kirchneristas, peronistas, el gobierno
Piqueteros, vagos, feministas, LGBT, izquierda, sindicalistas, progresistas
Ninguna minoría se impone
Imagen de la sociedad

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

GRÁFICO V.5. Distribución en la escala de conservadurismo según la imagen de la sociedad


Conservadurismo
100
80
60
40
20
0
Empresarios, oligarquía, derecha, medios concentrados
Los políticos, los corruptos
Kirchneristas, peronistas, el gobierno
Piqueteros, vagos, feministas, LGBT, izquierda, sindicalistas, progresistas
Ninguna minoría se impone
Imagen de la sociedad

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Podemos utilizar esta misma información para realizar otro análisis: observar en qué medida quienes tenían una determinada orientación ideológica en los ejes nacional-popular/neoliberalismo contaban con una mirada armónica o confrontativa de la sociedad y, en este último caso, cuán coherentes eran con su posicionamiento ideológico en dicha escala.[23] Quienes tenían posiciones neoliberales o algo neoliberales (con valores por encima de los 50 puntos) compartían en su gran mayoría una visión agonal de la sociedad, en la que identificaban un amplio abanico de sectores minoritarios progresistas, de izquierda o nacional-populares como imponiéndose a una mayoría (por oposición, podemos interpretar que esta última sería la gente común o la "gente de bien"). Apenas una quinta parte de quienes eran neoliberales o algo neoliberales consideraban que había cierta armonía en la sociedad; mientras que prácticamente ninguno respondió que esa minoría dominante era la clase alta o algún otro significante afín (un dato que no deja de llamar la atención, sobre todo porque estamos considerando también a quienes eran algo neoliberales).

En cambio, entre quienes eran nacional-populares o algo nacional-populares (con valores menores a 50 en la escala de neoliberalismo), solo poco más de un tercio consideraba que la clase alta se imponía sobre las mayorías, y un tercio tenía una visión armónica de la sociedad. Pero más importante aún para el análisis de la dinámica electoral era que un cuarto de quienes sostenían posiciones más nacional-populares que neoliberales creía que eran los piqueteros, las feministas o los políticos corruptos quienes conformaban una minoría que imponía sus intereses. El cuadro V.2 muestra en detalle la distribución de todos los casos en el cruce entre ambas cuestiones, es decir, imputando el 100% al total, y no por columnas, para poder visualizar mejor la importancia electoral de cada tipo.[24]

CUADRO V.2. Distribución del total de casos según el nivel en la escala de neoliberalismo y la imagen de la sociedad

	Nacional-popu
Se imponen los empresarios, oligarquía, derecha, medios concentrados	16%
Ninguna minoría se impone	7%
Se imponen los piqueteros, feministas, izquierda, políticos corruptos, kirchneristas	4%
Total	27%

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Una primera proyección de este cruce de cuestiones en términos del voto es que las posibilidades de las fuerzas políticas neoliberales de sumar a quienes tenían posiciones nacional-populares pero visiones críticas hacia minorías progresistas (el 9%) les permitía alcanzar alrededor del 56% del electorado, si, a la vez, consolidaban los más previsibles apoyos de quienes tenían posiciones neoliberales, tanto críticos de estas minorías progresistas (el 36%) como con una visión armónica de la sociedad (el 11%) (véanse los números destacados en el cuadro V.2). Pero no nos adelantemos, porque sabemos que los posicionamientos ideológicos y las miradas sobre la sociedad no determinan el voto de forma directa.

Algo muy similar acontecía cuando estudiamos la relación de las respuestas sobre la imagen de la sociedad y los valores en los ejes progresismo/conservadurismo. Como se puede observar en el cuadro V.3, había mucha más potencia crítica en los conservadores y poca claridad entre los progresistas. En especial, un sector muy significativo entre quienes eran algo progresistas responsabilizaba a las minorías de piqueteros, feministas o kirchneristas por imponer sus intereses sobre la mayoría; este grupo sumaba el 10% del total de casos.

CUADRO V.3. Distribución del total de casos según el nivel en la escala de conservadurismo y la imagen de la sociedad

	Progresista
Se imponen los empresarios, oligarquía, derecha, medios concentrados	8%
Ninguna minoría se impone	3%

Se imponen los piqueteros, feministas, izquierda, políticos corruptos, kirchneristas	1%
Total	12%

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

UNA SOCIEDAD DICOTOMIZADA O SOLO ESTRATIFICADA

Nos interesaba considerar en qué medida predominaba una mirada que enfatizaba las diferencias entre “los de arriba” y “los de abajo” o una perspectiva que consideraba que este corte no tenía mayor relevancia, sino que lo que existía era un continuo de posiciones, de estratos, entre los que había muchas cosas en común (en particular si se encontraban en niveles cercanos). Para algunos analistas, de acuerdo con las conceptualizaciones de Antonio Gramsci, de un modo casi instintivo, los integrantes de los grupos subalternos tienen algún grado mínimo de conciencia de que no comparten los intereses de “los señores”.[25] Para otros, la oposición del “pueblo” con el establishment o “la oligarquía” se considera siempre una construcción discursiva, tal como lo sistematizó Ernesto Laclau. No queremos profundizar aquí sobre estas diferencias conceptuales, pero sí retendremos la cuestión de que, para analizar una coyuntura, resulta importante mensurar si esta visión de diferencias notorias es algo difundido o si la mayoría piensa más en una sociedad sin divisiones claras.

Entonces, para medir esta cuestión les preguntamos a los encuestados, de modo similar que en la pregunta anterior, “¿cuál de estas dos imágenes, y su correspondiente explicación, diría que describe mejor a la sociedad argentina actual?”, y presentamos la figura V.2, con una imagen de una pequeña pirámide en la parte superior (con la palabra “ricos”) y debajo un trapecio grande (con la etiqueta “sectores populares”) y el texto “los sectores populares tienen muchas características e intereses comunes, y no tienen ni características ni intereses comunes con los ricos”, y otra imagen de una pirámide grande con divisiones horizontales (con etiquetas de las distintas ocupaciones) y el texto “no hay una división clara entre los distintos sectores: por ejemplo, los obreros comparten muchos intereses con los profesionales, pero también con los empresarios, y así todos”.

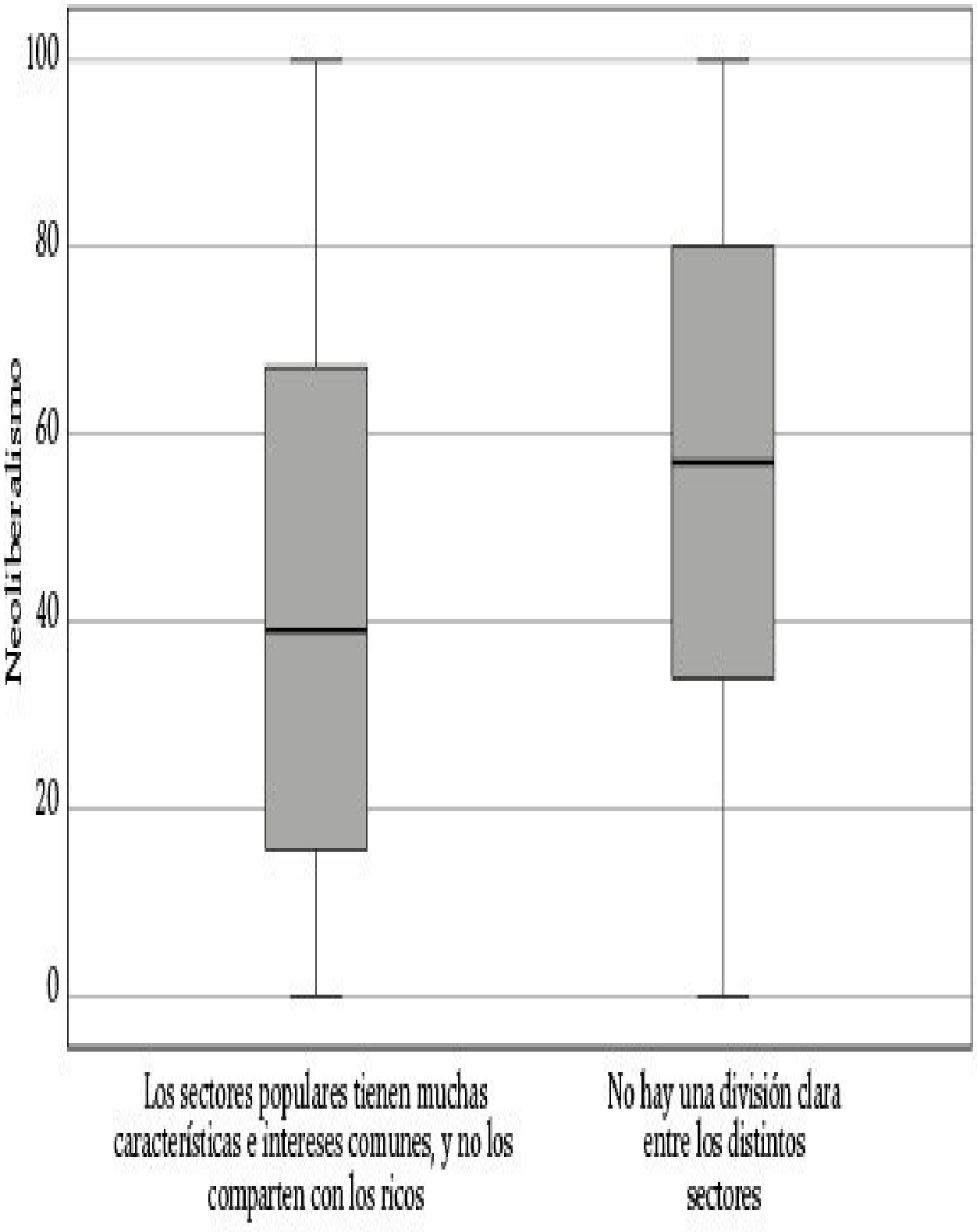
A diferencia de la cuestión anterior, aquí las perspectivas se mostraron mucho más equilibradas: un 55% optó por la imagen y el texto que sintetizaban la escisión, mientras que el 45% se inclinó por la imagen y la explicación que planteaban la ausencia de una división clara y los intereses compartidos entre distintos sectores.[26]

FIGURA V.2. Imagen dicotomizada o estratificada de la sociedad

¿Cuál de estas dos imágenes, y su correspondiente explicación, diría que describe mejor a la sociedad arg
Los sectores populares tienen muchas características e intereses comunes, y no tienen ni características n

Como se esperaba, quienes destacaron la escisión social eran más nacional-populares (con un valor promedio de 43 puntos en la escala de neoliberalismo) que quienes no lo hicieron (56 puntos). No obstante, no solo la diferencia no era muy importante, sino que los casos típicos de ambos grupos presentaban valores de la escala de neoliberalismo que se solapaban, tal como se observa en el gráfico V.6, por lo cual la diferencias no eran tan importantes.

GRÁFICO V.6 DISTRIBUCIÓN EN LA ESCALA DE NEOLIBERALISMO SEGÚN LA IMAGEN DICOTOMIZADA O ESTRATIFICADA DE LA SOCIEDAD


Neoliberalismo
100
80
60
40
20
0
Los sectores populares tienen muchas características e intereses comunes, y no los comparten con los ricos
No hay una división clara entre los distintos sectores

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

En cuanto al conservadurismo, la diferencia era, incluso, menos marcada: 50 puntos de promedio en la escala de conservadurismo entre quienes destacaron la escisión y 57 puntos entre quienes no lo hicieron. Se advierte un elevado solapamiento en la distribución de los casos típicos.

RELACIÓN ENTRE AMBAS IMÁGENES DE LA SOCIEDAD

No existía una relación clara entre las dos imágenes de la sociedad. En primer lugar, tanto quienes tenían una visión armónica de la sociedad como quienes pensaban que la minoría dominante estaba integrada por piqueteros, feministas, kirchneristas o políticos corruptos se dividían por partes iguales entre quienes consideraban que había una escisión clara entre los ricos y los sectores populares y quienes creían que existía un continuo sin brechas. En segundo lugar, tres cuartas partes de quienes señalaban a los empresarios o a la clase alta como una minoría que imponía sus intereses sobre la mayoría resaltaba las diferencias de intereses entre los sectores populares y los ricos. De todos modos, un cuarto de quienes denunciaban a la minoría económica dominante respondió que no había una división clara y tenía una visión estratificada de la sociedad.

Es probable que el hecho de que la mirada estratificada o la perspectiva dicotómica no presentaran un vínculo claro con lo ideológico se debiera a que la respuesta a esta pregunta tuviera más que ver con experiencias propias o con formas personales de entender la pregunta y las imágenes propuestas. Ahora bien, que un 45% se haya inclinado por la imagen que planteaba el predominio de los intereses compartidos entre los distintos sectores no deja de ser un indicador de las dificultades que presentan las clases subalternas para unificarse y oponerse a los sectores altos. Al respecto, llama la atención la poca relación que encontramos entre esta pregunta y la ocupación laboral de quien respondía.[27]

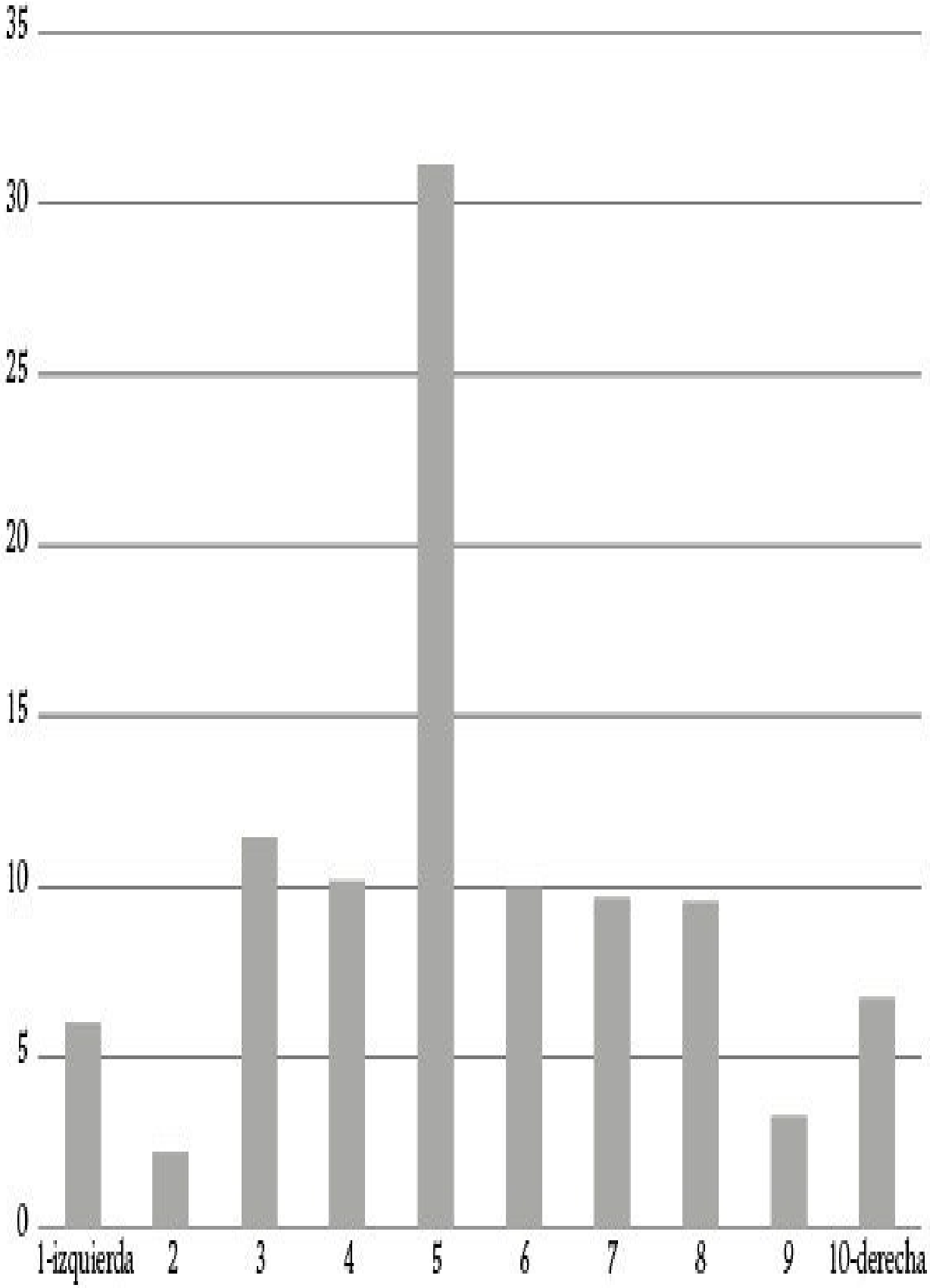
EL ASUMIRSE “DE DERECHA”

Contamos con una pregunta muy simple y que solo permite una mirada muy general (pues cada uno la interpreta de diversas maneras), pero que, gracias a haberla formulado a mediados de 2021 y de 2023, nos permitió captar el proceso de una creciente cantidad de personas que pasaron a asumirse como claramente “de derecha”.

La pregunta fue en los dos casos: “¿Si usted tuviera que ubicarse en un eje del 1 al 10 donde el 1 es la izquierda y el 10 la derecha, en qué posición se ubicaría?”. El conjunto de respuestas tendía históricamente a presentar una distribución en forma de campana (o similar a una distribución normal). En las respuestas obtenidas en 2021 se mantenía esta tendencia. El gráfico V.7 muestra que una gran mayoría se colocaba en la posición neutra (5) y que quienes se ubicaban como “10-derecha” eran el 7% del total; un porcentaje similar a quienes se ubicaban en “1-izquierda”.

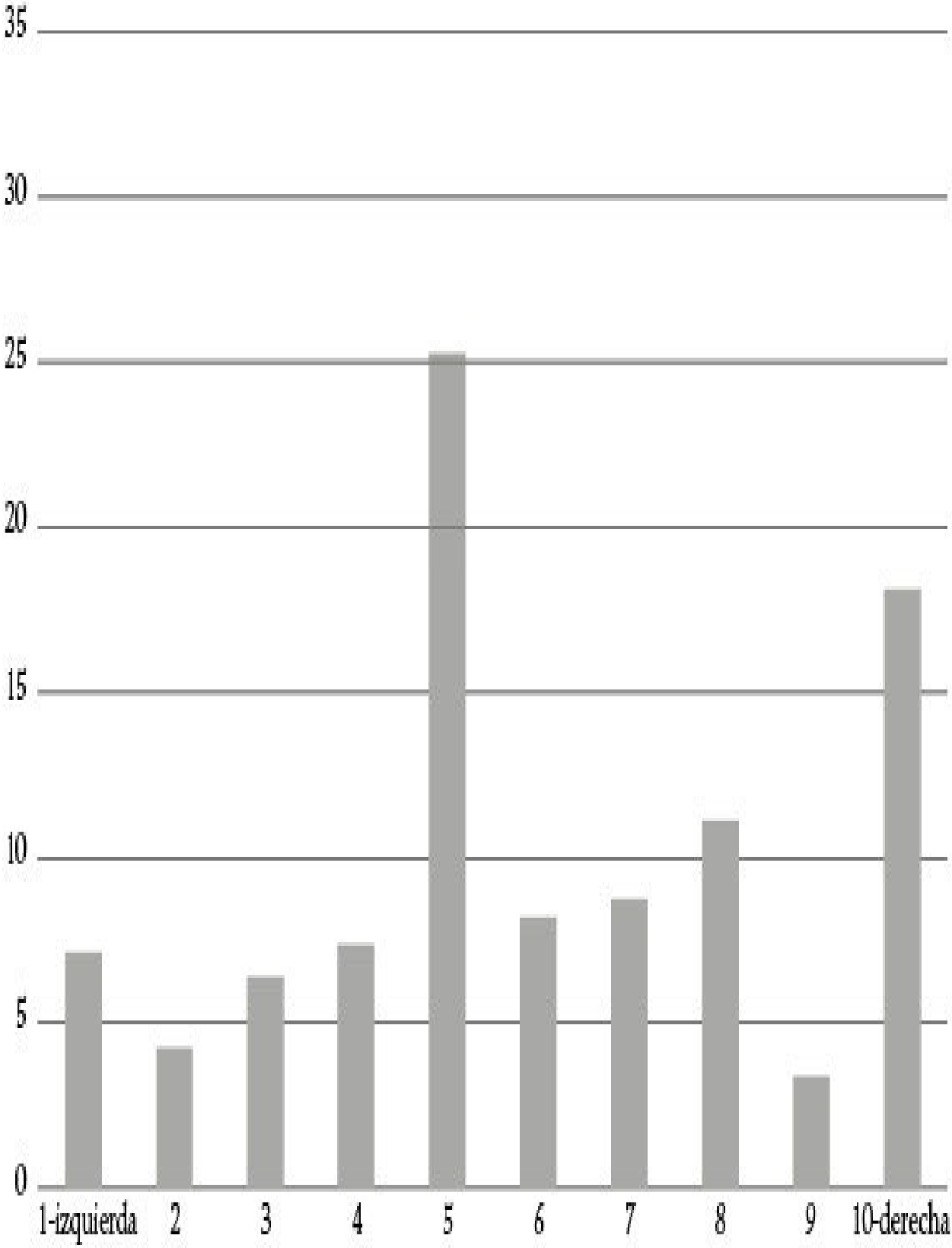
En cambio, para julio de 2023, como se ve en el gráfico V.8, quienes se consideraban “10-derecha” habían ascendido al 18% del total. Se redujeron, sobre todo, quienes optaron por las posiciones 3, 4 o 5 (centro-izquierda y centro).[28]

GRÁFICO V.7. Autoposicionamiento en eje izquierda-derecha, 2021 (porcentajes)


35
30
25
20
15
10
5
0
1-izquierda
2
3
4
5
6
7
8
9
10-derecha

FUENTE: encuesta de agosto de 2021 (5.990 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

GRÁFICO V.8. Autoposicionamiento en eje izquierda-derecha, 2023 (porcentajes)


35
30
25
20
15
10
5
0
1-izquierda
2
3
4
5
6
7
8
9
10-derecha

FUENTE: encuesta de agosto de 2023 (903 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Si bien cada una de las personas entendió de forma bastante personal su autoposicionamiento, de todos modos, queremos destacar que hubo un enorme incremento (el 170%) de la cantidad de gente que se consideraba muy de derecha.[29] En una encuesta que efectuamos en diciembre de 2023 se observó, incluso, una profundización de esta tendencia, pues un 22% se ubicó en la posición 10-derecha. Así, pudimos cuantificar el fenómeno que Melina Vázquez describe como un proceso a través del cual "ser de derecha" se convirtió en un principio de reconocimiento y de presentación en el espacio público; con militantes y referentes libertarios que portaban remeras que declamaban "jóvenes y de derecha", como parte de la construcción de una mística, de seducir a otros y de masificar el mensaje.[30] Observamos la eficacia lograda por esta interpelación, al menos sobre una importante porción de la ciudadanía. Sin embargo, no era un fenómeno que se presentara especialmente entre los jóvenes, sino que era más significativo entre los adultos. Solo el 10% de los menores de 30 años se posicionó en "10-derecha", mientras que lo hizo el 20% de quienes tenían entre 30 y 65 años, y un 15% de los adultos mayores. Es que, si bien era alto entre los jóvenes varones (el 18% dio esa respuesta), no lo era entre las mujeres jóvenes (solo un 4% lo hizo).

* * *

Hemos comprobado la existencia de una fuerte asociación entre lo conservador y lo neoliberal, pero también entre lo progresista y lo nacional-popular. En cambio, casi no había "liberales clásicos" y eran muy pocos los "fascistas nacionalistas". Existía sí un importante "centro" en disputa. Pero para entender quiénes tenían más chances de ganarlo, es importante incorporar las visiones que se tenían sobre la dinámica social.

En este sentido, las perspectivas sobre la sociedad muestran que solo una quinta parte creía que había una minoría de ricos, oligarcas o sectores del poder

económico que se imponía sobre las mayorías populares. Cuatro de cada diez creían que había una minoría que dominaba, pero estaba compuesta por feministas, LGBTQ, piqueteros, sindicalistas y políticos corruptos (en general, kirchneristas). Un quinto consideraba que había una minoría dominante pero no lograba describirla o lo hizo en formas muy abstractas que no pudimos codificar con certeza. Por último, un cuarto de la ciudadanía pensaba que existía cierta armonía, en la que ningún grupo se imponía sobre los demás.

Quienes tenían posiciones neoliberales o algo neoliberales, compartían en su gran mayoría una visión agonal de la sociedad, en la que identificaban un amplio abanico de sectores minoritarios y "progresistas" como imponiéndose a una mayoría, que, por oposición, interpretamos que sería la gente común o la "gente de bien". Apenas una quinta parte de los que eran predominantemente neoliberales consideraban que había cierta armonía en la sociedad y ningún grupo se imponía sobre los otros. Sintomáticamente, entre quienes eran neoliberales o algo neoliberales, nadie señalaba a la clase alta como la minoría que se imponía a la mayoría. Su coherencia ideológica era muy alta en este sentido.

En cambio, entre quienes eran predominantemente nacionalpopulares, solo un 41% consideraba que los sectores de poder se imponían sobre las mayorías. Un 35% tenía una visión armónica de la sociedad e, incluso, un 24% creía que eran los piqueteros, las feministas o los políticos corruptos quienes conformaban una minoría que imponía sus intereses sobre el resto.

Esta confusión ideológica en buena parte de quienes tenían ideas nacional-populares moderadas ofrecía importantes posibilidades a las fuerzas neoliberales para captar su voluntad política e imponerse electoralmente. Algo similar ocurría con quienes tenían posiciones progresistas moderadas y también identificaban una minoría de piqueteros, feministas o kirchneristas imponiéndose a la mayoría.

Pero no nos adelantemos, porque estos posicionamientos ideológicos y estas miradas de la sociedad no implican necesariamente la determinación del voto.

[1] En cuanto a los cuartiles de la escala de neoliberalismo, eran similares a los tipos armados en el capítulo cuarto, ya que la distribución de los casos en esta escala era relativamente uniforme. En cambio, los cuartiles de los

conservadores y de los progresistas tenían muchos casos que eran moderados en la tipología del capítulo tercero, ya que la distribución de los casos en la escala de conservadurismo era mucho más acampanada, como ya comentamos.

[2] En el apéndice III se explica con mayor detalle cómo se construye e interpreta un gráfico de dispersión, utilizando este mismo gráfico V.2.

[3] Ezequiel Ipar, "Neoliberalismo y neoautoritarismo", en Política y Sociedad, vol. 55, núm. 3, pp. 839 y 840. Otros estudios también han encontrado que la polarización se daba en términos de dos ejes, en este caso de lo económico-distributivo y la seguridad (dos cuestiones que encabezaban el ranking de los temas más polarizados), y se alineaban en dos posiciones polares; véase Gabriel Kessler y Gabriel Vommaro, op. cit.

[4] En el apéndice III se explica en qué consiste el coeficiente de correlación.

[5] Las relaciones entre ambas escalas de julio de 2023 se daban tanto en los varones como en las mujeres, aunque era un poco más intensa en este último caso (r = 0,575 frente a 0,52 en los varones). Entre los adultos la relación era más fuerte (r = 0,668), en los jóvenes bastante menos intensa (r = 0,492), y de un valor intermedio en los adultos mayores (r = 0,558). No había diferencias en los niveles de correlación entre los jóvenes según su género. En los adultos mayores la correlación era mayor, pues había una mayor polarización, en particular en el eje del neoliberalismo; mientras que entre los jóvenes predominaban los valores "centristas" en la conjunción de ambas escalas, aunque con una tendencia hacia el neoliberalismo.

[6] Daniel Feierstein, Pandemia. Un balance social y político de la crisis del COVID-19, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021, p. 191.

[7] Fromm, había diferenciado como tipos ideales de caracteres sociales, además del tipo productivo, cuatro tipos de orientaciones improductivas: la receptiva, la explotadora, la acumulativa y la mercantil. Véase Erich Fromm y Michael Maccoby, Sociopsicoanálisis del campesinado mexicano, México, Fondo de Cultura Económica, 1973. Pero luego había agregado una orientación narcisista, en la cual todas nuestras pasiones e intereses están dirigidos hacia nuestra propia persona, de modo que solo ella y aquello que le importa tienen plena validez real, al tiempo que lo externo pasa a ser real

solo en un sentido superficial, sin tener efecto en nuestros sentimientos, pues, para la persona narcisista, ella es el mundo. Véase Erich Fromm, "Del tener al ser", en Obra póstuma, t. 1, Barcelona, Paidós, 2007.

[8] Rainer Funk, "The Narcissistic Character", en Life Itself Is an Art. The Life and Work of Erich Fromm, Nueva York, Bloomsbury, 2019, pp. 110-127 [trad. esp.: "El carácter narcisista", trad. de Amado Mansilla del Valle, disponible en línea: <opus4.kobv.de>].

[9] Richard Sennett, La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 26-31.

[10] Adoración Guzmán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín, "Introducción", en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.), Neofascismo. La bestia neoliberal, Madrid, Siglo XXI, 2019, p. 13.

[11] Rainer Funk, op. cit., pp. 110-127.

[12] Wendy Brown, En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente, Buenos Aires, Tinta Limón, 2020, pp. 118-129.

[13] Pablo Stefanoni, ¿La rebeldía se volvió de derecha?, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, p. 118.

[14] Evidentemente ha sido solo una pregunta exploratoria para abordar un tema mucho más complejo. Además, la metodología centrada en encuestas tiene que presentar preguntas y opciones estandarizadas comprensibles por todos, sin la posibilidad de formular aclaraciones, pues no se establece un diálogo con la persona encuestada. Retrospectivamente, observamos que, tal vez, también podríamos haber incluido una opción que diera cuenta de que para algunos lo que podría existir era una mayoría que se estuviera imponiendo a la minoría (o a las minorías).

[15] El término se refiere al grupo dirigente con mayor poder económico. La expresión la popularizó el propio Macri a partir de una de sus intervenciones en un coloquio empresarial.

[16] Es cierto que, si se hubiera formulado la pregunta que dejaba "pronta" la

crítica a los políticos, las respuestas condenatorias hacia ellos habrían sido mucho más altas, pues casi era parte del discurso cotidiano de la época.

[17] Podemos agregar que las mujeres veían un poco más la armonía (el 25% frente a un 22% de los varones), y menos a la clase alta como la minoría que se imponía (el 18% frente a un 21% de los varones); también veían menos a los piqueteros, las feministas y otros grupos progresistas como esa minoría (el 12% frente a un 15% de los varones).

[18] Agustín Laje, La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha, México, HarperCollins, 2022, p. 157.

[19] En términos más generales, como lo señaló ya hace un par de décadas José Nun, desmintiendo las esperanzas de Marx, "los progresos de la educación y las comunicaciones no han conducido a una singularización cada vez más lúcida del ser de clase en la experiencia cotidiana de los sectores populares"; José Nun, La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989, p. 45. La apuesta, tanto de Marx como de Gramsci, era que el sentido común iba a ser (o podía llegar a ser) transformado a partir del estudio científico de la dinámica social que aportaría el materialismo histórico, cerrando la brecha entre doxa y episteme. Cabe agregar que este bloqueo no fue algo "automático", sino que las clases dominantes realizaron importantes procesos de coerción para destruir los embriones de construcción de una cultura popular alternativa, con toda una producción intelectual y editorial. En Argentina, el caso más emblemático fue la quema de los libros del Centro Editor de América Latina durante la última dictadura militar, y antes, la incineración de libros luego del golpe de Estado de 1955.

[20] Richard Sennett, op. cit., pp. 66-78.

[21] François Dubet, La época de las pasiones tristes, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 39-43 y p. 74.

[22] Si bien, como vimos, las escalas de neoliberalismo y de conservadurismo están correlacionadas, su relación no era tan fuerte como para generar un alineamiento automático. Es decir, quienes identificaban a los empresarios como una minoría que se imponía a las mayorías y que eran, en general,

nacional-populares, podían al mismo tiempo tener actitudes diversas; por ejemplo, en cuanto al feminismo o el estímulo de la crítica en la educación. Pero no fue el caso. El conservadurismo también presentó relación directa con la imagen de la dinámica social que tenía cada uno de los encuestados.

[23] En este análisis, dejamos de lado los casos que no pudimos codificar por falta de claridad o porque no escribieron quiénes constituían esa minoría. Empleamos los tipos que surgen de los valores en las escalas marcados por 25, 50 o 75 puntos.

[24] Allí se puede observar que si bien la mayoría de los nacional-populares señalaban críticamente que la minoría de clase alta o afines se imponía sobre las mayorías (el 16% del total de casos), había otro sector importante que tenía una mirada armónica sobre la dinámica social (el 7% del total de casos). Pero, tal vez lo más asombroso es que, en el caso de los que clasificamos como "algo nacional-populares" (con valores entre 25 y 50 en la escala), eran muy pocos los que señalaban críticamente a la elite (el 4% del total de casos), frente a una gran mayoría (el 19%) que tenía una visión armónica de la sociedad o, directamente, planteaba que la minoría que se imponía eran los piqueteros, las feministas o los kirchneristas. En cambio, quienes eran claramente neoliberales casi en su totalidad denuncian a las minorías "progresistas" o kirchneristas corruptas (el 22% del total de casos) y pocos tenían una visión armónica de la sociedad (el 5%). E incluso quienes catalogamos como solo "algo neoliberales" (con valores entre 50 y 75 en la escala) cargaban casi todos contra esas minorías progresistas (el 14%), mientras que eran muchos menos quienes pensaban en la sociedad como armónica (el 6%), y casi nadie la conceptualizaba como dominada por la elite (el 2 por ciento).

[25] Antonio Gramsci, Cuadernos de la cárcel, t. 2, México, Era, 1999, p. 48, 3 §46.

[26] Fueron los adultos quienes presentaron una mirada que enfatizaba un poco más la escisión (el 58%, frente al 50% de los jóvenes y el 51% de los adultos mayores). También las mujeres tenían esta perspectiva que destacaba la escisión (el 58% frente al 52% los varones). No se detectaron diferencias importantes por nivel educativo y solo diferencias leves en cuanto a la informalidad laboral o el tipo de ocupación.

[27] En este mismo sentido, incluso en los sectores populares, las comparaciones internas y los juegos de diferenciación hacen muy difícil movilizarse en forma colectiva, como lo ha señalado François Dubet, op. cit., p. 58.

[28] Un estudio realizado en noviembre de 2022 mostró una evolución en ese sentido. Dejando de lado un 16% que no supo ubicarse, un 5% se posicionó en la "extrema derecha" y un 20% en la "derecha", mientras que solo un 1% lo hizo en la "extrema izquierda" y un 10% en la "izquierda". El 64% restante se ubicaba como de "centro-izquierda", de "centro" o de "centro-derecha", con porcentajes similares. Zuban, Córdoba y Asociados, ¿Los argentinos nos estamos volviendo de derecha? Reflexiones sobre el estado ideológico del país, 2022.

[29] Igualmente, confirmamos que la mayoría interpretaba la pregunta en términos de las formas clásicas de entender la relación izquierda/derecha, ya que los valores promedio en las escalas de conservadurismo y de neoliberalismo ascendían en forma conjunta con el autoposicionamiento en la escala izquierda/derecha. Aunque las correlaciones entre los posicionamientos y las escalas no eran muy fuertes (r = 0,51 con la escala de conservadurismo, y r = 0,52 con la de neoliberalismo).

[30] Melina Vázquez, "Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei y 'nuevas derechas'", en Pablo Semán (coord.), Está entre nosotros, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 82, 98 y 108.

VI. Las identidades políticas, la apoliticidad y las visiones de la historia

HASTA AQUÍ PROCURAMOS analizar actitudes y apreciaciones ideológicas sin entrar en el terreno de lo político partidario. En este capítulo nos sumergimos en estas cuestiones, que son claves para entender las transformaciones que condujeron al triunfo de Javier Milei. Abordamos las identidades partidarias, las actitudes apolíticas o directamente antipolíticas, así como las valoraciones de los procesos históricos desde el peronismo clásico hasta el gobierno del Frente de Todos. En particular, nos detenemos en la fuerza de los planteos antikirchneristas.

LA IDENTIFICACIÓN PARTIDARIA Y LA APOLITICIDAD EN LA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA

Los sucesivos fracasos y las consecuentes frustraciones —comentados en el capítulo I— fueron generando un caldo de cultivo ideal para que importantes sectores de la ciudadanía se sintiesen sin representación política y estuvieran relativamente disponibles para nuevos tipos de interpelaciones. De todos modos, como analizamos a continuación, no estaban abiertos a cualquier tipo de convocatoria, pues la mayoría de estas personas tenían ideas volcadas hacia la derecha. Al mismo tiempo, es probable que buena parte de estos sujetos, carentes de representación política, sintieran cierta necesidad de conseguirla, pues no se verificó en Argentina el fenómeno, usual en otros países, de una retracción del interés por la política de tal magnitud que cayeran drásticamente los niveles de participación. Si hubo un momento en torno a 2021 en que pareció generarse un fuerte desencanto con la política, el avance de los libertarios fue modificando esa situación. Luego, como reacción y ante el temor que este propio avance produjo, también se reavivó una militancia progresista y nacional-popular.

Regresemos por un momento a los fracasos expuestos al comienzo del libro. El kirchnerismo nunca terminó de recomponerse de la incapacidad que tuvo para darle continuidad a su proyecto político sin la figura de Cristina Fernández de Kirchner en la presidencia del país. Tampoco logró elaborar una explicación de por qué la candidatura presidencial de 2015 recayó en el moderadísimo, y poco kirchnerista, Daniel Scioli. Y no se comprendió por qué la opción en la interna del Frente para la Victoria, finalmente fallida, fue otra figura sin una tradición militante clara, Florencio Randazzo; un político que luego se posicionó cada vez más hacia la derecha.

Eso no significó que la militancia kirchnerista se retirara de manera pasiva. Por el contrario, el 9 de diciembre de 2015 llenó la Plaza de Mayo para despedir a Fernández de Kirchner cantando masivamente “vamos a volver”. Se recuperó rápido de la derrota electoral de 2015 y fue central en la resistencia al gobierno macrista. Sin embargo, tuvo enormes dificultades para sumar a nuevas generaciones militantes, en especial durante la presidencia de Alberto

Fernández.[1] Así, para mediados de 2021, tan solo un 15% de los menores de 30 años se sentían cerca del Frente de Todos (o de alguna de las fuerzas que lo integraban), mientras que ese porcentaje era del 31% de los adultos y del 37% de los adultos mayores. Pablo Semán y Nicolás Welschinger captaron esta dificultad que afrontaba el peronismo para lograr la adhesión y una interpelación exitosa, incluso, en jóvenes provenientes de familias peronistas y beneficiarias de las políticas del kirchnerismo.[2]

Del otro lado del arco político-ideológico, Juntos por el Cambio logró sobrevivir a la derrota de Mauricio Macri en 2019, evitando la disolución de la alianza, y detrás de la figura cultivadamente moderada de Horacio Rodríguez Larreta, generó expectativas de recomposición. Además, en la medida en que se desgastaba el gobierno del Frente de Todos, volvió a generar vínculos con buena parte de su electorado. Con todo, sufría un fenómeno similar de incapacidad de atraer a las nuevas generaciones: para agosto de 2021, solo un 8% de los jóvenes se sentían cerca de Juntos por el Cambio (o de alguna de las fuerzas que lo componían), mientras que ese porcentaje ascendía al 19% de los adultos y al 31% de los adultos mayores. Aun así, la corriente estudiantil universitaria del radicalismo mantuvo importantes espacios dentro de este movimiento.

Además, una importante porción de la ciudadanía no tenía un buen recuerdo del gobierno de Macri. Para mediados de 2021, dos tercios de la población respondió que había sentido mucha rabia por las políticas de su gobierno (un 44%) o, en todo caso, que no les habían gustado (un 20%).[3] De modo similar, a su vez, la mayoría de la ciudadanía decía que tampoco le habían gustado o había sentido mucha rabia por las políticas de la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner (un 43% había sentido mucha rabia y a un 12% no le habían gustado). Existía, entonces, una generalizada decepción con estas dos experiencias gubernamentales pasadas. De hecho, solo un 2% de la gente respondió que le habían gustado las dos presidencias y, por el contrario, la mitad de la población dijo que no le habían gustado ninguna de las dos o le habían resultado indiferentes una o ambas.[4]

Todo esto contribuyó a una elevada orfandad política de un importante sector de la ciudadanía. Para mediados de 2021, el 42% de las personas encuestadas no se sentían cerca de ningún partido o alianza política. En el caso de los jóvenes este porcentaje alcanzaba el 52%. Al mismo tiempo, entre este grupo etario los niveles de participación en los partidos políticos eran menores, siendo alrededor de la mitad del nivel que declaraban los adultos. Un elemento clave para

impulsar esta desvinculación de la política fue su asociación con la corrupción. Aquí se combinaron dos procesos. Por un lado, la real corrupción de muchos de los políticos que, en los planos locales, era visualizada de forma directa por la ciudadanía cuando algún vecino que se dedicaba a la actividad (por ejemplo, un intendente) incrementaba sin justificación su patrimonio. En el plano nacional, esta visibilidad fue amplificada por los medios masivos de comunicación que reproducían con insistencia diversas imágenes de políticos corruptos (tal vez el caso más rutilante y con mayor impacto en las elecciones generales de 2023 fueron las fotografías del dirigente peronista Martín Insaurralde, entonces jefe de gabinete de la provincia de Buenos Aires, en un yate de lujo en el Mediterráneo junto a una modelo que mostraba costosas carteras). Estos medios también daban permanente cobertura a "investigaciones" periodísticas o judiciales que denunciaban presuntos delitos de corrupción, aunque muchas veces sin mayores pruebas. El discurso contra "la corrupción" se convirtió durante años en una prédica guionada sumamente insistente en los medios concentrados y dirigida contra el kirchnerismo.[5] Mientras tanto, otras corrupciones, incluso de escala mucho mayor, que distribuían favores entre grandes empresarios cercanos al poder o que eran descubiertas en investigaciones periodísticas internacionales (como la que sacó a la luz las cuentas en paraísos fiscales de muchas figuras del macrismo; en particular del entonces presidente Macri) no tenían la misma presencia continua en los medios concentrados nacionales. Además, no eran calificadas, en general, de "corrupción". De este modo, para mucha gente, el enriquecimiento gracias al "favor" del gobierno de turno de quienes ya eran grandes empresarios no fue fácil de visualizar o, si lo fue, era considerado parte de las formas en que se construían las fortunas en Argentina (muchas veces, sobre la base de la evasión fiscal tolerada o de negociados oscuros con el Estado) y, por lo tanto, no formaba parte de "la corrupción"; al menos no de la que indignaba y promovía el alejamiento de la ciudadanía de la política.

Previsiblemente, la gran mayoría de quienes no se sentía cerca de ningún partido estaba conformada por gente a la que no le había gustado ninguno de los dos gobiernos anteriores.[6] En este contexto, ya a mediados de 2021, los nacientes libertarios lograron que el 13% de los desencantados con ambos gobiernos se sintieran cerca de ellos.[7] En particular, eran los jóvenes quienes se sentían más cerca de los libertarios (un 18% de ellos dio esta respuesta, mientras que solo un 5% de los adultos y un 2% de los adultos mayores). El eje de su discurso fue una crítica frontal contra "la casta" de los políticos. La política era descripta como algo deleznable, pero se planteaba que era necesario participar en ella para cumplir con la "misión" que, según Javier Milei, era sacar del letargo al

individuo liberal adormecido en cada ciudadano argentino.[8] En la línea de confrontar duramente contra los “conservadores cornudos” por ser transigentes con el progresismo, no ahorró insultos contra Rodríguez Larreta. Quienes eran de sectores populares y se sentían interpelados por este proyecto libertario desplegaron estrategias de diferenciación con las personas cercanas en su posición social, a las que denigraban por recibir “planes sociales” u otros auxilios estatales, mientras que ellos procuraban construirse como “emprendedores” a quienes “nadie les regala nada”. Y esta narrativa antiplanera, también, antipiquetera, de los sectores bajos se articuló con otros discursos antiprotesta social de los sectores medios y altos, construyendo un amplio nosotros, “los argentinos de bien”.[9]

También Juntos por el Cambio logró recuperar, en 2021, a una parte de quienes se habían sentido defraudados con el gobierno de Macri. Un 18% indicó que era esta fuerza la que sentían más cerca de ellos: un 11% dijo que le habían gustado las políticas de la presidencia de Macri, pero un 4% que no le habían gustado y un 3% que ni le habían gustado ni le habían disgustado.

Ahora bien, si miramos las distintas razones del voto, según las respuestas que se dieron en la elección de noviembre de 2021, se puede traslucir un sentimiento generalizado de enojo y disconformidad, de frustración tanto con el gobierno como con las propuestas que los partidos de la oposición ofrecían. Si sumamos todas las respuestas que enumeraron los votantes de cada opción electoral advertimos que la mitad de los encuestados explicaban su voto por estar “contra” algo (ya sea el gobierno, la “casta” política o la oposición) y no por apostar a un proyecto que los entusiasmase.[10]

La crisis de representación continuó y, seguramente, se intensificó en el contexto de una crisis económica signada por una inflación cada vez más alta y las tensiones internas que atravesaban tanto Juntos por el Cambio como el oficialismo. Así, en abril de 2022, solo un cuarto de las personas encuestadas respondió que estaba interesado en la política y trataba de involucrarse, mientras los otros cuartos optaron por comentar, más o menos en similar proporción, que estaban bastante desilusionados, o que antes habían estado interesados, pero ahora pensaban que ya no servía para nada la política, o que nunca les había interesado.[11]

En esa misma encuesta de 2022, cuando preguntamos qué le gustaría que pasase en las elecciones presidenciales del año siguiente, cuatro de cada diez personas

brindaron respuestas que mostraban la gravedad de esta crisis: querían que ganara alguien nuevo sin vínculo con los partidos políticos (el 31%) o les daba lo mismo que ganase cualquiera (el 9%). Y, ya para entonces, Milei concitaba la primera posición entre las respuestas favorables a un candidato o fuerza política, con el 21% de las preferencias, seguido por "alguien del Frente de Todos" (con el 19%) y "alguien de Juntos por el Cambio" (con el 17%). Casi todos los que deseaban que ganase el libertario argumentaban que su crecimiento se debía a que decía cosas que nadie se animaba a decir o que su propuesta política era algo que hacía falta. De algún modo podía sorprender que ocho de cada diez de quienes deseaban el triunfo de Juntos por el Cambio daban motivos positivos por los cuales Milei había crecido tanto como político (se preanunciaba que no habría demasiada tensión en la alianza que, un año y medio más tarde, Macri y Bullrich celebraron con Milei para el balotaje).

Este clima general de desilusión y desvinculación con la política y los partidos no debe impedirnos registrar un fenómeno de crecientes simpatías con la fuerza liderada por Milei. Si, a mediados de 2021, un 8% de la ciudadanía argentina se sentía cerca de esta fuerza, dos años más tarde este porcentaje ascendió al 21%. Un incremento que fue exactamente igual al de la disminución de personas que no se sentían cerca de ningún partido o fuerza política: que pasó del 42% al 29% del total. Y esta reducción tuvo lugar, centralmente, entre quienes tenían actitudes más antipolíticas que apolíticas.[12] Es muy probable que los libertarios hayan sumado las adhesiones de los más drásticos entre los que sentían rechazo por los partidos.[13]

Con todo, quienes continuaban, para mediados de 2023, sin sentirse cerca de ninguna fuerza, cuando les repreguntábamos por el partido por el que sentían menos rechazo, en su mayoría señalaban una de las dos fuerzas neoliberales: un 27% sentía menos repulsión por Juntos por el Cambio y un 18% por los libertarios, mientras que solo el 15% nombraba al Frente de Todos.

A medida que pasaban los años y la anómala coyuntura de la pandemia también desapareció, se hizo cada vez más evidente la desilusión de la militancia kirchnerista con el gobierno de Alberto Fernández, tanto por su fracaso en detener la inflación como por su incapacidad para renegociar un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional en términos que posibilitaran un ciclo claro de expansión de la economía y redistribución del ingreso hacia los sectores populares. En términos más generales, la propia tibieza y el culto a la "moderación" que encarnaban el presidente y sus funcionarios más cercanos

dificultaban la generación de cualquier entusiasmo en esta militancia.

Sin embargo, amplios sectores de la ciudadanía identificados con el kirchnerismo se aferraron a esta fuerza política para impedir el triunfo de los partidos con tendencias neoliberales en la elección de 2023. En este sentido, a pesar de las evaluaciones negativas del gobierno encabezado por Alberto Fernández, no hubo un desbande individual, ni una ruptura y dispersión de todas las fuerzas que conformaban el Frente de Todos. Tengamos presente que estaba integrado por, además del Partido Justicialista (o peronista) con sus múltiples sectores, el Frente Renovador (liderado por Sergio Massa) y una serie de partidos de izquierda y centro-izquierda (Patria Grande, Partido Comunista, Partido Comunista Revolucionario, Nuevo Encuentro, Partido Solidario, Frente Grande, entre otros). Pero no solo no hubo rupturas en el plano dirigencial; por debajo, la mayoría de quienes simpatizaban o militaban en este espacio también se mantuvieron firmes dentro de él. Así, para mediados de 2021, el peronismo-kirchnerismo aún concitaba una importante capacidad de generar simpatía en la ciudadanía. Cuando preguntábamos "entre los partidos y alianzas políticas, ¿con cuál se siente más cercano", un 28% optaba por el Frente de Todos (peronismo, kirchnerismo, Frente Renovador y otras fuerzas). Dos años más tarde, la caída en la porción de la ciudadanía que se percibía cerca del Frente de Todos (rebautizado Unión por la Patria [UP]) no fue muy importante: pasó a ser el 23% (un 5% menos). Pero lo más notorio era que persistía o, incluso, se había incrementado levemente la proporción de quienes respondían que de algún modo participaban en esta fuerza política constituyendo casi la mitad de quienes se sentían cerca de esta fuerza.

Fundamentalmente por el temor que sentía esta base simpatizante del Frente de Todos/UP ante una previsible victoria de las fuerzas neoliberales, la actitud militante se mantuvo o incrementó a pesar de la desilusión sentida por el gobierno de Alberto Fernández. Es muy probable que, por este mismo motivo, muchos no quisieran manifestar su decepción al responder la encuesta. Es que el perfil "militante" de quienes se sentían cerca de UP los diferenciaba notoriamente de quienes se sentían cerca de los libertarios (menos de tres de cada diez participaban y muy pocos lo hacían en forma no esporádica o solo por las redes sociales) y de quienes se ubicaban cerca de Juntos por el Cambio o del Frente de Izquierda (en ambos casos solo dos de cada diez respondieron que participaban).

LA IDENTIFICACIÓN CON UN PARTIDO Y LA INFLUENCIA DE LA SOCIALIZACIÓN POLÍTICA EN LA FAMILIA

A mediados de 2023, siete de cada diez personas refirieron sentirse cerca de algún partido político. La distribución era la siguiente: Frente de Todos/UP (el 23%), Juntos por el Cambio (el 21%), La Libertad Avanza (21%), peronismo provincial no integrante del Frente de Todos (el 2%), FIT (el 2%), Partidos provinciales (el 0,3%), otros partidos (el 1%) y el restante 29% indicó que no se sentía cerca de ninguno, tal como ya comentamos.[14]

Es cierto que la pregunta no era por la identidad partidaria, sino por la mera cercanía, pero sabemos que muchos argentinos y argentinas sienten que su identidad es como una "camiseta" deportiva, a la que muy difícilmente renunciarían y que les provee una forma de pensar y de sentir que marca sus posicionamientos políticos frente a cada coyuntura y los conduce a tolerar algunas medidas contrarias a sus ideas si es que son impulsadas por "su partido", y a criticar otras, incluso más afines, si son instrumentadas por "la contra".[15]

En la determinación de cuál "camiseta" partidaria cada uno siente como propia tiene un papel central la socialización política en el ámbito familiar, aunque es cierto que las experiencias de la etapa juvenil pueden generar importantes giros y rupturas generacionales (en particular fue históricamente significativa en Argentina la que realizaron, en los tempranos años setenta, muchos jóvenes de familias antiperonistas que se sumaron a la Juventud Peronista). Los datos que surgen de nuestras encuestas muestran dos cuestiones vinculadas a esta relación entre el ámbito familiar y la identidad política: 1) que hubo eficacia de esta socialización política pero no determinación, y 2) que la mayoría de las personas fue criada en hogares poco o nada interesados en la política.

En primer lugar, confirmamos que la tradición política familiar incidió fuertemente en la mayoría de los hijos e hijas, pues seis de cada diez personas mantuvieron una orientación política similar a la de sus padres. Sin embargo, alrededor de cuatro de cada diez optaron por otras fuerzas políticas o, directamente, no se sentían cerca de ningún partido. En el caso de las familias peronistas o kirchneristas, el 56% de sus hijos o hijas se sentían cerca del Frente

de Todos. Aunque un 11% se percibía cerca de Juntos por el Cambio y un 10% de los libertarios, mientras que un 14% no se sentía cerca de ningún partido. No se aprecia un quiebre fuerte según la edad de la persona que respondió la encuesta.[16] El radicalismo presentaba similares niveles de eficacia en la socialización política en el ámbito familiar: el 59% de quienes se habían criado en un hogar donde había predominado esta identificación partidaria se sentían cerca de Juntos por el Cambio, un 15% del Frente de Todos, un 8% de los libertarios y un 17% no se sentía cerca de ninguna fuerza.[17]

En segundo lugar, la incidencia de la familia no podía ser muy generalizada, ya que seis de cada diez entrevistados se habían criado en hogares poco o nada interesados en la política.[18] Este fue un fenómeno que se mantuvo constante a lo largo de las generaciones, dado que no presentó variaciones según el grupo etario del encuestado.[19] No parece ser cierto que antes hubiera más politización en los hogares que ahora.

Al observar estos mismos datos preguntándonos por el origen de quienes se sentían cerca de los libertarios, hallamos que dos tercios provenían de hogares poco o nada interesados en la política. El tercio restante se componía principalmente de personas que se habían criado en hogares liberales o conservadores (un 12%) o sin posición política nítida o predominante (un 8%). Tan solo un 9% provenía de hogares peronistas y un 4% de familias radicales.

LAS VISIONES DE LA HISTORIA ARGENTINA

Nuestras perspectivas sobre el presente están, en buena medida, signadas por cómo evaluamos nuestro pasado. Pero, a su vez, tendemos, retrospectivamente, a recalibrar estas evaluaciones a partir de las opciones políticas por las que nos inclinamos en la actualidad; incluso porque las interpelaciones políticas que logran mayor impacto en nosotros también nos proponen revisar cómo considerábamos el pasado nacional. La serie de crisis y frustraciones que recorrió Argentina en los últimos años nos tornó sumamente sensibles a estas cuestiones. De este modo, algunos períodos que parecían haber alcanzado grados importantes de consenso en su interpretación histórica por parte de la mayoría de la ciudadanía hoy están en debate.

Durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, especialmente a partir de la celebración del Bicentenario del primer gobierno patrio en 2010, se instaló un discurso de fuerte reivindicación de la gesta independentista nacional y se la articuló con los demás procesos latinoamericanos, en conjunción con los avances en la integración regional. La llegada del macrismo al gobierno nacional implicó una clara inflexión en esta línea, que podemos ejemplificar en dos gestos simbólicos muy fuertes: el abandono de los grandes muñecos que representaban a héroes nacionales en un centro de exposiciones y actividades para niños y niñas (los encontró tirados y rotos), y la frase pronunciada por Macri delante del rey de España en el acto de celebración de los doscientos años de la declaración de la independencia nacional en 2016. En esa ocasión, casi pidiéndole disculpas, dijo que se imaginaba que los congresales “deberían tener angustia de tomar la decisión, querido rey, de separarse de España”.

Por otro lado, en relación con la conceptualización del peronismo, inicialmente el macrismo buscó sumar políticos y apoyos electorales del sector de esta fuerza que estaba disconforme con el kirchnerismo.[20] Así, como parte de su campaña electoral y en un intento de captar estas porciones del peronismo, en 2015 Macri, junto al expresidente Eduardo Duhalde (desde hacía una década, claramente opuesto al kirchnerismo) y a Hugo Moyano (gremialista del Sindicato de Camioneros y uno de los referentes sindicales más importantes de las últimas décadas), inauguró la primera estatua dedicada a Juan Domingo Perón en la

Ciudad de Buenos Aires. No obstante, el propio Macri, hacia fines de su mandato, giró su discurso hacia un claro antiperonismo y pasó a hablar de los "setenta años de decadencia" que llevaba el país, lo cual remitía explícitamente a la fecha de los primeros gobiernos peronistas.

La irrupción de Milei implicó una radical intensificación de esta discursividad contraria a todo período de intervención estatal en la economía con cualquier función mínimamente redistributiva. En este sentido, cargó incluso contra las figuras de Hipólito Yrigoyen (primer presidente radical) y de Raúl Alfonsín (presidente radical que gobernó entre 1983 y 1989). Por cierto, muy pocos radicales salieron en defensa de la memoria de sus líderes históricos, seguramente preocupados por no romper vínculos ante una potencial alianza entre la fuerza de la que formaban parte (Juntos por el Cambio) y el propio Milei.

Es difícil abordar a través de encuestas las representaciones sobre el pasado, también porque algunas cuestiones pudieron decantar casi en el sentido común o en relatos muy difíciles de criticar. Además, preguntar sobre algunos asuntos resultaría demasiado extraño en relación con el hilo de preguntas que se formulaban. Con todo, nos aventuramos y propusimos algunas frases que sintetizaban relatos típicos en torno a los gobiernos de Juan Domingo Perón, Carlos Saúl Menem y Cristina Fernández de Kirchner, así como también a la última dictadura cívicomilitar. Adicionalmente, incluimos una pregunta para captar cierta desvalorización de las luchas independentistas, unida a un leve desprecio por la identidad étnica nacional. Como interrogar acerca de la gesta emancipadora seguro arrojaría elevadísimos niveles de consenso, utilizamos la técnica indirecta de preguntar por un acontecimiento previo, pero significativo: las dos invasiones inglesas de la Ciudad de Buenos Aires en 1806 y 1807, en ese momento capital del virreinato español del Río de la Plata. El triunfo sobre los ingleses en ambas ocasiones es parte de lo que se celebra como las gestas nacionales y es inscripto en los acontecimientos preparatorios de las luchas por la independencia, pues los combates victoriosos fueron encarados por milicias locales y no por el ejército español.[21] A algunos les puede parecer extraño que interrogáramos sobre esta lejana cuestión, pero es bastante habitual escuchar decir en Argentina que "el problema fue haber echado a los ingleses", porque estaríamos mejor si ellos nos hubieran colonizado. Por eso preguntamos: "Alguna gente dice que hubiera sido mejor no haber echado a los ingleses cuando fueron las invasiones inglesas, porque hoy seríamos parte de Inglaterra y estaríamos mejor económicamente. ¿Usted qué piensa?". Casi dos tercios

respondieron que estuvo muy bien haberlos echado; un 16% lo mismo, pero que tenía alguna duda al respecto; un 10% que hubiera sido mucho mejor no haberlos echado, y el 9% restante tenía la misma opinión, pero con dudas. Lo más interesante es observar que, en el caso de quienes se sentían cerca de los libertarios, estas dos últimas respuestas sumaban el 27% y entre los simpatizantes del PRO alcanzaban el 38%.[22] En cambio, nueve de cada diez de quienes se sentían cercanos al peronismo estaban completamente seguros de que lo mejor había sido echarlos y casi ninguno dudaba o pensaba que hubiera sido mejor no expulsarlos.[23]

En cuanto al peronismo histórico (1946-1955), el discurso historiográfico más difundido (en particular el escolar) reconocía su aspecto integrador de mayorías populares hasta entonces excluidas. Luego quedaba abierto el debate acerca del cariz más o menos autoritario de este gobierno, que los antiperonistas se ocupaban de señalar y los peronistas de negar o minimizar. El análisis de los manuales escolares y de la dinámica áulica (al menos como ha quedado registrada en las carpetas de los estudiantes de la escuela secundaria examinadas) confirma que ha tenido lugar una "estabilización interpretativa", acorde con estas posiciones historiográficas predominantes, que señalan la "ampliación de la ciudadanía" y la "democratización del bienestar", y que solo dejan en debate la cuestión del grado de autoritarismo durante los gobiernos de Perón.[24] Sin embargo, como hemos dicho, fue expandiéndose en diversos ámbitos un discurso mucho más crítico, que ubicaba en el peronismo —o en el más genérico "populismo" (que incluía también las políticas yrigoyenistas y, a veces, alfonsinistas)— la causa de la prolongada crisis económica argentina, negándoles entonces cualquier elemento positivo a los gobiernos de Perón.[25]

Nos interesaba observar en qué medida se había erosionado cierto nivel de acuerdo en este papel inclusivo y virtuoso del peronismo clásico. Para ello, presentamos tres frases: dos extremas, en su crítica o en su elogio, y una intermedia que reconocía el avance en términos de derechos laborales y sociales, pero criticaba el autoritarismo. Encontramos que la prédica (neo)antiperonista logró increíbles avances: un 42% escogió la frase que no le reconocía ningún aspecto positivo al peronismo clásico: "Los gobiernos de Perón destruyeron las bases de Argentina, crearon un Estado grande, ineficiente y corrupto"; un 20% optó por la frase intermedia "los gobiernos de Perón significaron importantes conquistas en términos de derechos laborales y sociales, pero se caracterizaron por el autoritarismo y la falta de libertad", y un 38% eligió "los gobiernos de Perón significaron la conquista de una gran cantidad de derechos para los

sectores vulnerables, el desarrollo de la industria y la construcción de un Estado nacional soberano". La edad del encuestado tenía algún impacto: las respuestas claramente críticas eran más frecuentes a medida que se incrementaba la edad, mientras que los jóvenes se inclinaban más por la opción intermedia (el 39%, pero un 35% elegía la respuesta más crítica).

Previsiblemente, la orientación política presentaba un fuerte impacto en las opiniones sobre los gobiernos de Perón. El 80% de quienes se sentían cerca de Juntos por el Cambio se inclinaban por la frase más crítica, un 16% por la intermedia y solo el 4% por la laudatoria. Mientras que quienes se sentían más cerca de los Libertarios eran levemente menos críticos: 64%, 30% y 6%, respectivamente. En cambio, el 87% de quienes se sentían cerca del Frente de Todos se inclinaban por la frase más laudatoria.[26]

Si las perspectivas históricas estaban muy polarizadas en torno al peronismo, lo mismo acontecía con las miradas sobre la dictadura cívico-militar (1976-1983). Durante las últimas dos décadas pareció que existía un fuerte consenso de crítica a la dictadura y de defensa de los juicios contra quienes llevaron a cabo una represión ilegal, que por su magnitud significó la instauración de un terrorismo de Estado. En las décadas pasadas, las políticas educativas de memoria parecieron contribuir a gestar entre los jóvenes ciertos consensos críticos sobre la última dictadura, según surge de una encuesta a estudiantes realizada en 2015: muy pocos adherían al relato de las propias fuerzas armadas justificando su accionar como necesario para evitar una dictadura comunista, y también eran pocos quienes la calificaban como producto de una "guerra sucia" justificada por la debilidad del gobierno peronista. En cambio, predominaba el acuerdo con otros tres relatos: el que se centraba en la teoría de los dos demonios pero incluía una mirada positiva de la intencionalidad de la juventud setentista, el que describía a la dictadura como un genocidio con intencionalidad y participación de los grandes empresarios y la Iglesia católica, y el que la enmarcaba en la teoría de los dos demonios en su versión más "clásica".[27] El éxito cinematográfico en 2022 de la película 1985, dedicada al juicio a las juntas militares que se celebró ese año, también transmitió la imagen de que predominaba una mirada muy crítica sobre la dictadura.

Sin embargo, en los últimos años surgió un discurso que osciló entre el negacionismo de la gravedad de los crímenes y su directa justificación por el contexto de "guerra" en el que se habrían cometido. Feierstein señala la emergencia de una teoría de los dos demonios recargada que, a diferencia de la

original (que hacía énfasis en la violencia estatal), pasó a denunciar la violencia insurgente, con el argumento de hacer visibles a sus “víctimas negadas”, reclamando una “memoria completa”. Esta operación contó con el apoyo de figuras que en algún momento estuvieron en el campo “progresista” y se articuló con el avance de las posiciones más reaccionarias que impulsó el macrismo (y, luego, también los libertarios), procurando la legitimación de las medidas represivas en la actualidad.[28] En esta línea, en el primer debate presidencial, Milei no solo insistió en reducir el número de los desaparecidos, sino que retomó el discurso de los propios jefes militares condenados en el juicio a las juntas, planteando que había habido una guerra y que simplemente se habían “cometido excesos”, y criticó lo que llamó los “curros [estafas] de los derechos humanos”.

En este caso presentamos cuatro frases en la encuesta de fines de octubre y un 18% eligió la frase más claramente reivindicadora del accionar militar, sin formular ninguna crítica: “Tuvieron que reestablecer el orden enfrentando a una guerrilla que nos llevaba al comunismo”; mientras que un 29% optó por la frase que repartía críticas de forma equilibrada (“cometieron hechos terribles por igual”) entre “militares y guerrilleros”; un 16% escogió una frase más dura hacia los militares (“implementaron una dictadura demasiado sangrienta”), aunque acompañada de cierta justificación contextual (“pero es cierto que antes había una situación de caos y violencia”), y, finalmente, un 36% optó por la frase que no solo incluía la crítica a la “dictadura sangrienta”, sino que también incorporaba una explicación que involucraba a los sectores empresariales (“para imponer un modelo económico que favoreció a los grandes empresarios”). Los jóvenes se inclinaron predominantemente por las dos respuestas intermedias, pero un poco más por la que planteaba que militares y guerrilleros cometieron hechos terribles por igual (el 34%) que por la que enfatizaba lo sangriento de la dictadura (el 26%); un 12% de los jóvenes optó por la frase justificatoria y un 28% por la más crítica, tal como se observa en el cuadro VI.1.

CUADRO VI.1. ¿Qué frase describe mejor para usted el último gobierno militar (1976 a 1983)?

Los militares tuvieron que restablecer el orden enfrentando a una guerrilla que nos llevaba al comunismo
Los militares y los guerrilleros se enfrentaron y cometieron hechos terribles por igual
Los militares implementaron una dictadura demasiado sangrienta, pero es cierto que antes había una situ
Los militares implementaron una dictadura sangrienta para imponer un modelo económico que favoreció
Total

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Resulta claro que no ha perdurado en el tiempo el predominio de la mirada crítica que se había detectado en la encuesta a estudiantes secundarios realizada en 2015.[29] Ya en esos años se había alertado acerca de que ciertos consensos parecían no tener una intensidad fuerte, sobre todo cuando se les solicitaba a los estudiantes que se expresaran libremente, pues ahí afloraban argumentos convencionales y estereotipados.[30] Por su parte, Daniel Feierstein ha señalado una serie de errores, tanto conceptuales como de dinámica política, que estaban contribuyendo a diluir la potencia de los consensos construidos y a dar lugar a un retorno recargado de la teoría de los dos demonios.[31] Asimismo, faltó una respuesta que realmente asumiera el desafío que había logrado instalar esta nueva discursividad de la derecha, centrada en presentar a las víctimas de la guerrilla y en reclamar una "memoria completa". En vez de argumentar, se prefirió apelar a que era "cosa juzgada" o que había posiciones que debían ser penalizadas legalmente, censuradas, todo lo cual generó, sobre todo en muchos jóvenes, la sensación de que se estaba rehuyendo al debate. Incluso, esta fue una actitud favorecida por las burbujas de las redes sociales que, para muchos sectores del progresismo, resultó una forma para evitar siquiera escuchar estos planteos de la derecha.[32] En este mismo sentido, la cercanía con las distintas fuerzas políticas determinó apreciaciones muy diferentes sobre la última dictadura. Quienes se sentían cerca del peronismo-kirchnerismo escogieron de forma clara la última frase (el 77%); mientras que solo el 5% de quienes se percibían cerca del PRO la eligieron y el 8% de los simpatizantes de La Libertad Avanza. Alrededor de tres cuartos de quienes se referenciaban en estas dos fuerzas de derecha escogieron la frase reivindicadora de la dictadura o la que equiparaba el accionar "terrible" de "los militares y los guerrilleros". Finalmente, quienes se sentían cerca del radicalismo escogieron predominantemente (el 42%) esta frase equiparadora, y el resto se repartía en partes relativamente iguales entre las otras tres frases.

En cuanto al menemismo, recién a partir de la crisis de 2001 se instala una mirada sumamente crítica de esta experiencia, pues los dos años del gobierno de la Alianza mantuvieron el centro de su política económica. Además, el ministro

de Economía durante 2001 fue Domingo Cavallo, quien había sido el artífice de la mayor parte de la economía menemista. Tanto por el recuerdo de los impactantes casos de corrupción como por la recesión y la enorme desocupación con que terminó su gestión, pocas figuras políticas o comunicadores sociales reivindicaron durante las dos primeras décadas de este siglo los gobiernos encabezados por Menem. Incluso, los políticos o funcionarios del gobierno kirchnerista o del macrismo que ocuparon cargos durante sus gestiones tendían a evitar hacer referencia a esa parte de sus carreras. Sin embargo, es muy probable que una porción de la población recordara los gobiernos de Menem en forma positiva. De hecho, en la elección de 2003, un 26% de la ciudadanía lo votó como candidato presidencial.

El contexto de creciente inflación de los últimos años y el tipo de discursividad de Milei, poco preocupado por las críticas que pudiera recibir, le permitieron reivindicar de forma explícita los gobiernos menemistas y la figura de Cavallo, como artífice del Plan de Convertibilidad que había frenado la inflación en los años noventa; como si pudieran olvidarse, no solo sus durísimos efectos sobre los niveles de ocupación y la creciente marginalidad social que trajo aparejada este plan, sino, sobre todo, la responsabilidad del propio Cavallo en la terrible crisis de 2001.

En nuestro relevamiento de septiembre encontramos que casi cuatro de cada diez personas valoraban positivamente el gobierno de Menem (un 11% excelente y un 26% bueno, aunque con mucha corrupción), si bien casi la mitad lo evaluó de forma completamente negativa (un 48%) y un 15% como malo pero con el logro de haber propiciado la entrada de Argentina al mundo.

Un indicador de que seguramente había influido mucho la prédica libertaria es que eran los jóvenes quienes manifestaban una mayor valoración positiva: la mitad de ellos escogieron que fue bueno o excelente.[33] También observamos que tres de cada cuatro de quienes se sentían más cerca de los libertarios brindaban evaluaciones positivas. Con un nivel un poco menor, también cuatro de cada diez de quienes se sentían cerca de Juntos por el Cambio escogieron las frases positivas. En cambio, solo lo hizo uno de cada diez de quienes se sentían próximos al Frente de Todos.

En la misma lógica de solicitar que escogieran la frase que más se aproximara a su evaluación de los gobiernos pasados, también preguntamos por los de Fernández de Kirchner. Es aquí donde surgía un claro predominio de la mirada

crítica: el 60% se inclinó por la frase “los gobiernos de Cristina crearon graves problemas económicos, un Estado grande e ineficiente y se caracterizaron por el autoritarismo y la corrupción”. En cambio, solo el 27% optó por “los gobiernos de Cristina trajeron mejoras laborales, derechos para las minorías, fortalecimiento de la industria y de un Estado nacional soberano”. El restante 13% escogió la frase que reconocía avances pero formulaba críticas: “Los gobiernos de Cristina trajeron avances en derechos laborales y sociales, y el fortalecimiento de la industria, aunque se caracterización por la soberbia y la corrupción”.[34]

Muy pocos jóvenes escogieron la frase positiva sobre los gobiernos de Fernández de Kirchner (un 12%), mientras que sí lo hizo un tercio de quienes tenían más de 30 años. Tengamos en cuenta que cuando ella terminó su última presidencia en diciembre de 2015, estos jóvenes tenían entre 10 y 22 años. Se observa así el poderoso efecto de la crítica mediática a la figura de la expresidenta.

LA RABIA CONTRA EL KIRCHNERISMO

Pero no solo la mayoría formulaba evaluaciones negativas sobre cómo habían sido los gobiernos de Fernández de Kirchner, sino que un sector de la ciudadanía, algo más de la mitad, sentía rabia contra ella y acordaba con la idea de que había que acabar con el kirchnerismo.

Tanto en 2021 como en 2023 preguntamos qué le habían parecido las políticas de la presidenta Fernández de Kirchner. En 2023, el 51% optó por escoger “me daban mucha rabia”, incluso cuando tenían la opción de “podían no gustarme, pero no llegaban a darme mucha rabia”, escogida por el 12%. En el otro extremo, un 17% respondió que lo apasionaban mucho sus políticas, y un 10% que le gustaban; mientras que un 9% dijo que ni le gustaban ni le disgustaban.[35] Muy lejos quedaba el 54% de adhesiones que había cosechado la exmandataria en la elección de 2011. Evidentemente, las dificultades de su segundo mandato, pero sobre todo, las críticas a las que fue sometida desde los medios de comunicación concentrados erosionaron la memoria de lo que, con seguridad, la mayoría había sentido como para escogerla en esa elección presidencial una docena de años antes.

Asimismo, podemos observar este efecto de las críticas mediáticas sobre los recuerdos de las sensaciones vividas durante el kirchnerismo, pues las respuestas críticas se agudizaron en los últimos dos años: comparando con 2021, el porcentaje de quienes referían haber sentido mucha rabia subió del 43% al 51% (mientras el porcentaje de quienes respondieron que no les habían gustado sus políticas se mantuvo en un 12 por ciento).[36]

Por lo tanto, las posibilidades políticas del kirchnerismo en 2023 se encontraban sumamente reducidas debido al predominio de un recuerdo tan negativo de los gobiernos de Fernández de Kirchner, con seguridad, por la influencia de la insistente crítica a “la corrupción kirchnerista”. A estos recuerdos tenemos que agregar que la gran mayoría de los jóvenes que no vivieron sus gobiernos, al menos con cierta madurez política, adoptaron una perspectiva muy crítica de lo que estos habían significado; recordemos que solo un 12% de los menores de 30 años escogió la frase elogiosa para describirlos. Evidentemente, se había roto la

asociación entre juventud y apoyo al kirchnerismo que era todavía visible en 2019.[37]

Tal vez, si Fernández de Kirchner hubiera instalado su candidatura presidencial, el cambio en el escenario político podría haber modificado algunas de estas apreciaciones. Es que su enorme capacidad de decisión y su autoridad para orientar el rumbo del país eran reconocidas incluso por una porción de quienes eran críticos de su figura. En los momentos en que, durante el primer semestre de 2023, algunos sectores de la militancia kirchnerista hicieron una pequeña campaña callejera en favor de su potencial candidatura, se sorprendieron porque no encontraron las actitudes hostiles generalizadas que temían. Era como si buena parte de quienes eran críticos de su figura vislumbraran que podía ser una líder capaz de sacar al país de su crisis. Algunos testimonios informalmente recogidos nos confirmaban esa hipótesis.

Sin embargo, ella mantuvo la tesitura expuesta en diciembre de 2022, al contestar la condena en primera instancia, de que no sería candidata a nada. De modo que este potencial proceso que podría haber generado cierta reivindicación del kirchnerismo rápidamente naufragó. Por el contrario, el contenido kirchnerista de UP tendió a ocultarse. Se procuró, incluso, que Massa se presentara como distante al kirchnerismo, mientras que desde los medios de comunicación concentrados se insistía en describirlo como “el candidato kirchnerista”, que podría convertir a Argentina “en la Venezuela de Maduro”; olvidando, entre otras cosas, que Massa fue una de las primeras figuras políticas argentinas en reconocer la “presidencia” de Juan Guaidó en 2019. Tampoco su contrincante en la interna de UP, Juan Grabois, se identificaba históricamente con el kirchnerismo; de hecho, la agrupación a la que pertenece (Patria Grande) tuvo una actitud opositora (por izquierda) a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández. De todos modos, Grabois siempre defendió enfáticamente la figura de la expresidenta.

La demonización del kirchnerismo por parte de la oposición y de los medios concentrados fue creciendo a lo largo de los últimos años y pasó a pregonarse abiertamente que había que acabar con esta fuerza política. Un planteo que se articulaba con los discursos del odio, pues contiene la idea de que hay que acabar con el otro. Por ello procuramos medir la eficacia interpelativa de esta propuesta y nos encontramos con que, en octubre de 2023, el 52% estaba muy de acuerdo con la frase “Algunos plantean que para sacar al país adelante hay que acabar con el kirchnerismo” (y, además, un 6% estaba “algo de acuerdo”);

cuando solo un 25% estaba muy en desacuerdo, un 3% algo en desacuerdo y un 14% adoptó la posición “ni acuerdo ni en desacuerdo”. Reparemos en que esta frase no implicaba meramente derrotar en términos electorales a esta fuerza, sino que se proponía terminar con una tendencia, cuanto menos, constituida por un cuarto de la ciudadanía.[38]

Como en otras cuestiones, los jóvenes eran quienes se posicionaban de forma más dura: un 60 % estaba muy de acuerdo y un 9%, algo de acuerdo. También se observaba un incremento entre los varones (con 8 puntos porcentuales más que las mujeres). Quienes eran a la vez jóvenes y varones se encontraban casi todos a favor de esta idea: un 68% manifestó estar muy de acuerdo con que había que acabar con el kirchnerismo y un 11% estaba algo de acuerdo.[39]

La clase ocupacional, medida por el trabajo del encuestado, muestra que los porcentajes de alto acuerdo con la necesidad de acabar con esta fuerza eran elevados en todas las ocupaciones. Con todo, podemos distinguir que eran más altos entre los pequeños comerciantes (el 65%), los empresarios o gerentes (el 65%) y los autónomos (el 65%). En cambio, eran más bajos entre los profesionales asalariados (el 44%) y los profesionales independientes (el 45%), aunque en este caso era relativamente alto el porcentaje de quienes estaban “algo de acuerdo” (el 13%). Con porcentajes también altos de “muy de acuerdo” estaban los empleados administrativos y de comercio (el 55%), los obreros y peones (el 59%) y quienes vivían de changas (el 51%). Solo era más bajo entre las empleadas domésticas (el 48%), pero aquí era elevado el porcentaje de “algo de acuerdo” (el 16%), y entre jubilados (el 45 por ciento).

La informalidad laboral, medida en el tipo de situación previsional del encuestado, tenía cierto impacto: entre quienes no tenían ningún tipo de aporte previsional, el 60% estaba muy de acuerdo con la idea de acabar con el kirchnerismo, mientras que este porcentaje se reducía al 50% entre quienes recibían aportes, y en una posición intermedia se encontraban quienes realizaban ellos mismos el pago del monotributo (el 55%). Se confirma así la idea de que la reacción más dura contra esta fuerza política provenía de los sectores informales, pero no deja de llamar la atención que incluso entre quienes tenían trabajos formales y en relación de dependencia hubiera tanto arraigo de un discurso duramente antikirchnerista.

* * *

En este capítulo observamos que, si bien los sucesivos fracasos políticos generaron una creciente apoliticidad y hasta posiciones antipolíticas en la ciudadanía, su momento más álgido fue 2021. A partir de entonces, el avance de los libertarios logró concitar las adhesiones de quienes tenían una mayor crítica a "la política"; al tiempo que, como reacción frente al peligro del retorno de un neoliberalismo recargado, en la coyuntura electoral de 2023, renació el nivel de militancia de los sectores nacional-populares y progresistas. Por otro lado, comprobamos que los espacios de socialización política en la familia de origen seguían cumpliendo un papel importante, aunque no eran determinantes y, además, la mayoría de la gente no había crecido en un hogar donde predominara el interés por la política. En particular, quienes se sentían cerca de los libertarios provenían mayoritariamente de este tipo de hogares.

También observamos una elevada polarización en las miradas sobre la historia argentina, con una clara interrelación con las posiciones políticas que se asumían en el presente. En relación con los gobiernos de Cristina Férnandez de Kirchner encontramos una crítica muy extendida que se conjugaba con una fuerte adhesión a la agresiva idea de que era necesario "acabar con el kirchnerismo".

Ahora sí, luego de haber recorrido una serie de cuestiones ideológicas que nos permiten comprender mejor las posibilidades de éxito de cada proyecto político-societal, en el próximo capítulo analizaremos la dinámica político-electoral de 2023.

[1] Demostraba grandes dificultades para convocar a las nuevas generaciones de jóvenes, más allá de ciertos núcleos militantes muy activos entre los estudiantes secundarios y universitarios y del avance en algunos espacios sindicales. Esto ha sido una interesante novedad para una fuerza política que, en su núcleo más orgánico, casi no había desarrollado presencia sindical, excepto algunos gremios de trabajadores estatales, durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández.

[2] Pablo Semán y Nicolás Welschinger, "Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas. Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden", en Pablo

Semán (coord.), Está entre nosotros, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 163 y 164.

[3] Solo un 14% respondió que le habían gustado las políticas de Macri y un 4% que le habían apasionado, mientras que un 18% prefirió dar una respuesta neutral.

[4] Existía un 29% de personas que habían sentido mucha rabia o, al menos, no le habían gustado las políticas de Fernández de Kirchner y tampoco las de Macri. Luego, encontramos a un 24% que había sido indiferente frente a ambos o alguno de estos dos gobiernos y crítico con el otro. Finalmente, tenemos un 30% crítico de Macri y elogioso de Fernández de Kirchner, un 15% crítico de la expresidenta y elogioso de Macri, y solo un 2% que respondió haber gustado de ambas presidencias.

[5] Al punto que, por ejemplo, incluso periodistas con una dilatada trayectoria eran conducidos a usar el sintagma "ruta del dinero K" (persistente zócalo televisivo en uno de los medios concentrados), cuando habían intentado referirse a esta corrupción con palabras distintas a las del guion mediático.

[6] El cruce de ambas cuestiones muestra que al 75% de quienes no se sentían cerca de ningún partido tampoco le había gustado ninguno de los dos gobiernos.

[7] Leyendo los mismos datos, pero de diferente manera, podemos ver que casi dos tercios de quienes se sentían cerca de esta nueva fuerza política eran personas a las que no les había gustado ninguno de los dos gobiernos (de quienes se sentían cerca de los libertarios, un 29% había sentido mucha rabia con ambos y un 25% rabia con Fernández de Kirchner y no le había gustado Macri, a un 8% simplemente no le había gustado ninguno de los dos y un 2% sintió rabia con Macri y no le había gustado Fernández de Kirchner). Del tercio restante, la mayoría sintió rabia con las políticas de Fernández de Kirchner y le habían gustado las de Macri o, en todo caso, le habían resultado indiferentes.

[8] Sergio Morresi y Martín Vicente, "Rayos en cielo encapotado: la nueva derecha como una constante irregular en la Argentina", en Pablo Semán (coord.), op. cit., p. 61.

[9] Melina Vázquez, "Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei

y ‘nuevas derechas’”, en Pablo Semán (coord.), op. cit., pp. 115-118.

[10] María Celeste Ratto y Javier Balsa, “Las razones del voto en las elecciones generales 2021. ¿Por qué voto lo que voto?”, en Página/12, 4 de diciembre de 2021.

[11] En similar sentido, en julio de 2023, casi dos tercios prefería ser gobernado por una persona que no tuviese actividad política previa y no por un político experimentado o, incluso, por alguno más recientemente llegado.

[12] Cuando analizamos la transformación en los motivos que brindaron las personas encuestadas para justificar que ningún partido las atraía, vemos que hubo una fuerte disminución en la cantidad que respondía “porque siento mucho rechazo por todos los partidos por igual” (del 28% al 16%), a quienes identificamos como “antipolíticos”. En cambio, entre 2021 y 2023 no se alteró el porcentaje de quienes seleccionaron “porque no me interesa la política” o “porque no me siento identificado con ningún partido”, es decir, los “apolíticos” (en torno al 13 por ciento).

[13] Cuando observamos el perfil de cómo eran quienes, en 2021, sentían rechazo por todos los partidos, vemos que eran mucho más neoliberales y conservadores que los meramente apolíticos. En cambio, para 2023, quienes aún rechazaban a todos los partidos eran relativamente similares a los que simplemente no les interesaba la política.

[14] La encuesta que instrumentamos en diciembre de 2023 arrojó que un 63% refirió sentirse cerca de algún partido político, y un 37% no.

[15] En general, por este motivo, fueron muy difíciles, en términos subjetivos, las experiencias de “renunciamiento” a la identidad partidaria. Un ejemplo en este sentido fue el que transitaron algunos pocos peronistas al romper con el peronismo en los años noventa, pues sentían que había sido total e irreversiblemente captado por el menemismo y su proyecto neoliberal. Para mayor infortunio, como la mayoría de ellos se sumaron al Frente País Solidario (FREPASO), tuvieron la poca suerte de contribuir a la llegada al gobierno del que también resultó ser otro gobierno neoliberal, encabezado por Fernando de la Rúa.

[16] En el caso de los menores de 30 años, el 47% se sentía cerca del Frente de Todos, el 17% cerca de los libertarios, pero solo el 1% cerca de Juntos por el

Cambio, y el 30% no se sentía cerca de ningún partido.

[17] En el caso de los menores de 30 años criados en hogares radicales, ninguno se sentía cerca del Frente de Todos, un 56% cerca de Juntos por el Cambio, un 10% de los libertarios y un 31% de ningún partido.

[18] Quienes crecieron en hogares poco o nada interesados en la política no presentaban grandes diferencias en su distribución sobre la cercanía con los partidos, a diferencia del conjunto de quienes se habían criado en hogares más politizados. Sí se observa una mayor cercanía con los libertarios (21% frente a 16%) y de no cercanía con ningún partido (30% frente a 20 por ciento).

[19] Así, el 63% de quienes tenían más de 65 años relató que cuando eran chicos los miembros de su familia estaban poco o nada interesados en la política. En el caso de las personas de entre 30 y 65 años, un 61% dio esas respuestas; en el de los menores de 30 años, la dio un 56 por ciento.

[20] Distintos grupos de dirigentes provenientes del peronismo fueron sumándose al PRO, tal como describen en detalle Mariana Gené y Gabriel Vommaro, El sueño intacto de la centroderecha y sus dilemas después de haber gobernado y fracasado, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, pp. 117-155.

[21] De hecho, el triunfo frente a la segunda invasión fue notable, ya que los ingleses enviaron una fuerza expedicionaria de un tamaño extraordinario para el período.

[22] En cambio, solo el 50% de quienes se sentían cerca de La Libertad Avanza no tenían dudas de que había estado bien echarlos, un 23% pensaba que estuvo bien, pero tenía dudas; un 12% que hubiera sido mejor no echarlos, pero tenía dudas, y un 15% que hubiera sido mucho mejor no echarlos. Quienes se sentían cercanos al PRO eran incluso más favorables a no haberlos echado (un 45%, un 17%, un 14% y un 24%, respectivamente). Quienes estaban más cerca del radicalismo tenían una posición intermedia (un 57%, un 23%, un 11%, y un 10%, respectivamente).

[23] Los que se sentían cercanos al peronismo, en un 91% no tenían dudas de que estuvo muy bien haberlos echado, y un 5% adicional dice que estuvo bien, aunque tiene alguna duda al respecto (solo un 3% eligió no echarlos, con dudas, y un 2%, mucho mejor no haberlos echado).

[24] María Ximena González Iglesias, “El saber histórico escolar sobre ‘los años peronistas (1943-1955)’”, en Trabajos y Comunicaciones, Universidad Nacional de La Plata, vol. 55, núm. 1, 2022.

[25] De todos modos, los espacios de la ultraderecha no tienen problemas con cobijar a viejos militantes de la derecha peronista, con el recuerdo de un Perón antimontonero; al tiempo que luego cargan contra el “populismo” peronista. Sobre el “fusionismo político” que desplegaron los libertarios, véase Sergio Morresi y Martín Vicente, op. cit.

[26] Quienes no se sentían cerca de ningún partido se caracterizaban por ser bastante críticos: el 44% elegía la frase condenatoria, el 36% la intermedia y solo el 20% la elogiosa.

[27] Véase Guillermo Levy y Diego Gerzovich, “Evaluación de políticas públicas de memoria”, en Revista de Ciencias Sociales, núm. 90, pp. 126-137.

[28] Véase el detallado análisis de las publicaciones de Luis Alberto Romero y Marcos Novaro que empalman con esta recuperación, recargada, de la teoría de los dos demonios, en Daniel Feierstein, Los dos demonios (recargados), Buenos Aires, Marea, 2018, pp. 99-140.

[29] Aunque no fueron las mismas opciones de respuesta, se observa así un claro incremento de la adhesión al relato anticomunista y a la “teoría de los dos demonios”, en comparación con los datos de la encuesta a estudiantes de 2015. Mientras tanto, se reducía el peso de la visión crítica intermedia, que reconocía la necesidad de la respuesta ante la violencia guerrillera.

[30] Gonzalo de Amézola, “¿Qué saben los estudiantes secundarios de la última dictadura? Fortalezas y debilidades de la formación de ciudadanos en las clases de Historia de escuelas secundarias de la ciudad de La Plata”, en Clío & Asociados. La historia enseñada, núm. 27, julio-diciembre de 2018, p. 41.

[31] Daniel Feierstein, op. cit., pp. 141-182.

[32] Ibid., pp. 183-207.

[33] En cambio, solo un 31% de los jóvenes consideraba al gobierno de Menem

como un desastre. Mientras que el 55% de los adultos y el 47% de los adultos mayores lo consideraron de ese modo. Dentro de estos dos grupos etarios solo el 35% y el 24% lo evaluaron como bueno o excelente.

[34] Considerando las evaluaciones que realizaron de los gobiernos de Perón y de Menem, podemos ver que la perspectiva crítica hacia los gobiernos de Fernández de Kirchner había ganado a todos los antiperonistas y a la gran mayoría de los que tenían una posición equilibrada con respecto al peronismo clásico (en ambos casos con independencia de lo que opinaran sobre el menemismo). Esta crítica también fue sostenida por algo más de un tercio de los peronistas menemistas. Las evaluaciones positivas se reducían a quienes reivindicaban los gobiernos de Perón y criticaban los de Menem, y a una porción de los que elogiaban ambas experiencias peronistas. El cruce entre ambas apreciaciones de los gobiernos de Perón y de Menem permite identificar un 23% de antiperonistas duros (críticos de ambos gobiernos), un 19% de liberales menemistas (críticos de Perón y elogiosos de Menem), un 30% de peronistas antimenemistas (elogiosos de Perón y críticos de Menem), un 8% de peronistas menemistas (elogiosos de ambos), un 9% de equilibrados con Perón y elogiosos con Menem y un 11% de equilibrados con Perón y críticos de Menem.

[35] Dejamos de lado en estos análisis al 10% que optó por contestar que era muy chico y no recordaba sus políticas, pues en 2021 no habíamos dado esta opción y porque no brinda información sobre la evaluación de los gobiernos de Fernández de Kirchner.

[36] Se redujeron los porcentajes en las otras tres opciones de respuesta, de forma relativamente equitativa.

[37] Según el análisis de María Esperanza Casullo e Ignacio Ramírez, “Anatomía de la polarización política argentina”, en Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez (coord.), Polarizados. ¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario), Buenos Aires, Capital Intelectual, 2021, p. 51.

[38] Los estudios sobre polarización ya habían encontrado, en octubre de 2020, entre los votantes de Juntos por el Cambio una mirada más “diabolizada” de los votantes del Frente de Todos, que la recíproca: siete de cada diez los consideraban una “amenaza para la democracia” (en cambio, solo la mitad

de quienes votaban al Frente de Todos pensaban esto de sus rivales), según Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez, "Claves del enfrentamiento político en la Argentina reciente", en Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez (coord.), op. cit., pp. 29 y 30.

[39] No había grandes diferencias regionales, aunque en Cuyo el acuerdo total ascendía al 63%, en el Noroeste al 56%, en el Noreste al 55% y en las provincias del centro al 57%. Solo era bajo en la provincia de Buenos Aires (el 49%), en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (el 44%) y en la Patagonia (el 50 por ciento).

VII. Las disputas en las elecciones primarias, la resolución de candidaturas y el perfil de los votantes

LA COMPLEJÍSIMA DEFINICIÓN DE LAS PRECANDIDATURAS PARA LAS ELECCIONES PRIMARIAS

La renuncia de Cristina Fernández de Kirchner a toda postulación en 2023 dejó "huérfano" de candidatos al kirchnerismo, en especial ante la negativa de competir por la presidencia de la única de sus figuras con visibilidad nacional y buena imagen: Axel Kicillof, el gobernador de la provincia de Buenos Aires.[1] El otro posible candidato "natural" del Frente de Todos, el ministro de economía Sergio Massa, se encontraba con la dificultad de que la persistente alta inflación reducía notoriamente sus chances. No era una figura particularmente querida por la militancia kirchnerista, que recordaba su liderazgo opositor al segundo gobierno de Fernández de Kirchner y su acompañamiento a la presidencia de Macri en sus comienzos. Sin embargo, había recompuesto su relación con la líder kirchnerista y también con Máximo Kirchner, y demostraba una capacidad de gestión y un empuje político que contrastaban con los del presidente Alberto Fernández.

Massa fue el presidente de la Cámara de Diputados desde el comienzo del gobierno del Frente de Todos, hasta que, en agosto de 2022, asumió el Ministerio de Economía. Es que el ministro Martín Guzmán, luego de haber cerrado el discutido acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) en marzo de ese año, renunció en el mes de julio, desgastado por las permanentes internas que atravesaban al oficialismo. Tras una brevísima gestión ministerial de Silvina Batakis, Massa se hizo cargo de un ministerio que absorbió una serie de secretarías hasta ese momento dependientes de otras carteras, por lo cual se lo denominó "superministro" y, de hecho, progresivamente, transmitió la imagen de que el gobierno estaba mucho más a cargo de él que del presidente Fernández. Sin embargo, más allá de iniciales acuerdos y apoyos que obtuvo de buena parte del empresariado, con el que tenía buenos vínculos personales, no logró detener el proceso inflacionario (en 2020 fue del 36%; en 2021, del 51%, y en el primer semestre de 2022 tuvo un promedio mensual del 5,3%). De hecho, en el segundo semestre de ese año continuó en los mismos parámetros mensuales y totalizó un aumento del 95% a lo largo de 2022.

Alberto Fernández insistió durante unos meses en mantener cierta expectativa de

que podría llegar a postularse para su reelección, a pesar de que, en el conjunto de la ciudadanía, recibía una crítica demoledora y de que casi ningún sector de la dirigencia del Frente de Todos lo acompañaba en la idea.[2] Recién en abril declinó presentarse como candidato de manera explícita. Durante el primer semestre, la incertidumbre se convirtió en la constante en los debates internos al Frente de Todos, pues no surgía ninguna candidatura presidencial clara, más allá de que una decena de dirigentes se había postulado. Un importante sector de la militancia insistía con la opción de Fernández de Kirchner, esperando que reconsiderara su decisión o que, al menos, indicara un candidato. Hubo encuentros para promover la candidatura de la vicepresidenta y, por otro lado, ella dio una serie de entrevistas y de charlas de formación e, incluso, fue la oradora en un multitudinario acto en Plaza de Mayo. En estas ocasiones, se esperó en vano una decisión. Cristina Fernández de Kirchner se centró en plantear, con el didactismo que caracterizó siempre su discurso, su mirada acerca de cómo se podía avanzar sobre la solución de la crisis argentina y repitió la necesidad de llegar a acuerdos básicos entre la dirigencia nacional de las principales fuerzas políticas (algo que nunca tuvo el más mínimo eco entre ninguna figura de la oposición). A pesar de las expectativas, no dijo una palabra sobre la coyuntura electoral, excepto remarcar la importancia de debatir un programa y vaticinar que las siguientes elecciones serían “de tercios”.

La semana previa al cierre de listas de candidatos decantaron dos nombres: Eduardo “Wado” de Pedro, dirigente de La Cámpora y ministro del Interior (quien había cultivado vínculos cordiales con parte de la dirigencia empresarial y con el conjunto de los gobernadores), impulsado por el kirchnerismo, y Daniel Scioli, por entonces embajador en Brasil, apoyado por el albertismo. No obstante, hubo una fortísima presión, en especial por parte de los gobernadores peronistas, para evitar una interna que se suponía “salvaje”, pues se enfrentarían dos listas en todos los niveles jurisdiccionales (nación, provincia y municipios). A pocas horas de presentarse públicamente las candidaturas de Scioli y De Pedro, un día antes del plazo legal y ante un clima enrarecido en el que circularon todo tipo de rumores incomprobables, tanto el kirchnerismo como el albertismo “bajaron” a sus candidatos (con un claro destrato hacia Scioli por parte del sector que lo había impulsado), para sellar la unidad del peronismo detrás de la figura de Massa, acompañado por Agustín Rossi (dirigente kirchnerista, en ese momento ministro de Defensa). Adicionalmente, desde la cúpula del Frente de Todos se le dio el visto bueno a la presentación de la precandidatura presidencial de Juan Grabois (de Patria Grande), para procurar retener los votos de los sectores kirchneristas que no gustaban del perfil de

Massa y que, incluso, se habían entusiasmado mucho con la posibilidad de que Wado de Pedro fuese su candidato.

Aquí necesitamos explicar, con brevedad, cómo es la dinámica de las elecciones Primarias Abiertas, Simultáneas y Obligatorias (PASO) y de las boletas electorales en Argentina, no solo por la interna de Unión por la Patria (UP), sino para que se comprendan bien estos dos sistemas. En 2009 se legisló que las candidaturas en las elecciones generales deben surgir de elecciones primarias, en las que toda la ciudadanía está obligada a votar escogiendo alguna de las listas internas de cada fuerza. Si la fuerza que prefiere no dirime candidaturas, puede elegir esa lista única y así exhibir cuál es su intención de voto para las generales, pues las PASO funcionan también como una demostración de la potencia electoral de cada fuerza. Se puede votar en blanco o anular el voto. Además, esta instancia electoral permite reducir la oferta de listas para la elección general, pues cada fuerza debe obtener un mínimo del 1,5% de los votos.

Otra característica del sistema electoral argentino, común a las primarias y a las elecciones generales, es que cada fuerza que se presenta tiene su propia boleta. Dichas boletas electorales contienen en un único papel, o lista, todas las instancias cuyos cargos están en juego en esa elección. El elector puede cortar o llevar preparados cortes que le permitan combinar diversas fuerzas para los distintos cargos, aunque el esquema tiende a que sea más fácil votar la lista en forma completa.[3]

Con este sistema, si desde los máximos niveles de UP no se hubiera impulsado que la boleta presidencial de Grabois estuviera presente en todas las listas de esta coalición, habría sido materialmente imposible para el precandidato armar en menos de dos días listas en todas las provincias y en todos los municipios del país. Por mutuas conveniencias, las boletas de UP se presentaron en el cuarto oscuro duplicadas, difiriendo solo en las dos candidaturas presidenciales.[4]

El grueso del peronismo se alineó detrás del “candidato de la unidad”, que tenía el dificilísimo desafío de tratar de ganar una elección siendo, en simultáneo, el ministro de Economía, cuando no solo el país no crecía, sino que la inflación era imparable e incluso se incrementaría por las exigencias de una devaluación del peso impuesta por el FMI. Para enfatizar la propuesta de una gestión diferente, no se mantuvo el nombre Frente de Todos, sino que se lo cambió por UP, a pesar de que lo conformaban las mismas fuerzas y partidos políticos. De todos modos, toda esta enmarañada definición de las precandidaturas del oficialismo no hizo

más que acrecentar la desilusión de la base militante kirchnerista, que encaró con notorio desánimo el mes de campaña electoral que quedaba hasta las primarias.

Si el derrotero de la definición de las precandidaturas del Frente de Todos/UP fue caótico, la interna de Juntos por el Cambio, un poco más ordenada, era, sin embargo, más feroz. Por detrás del choque entre las candidaturas, había dos diagnósticos y dos propuestas de gobierno que se fueron construyendo como irreconciliables. De un lado, teníamos el ya comentado análisis de Macri de que el error en su propio gobierno había sido el "gradualismo", y que ahora, si regresaban al poder estatal, harían todo de un modo más drástico y veloz. En cambio, Horacio Rodríguez Larreta, jefe de gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), desde 2015, elaboró otro diagnóstico del fracaso del macrismo: habían faltado diálogo y acuerdos con los diversos sectores de la oposición moderada y, también, con el conjunto de los sectores. Por ello, Rodríguez Larreta proponía cerrar "la grieta" y promover el diálogo "con todos", menos con los kirchneristas. Como su crítica a la gestión del propio Macri era explícita, se tensó el debate interno del PRO. Rodríguez Larreta, tanto por la visibilidad que le otorgaba su cargo en CABA ante la opinión pública nacional como por la crisis en que había quedado el macrismo luego de la derrota de 2019, se había instalado como el candidato, por momentos casi único, de Juntos por el Cambio. Sin embargo, Bullrich, presidenta del PRO, fue cobrando protagonismo durante 2020, en principio participando de marchas y concentraciones "anticuarentena" y, luego, desplegando en los medios de comunicación un discurso cada vez más duro. En septiembre de 2022 lanzó su precandidatura presidencial, con el lema "ley y orden", desafiando el supuesto consenso existente en torno al jefe de gobierno de CABA. Finalmente, en marzo de 2023, Macri anunció que no iba a postularse para la presidencia y, en los meses siguientes, a pesar de presentarse como "neutral", fue claro que sus preferencias estaban del lado de Bullrich.

Los radicales plantearon por meses que instalarían una precandidatura propia para disputar en la interna de Juntos por el Cambio y, de este modo, ganar visibilidad como fuerza nacional, trascendiendo las jurisdicciones provinciales donde habían logrado, y lograrían, varias gobernaciones (Chaco, Corrientes, Jujuy, Mendoza y Santa Fe). Ahora bien, cada sector y, diríamos, cada dirigente prefirió negociar un lugar propio, aunque secundario, y terminaron yendo dos radicales como compañeros de las fórmulas presidenciales encabezadas por candidatos del PRO: Gerardo Morales (gobernador de Jujuy) acompañó a Rodríguez Larreta y el dirigente mendocino Luis Petri secundó a Bullrich.

El enfrentamiento al interior de Juntos por el Cambio no solo fue duro por las críticas y los enfoques opuestos que evidenciaron los dos contrincantes, sino porque, por la propia dinámica que tienen las listas, que recién explicamos, obliga a toda la dirigencia a optar entre uno u otro alineamiento; salvo que exista algún tipo de negociación unificadora (como en el caso de Grabois). Pero esto no ocurrió al interior de Juntos por el Cambio, donde cada contrincante presidencial armó listas en casi todas las provincias y municipios. Ya sea por su capacidad de diálogo o por la idea de que tenía más chances de imponerse en la interna (en vínculo con un impresionante despliegue propagandístico, en el que no se ahorraron recursos), Rodríguez Larreta fue sumando a prácticamente toda la dirigencia con peso propio dentro de Juntos por el Cambio. A nivel nacional, además de que Morales era el presidente de la Unión Cívica Radical (UCR), contó en sus listas con dirigentes de todo el arco ideológico que integraba la coalición, como Elisa Carrió, Miguel Ángel Pichetto y José Luis Espert (que se había sumado a la coalición). Además, había logrado el apoyo de la mayoría de los gobernadores e intendentes de Juntos por el Cambio y de la diputada y exgobernadora bonaerense María Eugenia Vidal, así como también de los destacados dirigentes radicales Facundo Manes y Martín Lousteau. Por su parte, Patricia Bullrich, además de integrar sus listas locales con figuras que no pudieron o no quisieron entrar en el armado de su contrincante, y de contar con pocos apoyos de dirigentes con cargos importantes (excepto en Mendoza), colocó todas sus energías en concretar una campaña con múltiples actos en los que transmitía su idea de que el cambio debería ser drástico y sin contemplaciones, sintetizado en el lema de campaña “si no es todo, es nada”, en contraste con el discurso “dialoguista” de su competidor.

Hasta último momento, Rodríguez Larreta procuró sumar a Juan Schiaretti, gobernador peronista de Córdoba, pero claramente distanciado del Partido Justicialista nacional y, en particular, del kirchnerismo. Schiaretti, junto con Florencio Randazzo, había lanzado su candidatura presidencial procurando ocupar un lugar de centro o centro-derecha. El acuerdo con el larretismo no pudo concretarse por la fuerte oposición, no solo de Bullrich, sino de las fuerzas de Juntos por el Cambio en Córdoba, encabezadas por Luis Juez. De modo que Schiaretti se postuló como único precandidato del espacio que encabezaba.

De forma similar, tampoco tuvo contendientes internos Javier Milei, quien sumó a su fórmula a Victoria Villarruel, en ese momento diputada nacional y con sólidos vínculos con sectores de las Fuerzas Armadas, en especial de la oficialidad retirada y que reivindicaba la última dictadura. Si el candidato

libertario no tuvo que afrontar una disputa interna, sufrió, en cambio, una creciente hostilidad por parte de varios de los grandes medios concentrados y un claro distanciamiento de la mayoría de los dirigentes empresariales. Resultaba evidente que estos sectores habían usufructuado la figura de Milei y su capacidad para criticar a las posiciones nacional-populares o, incluso, a las perspectivas moderadas dentro del neoliberalismo. Su discursividad había contribuido a mover hacia la derecha toda la opinión pública nacional. Sin embargo, ya adentrados en la coyuntura preelectoral, juzgaron que no era el mejor candidato para derrotar al oficialismo y administrar luego el país; por lo tanto, se inclinaron por alguno de los dos contendientes de Juntos por el Cambio. Así, en los programas televisivos a los que Milei era asiduamente invitado comenzaron a repreguntarle sobre temas especialmente delicados (lo que no habían hecho con anterioridad), como la venta de órganos e, incluso, de bebés o la privatización de calles, todo lo cual redundó en situaciones de exaltación y enojo del candidato, quien mostraba una faceta aún más irascible que la que ya había exhibido. Para evitar estas situaciones, eludió los sets televisivos. Pero su ausencia no impidió que periodistas y comunicadores, algunos que hasta hacía pocas semanas se declaraban “amigos” de Milei, recordaran sus posiciones más extravagantes y lo vincularan, por ejemplo, con el nazismo. Este drástico giro mediático pareció estar acompañado por una notable caída en las intenciones de voto, registrada por varias consultoras de opinión pública que pasaron a ubicarlo con apoyos por debajo del 20%, frente a las otras dos fuerzas que sumaban casi un tercio cada una (algunas encuestas lo llegaron a ubicar en torno al 14% y el 17%). Previsiblemente, estos mismos medios que viraron a una actitud hostil dieron amplia difusión a los resultados de estos pronósticos, de modo que se retroalimentó la idea de que sus chances electorales eran cada vez más bajas. Los intelectuales orgánicos de la gran burguesía le aconsejaban a este sector, pero también al conjunto de la sociedad, que optaran por el mucho más previsible Juntos por el Cambio y no por el riesgoso libertario, que no contaba con equipos para un posible gobierno ni con la mínima capacidad personal para dirigir la compleja sociedad argentina. Casi todos los medios de comunicación comenzaron a plantear, a pocas semanas de las primarias, que las posibilidades de un triunfo electoral de Milei se habían disipado y que su “contribución” había sido modificar la agenda política; idea, por cierto, repetida por comunicadores de todo el arco ideológico.

El escenario para las elecciones primarias que se celebraron el 13 de agosto se completaba con la interna existente al interior del Frente de Izquierda y Trabajadores-Unidad y con una decena de otros partidos y coaliciones de escaso

peso electoral que no superarían el piso requerido para pasar a las elecciones generales de octubre.

Para terminar de describir esta coyuntura electoral, cabe agregar que, como a comienzos de año el peronismo no tenía un candidato claro y la crisis económica y la falta de rumbo del gobierno no auguraban buenos resultados en la elección presidencial, la gran mayoría de los gobernadores peronistas eligieron desvincular la fecha de los comicios provinciales de los nacionales. Un cálculo que en muchas jurisdicciones se verificó completamente equivocado. Los candidatos de Milei tuvieron desempeños desastrosos en casi todas estas elecciones, pues no operó el efecto “arrastre” que hubiera tenido la presencia de Milei en la boleta, como sí ocurrió en las provincias que no desdoblaron, en particular en la provincia de Buenos Aires, donde su candidata obtuvo un cuarto de los votos.

De este modo, en general, en las provincias que desdoblaron su votación, Juntos por el Cambio o diversas alianzas no peronistas capturaron todo o casi todo el voto opositor. En consecuencia, en varias jurisdicciones en las que, tradicionalmente, se imponían los candidatos peronistas, la oposición logró triunfar en las elecciones a gobernador de 2023. Así ocurrió en Chaco, Chubut, San Juan, Santa Cruz y Santa Fe.[5] En Entre Ríos Juntos por el Cambio también le arrebató la provincia al peronismo, pero aconteció junto con la elección nacional el 22 de octubre. Esta alianza, en esa misma fecha, retuvo el gobierno de CABA, y días previos, las gobernaciones de Jujuy y Mendoza. El peronismo solo pudo conservar, el 22 de octubre, Buenos Aires y Catamarca y, en elecciones desfasadas, Formosa, La Pampa, La Rioja, Salta, Tucumán y Tierra del Fuego. En síntesis, si a fines de 2019 el Frente de Todos tenía 15 de las 24 jurisdicciones y Juntos por el Cambio solo cuatro, para fines de 2023, UP y aliados se redujeron a nueve provincias, y Juntos por el Cambio y fuerzas afines contaron con once; partidos provinciales ganaron cuatro y La Libertad Avanza, ninguna.

LA HORA DE LA VERDAD: LOS RESULTADOS DE LAS ELECCIONES PRIMARIAS

La realización de las PASO resolvió las candidaturas de varias alianzas entre las que se destacó la de Juntos por el Cambio, pues era la que presentaba mayores interrogantes en torno a su resultado. Contra la mayoría de los pronósticos, se impuso holgadamente Bullrich (con el 60%) sobre Rodríguez Larreta (con el 40%). En total, un 28% del electorado se inclinó por los precandidatos de Juntos por el Cambio para la presidencia.

De esta manera, quedó claro que toda la publicidad y los numerosísimos apoyos de la mayor parte de la dirigencia de Juntos por el Cambio no le alcanzaron a Rodríguez Larreta para compensar las preferencias que consiguió Bullrich, tanto por contar con la figura de Macri detrás como, sobre todo, por la asociación fuerte entre ideas neoliberales y actitudes conservadoras o autoritarias que tenían la mayoría de los votantes de Juntos por el Cambio, y que ella representaba mucho más claramente que su contrincante. Bullrich logró interpretar mejor este desplazamiento hacia la derecha que se había generado en buena parte de la sociedad argentina y que analizamos en los capítulos tercero, cuarto y quinto. Rodríguez Larreta procuró, por momentos, cultivar un perfil de personalidad "dura", acompañando la represión que su compañero de fórmula, el gobernador de Jujuy, Gerardo Morales, desataba en forma indiscriminada en su provincia. Además, explícitamente excluyó de cualquier diálogo al kirchnerismo e, incluso a Massa, con quien había tenido cierto trato personal en el pasado. Estos giros en su imagen, pues anteriormente cultivaba un perfil moderado y dialoguista, solo hicieron menos creíble su figura.

Los datos de nuestras encuestas muestran que, como era de preverse, quienes había gustado o se habían apasionado por las políticas del gobierno de Macri votaron en su enorme mayoría a Bullrich. Pero, sorprendentemente Bullrich también logró capturar las preferencias de la mitad de aquellos que dijeron que no les habían gustado, o que habían sentido mucha rabia por la gestión del expresidente, pero seguían votando a Juntos por el Cambio.

Cuando comparamos a los votantes de ambos precandidatos de Juntos por el

Cambio nos encontramos con dos tipos de electorados muy diferentes. Quienes votaban a Bullrich eran muy neoliberales (72 puntos de promedio en la escala de neoliberalismo) y bien conservadores (69 puntos), frente a un votante promedio de Rodríguez Larreta que presentaba las mismas tendencias, pero de forma bastante más moderada (con 61 puntos en ambas escalas). El análisis de las distribuciones confirmó la importancia de estas diferencias, presentándose solo solapamientos parciales entre los votantes típicos de cada precandidato.[6]

En el caso de la interna de UP, de forma previsible, se impuso Massa (con el 79%) sobre Juan Grabois (con el 21%). Sin embargo, este último consiguió una importante cantidad de votos (casi un millón y medio), a pesar de no ser peronista, provenir de un partido menor (Patria Grande) y ni siquiera contar con tiempo para elaborar una alianza con las otras fuerzas de izquierda o centro-izquierda integrantes de UP. Claramente canalizó a un importante sector de la militancia y los simpatizantes del kirchnerismo que estaban disgustados por la no concreción de la candidatura de Wado de Pedro y que querían enviar una señal al propio Massa, visualizado por muchos de estos votantes como alguien demasiado moderado o de derecha. En conjunto, ambos precandidatos sumaron solo el 27% de los electores.

Por último, dentro del Frente de Izquierda y de Trabajadores (FIT), Myriam Bregman, candidata del Partido de los Trabajadores Socialistas e Izquierda Socialista, se impuso (con el 70%) sobre Gabriel Solano, del Partido Obrero y el Movimiento Socialista de los Trabajadores (con el 30%). A pesar de esta disputa interna, en total, ambas listas sumaron el 2,6% de los votos, una cifra levemente inferior a la obtenida por Nicolás del Caño como único candidato del FIT en las PASO presidenciales de 2019. Se evidenciaba que las fuerzas trotskistas no habían logrado canalizar, por izquierda, el descontento que había generado en grandes sectores de la población el gobierno de Alberto Fernández.

Por otro lado, las PASO también oficiaron como barrera para definir qué fuerzas políticas podían participar de las elecciones generales a celebrarse en octubre (al sobrepasar el umbral del 1,5% de los votos válidos emitidos en las primarias). De este modo, diez partidos y alianzas quedaron fuera, pues no llegaron a sumar este porcentaje. En general, eran pequeños partidos de derecha o de izquierda que oscilaron entre el 0,05% y el 0,36%, con excepción de Libres del Sur (de origen de izquierda nacional pero que en anteriores elecciones osciló y realizó alianzas muy diversas) que alcanzó el 0,65%, y Principios y Valores, que sumó el 0,79%, encabezado por Guillermo Moreno, peronista, crítico del

“progresismo” y exsecretario de Comercio durante los gobiernos kirchneristas.

Las otras dos fuerzas que sobrepasaron el umbral, pero que no tuvieron internas, fueron Hacemos por Nuestro País y La Libertad Avanza. La primera alcanzó el 3,7%, con la fórmula integrada por Juan Schiaretti, el gobernador de la provincia de Córdoba, y Florencio Randazzo, ambos dentro de un peronismo claramente antikirchnerista y que, incluso, había intentado confluir dentro de Juntos por el Cambio y apoyar a Rodríguez Larreta.

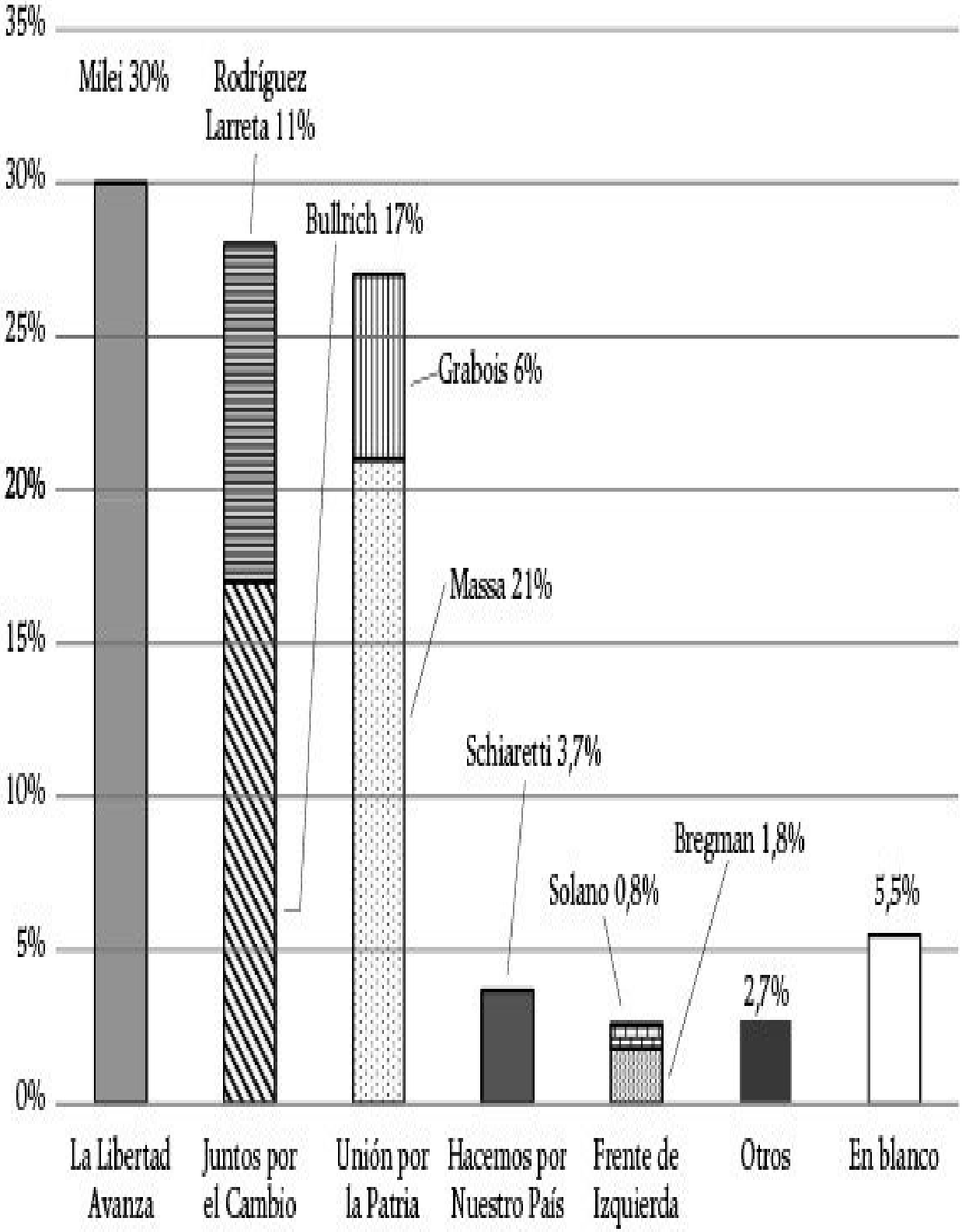
El resultado de las PASO, realmente impactante, fue que la otra fuerza que no tuvo internas, La Libertad Avanza, con la fórmula de Milei y Villarruel, cosechó la mayor cantidad de votos a nivel nacional (el 30%) y salió primera en 16 provincias (son 23, más CABA), cuando en las todas las elecciones provinciales, efectuadas en los meses previos, había obtenido resultados paupérrimos. Evidentemente su base electoral fue inmune al giro contrario a su candidatura que desplegaron buena parte de los medios concentrados; es probable que la maniobra fuera demasiado burda. La centralidad desarrollada por los libertarios de una comunicación a través de las redes sociales les habría permitido esquivar buena parte de estas críticas y, en todo caso, resignificarlas como propias de “periodistas ensobrados”, profundizando el perfil rebelde con que estos grupos se iniciaron.[7]

Como la mayoría de las encuestas, al menos las publicadas, no habían anticipado este resultado, la sorpresa en la opinión pública fue mayúscula. Aun así, no hubo una amplia distancia con las otras coaliciones políticas, solo estuvo dos o tres puntos porcentuales por encima de la sumatoria de votos de esas fuerzas, tal como puede observarse en el gráfico VII.1. Las PASO, como en ocasiones anteriores, proveyeron una fotografía de la distribución del electorado y, de este modo, se instaló el posible triunfo de Milei en las elecciones de octubre, al tiempo que significó un duro golpe para el oficialismo, pues era el porcentaje más bajo que un frente liderado por el peronismo había sacado en una elección nacional presidencial.[8]

LOS VOTANTES DE MILEI EN LAS PASO

Lo que primero que llama la atención es la capacidad que tuvo Milei para captar el voto de distintas clases sociales. Si consideramos la ocupación de la persona que era principal aportante económico del hogar (que podía o no ser quien respondía la encuesta), en las PASO hubo un voto a Milei transversal a todas las clases: casi todas lo hicieron en torno a un 33%, excepto los jubilados y jubiladas (que lo hicieron en menos de la mitad de este porcentaje). Si, en cambio, consideramos el empleo del encuestado o la encuestada (y no del principal aportante de la familia), se advierten algunas diferencias mayores: se destacaban los autónomos con un 42% de intención de voto, los desocupados con un 43% y también los obreros con un 37%, al tiempo que lo votó el 69% de los estudiantes que no trabajaban. Por el contrario, solo lo votó un 12% de las empleadas domésticas y el mismo porcentaje de los jubilados, un 22% de los profesionales asalariados y un 26% de los empleados.[9]

GRÁFICO VII.1. Resultados de las elecciones primarias (13 de agosto de 2023)


35%
30%
25%
20%
15%
10%
5%
0%
Milei 30%
Rodríguez Larreta 11%
Bullrich 17%
Grabois 6%
Massa 21%
Schiaretti 3,7%
Solano 0,8%
Bregman 1,8%
2,7%
5,5%
La Libertad Avanza
Juntos por el Cambio
Unión por la Patria
Hacemos por Nuestro País
Frente de Izquierda
Otros
En blanco

FUENTE: elaboración propia sobre la base de datos de la Cámara Nacional Electoral.

Una cuestión sobre la que se debatió mucho es si el voto a Milei provenía principalmente de sectores en situaciones de informalidad laboral.[10] Encontramos que la relación es clara si observamos la situación laboral del encuestado/a. El voto a Milei pasaba de un 24% entre quienes recibían aportes previsionales por parte de su empleador y un 25% entre los monotributistas, a un 41% entre quienes no tenían aportes de ningún tipo. La diferencia era entonces de 16 puntos porcentuales.[11]

Como analizamos en los capítulos III y IV, no hubo un particular impacto de la informalidad en las posiciones ideológicas o, en todo caso, fue bastante leve. Analizando los datos de la encuesta de julio de 2023, confirmamos que no era lo ideológico lo que explicaba este incremento en el voto a Milei entre quienes tenían una situación laboral informal, pues no eran ni más conservadores ni más neoliberales que el resto de sus votantes.[12] La clave no estaba en lo ideológico, sino en la edad de quienes tenían trabajos informales y la atracción que Milei había generado en la juventud. Dos tercios de quienes no recibían aportes y votaban a Milei eran jóvenes. Cuando analizamos cuánto incidía la informalidad, si sustraemos el efecto de la edad (a través de un análisis estadístico), vemos que reduce su impacto a la mitad. En cambio, ser joven prácticamente inducía el voto a Milei en igual grado, con independencia de la situación laboral de la persona. Concluimos que el aumento en el voto a Milei entre las personas que no tenían un trabajo formal se debía esencialmente a que eran personas jóvenes y no tanto a su situación laboral, y que, de ningún modo este incremento podía ser adjudicado a una hipotética incidencia de la informalidad en las posiciones ideológicas de las personas. La situación de encierro y los problemas que generó el aislamiento, en particular en la juventud, podrían ser un elemento clave de esta orientación en el voto. Como ya comentamos, al final de la pandemia, en abril de 2022, detectamos que quienes declaraban haber sentido bastante o mucho enojo, estrés o soledad durante el aislamiento respondían que deseaban el triunfo del candidato libertario.

Por otro lado, si bien quienes votaban a Milei eran predominantemente hombres (un 64%), un 36% eran mujeres. Lo mismo acontecía con la cuestión etaria: el

56% eran menores de 30 años, pero un 41% tenía entre esa edad y 65 años (solo entre los adultos mayores Milei casi no recogía votos). Al interior de los jóvenes, el 53% de ellos votaban al candidato de La Libertad Avanza, y en el caso de los varones menores de 30 años el porcentaje de votantes a Milei alcanzaba un increíble 70%. Resulta muy probable que la prédica libertaria tuviera particular éxito entre ellos sobre todo por cierta orfandad identitaria que sentían muchos varones que carecían de las instancias de sororidad que habían construido las mujeres y que, incluso, tenían cierta dificultad para adaptarse a las críticas feministas. En particular, quienes se sentían más solos podían haber desarrollado cierta empatía con la figura emocionalmente frágil de Milei, al tiempo que les permitía proyectar una fantasía de tornarse poderosos como este candidato que tenía chances hasta de convertirse en presidente de la nación. Algunos datos de encuestas previas al balotaje, que se abordan en el capítulo IX, arrojaron cierta evidencia en relación con este peso de la orfandad identitaria.

En términos del voto en 2019, sus votantes tenían muy distintas procedencias: un 25% declaró que había votado a Macri, un 15% a Espert, un 11% a Alberto Fernández, un 3% a Lavagna, un 6% en blanco y un 4% nulo, un 8% dijo que no había ido a votar en 2019 y un 22% que no tenía aún edad para votar. No es matemáticamente posible que tantas personas hayan votado a Espert (que solo obtuvo el 1,5% de los votos en 2019), ni que haya habido tantos votos en blanco o nulos (en total fueron 1,6% y 0,9%). Es probable que los votantes de Milei que habían votado a Macri o a Fernández prefirieran modificar (consciente o inconscientemente) el “recuerdo” de su voto de hacía cuatro años, para ajustarlo a su voto actual, ya sea ubicándolo en una tradición liberal (Espert), ya sea en una línea de crítica a la política (que se podría haber manifestado en un voto en blanco o nulo).

En todo caso, más allá de estos desajustes, no fueron muchos los votantes que recordaban haber votado al Frente de Todos en 2019 y ahora lo hacían por los libertarios. Del mismo modo, solo un 3% de los votantes de Milei reconocían que les habían gustado las políticas de Cristina Fernández de Kirchner.

Una de las propuestas de Milei que más había llamado la atención fue su idea de dolarizar la economía argentina. Encontramos que al 80% de quienes habían votado a Milei en las PASO le parecía bien su propuesta de dolarización (aunque la mitad de ellos apoyaba la medida con cierto nivel de dudas), según la encuesta de agosto de 2023. En general, pensaban que estabilizaría la economía y bajaría la inflación. Llama la atención que un cuarto de sus votantes pensara que esta

dolarización se podría realizar con una equivalencia de un peso por dólar o de cien pesos por dólar (recordemos que el dólar oficial en ese momento tenía un valor de 370 pesos, y el dólar paralelo de 730 pesos), lo cual es todo un indicador del escaso nivel de comprensión de la dinámica económica de muchos de ellos. Por otro lado, en función de la potencial confluencia, en un balotaje, con quienes se había inclinado en las elecciones primarias por Juntos por el Cambio, solo al 30% de sus votantes les gustaba esta medida, sobre todo porque consideraban que sus salarios pasarían a no valer nada y, en segundo lugar, porque se arruinaría la economía y aumentaría la desocupación.[13]

En buena medida, las cuestiones ideológicas que analizamos con tanto detalle en los capítulos tercero, cuarto y quinto incidieron en este voto a Milei. Su votante promedio era bastante conservador (60 puntos en esta escala) y neoliberal (66 puntos). La dispersión muestra que los casos típicos eran todos más neoliberales que nacional-populares (es decir, con más de 50 puntos en la escala).

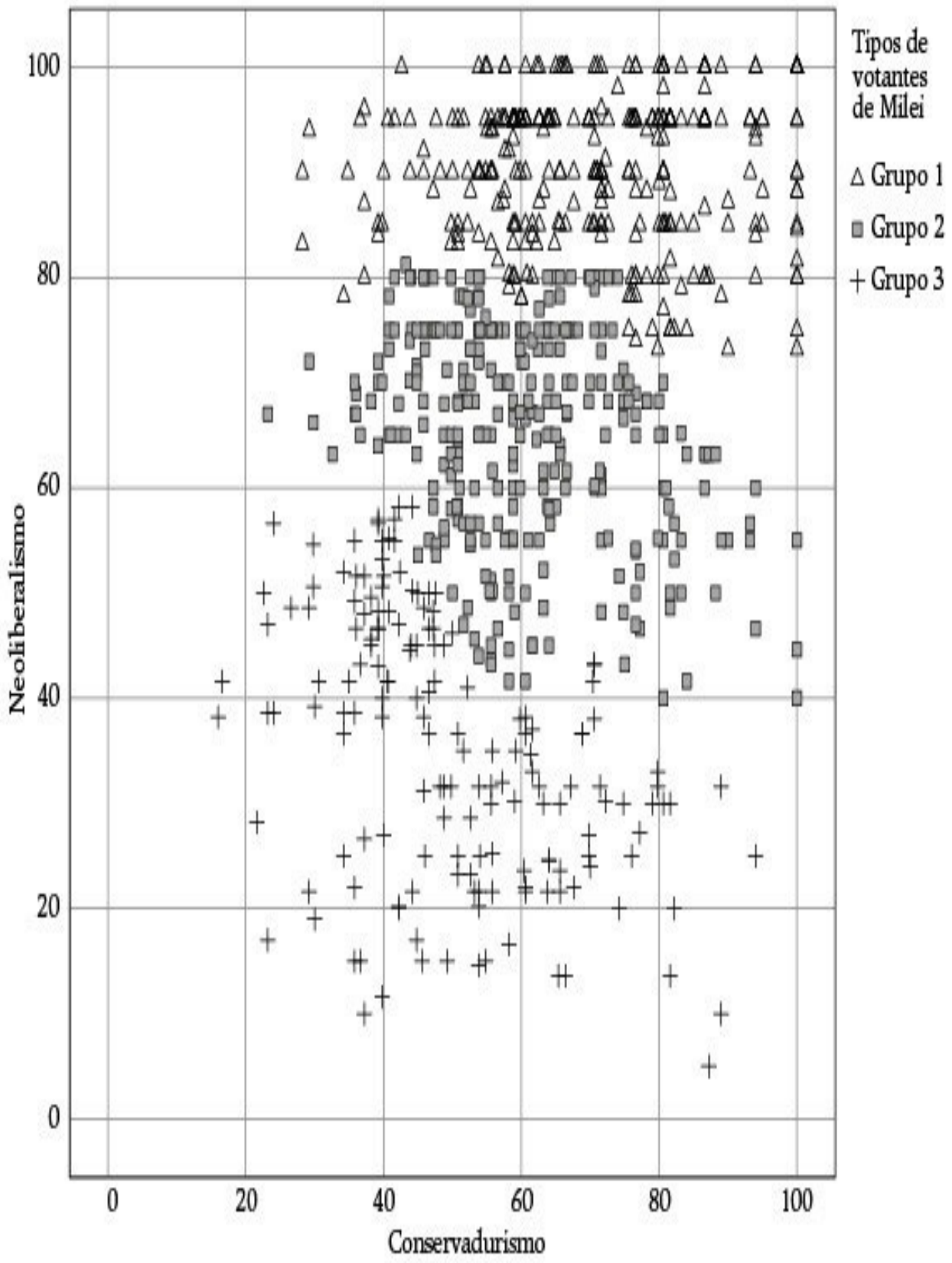
Sin embargo, los mismos datos muestran que había un cuarto de los casos por debajo de este valor. Y algo similar aconteció con la distribución en la escala de conservadurismo. Es decir que existía cierta heterogeneidad ideológica en el voto a Milei, en particular porque dentro de sus votantes había un grupo, por cierto minoritario pero importante, que no era neoliberal ni conservador.[14] Para poder identificarlo con claridad procedimos a aplicar un análisis de clusters o de aglomeración. Esta es una técnica estadística que analiza las distancias que cada caso tiene con los otros casos y los agrupa tratando de que esas distancias sean lo más mínimas posibles. Aquí se agruparon las personas encuestadas que iban a votar a Milei, teniendo en consideración los valores que cada una presentaba en las escalas de conservadurismo y de neoliberalismo. El mejor resultado, que distinguía más a los grupos, fue al agruparlas en tres clusters.[15]

El grupo 1 presentaba opiniones altísimamente neoliberales (90 puntos de promedio en la escala) y muy conservadoras (70 puntos de media en esa escala) y concentraba al 33% de los votantes de Milei. El grupo 2 tenía opiniones bastante neoliberales (65 puntos) y casi igual, aunque un poco menos, conservadoras (60 puntos), y contenía al 40% de quienes votaban a Milei. En cambio, el grupo 3 se caracterizaba por tener juicios más cercanos a lo nacional-popular (36 puntos de promedio en la escala de neoliberalismo) y un equilibro entre lo progresista y lo conservador (con una media de 49 puntos); en este grupo se encontraba el 27% restante de los votantes de Milei. El gráfico VII.2 muestra a cada uno de los votantes del candidato libertario, diferenciándolos por

el grupo del que formaban parte y posicionados con sus valores en ambas escalas (en el eje horizontal la de conservadurismo y en el vertical la de neoliberalismo).

Para ejemplificar qué significaba formar parte de uno u otro grupo, comentamos algunas diferencias entre las respuestas de los integrantes de cada grupo. En cuanto a la cuestión impositiva, mientras que el 86% de quienes integraban el grupo 1 respondieron que había que reducir mucho los impuestos que pagaban los empresarios, pues así se iba a lograr que hubiera inversiones, solo escogió esta respuesta el 13% del grupo 3, que se inclinó en su mayoría por las dos opciones que implicaban más controles para evitar la evasión por parte de los empresarios (incluyendo la prisión). Del mismo modo, casi todos los integrantes del grupo 1 opinó que el Estado era demasiado grande, no tenía que meterse en la economía y que había que reducirlo drásticamente, despidiendo a muchos de los empleados públicos; mientras que menos de una quinta parte de quienes integraban el grupo 3 escogió esa respuesta. Como un último ejemplo, ocho de cada diez integrantes del grupo 1 pensaban que había que acabar con los llamados “derechos de los trabajadores”, en tanto nadie del grupo 3 escogió esa respuesta, pues casi todos se inclinaron por la opción opuesta de que habría que ampliar los derechos a todos los que estaban “en negro”.

GRÁFICO VII.2. Distribución de los tres grupos de votantes de Milei según sus posiciones en las escalas de conservadurismo y neoliberalismo


Tipos de votantes de Milei
Grupo 1
Grupo 2
Grupo 3
Neoliberalismo
Conservadurismo
0
20
40
60
80
100

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

En cuanto a las preguntas de la escala de conservadurismo, las diferencias no eran tan notorias en la distribución de las respuestas entre los tres grupos (de hecho, los valores promedio no fueron marcadamente distintos). Pero, por ejemplo, en el grupo 1 existía un gran rechazo al movimiento feminista (siete de cada diez no estaban de acuerdo con nada de lo que hacían), más matizado en el grupo 3 (donde solo tres de cada diez tenían esa posición).

Resulta difícil comprender por qué personas tan poco próximas a las ideas neoliberales y con actitudes no tan conservadoras como las del grupo 3 votaban a un candidato con posiciones tan extremas en ambos terrenos ideológicos. Exploramos posibles diferencias con los otros dos grupos, pero todas ellas o reafirman su perfil menos conservador o neoliberal o no muestran una disparidad que permita explicar su voto. Tan solo descubrimos que, en la encuesta posterior a las primarias, la principal motivación explicitada por los integrantes de este grupo 3 para votar por Milei era la propuesta de este candidato de "acabar con la casta política", ya que un 33% de sus integrantes respondieron en este sentido (cuando solo lo hizo el 7% de los otros dos grupos). Un adicional 6% del grupo 3 respondió que lo había votado "por descarte", al no gustarle el resto de los candidatos (mientras que nadie de los otros grupos dio esta respuesta). En el siguiente capítulo, volveremos sobre este vínculo entre lo ideológico y el voto a Milei, ya que buena parte de quienes no comulgaban de forma clara con sus ideas modificarían su conducta electoral para las elecciones generales.

Con todo, más allá de este grupo 3 (al que le costaría retener en las elecciones generales), el éxito de Milei fue articular a los integrantes de los otros dos grupos. Es decir, a gente con un perfil muy neoliberal y conservador (con elementos autoritarios) y a sujetos que, si bien presentaban actitudes conservadoras y compartían ideas neoliberales, poco tenían que ver con las actitudes extremas y formas agresivas que cultivaban los libertarios y Milei en particular. En parte tuvo que ver con la capacidad de elaborar una fusión entre distintas tradiciones políticas de la derecha (el "fusionismo" que analizan Morresi y Vicente),[16] pero también con encontrar una base social abierta a posiciones conservadoras y neoliberales, al menos en grados moderados, como

analizamos en los capítulos III y IV y que, además, tendían a sostener estas actitudes en forma conjunta, como vimos en el capítulo V. Al conjunto de estos sectores, Milei los entusiasmó con la idea de que existía un futuro venturoso de la mano de un neoliberalismo extremo y con tintes bien conservadores. En septiembre, preguntamos cómo estaría el país en cuatro años, si triunfaba el candidato que deseaban que ganara. Quienes pensaban votar a Milei en las elecciones generales respondían en un 46% que mucho mejor. En cambio, solo el 29% de los votantes de Massa y el 34% de los de Bullrich pensaban que si ganaba su candidato el país iba a estar mucho mejor. Los estudios cualitativos también detectaron esta mayor esperanza en el futuro que insuflaba Milei si se imponía su proyecto libertario.[17] En términos más generales, Ezequiel Ipar plantea que, mientras el resto de las fuerzas políticas tienen dificultades para enunciar promesas, los neoautoritarismos monopolizan el horizonte sobre el que pueden formularse.[18]

LOS VOTANTES DEL FRENTE DE TODOS ENTRE EL RECHAZO Y LA RESILIENCIA

Ya en la elección de medio término, las parlamentarias de 2021, se había evidenciado que un importante sector de quienes habían votado por Fernández y Fernández de Kirchner en 2019 estaban desilusionados con el gobierno. Para las elecciones generales de octubre de 2021, el oficialismo mejoró un poco los resultados (subiendo del 32,4% al 34,6%), en un contexto de alivio de la situación sanitaria y levantamiento de restricciones a la movilidad y las actividades. Sin embargo, parecería que lo que más pesó entonces fue la identidad partidaria.[19]

El incremento de la crisis económica profundizó la desilusión entre aquellas personas que habían votado al Frente de Todos en 2019: para abril de 2022 solo la mitad tenía una perspectiva positiva o relativamente positiva sobre el gobierno nacional (un 19% pensaba que estaba sacando adelante al país y un 31% que tal vez encontrara el rumbo), y la otra mitad era sumamente negativa (un 18% opinaba que generaba desilusión, un 17% que no resolvía los problemas y un 14% que nos estaban llevando al fracaso como país).

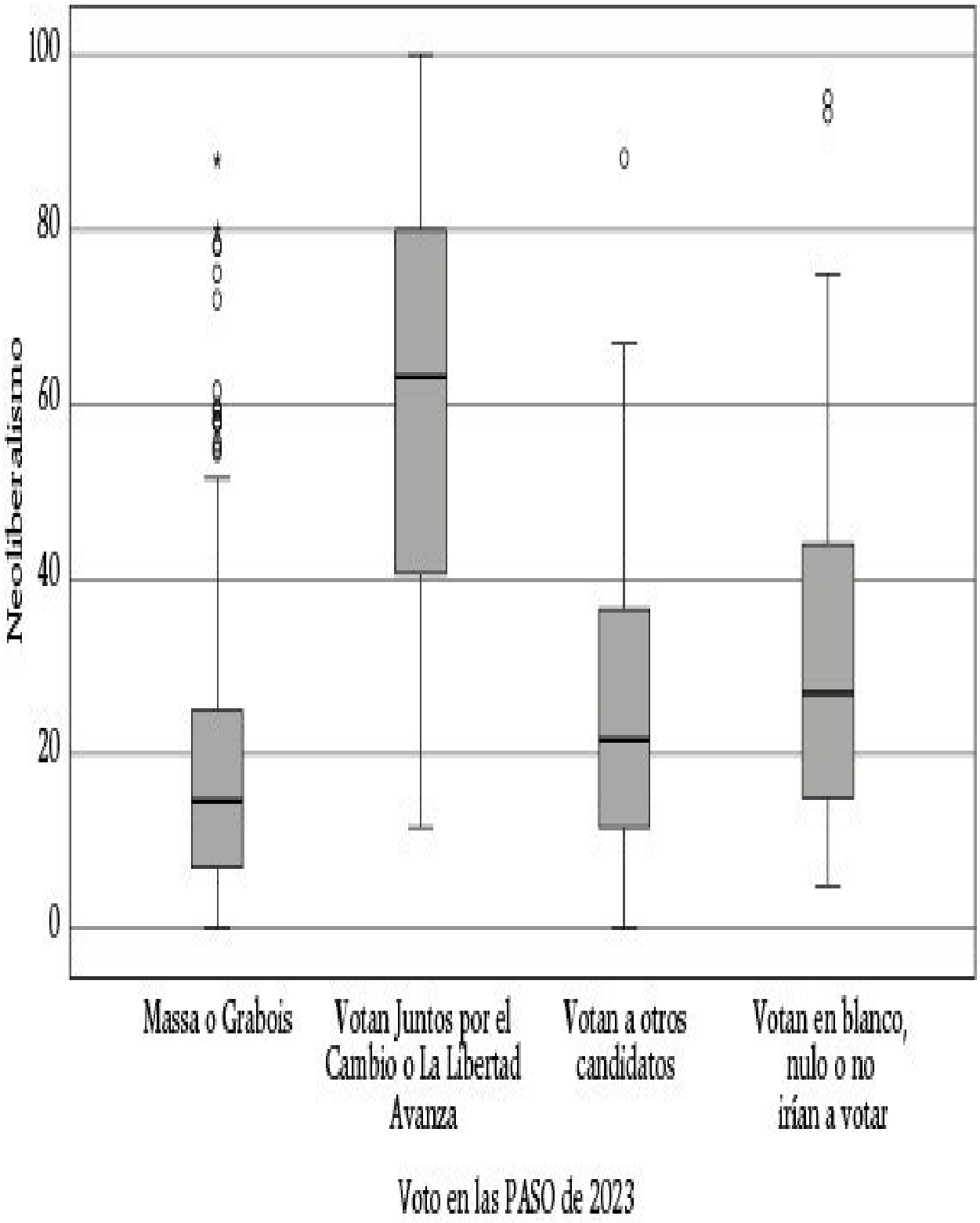
Frente a las PASO de 2023, un 63% de los votantes de 2019 se mantenían fieles al Frente de Todos (ahora UP), un 26% migraba hacia otras ofertas políticas (9% a Juntos por el Cambio, 9% a Milei y 8% a otros candidatos, en particular Moreno, Bregman y Schiaretti, en ese orden), y el restante 11% manifestaba que votaría en blanco, anularía o no iría a votar.[20]

Analizando más en detalle, quienes eran kirchneristas se mantenían absolutamente fieles a UP, mientras que las personas que habían votado por el Frente de Todos en 2019 pero eran críticas del kirchnerismo habían migrado casi todas hacia las opciones electorales de la derecha. Así, la enorme mayoría (el 73%) de los votantes de Fernández que habían sentido mucha rabia por las políticas implementadas por Cristina Fernández de Kirchner durante sus presidencias, ahora votaban a Juntos por el Cambio o a La Libertad Avanza; en todo caso, un 20% decía que votaría en blanco, anularía o no iría a votar. Incluso tenían un comportamiento similar quienes no coincidían con las políticas de la

expresidenta, aunque sin llegar a sentir mucha rabia: solo un quinto manifestaba que votaría por los precandidatos de UP. En cambio, la desilusión con el oficialismo que podían sentir quienes se habían apasionado con las políticas kirchneristas no se traducía en un abandono de su fidelidad a la hora de votar: prácticamente todos (el 94%) lo hacían por Massa o Grabois.[21] Una conducta similar, aunque no tan marcada, existía en quienes gustaban de las políticas de Cristina Fernández de Kirchner, pero sin apasionarse. Cabe aclarar que esto no significaba que estos kirchneristas aprobaran las políticas de Alberto Fernández: un 15% manifestaba sentir mucha rabia por ellas, a un 23% no le habían gustado y a un 22% no le habían gustado ni disgustado.[22] Pero era como si, a pesar de la desilusión, los kirchneristas fueran resilientes y se aferraran a su identidad política para resistir la amenaza neoliberal, en cualquiera de sus dos opciones.

Se observa una gran coherencia ideológica en estos desplazamientos de los votantes del Frente de Todos en 2019: quienes reorientaron su voto hacia las fuerzas de derecha eran más bien neoliberales (61 puntos de promedio en la escala), mientras que quienes aún votaban al Frente de Todos/UP eran claramente nacional-populares (18 puntos). En el gráfico VII.3 se visualiza que no existía ningún solapamiento entre los casos típicos de estos dos grupos. Por otro lado, quienes votaban a otros candidatos o en blanco o no irían a votar también tenían posiciones nacionalpopulares, aunque no tan marcadas (con 27 y 32 puntos de promedio, respectivamente). Algo similar acontecía con los niveles de conservadurismo.

GRÁFICO VII.3. Distribución en la escala de neoliberalismo de los votantes del Frente de Todos en 2019 según su voto en las PASO de 2023


100
80
60
40
20
0
Neoliberalismo
Massa o Grabois
Votan Juntos por el Cambio o La Libertad Avanza
Votan a otros candidatos
Votan en blanco, nulo o no irían a votar
Voto en las PASO de 2023

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Lamentablemente, no podemos saber si estas posiciones ideológicas neoliberales de quienes “abandonaban” con su voto al Frente de Todos se habían incrementado durante los últimos años por la desilusión con el gobierno de Fernández, o si siempre habían tenido estas preferencias neoliberales y por eso no les habían gustado los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner. Porque, seguramente, habían sido la porción de la ciudadanía que, en 2019, se había acercado al peronismo gracias a que el moderado Alberto Fernández era quien encabezaba la fórmula presidencial, al tiempo que se habían decepcionado con Macri.

Pero, además de la relación con el kirchnerismo, las tendencias en el voto de esta porción de la ciudadanía que había optado en 2019 por el Frente de Todos estaban marcadas por su evaluación de la gestión de la pandemia por parte del gobierno nacional. Quienes la valoraban “muy bien” o “bastante bien” se inclinaban por mantener su voto al oficialismo. En cambio, quienes pensaban que había hecho “todo mal” pasaron a votar a los partidos de la derecha (el 73%) o decían que no irían a votar o que votarían en blanco (el 18%), y algo similar acontecía con quienes sostenían que lo había hecho “bastante mal”: el 59% y el 21%, respectivamente.[23]

Es muy difícil discriminar cuánto incidían las apreciaciones sobre los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner y las evaluaciones de la gestión de la pandemia en esta deriva electoral de quienes habían votado por Alberto Fernández en 2019, sobre todo porque estas evaluaciones sobre las políticas frente al COVID-19 estaban también muy influenciadas por la posición política. De todos modos, estimamos (con cálculos estadísticos) que ambas cuestiones habrían tenido un impacto similar: la intención de voto a UP (en comparación con las dos fuerzas de derecha), si restamos el efecto de las evaluaciones de la gestión de la pandemia, se incrementaba según el recuerdo positivo de los gobiernos de Fernández de Kirchner en un 48%, y lo hacía en un 53%, según el efecto de las apreciaciones positivas de esta gestión, si quitamos el efecto de las consideraciones sobre los gobiernos cristinistas.[24]

LA INCIDENCIA DE LAS POSICIONES IDEOLÓGICAS SOBRE EL VOTO

Para observar el impacto de las posiciones ideológicas que describimos en los capítulos III, IV y V sobre el voto en las PASO necesitamos simplificar los datos, ya que el análisis se torna muy complejo porque existe una gran cantidad de precandidatos. Por ello, para visualizar con más claridad esta relación, analizamos solo cómo se distribuían las intenciones de voto entre, por un lado, las dos opciones de derecha más claras (Milei y Bullrich) y, por otro lado, los dos candidatos que se postulaban dentro del oficialismo (Massa o Grabois). Es decir que, para facilitar la comparación, dejamos de lado en este análisis a quienes votaban por Rodríguez Larreta, Schiaretti, por los candidatos del FIT y por otros. Los votantes de estos cuatro candidatos agrupaban al 74% del total (un 47% a Bullrich y Milei y un 27% a Massa y Grabois). Esta mirada simplificadora y dicotómica también nos permite aproximar el análisis a la dinámica que tuvo lugar en el balotaje.[25]

En cuanto a las cuestiones conservadoras, en algunos casos el vínculo era sumamente estrecho. Así, por ejemplo, nueve de cada diez de quienes acordaban con todo lo que hacía el movimiento feminista votaban a los candidatos de UP (o, mirado al revés, solo uno de cada diez lo hacía por Milei o Bullrich). Y estas proporciones se invertían exactamente entre quienes no estaban de acuerdo con nada de lo que hacían las feministas (las opciones de respuestas intermedias seguían la misma tendencia).[26] Algo similar acontecía con quienes aceptaban el lenguaje “inclusivo”: casi todos votaban por UP, mientras que prácticamente todos los que sentían bronca lo hacían por Milei o por Bullrich.[27]

No obstante, en otras preguntas no existía una relación tan fuerte entre el conservadurismo y el voto a la derecha. Así, en relación con el orden o el estímulo al espíritu crítico dentro de la escuela secundaria, quienes privilegiaban el orden votaban casi todos a los dos candidatos de derecha, pero también los votaban casi la mitad de quienes declaraban estar a favor de incentivar la crítica y la participación de los alumnos en los centros de estudiantes. Algo similar acontecía con las opiniones sobre los inmigrantes de países limítrofes: entre quienes tenían las posiciones más xenófobas predominaba el voto a Milei o Bullrich, pero un tercio de quienes opinaban que tenían que tener igual trato que

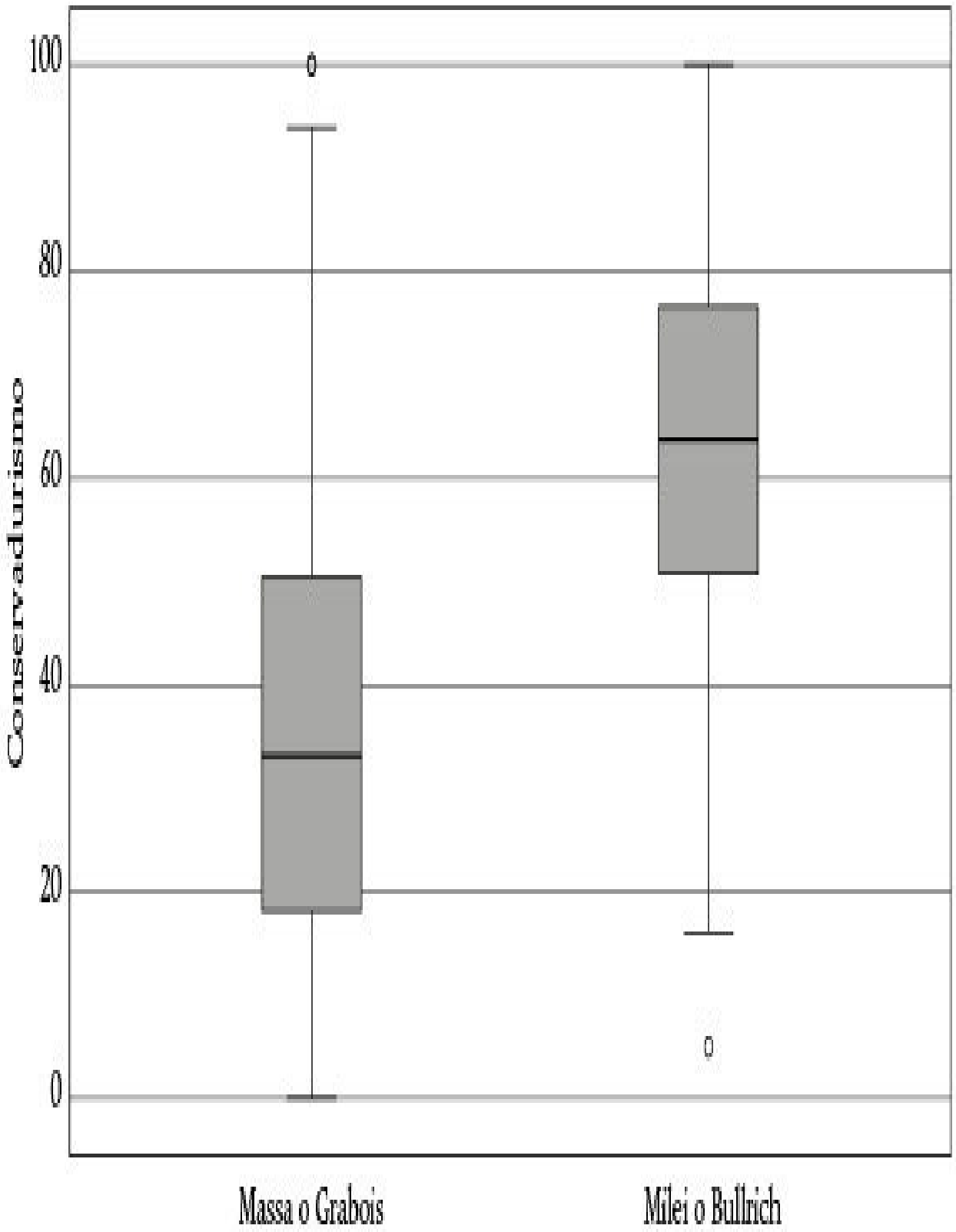
los argentinos también se inclinaban por estos dos candidatos de derecha (los dos tercios restantes se inclinaban por Massa o Grabois).

Como contamos con la escala de conservadurismo (versus progresismo) que sintetiza las seis preguntas en puntajes numéricos, podemos visualizar cómo se distribuían los encuestados según su voto en las PASO. Claramente, quienes votaban a Milei o Bullrich presentaban, en promedio, un valor mucho más alto en la escala de conservadurismo (64 puntos) que quienes optaban por los candidatos de UP (36 puntos). Además, en el gráfico VII.4, se observa que las mitades de los casos típicos de estos dos grupos de votantes (la caja) eran completamente diferentes: los de Massa o Grabois presentaban valores entre 18 y 50 puntos, mientras que los de Milei o Bullrich se ubicaban entre los 51 y los 77 puntos.

En cuanto a las preguntas que abordan la cuestión socioeconómica, las diferencias eran incluso más notorias, en especial en algunas cuestiones. Prácticamente todos los que opinaban que el Estado es demasiado grande y que había que despedir a muchos empleados públicos votaban a Milei o Bullrich, mientras que solo lo hacía el 17% de quienes pensaban que el Estado tiene que dirigir la economía.

En otras pocas preguntas la relación no era tan fuerte, tal vez porque cierto "buen sentido" aún prevalecía en una parte de los votantes de derecha. Por ejemplo, un 62% de quienes votaban a Milei o a Bullrich no aceptaban la propuesta neoliberal de acabar con los "llamados 'derechos de los trabajadores' que solo promueven la industria del juicio e impiden que las empresas inviertan". Es que, si bien todos los que pensaban que sí había que acabar con estos derechos votaban a Milei o a Bullrich (y nadie a los candidatos de UP), dos tercios de quienes creían que no debía hacerse ninguna flexibilización del régimen de trabajo se inclinaban por los candidatos de derecha, al igual que cerca de la mitad de quienes sostenían que habría que ampliar los derechos de los trabajadores para que alcanzasen a todos los que estaban "en negro".

GRÁFICO VII.4. Distribución en la escala de conservadurismo de los votantes de Milei o Bullrich y de Massa o Grabois


Conservadurismo
100
80
60
40
20
0
Massa o Grabois
Milei o Bullrich

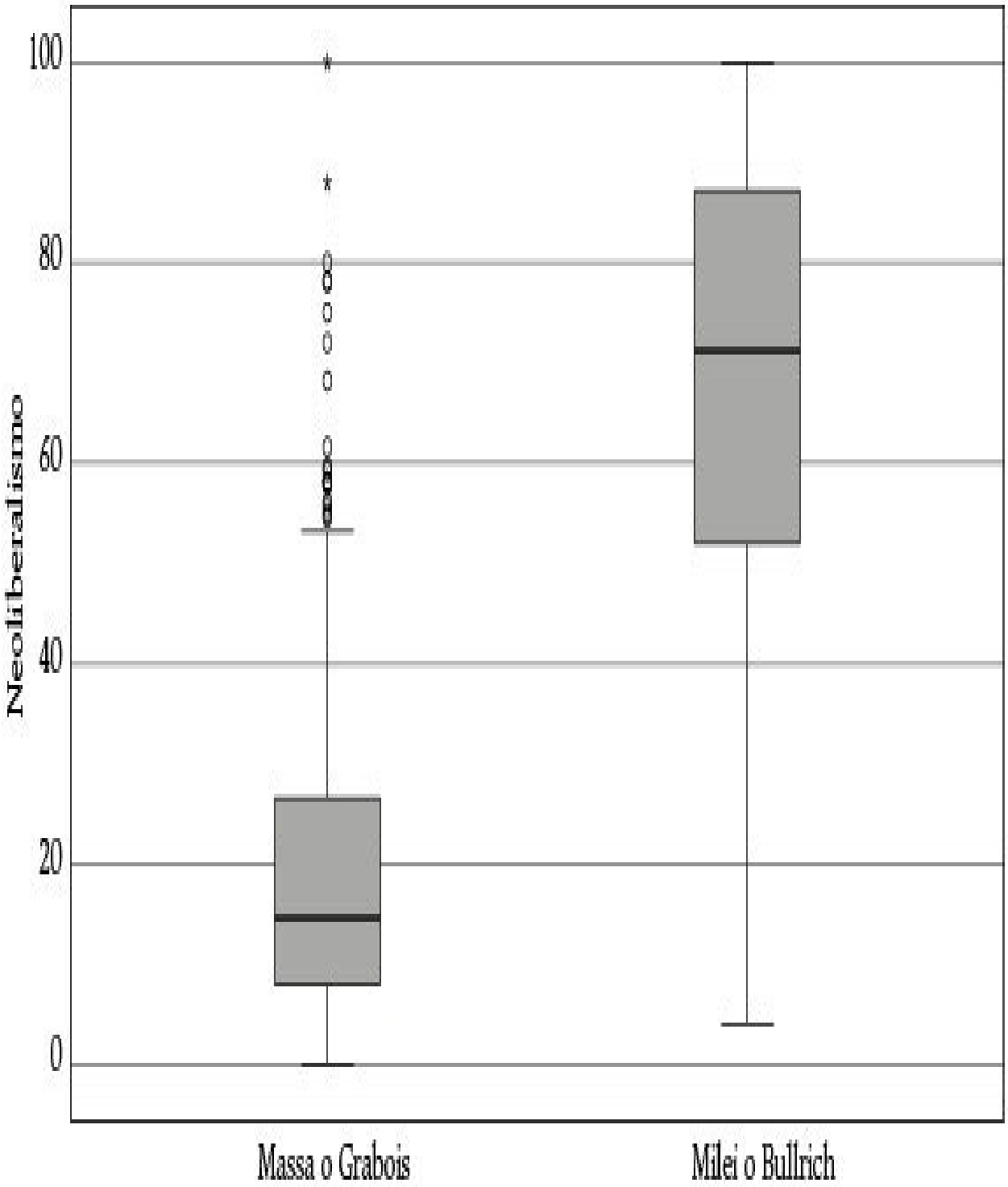
FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

En el conjunto de las seis preguntas que conformaron la escala de neoliberalismo, las diferencias entre los dos tipos de votantes eran incluso mayores que las que observamos en la escala de conservadurismo. Los votantes de Milei o Bullrich presentaban un valor promedio de 68 puntos, mientras que los de Massa o Grabois de solo 19 puntos. Como se observa en el gráfico VII.5, no solo no existía ningún solapamiento entre los votantes típicos de cada tendencia política, sino que diferían de forma notable. La mitad típica de los votantes de UP se ubicaban entre los 8 y 27 puntos en la escala, mientras que los de los candidatos de derecha entre los 52 y los 87 puntos. El gráfico también muestra la nitidez ideológica que presentaban los votantes de UP en estos temas: solo algunos pocos casos extremos (marcados por los círculos) se ubicaban por encima de los 50 puntos en la escala.[28] Ahora bien, esto también se podría interpretar de otra manera: el oficialismo no lograba capturar el favor electoral de votantes con posiciones moderadamente neoliberales, pues solo los votaban quienes sostenían ideas nacional-populares. En cambio, incluso los dos candidatos más claramente posicionados en la derecha, Bullrich y Milei, consiguieron que los votasen ciudadanos con posiciones más nacional-populares que neoliberales (alrededor de un cuarto de sus votantes presentaban valores en la escala por debajo de los 50 puntos en neoliberalismo).[29]

El gráfico VII.6, en el que cada punto representa a un encuestado según los valores en ambas escalas, permite visualizar de qué manera los votantes de UP quedaban “confinados” a quienes eran claramente nacional-populares y progresistas, mientras que Milei y Bullrich, además de captar a quienes eran bien neoliberales y bien conservadores, lograban capturar un sector de votantes moderadamente nacional-populares (con valores entre 20 y 50 puntos en la escala de neoliberalismo) y un poco conservadores (con valores entre 50 y 80 puntos en la escala de conservadurismo, enmarcados en el círculo dibujado en el gráfico).

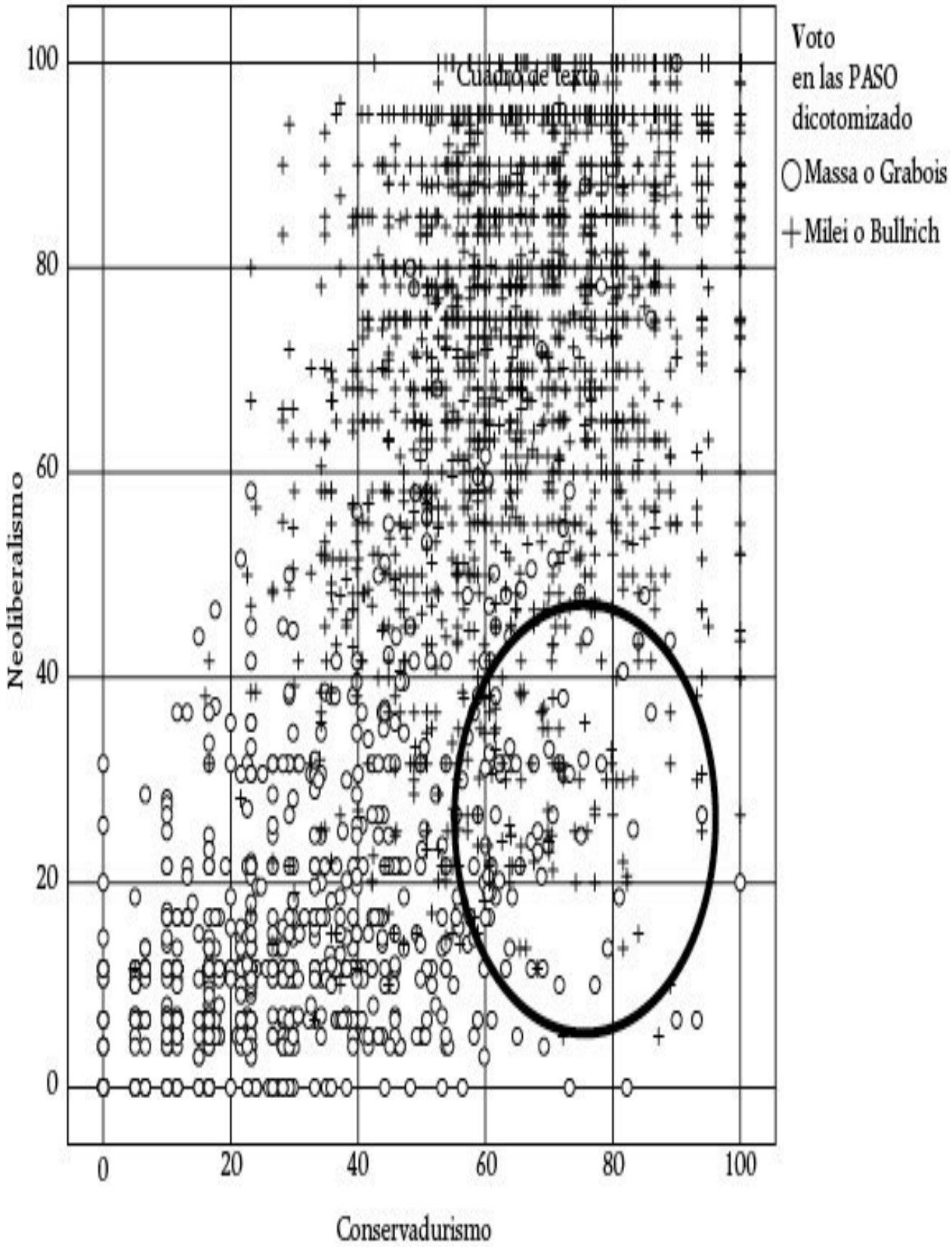
GRÁFICO VII.5. Distribución en la escala de neoliberalismo de los votantes de

Milei o Bullrich y de Massa o Grabois


100
80
60
40
20
0
Neoliberalismo
Massa o Grabois
Milei o Bullrich

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

GRÁFICO VII.6. Distribución en las escalas de conservadurismo y neoliberalismo de los votantes de Milei o Bullrich y de Massa o Grabois (julio de 2023)


Cuadro de texto
Voto
en las PASO
dicotomizado
Massa o Grabois
Milei o Bullrich
Neoliberalismo
Conservadurismo
0
20
40
60
80
100

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véase detalles en el apéndice I.

Para comprender esta mayor capacidad interpelativa de los candidatos de derecha sobre sectores que no eran tan afines a sus posiciones ideológicas, debemos incorporar otras cuestiones. Un papel clave lo habría tenido la imagen que tenían de la sociedad. Votaban a Milei o Bullrich casi todos los que pensaban que una minoría compuesta por piqueteros, feministas, kirchneristas o políticos corruptos dominaba a la mayoría de la sociedad. Por el contrario, votaban por Massa o Grabois casi todos los que ubicaban a los empresarios o a la oligarquía como esa minoría dominante. Solo había un reparto, en alguna medida, equilibrado entre quienes pensaban que había armonía entre todos los sectores: seis de cada diez votaban a los candidatos de la derecha y los cuatro restantes a los del oficialismo.

Como ya comentamos en el capítulo V, dentro de quienes eran moderadamente nacional-populares existía un grupo importante que pensaba que la minoría que se imponía sobre las mayorías eran los piqueteros, las feministas y los políticos kirchneristas (eran cuatro de cada diez de los nacional-populares moderados). Y fue este grupo de nacional-populares “confundidos” el que se volcó por los candidatos de la derecha: casi ocho de cada diez personas con esta idea sobre la minoría dominante votaban por Bullrich o Milei y no por los candidatos de UP. Aquí, una de las claves que explicaría ideológicamente su triunfo.

Asimismo, se pudo analizar la influencia de otras cuestiones. Por ejemplo, el estar muy informado sobre la coyuntura política también incidía en el voto. Medimos esta cuestión en relación con el acontecimiento político que consideramos más significativo en las semanas previas a las PASO: la reacción de las comunidades de pueblos originarios, movimientos sociales y fuerzas opositoras que durante varias semanas realizaron numerosas manifestaciones y cortes de ruta en la provincia de Jujuy, oponiéndose a la reforma de la constitución provincial impulsada y concretada por el gobernador Morales, quien a su vez acompañaba a Rodríguez Larreta en la interna de Juntos por el Cambio. Estos eventos tuvieron amplia cobertura en los medios de comunicación nacionales. Quienes declaraban estar menos informados votaban a Milei o Bullrich y quienes decían estar muy informados se repartían en partes iguales

entre los candidatos oficialistas y los de derecha.[30]

También el deseo de ser gobernados por alguien nuevo, en especial que viniera de la actividad privada, conducía directamente a votar por los candidatos de la derecha; mientras que solo tres de cada diez que deseaban que gobernara alguien que estuviera en la política desde hacía mucho votaban a la derecha.

Una cuestión muy difícil de medir en las encuestas es la identificación con ciertos colectivos étnico-populares. No existe un corte preciso, es algo muy lábil, pero a la vez con fuerte impacto en la vida social y política argentina.[31] Registramos esta cuestión con cierta regularidad en nuestras encuestas y encontramos una recurrente incidencia en las conductas políticas, a través de la pregunta de si la persona encuestada podría sentirse incluida cuando alguien dice "nosotros somos negros" (a pesar de que la respuesta dependiera mucho del contexto de enunciación de la frase). En julio de 2023, un 31% respondió positivamente y un 69% dijo que no se sentiría incluido en esa interpelación (en la encuesta de enero de 2021, en provincia de Buenos Aires y CABA, el 28% respondió afirmativamente).

Frente a las PASO, descubrimos que quienes respondían que podrían sentirse incluidos si alguien dijera "somos negros", las preferencias se dividían por partes iguales entre los candidatos de la derecha y los de UP. Sin embargo, entre quienes no se sentían incluidos, siete de cada diez votaban a Milei o Bullrich, y solo tres a Massa o Grabois.[32] Si bien la incidencia no parece muy intensa, más adelante vamos a ver que esta relación se mantiene y, aún más, se acrecienta al analizar el efecto sobre el voto de todas las cuestiones en forma conjunta.

Por último, se encontró una relación entre las vivencias de inseguridad (robo) del encuestado, o alguien que viviera en su casa, y el voto a los candidatos de la derecha: pasando del 50% en caso de que el delito hubiera ocurrido hacía más de cinco años o que nunca hubieran sufrido uno, al 83% en caso de que hubiera sido ese año (si había pasado un año el porcentaje de votos a la derecha era del 74% y si había sido entre dos a cuatro años atrás, del 62%). Sin embargo, es posible que hubiera un sobrerregistro de robos por parte de quienes votaban a la derecha o un subregistro entre votantes de UP, pues se observa una mayor tasa de robos cercanos en el tiempo entre quienes habían votado en 2019 a Macri (el 44% un robo en 2022 o 2023, frente al 28% si habían votado a Alberto Fernández y el 31% si habían votado a Roberto Lavagna). Sería muy difícil que realmente existiera esta relación entre lo votado en 2019 y haber sufrido un robo en los

últimos años. Por lo cual es muy probable que se diera un sobrerregistro de este tipo de eventos entre quienes eran más críticos del gobierno y un subregistro entre quienes eran más oficialistas; en particular de eventos menores o que les acontecieran a familiares menos cercanos (a pesar de que la pregunta remitía específicamente a integrantes del hogar). Seguramente, por este motivo, la relación entre haber sufrido un robo y la tendencia en el voto perdía toda importancia cuando se la consideraba en forma conjunta con otras preguntas.

LA INCIDENCIA CONJUNTA DE LAS VARIABLES SOBRE EL VOTO EN LAS PASO

Cabría preguntarnos cuál de todas las cuestiones que analizamos tuvo mayor incidencia a la hora de orientar el voto: si las opiniones sobre las cuestiones socioeconómicas, las actitudes más conservadoras o progresistas, la imagen de la dinámica social, los deseos de renovación política o alguna otra cuestión estudiada.

Para poder comparar necesitamos medir de alguna forma el impacto de cada variable. Debemos aclarar que metodológicamente es más complejo analizar esta cuestión sobre una variable categórica, como es el caso de a quién se vota, que cuando se estudia la relación entre dos variables numéricas.[33] Los cálculos se realizan, en este caso, estimando cuánto se incrementan las chances de que ocurra algo (aquí, que se vote a la derecha en vez de a los candidatos de UP) a medida que aumenta el valor de alguna de las variables; por ejemplo, el nivel de neoliberalismo o la proximidad temporal con que había sufrido un robo algún integrante de la familia.[34] El coeficiente (que busca aproximarse al coeficiente de correlación al cuadrado) se interpreta como el grado en que conocer el valor de una variable explicativa permite predecir (o no equivocarse en) el valor que realmente toma la variable categórica (en este caso, el voto).[35] Ahora bien, estas incidencias de cada pregunta o variable no se dan en forma aislada. Por el contrario, se encuentran combinadas en cada persona. Así, por ejemplo, como ya vimos, ser favorable a las ideas neoliberales tiende a presentarse junto con tener actitudes conservadoras. Entonces, podría ocurrir que lo que aparece como una relación entre el conservadurismo y el voto a los candidatos de la derecha no se deba al conservadurismo, sino al neoliberalismo de esas mismas personas. Por fortuna, existen métodos estadísticos para discernir cuál es el efecto de una cuestión y de la otra. Para explicarlo en términos simples, podríamos ver si personas con altos niveles de adhesión al neoliberalismo difieren en su voto hacia la derecha, según tengan actitudes más o menos conservadoras.[36]

Desarrollamos estos análisis para la mayoría de las preguntas efectuadas en nuestra encuesta de julio de 2023, considerando sus efectos en forma combinada. Con una incidencia estadística relevante, quedaron siete variables que, en su

conjunto, lograban un nivel de predicción del 86% del voto (si era hacia los dos candidatos de la derecha o hacia los dos del oficialismo). Además, pudimos medir que la variable con más incidencia fue el posicionamiento en la escala de neoliberalismo. Esta escala reunía alrededor del 40% del total de la capacidad explicativa sobre el voto que tenía el conjunto de las siete variables. Luego nos encontramos con una serie de variables con un impacto menor, aunque no desdeñable, ya que cada una oscilaba entre el 13% y el 8%. En orden decreciente, incidían la imagen de la sociedad (armonía o dos tipos opuestos de minorías dominantes), el deseo de ser gobernados por alguien nuevo de perfil empresarial, la edad, el no sentirse interpelados cuando alguien decía “somos negros” (que al entrar en el modelo aumentaba su peso predictivo),[37] el conservadurismo y estar al tanto de las cuestiones políticas.[38] Por otro lado, algunas variables que individualmente parecían tener alguna incidencia sobre el voto, cuando se consideraba el efecto conjunto de todas las preguntas, desaparecía su efecto. Este fue el caso de la pregunta acerca de cuándo algún miembro de la familia había sufrido un robo y también el género, que perdió incidencia.[39]

EL PESO DE LA HISTORIA

Resulta increíble la relación que las miradas sobre el pasado presentaban con la conducta electoral. En el mes de agosto, una semana después de las elecciones primarias, en una nueva encuesta, preguntamos a los encuestados a quién habían votado. Además, entre otras cosas, consultamos por una evaluación acerca de tres cuestiones del pasado argentino (el peronismo clásico, la última dictadura y el menemismo). La forma en que cada persona se representaba estos momentos históricos tuvo una notoria relación con su voto y, sobre todo, la combinación de las tres respuestas poseía una enorme capacidad predictiva del voto.[40]

La evaluación de los gobiernos de Perón reveló una fuerte relación: quienes criticaban frontalmente al peronismo clásico votaban a Milei o Bullrich. Sin embargo, también lo hacían casi todos los que reconocían que en sus gobiernos se concretaron importantes conquistas laborales y sociales, pero que se habían caracterizado por la corrupción y el autoritarismo. En cambio, entre quienes tenían una mirada laudatoria de los gobiernos de Perón, casi todos votaron a los candidatos oficialistas y solo un 13% a los candidatos de derecha.

Las evaluaciones del gobierno de Menem también incidían claramente en el voto. Votaron casi en su totalidad a los candidatos de derecha quienes lo elogiaban o, incluso, quienes moderaban la mirada positiva de la "entrada de Argentina en el mundo" por la corrupción. Asimismo, quienes consideraban "malo" su gobierno, por la desocupación, pero reconocían esta incorporación "al mundo", votaron en un 78% a Milei o a Bullrich. En cambio, solo un tercio de quienes pensaban que los gobiernos menemistas habían sido un desastre completo tuvo esa conducta electoral; los otros dos tercios se inclinaron por Massa o por Grabois.

Por último, quienes tenían una mirada positiva de la dictadura (que evitó que terminásemos en el comunismo) o crítica, pero que la reconocían necesaria, votaron casi en su totalidad a los candidatos de derecha. A diferencia de quienes sostenían que había cometido crímenes atroces y que había sido innecesaria, donde un 56% votó a los candidatos oficialistas y un 44% a Milei o a Bullrich.

La consideración de las tres preguntas en forma combinada permitió prever en un 92% la conducta electoral del momento.[41] La mitad de esta capacidad explicativa radicaba en la mirada sobre los gobiernos de Perón, un tercio en la perspectiva sobre el menemismo y solo una sexta parte se vinculaba con la evaluación de la última dictadura.

* * *

Ahora sí, la confusión previa a las PASO se había disipado. Por un lado, se había relevado la real potencia de la candidatura de Milei, muy por encima de la que se había intentado instaurar desde la mayoría de los medios concentrados. Esto generaba grandes expectativas de que captara más apoyos, en tanto se había instalado como el candidato con más chances de derrotar al oficialismo. Aun así, cierta diversidad ideológica de sus votantes, en varios casos guiados más por la canalización de la bronca contra la situación y el gobierno, abría el interrogante de cuál sería la capacidad de Milei para incrementar ese caudal en una votación donde se definiera realmente la presidencia del país.

Por otro lado, de repente se desvanecieron todas las expectativas que laboriosamente había construido Rodríguez Larreta como el candidato con un discurso racional, apoyos empresariales e internacionales, una enorme y costosa campaña publicitaria, el supuesto efecto “demostración” de la gestión de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el acompañamiento de casi toda la dirigencia de Juntos por el Cambio (con la excepción de Macri y de su contrincante en la interna) y los pretendidos mejores equipos para la gestión del Estado nacional. Todo este conjunto de factores se estrelló contra la realidad de que el electorado de Juntos por el Cambio se ubicaba, en su mayoría, en posiciones más neoliberales y más conservadoras que las que presentaba Rodríguez Larreta y, por lo tanto, adhirió al discurso de dureza, no diálogo y velocidad en los cambios que proponía Bullrich, entroncándose con el diagnóstico y el programa que impulsaba Macri desde 2019.

Por último, se pudo comprobar que la disconformidad hacia el gobierno de Alberto Fernández no incrementó el apoyo a la izquierda trotskista. En cambio, las personas que no canalizaron su descontento hacia las opciones neoliberales lo

hicieron al interior de UP (en muchos casos detrás de la candidatura de Grabois, pero en otros inclinándose por Massa). Es que, en líneas generales, los simpatizantes y militantes kirchneristas no abandonaron su idea de que la disputa central era contra el modelo neoliberal y, por lo tanto, continuaron apostando a un amplio frente nacional-popular, a pesar de que, para las elecciones de octubre, era previsible que lo encabezaría el moderado Massa. De hecho, como veremos en el siguiente capítulo, en los tres meses que mediaron hasta la contienda democrática, asistimos a una fuerte reactivación de la militancia, que revirtió, en parte, el magro resultado obtenido por UP en las primarias, cuando apenas logró el apoyo de un cuarto del electorado.

[1] Kicillof prefirió consolidar su poder en la gobernación en una elección que, además, podía ganar de manera más sencilla, pues se resolvía en primera vuelta por mayoría simple, sin balotaje, y se presumía que las fuerzas de derecha irían divididas.

[2] En la encuesta realizada en julio de 2023, el 62% respondió que las políticas de Fernández le habían dado mucha rabia, un 14% que no le gustaban, un 12% que ni le habían gustado ni disgustado y solo un 9% que le habían gustado y un 2% que le habían apasionado.

[3] En el caso de las elecciones de 2023, por ejemplo, en la provincia de Buenos Aires, la lista contenía siete cuerpos con las candidaturas a presidente y vice, senadores nacionales, diputados nacionales, parlamentarios del Parlasur, gobernador y vice, legisladores provinciales e intendente y concejales municipales. No es posible escoger los candidatos al interior de una boleta, como en otros países, con marcas o tachaduras.

[4] En caso contrario hubiera significado dos perjuicios para la coalición en su conjunto. Por un lado, la boleta presidencial de Grabois hubiera obtenido muchos menos votos, porque gran parte de quienes orientaban su voto por sus preferencias provinciales o municipales no habrían realizado el corte para cambiar a Massa por Grabois. Y, por otro lado, también los candidatos a gobernadores, a legisladores y a intendentes de UP podrían haber perdido votantes que, disconformes con la candidatura de Massa, introdujeran la boleta de Grabois; al tiempo que podían dejar en blanco los otros niveles que participaban en la elección.

[5] En estas provincias el peronismo o fuerzas afines gobernaban desde hacía varios años: Chaco (desde 2007), Chubut (desde 2003), San Juan (desde 2003), Santa Cruz (desde 1983) y Santa Fe (desde 2019).

[6] Interrogados por los motivos por los cuales los votantes de Bullrich se habían inclinado por ella, respondieron que gustaban especialmente de su firmeza (el 41%) o pensaban que era la única que podía hacer los cambios que el país necesitaba (el 30%), o la habían votado para impedir que ganara el kirchnerismo (el 16%). Casi ninguno declaró haber optado por ella debido al apoyo de Macri (el 1%) y solo un 11% para impedir el triunfo de Rodríguez Larreta. En cambio, quienes votaron por su contrincante en la interna, declararon haberlo hecho porque sabía gobernar como lo había demostrado en CABA (el 39%) o porque podía construir los consensos que el país necesitaba (el 26%). También, como en el caso de Bullrich, un 14% daba la respuesta de que lo había votado para que no ganara el kirchnerismo; mientras que solo un 4% lo hizo para impedir el triunfo de su contrincante, y un 7% por el apoyo que le habían dado otros dirigentes que lo acompañaban.

[7] Sobre este perfil contracultural, véase Melina Vázquez, "Los picantes del liberalismo. Jóvenes militantes de Milei y 'nuevas derechas'", en Pablo Semán (coord.), Está entre nosotros, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023.

[8] En 2003, cada uno de los candidatos peronistas había obtenido menos votos, pero esta elección funcionó como una interna abierta del justicialismo, ya que se presentaron tres candidatos de este origen, sumando entre ellos el 60% de los votos.

[9] Esto contrasta con el fuerte nexo entre clase social y voto que se había evidenciado en las elecciones presidenciales de 2019, según María Esperanza Casullo e Ignacio Ramírez, "Anatomía de la polarización política argentina", en Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez, Polarizados. ¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario), Buenos Aires, Capital Intelectual, 2021, pp. 35-68.

[10] Quienes se percibían como "emprendedores" estaban más abiertos a la interpelación libertaria, según Pablo Semán y Nicolás Welschinger, "Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas. Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden", en Pablo Semán (coord.), op. cit., p. 182.

[11] Sin embargo, una encuesta realizada en septiembre de 2023, desde LEDA-UNSAM no encontró una relación clara entre el nivel de informalidad medido por la situación previsional y el voto a Milei: el 33% entre quienes tenían descuentos jubilatorios, el 36% entre quienes aportaban ellos mismos y 34% entre quienes no tenían ningún tipo de aporte. LEDA, Análisis demográfico, ideológico y político del voto 2023 en Argentina, UNSAM (en prensa).

[12] Los valores promedio en ambas escalas muestran que los votantes a Milei sin aportes eran, incluso, menos conservadores (57 puntos) que los que tenían aportes (63 puntos) o que quienes los hacían ellos mismos (68 puntos), y que también eran levemente menos neoliberales (sin aportes tenían de promedio 67 puntos, frente a 70 de quienes recibían aportes y 77 de quienes eran monotributistas).

[13] En el conjunto de los encuestados, solo un 35% acordaba con la dolarización, con o sin dudas.

[14] En este sentido, hallamos coincidencias con los análisis llevados a cabo por Marcelo Nazareno y Valeria Brusco, en los que encontraron que los votantes de Milei en 2021 no coincidían exactamente con la "oferta" de la propuesta libertaria: no tenían patrones de respuesta diferentes respecto a quienes no votaban ni simpatizaban con él en cuanto a la cuestión democrática, ni en relación con el movimiento feminista, ni con respecto a los actores que eran blanco típico del escarnio y el oprobio reaccionario. Marcelo Nazareno y Valeria Brusco, "Derecha radical y subjetividad política en la Argentina. Qué hay detrás del voto a Javier Milei", en POSTDATA, núm. 28, octubre de 2023, pp. 227-251.

[15] Tuvieron lugar diversos ensayos de agrupamientos según técnicas de aglomeración jerárquicas o de K-medias, con diferentes formas de cálculo, y se encontró que la mejor agregación, minimizando la cantidad de grupos y sus variabilidades internas, era el método jerárquico de Ward con el resultado de tres clusters. Este método toma la solución que minimiza la pérdida de información, compara la suma de los desvíos cuadrados en relación con el centroide y elige la fusión de los clusters que genere una menor suma de los desvíos de todos los clusters que queden; tiende a generar clusters elípticos.

[16] Sergio Morresi y Martín Vicente, “Rayos en cielo encapotado: la nueva derecha como una constante irregular en la Argentina”, en Pablo Semán (coord.), op. cit.

[17] Pablo Semán y Nicolás Welschinger, op. cit., pp. 193 y 194.

[18] Ezequiel Ipar, “Los nudos ideológicos de la democracia y el diagnóstico de la época”, en Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin (eds.), Discursos de odio. Una alarma para la vida democrática, San Martín, UNSAM EDITA, 2023, p. 43.

[19] Entre las principales razones del voto al Frente de Todos en las elecciones legislativas de noviembre de 2021, se destacaban las relacionadas con la pertenencia identitaria a esta fuerza, sumando el 62% de las respuestas. Así el 38% lo votaba porque acordaba con las ideas que defiende el partido; casi el 10% porque le gustaban sus candidatos, el 7% porque siempre lo vota, y otro 7% porque lo pedía Cristina. Luego casi en partes iguales encontramos que el 18% lo votaba para apoyar al gobierno y el 20% lo hacía para impedir que volviese el macrismo.

[20] Cabe aclarar que el porcentaje de gente que declaró haberlo votado en 2019 era un 4% menor al total, lo cual puede deberse a algún error muestral, pero también es probable que este desfasaje sea producto de gente que no “recuerda bien” su voto pasado. Como ya comentamos, se observaba un sobrerrecuerdo del voto a Espert.

[21] Solo un 1% por los candidatos de la derecha, un 3% lo hacía por otros candidatos y un 1% en blanco, nulo o no iría a votar.

[22] Eran los votantes a Fernández, pero críticos de Cristina Kirchner, quienes más se habían desilusionado: un 58% sentía mucha rabia por las políticas de Alberto Fernández, a un 15% no le habían gustado y a un 20% no le habían gustado ni disgustado.

[23] Las evaluaciones moderadas mostraban impactos diferenciales según fueran “un poco bien” (donde el 48% seguía acompañando al oficialismo) o “un poco mal” (donde solo el 24% lo hacía, mientras que el 37% se inclinaba por las fuerzas de derecha).

[24] Así, el voto a UP, entre quienes evaluaban que las políticas frente a la

pandemia habían estado bien, crecía un 60% (de un 29% entre quienes no gustaban de los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner a un 89% entre quienes sí lo hacían) y aumentaba un 35% entre los que consideraban que habían estado mal (del 3% entre los críticos y el 38% los no críticos de Fernández de Kirchner). En promedio, el aumento era del 48%. En cambio, esa misma intención de voto crecía en promedio un 53%, si restamos el efecto de las consideraciones sobre los gobiernos de Fernández de Kirchner: aumentaba un 85% entre quienes gustaban de las políticas de Fernández de Kirchner (del 4% entre los críticos de la gestión al 89% entre quienes la elogiaban) y un 26% entre quienes no gustaban de sus políticas (del 3% entre quienes criticaban la gestión de la pandemia a un 29% entre quienes pensaban que se la había gestionado bien).

[25] De esta forma, podemos usar algunas preguntas de las encuestas realizadas en torno a las PASO para observar las tendencias que luego se concretaron parcialmente en el balotaje, pues muchas de las preguntas no se repitieron en las encuestas de octubre y noviembre.

[26] Entre quienes respondieron que estaban de acuerdo con la mayoría de lo que hacen las feministas, un 76% votaba a los candidatos de UP y un 24% a los de la derecha, y entre quienes dijeron que solo estaban de acuerdo con algunas de las cosas que hacen las feministas, estos porcentajes fueron del 38% y el 62%, respectivamente.

[27] Como en la pregunta anterior, a medida que subían los niveles de rechazo, se incrementaba el voto por Bullrich o Milei: un 6% entre quienes les encantaba el lenguaje "inclusivo", un 15% entre quienes dijeron que les gustaba, un 38% entre quienes les daba igual, un 80% entre aquellos a los que les molestaba y un 92% entre quienes sentían bronca.

[28] En los gráficos de caja, los casos extremos marcados en forma individual son aquellos que se encuentran a 1,5 distancia intercuartil (la que encierra la caja) por encima del tercer cuartil (límite superior de la caja).

[29] Como comentamos, los votantes de Rodríguez Larreta no tenían posiciones tan nítidas (61 puntos), lo mismo que los de Schiaretti (51 puntos), ambos grupos con distribución amplia, pero sin solapamiento; mientras que los del FIT sí eran muy poco neoliberales (23 puntos).

[30] Quienes declaraban estar muy informados se dividían por partes iguales entre las dos opciones; dos tercios de quienes dijeron estar bastante informados votaban a Bullrich o Milei, al igual que alrededor del 80% de quienes habían escuchado algo y el 86% de quienes no se habían enterado de nada.

[31] Ezequiel Adamovsky, "El color de la nación argentina. Conflictos y negociaciones por la definición de un ethnos nacional, de la crisis al Bicentenario", en Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas, núm. 49, 2012.

[32] El voto a ambos candidatos de derecha se incrementaba entre quienes no se sentían incluidos, pero el aumento era mayor entre los de Bullrich (un incremento del 43% en relación con quienes sí se sentían incluidos) que entre los de Milei (el 22% de aumento).

[33] Como la relación que analizamos entre las escalas de autoritarismo y neoliberalismo, en el capítulo V.

[34] El método se denomina "regresión logística", y permite incluir varias cuestiones incidiendo a la vez, de forma multivariada.

[35] De las variables consideradas, tomadas individualmente, la escala de neoliberalismo permitía estimar mejor el voto (el 74%), seguida por la imagen de la sociedad (el 53%), la escala de conservadurismo (el 44%), la preferencia de ser gobernados por alguien nuevo (el 41%). En cambio, no tenían mucho impacto la edad (el 10%), estar muy informados (el 10%), haber sufrido un robo hacía poco tiempo (el 12%) o no sentirse incluidos en la interpelación "negro" (el 5 por ciento).

[36] Si en todos los casos (más conservadores o más progresistas) quienes son muy neoliberales igual votaran por la derecha, podríamos inferir que no es el nivel de conservadurismo sino el de neoliberalismo el que vuelca sus preferencias electorales. En realidad, el análisis estadístico hace estos cálculos para todos los niveles de neoliberalismo y de conservadurismo al mismo tiempo. De esta forma, estima cuál es el impacto de una de las escalas sobre el voto "restando" el efecto de la otra. Por ejemplo, cuando realizamos estos cálculos encontramos, en primer lugar, que la escala de neoliberalismo incide casi cuatro veces más que la del conservadurismo. Podemos interpretar que la gente se inclinaba por los candidatos de derecha guiada

mucho más por su neoliberalismo que por su conservadurismo. O, mirando los otros extremos de ambas escalas, que su adhesión a las ideas nacionalpopulares la movía a votar a los candidatos de UP y no tanto su posición progresista, aunque algo incidía.

[37] Esto significa que, si bien en forma aislada era una variable que no incidía mucho en el voto, cuando se "restaba" el efecto de otras variables, su peso aumentaba. Podría ser, por ejemplo, que entre sujetos con similares niveles de neoliberalismo, de conservadurismo y de otras variables, el no sentirse interpelados por el término "negro" incrementase notoriamente el voto a la derecha.

[38] Esta variable analizada en forma individual tenía poco peso, pero al considerarla en forma conjunta con las demás variables, no redujo su fuerza y por eso obtuvo una importancia destacable, aunque pequeña.

[39] Mientras el 31% de los varones se inclinaban por los candidatos de UP, lo hacían el 42% de las mujeres, pero si se incluía la incidencia del resto de las variables, el género reducía su capacidad explicativa.

[40] No incluimos en este análisis el impacto de las consideraciones sobre las invasiones inglesas, ya que predominaban las posiciones en favor de haber repelido a los británicos. En el capítulo sexto ya vimos las diferencias que presentaban al respecto los simpatizantes de las diversas fuerzas políticas.

[41] También aquí hemos empleado un modelo de regresión logística, con el voto a Milei-Bullrich versus Massa-Grabois como variable a explicar por parte de las tres preguntas sobre las valoraciones de los distintos gobiernos.

VIII. La fuerte transformación del escenario electoral entre las primarias y las elecciones generales

EL RESULTADO de las Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO) tuvo un importante y casi inmediato impacto sobre las intenciones de voto. Se reorganizó el escenario de expectativas hacia las elecciones generales, colocando a Javier Milei como claro favorito, lo cual tuvo tres efectos. En primer lugar, sumó adhesiones a su candidatura de quienes ahora lo veían como el aspirante que podía derrotar al oficialismo (recordemos que las encuestas previas a las primarias y las operaciones de prensa contra su figura lo habían presentado como sin chances para ocupar esa posición). Pero que entonces fuera el candidato con más chances para derrotar a Sergio Massa no fue solo un proceso "espontáneo", generado por la evaluación personal de cada ciudadano con posiciones opositoras. Estas apreciaciones también fueron estimuladas por comunicadores y dirigentes. Destacados e influyentes periodistas que, antes de las primarias, habían sido muy críticos de Milei, por ejemplo, poniendo en duda su estabilidad emocional, comenzaron a elogiar a sus colaboradores, en particular a Guillermo Francos y su capacidad para articular alianzas y construir futuros consensos si llegara a la presidencia el líder libertario. Es cierto que Francos, anunciado por el libertario como su futuro ministro del Interior, había sido presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires durante la primera gestión de Daniel Scioli y, en ese momento, se desempeñaba como representante del gobierno de Alberto Fernández en el Banco Interamericano de Desarrollo (cargo al que renunció recién luego de las PASO). Buena parte de los periodistas de los medios concentrados se fueron alineando con un discurso que marcaba la posible moderación de Milei, vinculada con las figuras más racionales que se sumaban a su entorno. La mayoría de los grandes empresarios continuó apoyando la candidatura de Juntos por el Cambio, entonces relativamente unificada detrás de la figura de Patricia Bullrich. Sin embargo, varios tendieron puentes con Milei y, por ejemplo, cuando el libertario rechazó participar del cónclave anual empresarial más importante, el Coloquio de IDEA en Mar del Plata, y organizó un encuentro paralelo en la misma ciudad y a la misma hora que hablaba la candidata de Juntos por el Cambio, un grupo de los empresarios se trasladó para escucharlo. Incluso Mauricio Macri abrió directamente la posibilidad de una

confluencia entre Juntos por el Cambio y los libertarios, lo cual dejó muy complicado el escenario para Bullrich.

En segundo lugar, como el potencial triunfo de Milei era temido por un amplio abanico de sectores, en especial aquellos con ideas progresistas y/o nacional-populares, se comenzaron a activar, rápidamente, una diversidad de grupos militantes y de ciudadanos sin participación partidaria pero con enormes preocupaciones por el mantenimiento de las libertades democráticas, que orientaron sus esfuerzos, con independencia de sus convicciones particulares, en favor de Massa, el único candidato con posibilidades de derrotarlo. A su vez, Massa desplegó una intensa actividad proselitista en esos meses, a la que sumó la implementación de una serie de medidas en favor de los sectores populares y también de la clase media y las pequeñas empresas, para incrementar sus chances electorales.

Por último, Milei, a pesar de su posición de “favorito” o aun por esta misma situación, se encontró con la dificultad de ya no poder presentarse como un mero outsider de la política, capaz de decir cualquier barbaridad para entusiasmar a los sectores más radicalizados, sino que tuvo que moderar su discurso para mostrarse como presidenciable. Sin embargo, fue notable la dificultad personal del libertario para controlar su impulsiva forma de hablar y para evitar los planteos extremos. Su actuación durante el debate presidencial previo a las elecciones generales lo exhibió en un gran esfuerzo por autocontrolarse, leyendo buena parte de sus intervenciones que, si bien fueron en algunas cuestiones muy conservadoras, lograron no caer en exabruptos.

A continuación, analizamos estas tres cuestiones y su impacto en el resultado electoral del 22 de octubre.

LA ENCERRONA DE BULLRICH

La derrota de Rodríguez Larreta, luego de una interna muy dura con Bullrich, dejó a muchos dirigentes que lo habían acompañado sin un gran entusiasmo por sumarse a la campaña de la candidata de Juntos por el Cambio. Se abrió así el interrogante sobre qué haría, en la elección de octubre, la porción de la ciudadanía que prefería a un candidato más moderado dentro de la fuerza neoliberal.

Nuestra encuesta de fines de agosto mostró el nivel de impacto de estas reconfiguraciones del escenario electoral sobre las intenciones de voto. Se concretaba ese impulso inicial en favor de Milei, que incrementó casi seis puntos su intención de voto en relación con el resultado de las PASO. Sus nuevos votantes provenían, por un lado, de quienes se habían inclinado por Bullrich (alrededor de un quinto de ellos), pero que ahora encontraban en el libertario un candidato con más chances de materializar sus ideas fuertemente neoliberales y conservadoras. Y, por otro lado, de los votantes de Rodríguez Larreta (una décima parte de ellos), que parecían preferir a Milei en vez de a la candidata de Juntos por el Cambio.

En este sentido, a fines de agosto ya se observaba una gran dificultad de Bullrich para concitar la adhesión de quienes habían optado por Rodríguez Larreta: solo capturaba la intención de voto de dos tercios de ellos. Como resultado de esta dificultad y de la migración de una porción de sus votantes hacia Milei, Bullrich apenas lograba incrementar los votos que había obtenido en las PASO. Este problema no era una cuestión coyuntural, sino que presentaba un dilema estructural para la candidata de Juntos por el Cambio, atrapada entre dos caminos incompatibles. Por un lado, necesitaba atraer a los votantes que preferían el estilo moderado de Rodríguez Larreta, quien los había interpelado a partir de un análisis de que el gobierno macrista había fracasado por su falta de diálogo y de una propuesta de construir consensos con “todos los sectores” (menos con el kirchnerismo). Por lo tanto, para fidelizar sus intenciones de voto dentro de la coalición, Bullrich tenía que suavizar su discurso, que hasta entonces se centraba en el “si no es todo, es nada”. El problema es que, por el otro lado, si moderaba su tono y sus propuestas, corría el riesgo de que una

porción mayor de sus votantes continuara fluyendo hacia Milei. Casi todo el electorado de Bullrich tenía un perfil neoliberal y conservador extremo, como vimos en el capítulo anterior.

En los meses que mediaron entre las primarias y las generales, el libertario fue cada vez más agresivo contra la dirigente de Juntos por el Cambio y llegó a calificarla como "integrante de una organización terrorista […] que ha puesto bombas en jardines de infantes" y "montonera" (en referencia a su pasado militante peronista en los años setenta). Ante esto, Bullrich lo denunció penalmente por "calumnias e injurias" y por "intimidación pública e incitación al odio".

No ayudaba a Bullrich el permanente coqueteo que Macri ejercía con la candidatura de Milei. Por dar solo un ejemplo, una semana después de las primarias manifestó que "Javier Milei es parte del cambio que se viene en la Argentina". Estas intervenciones confundían al electorado propio de Bullrich, mientras que la candidata buscaba, sin éxito, transmitir temor ante lo que podría ser un eventual gobierno de Milei.

Por ello, al menos un tercio de quienes votaron a Bullrich en las PASO pensaban que Milei podía tener éxito como presidente, sobre todo porque suponían que contaría con el apoyo de Macri y de la propia Bullrich. A fines de agosto, pasadas las elecciones primarias y con Milei instalado como un muy posible vencedor en las generales (incluso él mismo planteaba que podía ganar en la primera vuelta), preguntamos a los encuestados cómo se imaginaban que podría llegar a ser un gobierno de Milei y presentamos cinco posibles escenarios para que optaran por el más probable. Como se presumía, los votantes del libertario tenían mucha fe en su capacidad para concretar su propuesta. Casi la mitad escogió "logrará concretar todas sus ideas porque va a tener mucho apoyo de la población"; algo más de un tercio eligió "logrará imponer bastantes de sus ideas, porque va a negociar con Bullrich y Macri y los empresarios" y un 8% optó por "logrará imponer todas sus ideas de forma autoritaria" (solo un 11% escogió "no podrá concretar la mayoría de sus propuestas"). Lo que resultaba sorprendente era que entre quienes habían votado a Bullrich, un 23% pensaba que Milei lograría "imponer bastantes de sus ideas, porque va a negociar con Bullrich y Macri y los empresarios", y un 9% que podría hacerlo por el gran apoyo de la población.[1]

Durante los dos meses siguientes de campaña, Bullrich no consiguió modificar el

rechazo que sentían hacia su figura buena parte de quienes habían apoyado a Rodríguez Larreta, a pesar de que sumó las adhesiones de casi todos los dirigentes que lo habían acompañado, incluso la de su propio excontrincante. Es cierto que estos apoyos fueron poco entusiastas y, en algunos casos, tardíos, como la invitación de Bullrich para sumar a Rodríguez Larreta como su potencial jefe de Gabinete, realizada recién a ocho días de la celebración de las generales. Finalmente, en las elecciones del 22 de octubre, solo seis de cada diez votantes de Rodríguez Larreta votaron a Bullrich. El resto se repartió entre Schiaretti (un 15%), Milei (un 12%) y Massa (un 9 por ciento).

De modo que Bullrich apenas logró avanzar del 17%, que había logrado individualmente en las elecciones primarias, al 23% en las elecciones generales como la única candidata de su fuerza. Es decir que Juntos por el Cambio redujo su porcentaje total en un 5% (del 28% al 23 por ciento).

LA REMONTADA DE MASSA

Si en las elecciones generales Bullrich ni siquiera retuvo los votos que había sacado Juntos por el Cambio en las primarias, Massa no solo mantuvo todos los votos de Unión por la Patria (UP), sino que sacó un 10% más. El 22 de octubre obtuvo el 37% y quedó a solo tres puntos de ganar en primera vuelta, pues el sistema electoral argentino requiere obtener más del 45% o más del 40% y diez puntos de ventaja sobre el segundo para ganar la presidencia en la elección general (Milei no alcanzó el 30%). De hecho, Massa avanzó un 15% en las preferencias del electorado en comparación con el 21% que había cosechado de forma individual en las PASO.

Dos grandes factores explican esta espectacular remontada: la activación de diversas militancias y las medidas económicas que tomó Massa en los meses que mediaron entre ambas elecciones. Si su figura generaba serias dudas sobre sus convicciones personales, ya que muchos recordaban sus orígenes liberales, sus vínculos con la embajada estadounidense, su oposición a Cristina Fernández de Kirchner e, incluso, su acercamiento a Macri en su primer año de gobierno, el temor a un eventual triunfo de Milei dejó todas estas suspicacias de lado y generó un enorme impulso militante detrás del candidato de UP.

Ya en la encuesta de fines de agosto, se observó que casi todos los votantes de Grabois acompañaban a Massa y que, además, sumaba alrededor de un tercio de los votantes del FIT en las primarias y también de otros sectores. Adicionalmente, lograba movilizar a electores que no habían participado en las PASO, pero que entonces manifestaban que sí lo harían en las elecciones de octubre. En consecuencia, menos de un mes después de las primarias, Massa se ubicaba dos puntos por encima de la sumatoria de votos de UP en las internas.

Un indicador del temor que movilizaba estos apoyos fue que, en esa misma encuesta de agosto, el 46% de quienes manifestaban que votarían en octubre por UP sentían “miedo” y un 34% “preocupación” frente a un eventual triunfo de Milei, a quienes se agregó un 10% que sentía “incertidumbre”. Solo un 5% sentía “indiferencia”. En la encuesta de octubre, el 74% de quienes había votado a Massa en las elecciones generales pensaba que el libertario estaba loco y era un

verdadero peligro para el país, y un 14% que estaba un poco loco y tal vez fuera un peligro. Estos altísimos niveles de preocupación se transformaron en una actitud militante que impulsó declaraciones, volanteadas, intervenciones en las redes sociales, pero sobre todo generaron debates en las diversas instancias de la sociabilidad cotidiana. En los meses que transcurrieron entre las primarias y las elecciones generales resurgió la discusión política en distintos lugares, como los espacios familiares, laborales y de estudio, que antes de las PASO estaban sumidos en una apatía poco frecuente en la historia argentina. En la medida en que cada vez más gente reflexionó acerca de cuál candidato se acercaba en mayor grado a sus preferencias personales, se incrementaron las chances electorales de Massa. Por el contrario, las candidaturas de Milei y de Bullrich precisaban combinar el apoyo de sectores que adherían por completo a sus planteos fuertemente neoliberales y extremadamente conservadores con el voto de otros sectores con posiciones menos drásticas, quienes, en líneas generales, se parecían más en sus formas discursivas y en sus ideas a la figura de Massa. Una personalidad que se mostraba afable frente a los gritos proferidos por Milei y la extrema dureza que transmitía Patricia Bullrich; si bien desde la oposición política y mediática esta actitud de Massa era descripta como propia de su extraordinaria capacidad de adaptación, que lo había llevado a mutar constantemente de posiciones políticas. En ese contexto, era usual que se volvieran a exhibir sus intervenciones críticas con el kirchnerismo durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

Asimismo, se activaron las estructuras partidarias del peronismo. En las provincias donde se había desdoblado el voto y había triunfado el peronismo, los gobernadores e intendentes comprendieron que debían movilizar más a sus bases electorales o tendrían un gobierno nacional muy adverso a las gestiones que habían obtenido o revalidado recientemente.

Por último, el propio candidato, aprovechando su papel como ministro de Economía, lanzó una serie de medidas en favor de los sectores populares y de las clases media y media-alta que no había tomado el gobierno de Fernández en toda su gestión. Desde que había sido proclamado como precandidato, Massa trató de escapar del control del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de tener algún margen de maniobra para concretar este tipo de políticas. Había logrado pagar, a comienzos de agosto, los vencimientos con este organismo a través de un enroque de préstamos internacionales que obtuvo de la Corporación Andina de Fomento, China y Qatar, situación que obligaba al FMI a aprobar el desembolso que permitía, a su vez, cancelar los vencimientos argentinos con dicho

organismo. Sin embargo, el directorio del FMI prolongó la firma del acuerdo trimestral hasta después de las elecciones primarias, lo cual obligó a Massa a aguardar hasta fines de agosto para implementar las medidas que no hubieran gozado de la aprobación del FMI por su notorio carácter contrario a la austeridad requerida por el organismo.

El acuerdo, concretado recién a fin de agosto, forzó al gobierno a realizar una devaluación del peso del 22% en relación con el dólar, lo cual dio un nuevo empuje a la inflación. Pero Massa acompañó esta disposición con una serie de medidas favorables a la gran mayoría de la población argentina, como la devolución del impuesto al valor agregado (IVA) en la compra de alimentos para los sectores de ingresos bajos y medios; préstamos a tasas reducidas para jubilados, monotributistas o empleados; un refuerzo monetario para los trabajadores informales; un bono extraordinario para trabajadores, jubilados y pensionados; el refuerzo en los montos de la tarjeta Alimentar (implementada desde 2020 para la compra de alimentos por parte de los sectores más necesitados) y del plan Potenciar Trabajo (programa de inclusión sociolaboral); beneficios impositivos para las pequeñas y medianas empresas y, sobre todo, la elevación del piso del impuesto a las ganancias (quedaba en ingresos equivalentes a quince salarios mínimos). Massa acompañó estas medidas con un discurso que las presentaba como un adelanto de lo que sería su potencial gobierno y explicaba su viabilidad en el marco del despegue de la economía que proyectaba para 2024, brindando elementos objetivos que le daban cierta credibilidad, en especial, a partir de las posibilidades de incrementar las exportaciones de bienes primarios.

Es indudable que estas políticas mejoraron las chances de Massa en las elecciones de octubre por dos vías. En primer lugar, contribuyeron a fidelizar el voto a UP. Prácticamente todos los que repitieron su voto de las PASO en favor del oficialismo manifestaron que las medidas les habían mejorado sus ingresos.[2] Además, el 56% de estos votantes “fieles” al oficialismo respondieron que estas políticas eran un adelanto del tipo de medidas que implementaría Massa si ganara.[3]

En segundo lugar, las medidas lograron que nuevos votantes se inclinaran por el candidato oficialista. En este sentido, muchos que no habían votado a UP en las PASO, pero percibieron que las medidas los favorecían, se inclinaron por Massa de cara a las elecciones de octubre. Por ejemplo, un 42% de quienes sintieron que las medidas los “habían beneficiado mucho” pasaron a votarlo (mientras que

el 58% restante mantuvo su apoyo a otros candidatos). También un tercio de los que percibieron que las medidas “los beneficiaron bastante” cambiaron su voto hacia Massa, y un quinto de quienes respondieron que los había favorecido “solo un poco”. Al ver los mismos datos de otra manera, observamos que tres de cada cuatro ciudadanos que reorientaron su voto a UP relataron que las medidas habían mejorado sus ingresos.

De quienes no habían votado a UP en las primarias hubo tres nuevos tipos de votantes de Massa: 1) gente que no había ido a votar o que lo había hecho en blanco o nulo; 2) electores que se habían quedado sin candidato pues la fuerza política que escogieron en las PASO no había superado el umbral requerido del 1,5% para poder participar en las elecciones generales, y 3) personas que cambiaron la orientación de su voto, es decir que lo modificaron en relación con las PASO, a pesar de que su fuerza política sí podía ser votada en octubre, el cual fue el elemento más notable de esta remontada de Massa.[4]

1) Casi un tercio de los “nuevos” votantes de UP provenía de ciudadanos que no habían ido a votar en las primarias (un 25%) o que, en todo caso, lo habían hecho en blanco o nulo (un 6%). La movilización de la militancia kirchnerista y/o progresista fue exitosa. Alrededor de cuatro de cada diez personas que recién votaron en las generales (pues no habían participado en las primarias) lo hicieron por Massa. Aquí podemos considerar el impacto de tres factores.

En primer lugar, habría incidido el efecto de la movilización del peronismo: el 72% de estos votantes, que en las primarias no habían participado o habían votado en blanco y ahora lo hacían por Massa, eran personas que se sentían más cerca del peronismo o del Frente Renovador que de otros partidos (y un 12% de peronismos opositores). En segundo lugar, las medidas implementadas por Massa seguramente incidieron: el 71% de quienes ahora sí habían ido a votar y lo hicieron por Massa declaró que las medidas lo habían beneficiado, al menos, un poco.[5] Y, en tercer lugar, la apelación ideológica habría movilizado a estos votantes: quienes no habían votado en las PASO o lo habían hecho en blanco o nulo y en las generales votaron por Massa eran personas con ideas claramente nacional-populares o de izquierda, tenían un valor promedio en la escala de neoliberalismo de solo 13 puntos.

2) Algo más de una décima parte de quienes se sumaron a Massa en las generales eran personas que ya no contaban con la opción de votar a la fuerza por la que se habían inclinado en las primarias: un 6% de estos “nuevos”

votantes provenían de quienes se habían inclinado por Guillermo Moreno en las elecciones primarias (seis de cada diez de sus votantes trasladaron su voto a Massa, a pesar de que Moreno anunció que votaría en blanco para presidente) y el 5% restante de una miríada de candidatos de fuerzas menores (en su conjunto apenas habían sumado el 2,25% del total de los votos en las primarias). El traspasamiento de estos votos era bastante previsible, pues estos votantes que optaron por Massa sintonizaban ideológicamente con UP: su valor medio en la escala de neoliberalismo era de solo 15 puntos y de 41 puntos en la de conservadurismo (por el contrario, quienes se quedaron sin candidatos y se inclinaron por Milei, Bullrich o Schiaretti presentaban un nivel de neoliberalismo de 39 puntos de promedio y de 52 puntos en conservadurismo). No habría pesado tanto la identificación partidaria de quienes ya no tenían candidato y entonces votaban a Massa.[6] Las medidas dispuestas por Massa habrían tenido una influencia moderada en atraer estos votantes: solo el 28% sintió que lo habían beneficiado mucho o bastante y un 35%, un poco.

3) Se destaca la capacidad de Massa para captar la voluntad de votantes que se habían inclinado por partidos que pasaron el umbral de las PASO. Casi seis de cada diez de los "nuevos" votantes provenían de gente que modificó en este sentido sus preferencias electorales. Así, un 20% había votado en las primarias a los precandidatos de Juntos por el Cambio (un 16% a Rodríguez Larreta y un 4% a Bullrich), un 10% a Milei, un 21% al FIT (un 19% a Bregman y un 2% a Solano) y un 9% a Schiaretti. Varios factores pueden explicar estos cambios en las preferencias del electorado y su reorientación en favor del candidato oficialista.

De los votantes del FIT en las PASO que en las generales votaron a Massa, el 58% se sentían cerca de partidos que integraban UP. Vemos así que la mayor proporción de quienes habían migrado desde el FIT a Massa provenía de peronistas o simpatizantes de la izquierda nacional-popular que en las elecciones primarias habían querido apoyar a los candidatos de la izquierda trotskista, pero que en las elecciones generales prefirieron tratar de que ganara el candidato con más chances de derrotar a la derecha. Lo notorio es que casi un tercio de quienes se sentían cerca del FIT también tuvieron esta conducta. Además de estas consideraciones tácticas, muy probablemente también habrían incidido las medidas tomadas por Massa en esos meses, ya que dos tercios de estos "migrantes" del FIT sentían que les habían mejorado, al menos un poco, sus ingresos.

Por último, entre las personas que se habían inclinado por los candidatos de derecha en las PASO y en las generales lo hicieron por Massa, también vemos que, alrededor de la mitad, se sentían cercanas al peronismo. Asimismo, unos dos tercios reconocían que las medidas habían mejorado, al menos un poco, sus ingresos; aunque entre quienes habían "migrado" desde el voto a Milei en las primarias estas evaluaciones eran menos frecuentes.[7]

Un elemento que permite explicar, en buena medida, esta reorientación en el voto desde los partidos de derecha a favor de Massa es la posición ideológica de estos votantes, en particular su bajo nivel de adhesión a las ideas neoliberales: el valor promedio entre los "migrantes" desde Juntos por el Cambio era de 14 puntos en esa escala (mientras que quienes mantuvieron su voto a la candidata de esta alianza presentaban un valor medio de 65 puntos), y en el caso de quienes se habían inclinado por Milei era de 24 puntos (mientras que el promedio de quienes lo siguieron acompañando era de 73). Podemos interpretar que quienes habían votado por los candidatos de la derecha en las PASO para manifestar su desacuerdo o su bronca contra el gobierno y no por motivos ideológicos, para las elecciones generales habían repensado su voto y optado por Massa.[8]

Tenemos así un conjunto de factores que explicarían el cambio de voto desde los candidatos opositores hacia Sergio Massa. Como en otras cuestiones, realizamos cálculos estadísticos para mensurar cuál de estos factores incidió más al considerarlos en su interacción en conjunto. En primer lugar, las cinco variables que estudiamos explicaron el 56% de estas "migraciones" o, por el contrario, la continuidad del voto a los candidatos opositores. Si bien puede parecer un nivel explicativo regular, constituye un valor significativo teniendo en cuenta que tratamos de dar cuenta de cambios en la forma de votar que afectaron a solo una porción menor de los votantes; ya que la mayoría se mantuvo "fiel" a la orientación manifestada en las elecciones primarias.

Y, en segundo lugar, encontramos que cada una de las variables incidía del siguiente modo en inclinar el voto en favor de Massa: menor nivel de neoliberalismo o mayor nivel de adhesión a ideas nacional-populares (el 42%); cercanía con los partidos de UP (el 18%); rechazo a la idea de acabar con el kirchnerismo (el 18%); impacto de las medidas de Massa (el 16%) y sentimiento de peligro ante la inestabilidad personal de Milei (el 7 por ciento).[9]

También contamos con los motivos que dieron estos "nuevos" votantes por haber

escogido a Massa: un 36% dijo que era porque les daba mucho miedo que ganara Milei o para impedir su triunfo o el de Bullrich; un 18% porque le parecía el candidato menos malo y solo un 47% por motivos positivos (les parecía la persona más preparada, acordaba con sus ideas o por la esperanza de que con él el país saliese adelante). En cambio, entre quienes ya habían votado a UP en las PASO este porcentaje de motivaciones positivas ascendía al 79%, frente a un 15% por miedo al triunfo de Milei o Bullrich y un 6% por ser el menos malo.

Para finalizar la comprensión de estos "nuevos" votantes, vemos algunas otras de sus características distintivas. Mientras que los votantes a Massa que venían de las PASO eran adultos y adultos mayores, quienes se sumaron en las elecciones generales incluían una importante dosis de jóvenes; tal vez producto de un mayor debate en las escuelas, universidades, lugares de trabajo o las propias familias.[10] No hubo diferencias en el género de los nuevos votantes en comparación con los que ya habían votado a UP en las elecciones primarias: el perfil siguió siendo más femenino (el 58% eran mujeres en ambos grupos). Correlativamente al incremento del voto joven, entre los nuevos votantes también hubo muchos más estudiantes (el 10%) que en las elecciones primarias (cuando solo hubo un 3 por ciento).

La movilización política también logró un claro impacto atrayendo a trabajadores del sector informal, quienes habían sido muy reacios a sumarse en las primarias. Así, solo el 23% de los votantes que venían de las PASO eran trabajadores que no tenían ningún tipo de aportes previsionales (ni del empleador ni propios), representaban el 40% de los nuevos votantes de UP en las elecciones generales.[11] En el mismo sentido, el porcentaje de trabajadores autónomos se incrementó del 11% entre los "viejos" votantes al 17% entre los "nuevos", y los profesionales independientes del 7% al 10 por ciento.

Sin embargo, toda esta remontada no le alcanzó a Massa para ganar la presidencia en primera vuelta. Esta era, a todas luces, la posibilidad más clara que tenía UP para triunfar en un contexto en el que las dos fuerzas neoliberales juntas superaban holgadamente la mitad de los apoyos ciudadanos. Si este fue el diagnóstico más obvio a comienzos de año, los desastrosos resultados de las PASO hicieron olvidar este objetivo del triunfo en primera vuelta y generaron una fuerte corriente de entusiasmo en el oficialismo por los resultados de octubre. Es probable que los tres puntos porcentuales que le faltaron a UP se debieran, entre otros factores, al impacto negativo que tuvo la difusión de las fotos y los videos en que se veía al jefe de Gabinete de la provincia de Buenos

Aires, Martín Insaurralde, en un yate de lujo por el Mediterráneo en compañía de una famosa modelo. Las denuncias de la oposición sobre la corrupción kirchnerista no podían obtener una representación más elocuente.

EL “TECHO” DE MILEI

Si el incremento en la proporción de votantes de Massa fue sorprendente para la opinión pública, también causó un gran asombro que Milei, quien parecía el claro favorito después de las primarias, se estancara en el porcentaje de votos obtenido en esa instancia: un 29,86% en las PASO y un 29,99% en las elecciones generales del 22 de octubre. Una apreciación apresurada podría hacernos inferir que las mismas personas lo votaron. Pero no fue así por tres motivos. En primer lugar, hubo una mayor afluencia de votantes, pasando del 70% en las primarias al 77% en las generales. Ahora bien, de estos nuevos participantes en la votación, solo un 23% se inclinó por Milei. Es decir que tuvo más dificultades que los otros candidatos para captar las voluntades de estos nuevos votantes.

En segundo lugar, contrarrestando esa tendencia, el libertario sumó votantes provenientes de otros candidatos, sobre todo de quienes ya no participaban en la elección de octubre. Un 12% de quienes habían votado por Rodríguez Larreta se volcaron a votar a Milei y un 9% de quienes votaron por candidatos menores que no pasaron el umbral del 1,5% en las primarias. Pero, sorprendentemente, también sumó al 8% de quienes habían escogido a Bullrich en las PASO y al 10% de quienes votaron por Schiaretti.

Como podemos observar, no hubo enormes traspasamientos de votos entre candidatos, pero las elecciones se ganan por estos pequeños movimientos en la conducta del electorado. Del total de los votos a Milei en las elecciones generales, un 12% provenía de personas que votaron por otro candidato en las PASO, un 1% de quienes votaron en blanco o nulo, un 3% de gente que no había ido a votar y el restante 84% eran quienes también lo votaron en las primarias.

Ahora bien, si sumó votantes de estos perfiles, se mantuvo en el mismo porcentaje sobre el total de votos porque también tuvo una “fuga” de votantes. Alrededor de un 8% de quienes lo votaron en las PASO no repitieron su voto en octubre. Estas personas prefirieron votar a Bullrich (un 3%), Massa (un 2%) o Schiaretti (un 2 por ciento).

Muy probablemente el “abandono” de esta parte de los votantes a Milei fue el

resultado del incremento de la discusión política, que llevó a quienes lo habían votado para manifestar su bronca contra el gobierno, pero no acordaban con sus propuestas extremas o sus formas exaltadas (sobre todo para alguien que podía ocupar realmente la presidencia), a que buscaran otros candidatos más afines a sus propias ideas. El debate en las aulas pareció incidir sobre una porción de votantes a Milei que decidió no seguir acompañándolo. El 22% de quienes reorientaron su voto por otros candidatos eran estudiantes, mientras que solo lo era el 10% entre quienes mantuvieron su voto. Lo mismo pudo acontecer en las fábricas, ya que entre quienes dejaron de votar a Milei los obreros eran el 37%, mientras que constituían solo el 10% de quienes continuaron acompañándolo. Por el contrario, se incrementó el peso de empleados y trabajadores autónomos. No hubo grandes diferencias en cuanto a la informalidad laboral.

Pero para observar si el impacto del incremento en el debate político fue la causal de esta "fuga" de votos desde Milei hacia otros candidatos, debemos analizar qué pensaron quienes ya no lo votaban y compararlo con lo que opinaban quienes permanecieron "fieles" en su voto libertario.

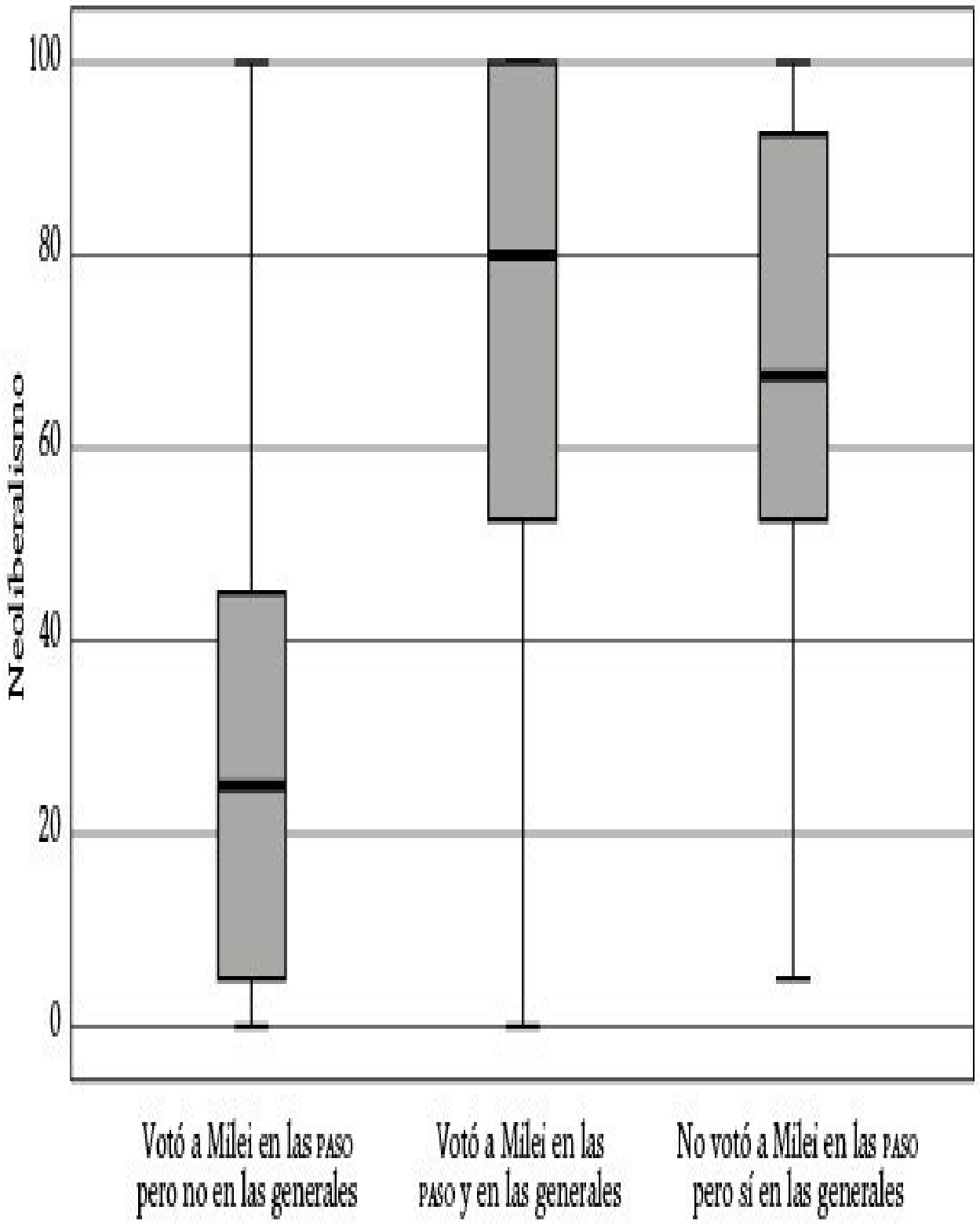
En primer lugar, podemos ver el perfil ideológico en las nuevas escalas de neoliberalismo y de conservadurismo (construidas a partir de otras preguntas que las realizadas en julio y que detallamos en los capítulos tercero y cuarto). Quienes votaron por Milei en las primarias pero optaron por otro candidato en las generales eran poco neoliberales (27 puntos de promedio) y medianamente conservadores (51 puntos). En cambio, mantuvieron su voto personas que eran las más neoliberales (con un valor medio de 74 puntos) y las más conservadoras (70 puntos). De similar perfil eran los "nuevos" votantes a Milei: neoliberales (67 puntos de promedio) y conservadores (67 puntos). Los gráficos VIII.1 y VIII.2 muestran que las diferencias no eran solo en los valores medios, sino que los casos típicos eran completamente diferentes, en especial en cuanto a los valores en la escala de neoliberalismo. De allí se puede inferir que lo abandonaron (entre las PASO y las generales) muchos de quienes lo votaron por motivos no ideológicos, sino, por ejemplo, solo para manifestar su bronca contra el gobierno.[12]

En particular, la aguda cuestión de la crítica frontal de Milei al concepto de "justicia social" sobre la que preguntamos (y que incluimos en la escala de neoliberalismo) revela que prácticamente todos los que dejaron de votarlo no eligieron la opción "es una idea que hay que eliminar porque castiga al que le va bien y, además, implica regalarles cosas a otros". En cambio, dos tercios de

quienes continuaron votando a Milei acordaban con esta opción extrema. Además, lo que muestra el impacto de la discursividad libertaria en la base electoral de Juntos por el Cambio es que la mitad de quienes votaron a Bullrich el 22 de octubre también compartían esta respuesta.[13]

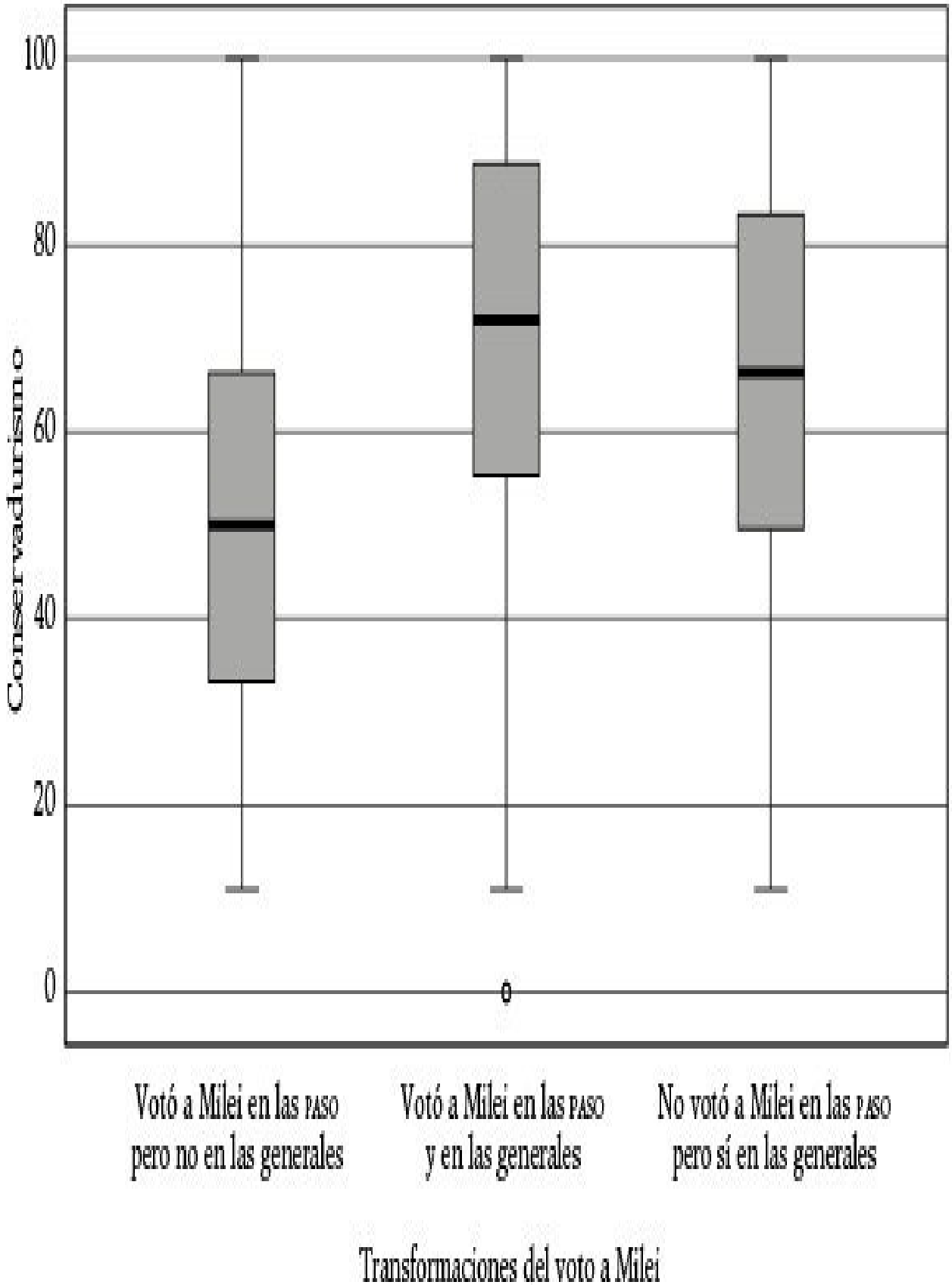
En segundo lugar, vemos las diferencias en las formas de pensar entre quienes sostuvieron su voto a Milei y quienes buscaron otros candidatos en una serie de preguntas distintas a las de las escalas de neoliberalismo y conservadurismo. Así, descubrimos que las discrepancias se verificaron en las apreciaciones acerca del kirchnerismo. Quienes ya no lo votaban no acordaban masivamente con que había que acabar con el kirchnerismo (solo el 45% estaba muy o algo de acuerdo con esta idea), frente al 96% de sus votantes fieles que sí pensaba de este modo. Otra diferencia remitía más a los temores que el propio Milei generaba: algo más de dos tercios de quienes dejaron de votarlo pensaban que estaba loco o un poco loco y que era un peligro si se convertía en presidente.

GRÁFICO VIII.1. Distribución en la escala de neoliberalismo de los votantes de Milei en las primarias que ya no lo votaban, de quienes seguían votándolo en las generales y de los nuevos votantes


100
80
60
40
20
0
Neoliberalismo
Votó a Milei en las PASO pero no en las generales
Votó a Milei en las PASO y en las generales
No votó a Milei en las PASO pero sí en las generales
Transformaciones del voto a Milei

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

GRÁFICO VIII.2. Distribución en la escala de conservadurismo de los votantes de Milei en las primarias que ya no lo votaban, de quienes seguían votándolo en las generales y de los nuevos votantes


100
80
60
40
20
0
Conservadurismo
Votó a Milei en las PASO pero no en las generales
Votó a Milei en las PASO y en las generales
No votó a Milei en las PASO pero sí en las generales
Transformaciones del voto a Milei

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

En similar sentido, casi ninguno de estos votantes de Milei en las PASO que lo abandonaron para las generales pensaban que para salir de la crisis había que "tocar fondo o que explote todo, y luego empezaremos a mejorar". En cambio, un cuarto de quienes continuaron votándolo y una proporción similar de quienes se sumaron en las elecciones generales abrazaban esta idea de que todo tenía que explotar o debía profundizarse la crisis para luego salir adelante.

Planteamos esta pregunta porque era sumamente llamativo que Milei propusiera imágenes destructivas, como la idea de "explotar el Banco Central" (que incluso en el pasado, en sus shows teatrales, la había escenificado con la destrucción a martillazos de una maqueta) o el uso de una motosierra para simbolizar que realizaría recortes feroces en la estructura del Estado (durante los actos de campaña se paseó blandiendo esta herramienta). En sus discursos también daba a entender que era mejor que la situación empeorase drásticamente, con una disparada en el valor del dólar o una inflación desatada, ya que ello, luego, le permitiría encarar con más facilidad las drásticas reformas que pensaba ejecutar desde la presidencia. El problema que afrontaba Milei con estos discursos y estas escenificaciones era que, si bien fortalecía el entusiasmo de sus seguidores con perfiles psicológicos más signados por la idea de destrucción y/o purificación a través del sufrimiento y la crisis total, corría el riesgo de alejar a las mayorías que temían las consecuencias de esta vía de acción. Además, podía acontecer que, en la medida en que la gente sintiera aún más estos padecimientos causados por la inflación y el aumento del precio del dólar pensara que eran culpa de un posible triunfo de Milei y por ende, se alejara de votar al libertario.[14] En este sentido Pablo Semán considera que muchos se alejaron de él cuando, a pocas semanas de la primera vuelta, "hizo público el placer que le causaban las expectativas de una mayor devaluación y la incertidumbre sobre los plazos fijos en pesos que sus propias declaraciones agravaron, y pasó así de ser el portavoz del descontento a ser un agitador del caos".[15]

En las conversaciones con personas de distintos sectores sociales era habitual escuchar dos frases vinculadas con estas imágenes transmitidas por Milei. Una

de ellas, más tradicional en el discurso de sentido común argentino: “Hay que tocar fondo, que luego vamos a salir adelante”. Una metáfora que se vincula con la simple idea de que en una piscina no se puede ir más abajo que el suelo y que luego de llegar solo queda volver a subir. La otra, más directamente vinculada a la discursividad libertaria de “que explote todo”. Ambas lograron cierta efectividad en la medida en que se pensara “peor no se puede estar”, por lo cual “cualquier cambio sería para mejor”.

De todos modos, que estas frases se escucharan repetidas veces no quería decir que todas las personas las compartieran. Nuestras encuestas revelaron que solo una minoría acompañaba la idea de que frente a la crisis había “que tocar fondo o que todo explote” para poder luego salir adelante. E incluso, el porcentaje que apoyaba esta idea tendía a reducirse: a comienzos de septiembre un 18% había escogido esta opción como salida a la crisis, mientras que a fines de octubre la eligió un 13%. Es cierto que un tercio de quienes había votado a Milei en las primarias optó por esta frase en la encuesta de septiembre y que luego, como ya dijimos, un cuarto de quienes lo votaron en las elecciones generales también se inclinaba por ella, pero casi nadie pensaba de esta manera entre quienes trasladaron sus preferencias a otros candidatos.

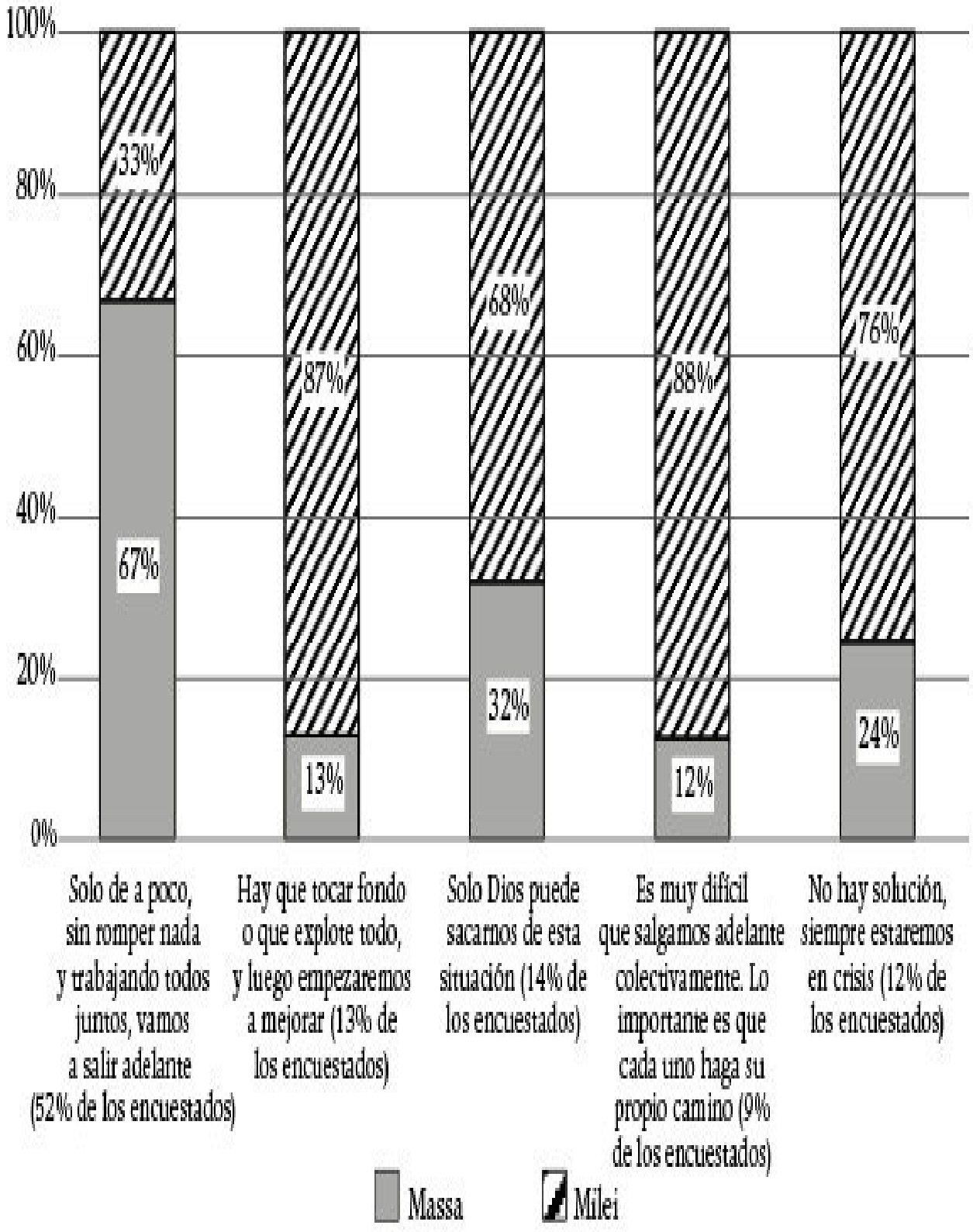
Por el contrario, la mayoría de la ciudadanía se inclinó por la opción “solo de a poco, sin romper nada y trabajando todos juntos, vamos a salir adelante”, que tanto en septiembre como en octubre fue escogida por el 52% del total de encuestados. El contraste entre el futuro destructivo que transmitía Milei y la forma de pensar de la mayoría de la ciudadanía parecía colocarle un límite infranqueable al libertario. Massa acariciaba el sueño de que la confrontación, que las elecciones generales habían instalado, contra un candidato tan extremo le permitiera triunfar en la segunda vuelta electoral.

Ahora bien, Milei no solo cultivó un perfil relativamente moderado en las escasas semanas que mediaron entre el 22 de octubre y el balotaje del 19 de noviembre, sino que también contaba con la forma de pensar muy pesimista del tercio que no quería que todo explotara ni creía en salir de a poco sobre la base del trabajo conjunto. Un 14% pensaba que solo Dios podía sacarnos de esta situación, un 9% que era muy difícil la salida colectiva y que lo importante era que cada uno hiciera su propio camino e, incluso, un 12% creía que no había solución y que siempre íbamos a estar en crisis. De quienes tenían estas tres ideas tan pesimistas sobre la Argentina, poco más de tres cuartos manifestaba que iba a votar por Milei en el balotaje, y poco menos de un cuarto por Massa.[16]

El gráfico VIII.3 muestra cómo cada una de las ideas sobre la crisis y su posible salida incidían en la orientación del voto.[17]

Quienes se inclinaban por el libertario tenían una visión más pesimista sobre el país. En diferentes preguntas pudimos observar que la mayoría de ellos tendían a pensar que la Argentina era un desastre como país, sentían poca esperanza por el futuro de la nación y creían que la próxima generación viviría peor que ellos en el país que le estábamos dejando. El contraste era fuerte en relación con el optimismo que, ante estas preguntas más abstractas, mostraban los votantes de Massa.[18] Lo paradójico era que, como comentamos en el capítulo anterior, Milei había insuflado esperanzas a sus propios votantes acerca del futuro que vendría si él accedía a la presidencia (bastante más optimismo que el que Massa o Bullrich transmitieron a los suyos).

GRÁFICO VIII.3. Distribución de la intención de voto para el balotaje según las opiniones de cómo se podía salir de la crisis


100%
80%
60%
40%
20%
0%
33%
67%
87%
13%
68%
32%
88%
12%
76%
24%
Solo de a poco, sin romper nada y trabajando todos juntos, vamos a salir adelante (52% de los encuestados)
Hay que tocar fondo o que explote todo, y luego empezaremos a mejorar (13% de los encuestados)
Solo Dios puede sacarnos de esta situación (14% de los encuestados)
Es muy difícil que salgamos adelante colectivamente. Lo importante es que cada uno haga su propio camino (9% de los encuestados)
No hay solución, siempre estaremos en crisis (12% de los encuestados)
Massa
Milei

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

LOS OTROS DOS CANDIDATOS:SCHIARETTI Y BREGMAN

Hasta aquí casi no mencionamos a los otros dos candidatos que participaron de la elección general: Juan Schiaretti y Myriam Bregman. Es que pese a ser dos figuras que despertaban sentimientos favorables en amplios sectores de la ciudadanía, no pudieron evitar que el electorado se volcara hacia alguno de los tres candidatos con más chances de imponerse. De hecho, cuando preguntamos quién de los cinco candidatos había estado mejor en los dos debates presidenciales (que, por cierto, al menos uno de ellos fue visto en forma completa por las tres cuartas partes de las personas que contestaron la encuesta), un 15% dio como "vencedor" a Schiaretti y un 13% a Bregman. Sin embargo, luego solo lo votó al gobernador de Córdoba un 30% de quienes pensaban que había tenido el mejor desempeño en los debates. Lo mismo acontecía con la candidata del Frente de Izquierda: solo la votó un 19% de quienes la daban por "ganadora" en el debate.

En particular, el Frente de Izquierda y de Trabajadores - Unidad (de igual modo que La Libertad Avanza) quedó estancado en el mismo porcentaje que obtuvo en las elecciones primarias: un 2,6% en las PASO y un 2,7% en las elecciones generales. Pero, también como en el caso de Milei, no eran los mismos votantes los de una y otra contienda electoral. Mientras que la mitad de los votantes del FIT en las primarias mantuvieron su voto, cuatro de cada diez "migró" a Massa. Quedó igual el porcentaje porque Bregman logró capturar votantes de otras fuerzas de izquierda que no habían pasado el umbral del 1,5% en las primarias, y algunos votantes de Rodríguez Larreta, de Grabois e, incluso, de Milei, así como también gente que no había votado en las PASO.

Por su parte, Schiaretti logró un avance relativamente importante, pasando del 3,7% al 6,7% en las elecciones del 22 de octubre. El incremento en su caudal electoral provino, sobre todo, de votantes de Rodríguez Larreta, con quien Schiaretti tenía un perfil ideológico similar y había tratado de confluir, al establecer una alianza antes de las primarias que el macrismo frustró. Aquí encontramos un porcentaje de votos que Massa no logró atraer, aunque, como vemos a continuación, ideológicamente se encontraban lejos del perfil promedio del votante de UP.

Si bien en el escenario de segunda vuelta los votos más importantes eran los que había obtenido Juntos por el Cambio, como en muchos balotajes recientes de América Latina, se pensaba que el resultado final podía resolverse por solo unos pocos puntos porcentuales. De modo que quienes habían votado por Schiaretti o por Bregman también serían buscados por ambos contendientes.

LO IDEOLÓGICO EN LAS ELECCIONES GENERALES

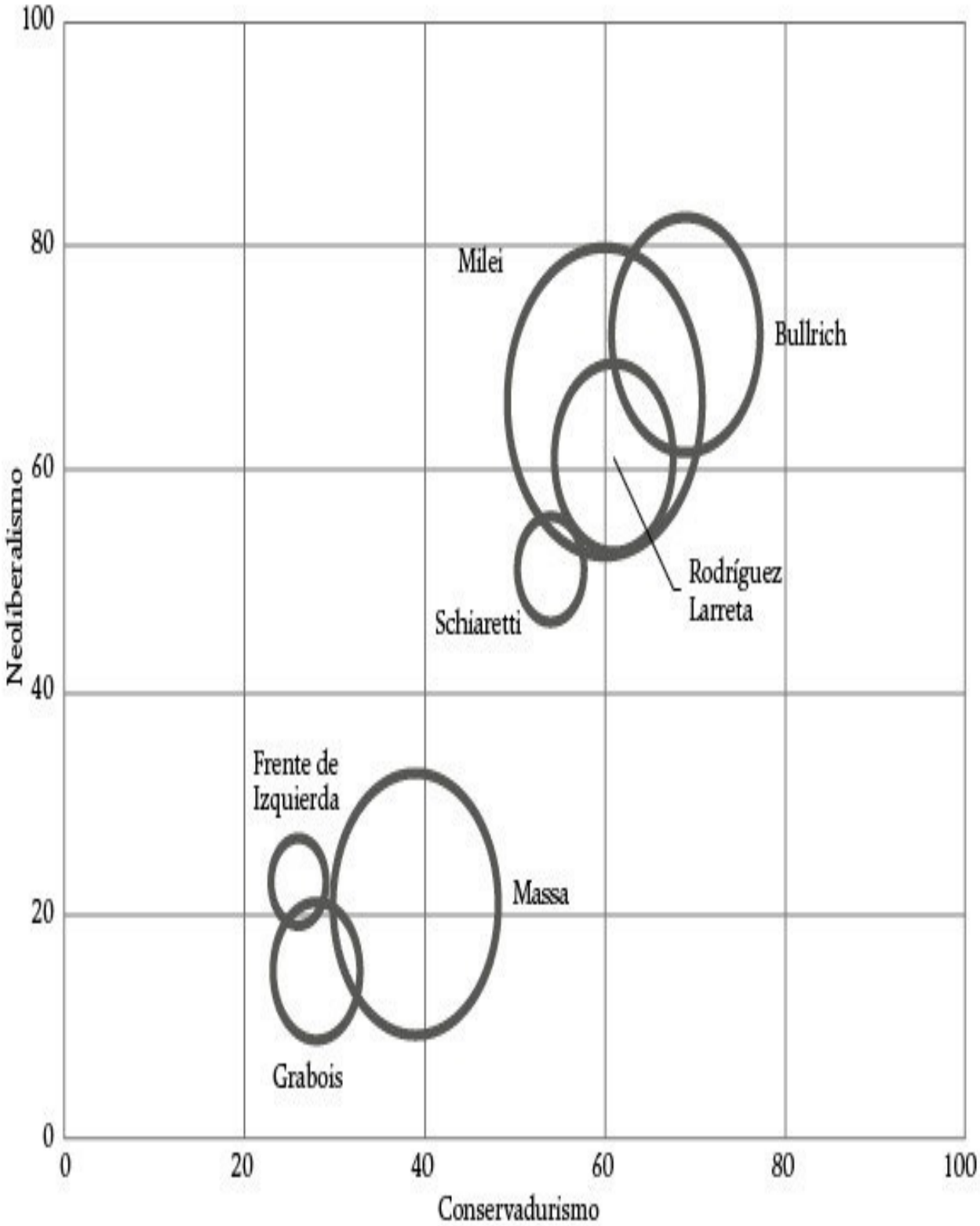
Cerramos este análisis de las elecciones generales con una sintética comparación de los valores promedio en las escalas de conservadurismo y de neoliberalismo de los votantes de los distintos candidatos y su comparación con lo que se observaba en las primarias (más allá de que las escalas no son idénticas, ya que se basan en preguntas diferentes). Como se ve en el gráfico VIII.4, en las PASO, los votantes de Rodríguez Larreta eran más moderados en ambas escalas en comparación con los de Bullrich, y también los de Milei presentaban ese perfil no tan extremo. Cada círculo tiene un tamaño proporcional a la cantidad de votantes de cada candidato, y su centro se ubica en el valor medio de ambas escalas. Para las elecciones generales, buena parte de los votantes centristas de Milei en las PASO trasladaron sus preferencias hacia otros candidatos, y el votante fiel a Milei se definió más neoliberal y conservador.[19] En cambio, el elector de Bullrich se moderó un poco, al sumársele una parte de quienes habían votado a Rodríguez Larreta. Es por ello que, en el gráfico VIII.5, los votantes de Milei intercambiaron su posición con los electores de Bullrich en el gráfico de las primarias. Por su parte, Sergio Massa no logró atraer ciudadanos con posiciones moderadas, por lo que, al sumar a los votantes de Grabois (y a algunos del FIT) profundizó el perfil nacionalpopular y progresista de sus votantes.

*** * ***

Los resultados de las elecciones del 22 de octubre mostraron la potencia que poseía la movilización de la militancia kirchnerista y la activación de una serie de colectivos sociales y culturales diversos que sintieron que peligraba la continuidad de la democracia en su sentido más amplio. También se demostró que, si desde el gobierno se aplicaban políticas en favor de los sectores populares y las capas medias, estos respondían favorablemente en términos electorales, a pesar de la existencia de un discurso mediático concentrado que defenestró estas

medidas como mero “populismo electoral”. La fórmula Sergio Massa-Agustín Rossi estuvo a solo tres puntos porcentuales de imponerse en primera vuelta, no solo porque incrementó el resultado obtenido en las elecciones primarias, sino porque Milei no pudo aumentar en nada el porcentaje de votos que había logrado en esa elección. Si bien el libertario sumó nuevos votantes, también perdió a muchos otros que ya no confiaron en su capacidad para representarlos y para hacerse cargo de la dirección del país.

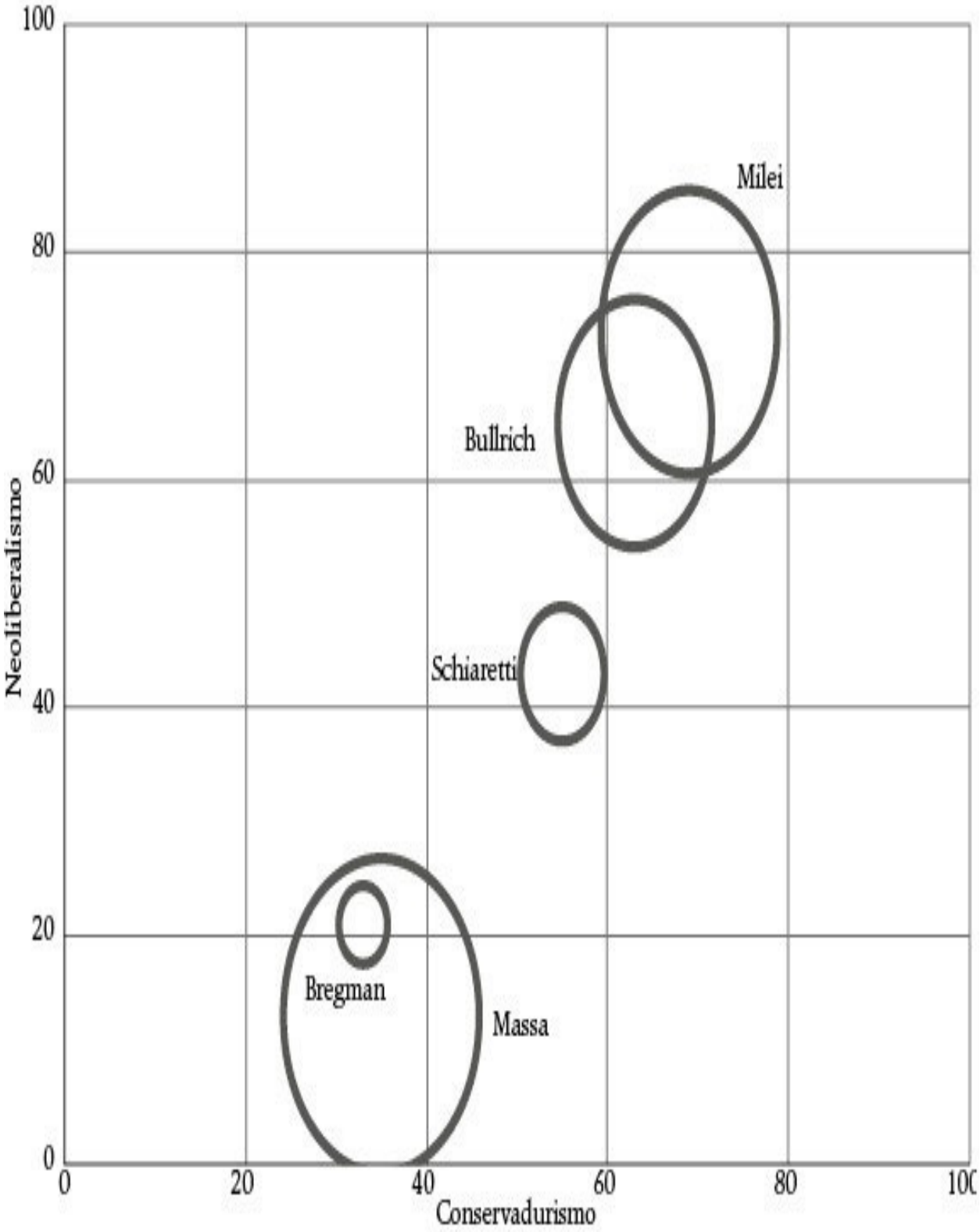
GRÁFICO VIII.4. Posición en las escalas de conservadurismo y neoliberalismo del votante promedio de cada candidato de las PASO


100
80
60
40
20
0
Neoliberalismo
0
20
40
60
80
100
Conservadurismo
Milei
Bullrich
Rodríguez
Larreta
Schiaretti
Frente de
Izquierda
Massa
Grabois

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Pero la gran derrotada de estas elecciones fue Bullrich, quien apenas mantuvo el apoyo de algo más de la mitad de quienes se habían inclinado por Rodríguez Larreta en la interna de Juntos por el Cambio. Los grandes medios concentrados no pudieron salir de su perplejidad en los dos días siguientes a la elección. La realidad indicaba que el balotaje era entre Massa y Milei y, al menos por un par de días, todo pareció indicar que las chances del candidato oficialista estaban bastante por encima de las del libertario.

GRÁFICO VIII.5. Posición en las escalas de conservadurismo y neoliberalismo del votante promedio de cada candidato de las elecciones generales


Milei
Bullrich
Schiaretti
Bregman
Massa
Neoliberalismo
Conservadurismo
100
80
60
40
20
0
0
20
40
60
80
100

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véase detalles en el apéndice I.

[1] Por el contrario, entre quienes pensaban votar a Massa predominaba una gran confianza en que Milei fracasaría como presidente. Casi dos tercios escogían la opción “el país será un caos y se tendrá que ir antes del primer año de gobierno” y un quinto “no podrá concretar la mayoría de sus propuestas”. En cambio, solo un 16% pensaba que podría hacerlo, ya sea por el apoyo de la población, de forma autoritaria o negociando con Bullrich y Macri.

[2] En algunos casos los habían mejorado mucho (un 19%), en otros bastante (un 29%) y en otros solo un poco (un 33%) o casi nada (un 8 por ciento).

[3] Esta respuesta la dio el 37% de quienes se habían sumado al voto en favor de Massa recién en las elecciones generales (la mayoría de ellos pensaba que eran un mero paliativo frente a los efectos de la devaluación de agosto), mientras que solo la brindó un 4% de quienes votaron a otros candidatos (quienes en un 81% pensaban que eran un plan “platita”, un manotazo de ahogado para tratar de mejorar las posibilidades de Massa, y un 15% que era un mero paliativo).

[4] En nuestra encuesta de octubre de 2023 contamos con doscientos setenta “nuevos” votantes de UP, lo que nos permite cierta precisión en nuestras estimaciones.

[5] Un 38% dijo que lo habían beneficiado mucho o bastante y un 33% solo un poco.

[6] Solo un 34% se sentía cerca del peronismo, del Frente Renovador o de los partidos de izquierda que integraban UP, aunque un 27% se percibía cerca del peronismo opositor y un 33% de partidos de izquierda menores.

[7] Solo un 18% respondió que les habían mejorado mucho o bastante, el 37% un poco y el restante 45% que no les habían mejorado nada o casi nada.

[8] Esta diferencia no era solo en los promedios: al analizar la distribución de

los casos típicos en ambos grupos de votantes que se mantuvieron “fieles” a Juntos por el Cambio o a La Libertad Avanza y quienes “migraron” hacia Massa, se observa que diferían notoriamente, sin solapamiento entre los casos típicos.

[9] Otras variables analizadas no tuvieron significatividad al ponderarse el efecto conjunto con las anteriormente mencionadas: conservadurismo, la cuestión ambiental y el sentirse pobres. Hemos verificado que lo ecológico no se había convertido en un tema divisorio, muy probablemente debido a que ni el oficialismo ni Juntos por el Cambio había impulsado monolíticamente un diferendo al respecto, tal como lo señalan Gabriel Kessler y Gabriel Vommaro, op. cit. De todos modos, en el caso de Javier Milei sí había menospreciado claramente la intervención estatal en la regulación de la contaminación.

[10] Así, en las primarias solo un 16% de los votantes de UP tenían menos de 30 años, mientras que estaban en este grupo etario el 28% de quienes se sumaron a votar a esta fuerza en octubre. Incluso entre los adultos, se incorporaron más de 30 a 54 años y menos mayores de 55 años. En las PASO solo el 24% estaba entre los 30 y los 54 años, mientras que los nuevos votantes de UP de esta franja etaria constituían el 37% de los nuevos.

[11] Algo similar se observa cuando se analiza la situación del principal aportante económico del hogar.

[12] Un estudio posterior a las elecciones, sobre la base de una encuesta implementada en el mes de diciembre de 2023, ha confirmado que los votantes de Milei se caracterizan por su acuerdo con lo que él ha propuesto y también que, en estas cuestiones ideológicas, coinciden con lo que opinan los votantes de Juntos por el Cambio, según informan Ernesto Calvo, Gabriel Kessler, María Victoria Murillo y Gabriel Vommaro, “No los une el espanto”, en Anfibia, 9 de febrero de 2024, disponible en línea: <www.revistaanfibia.com>.

[13] Un 29% de los votantes de Bullrich escogía la opción opuesta (“es la base de la conciliación entre los empresarios y los trabajadores: es la idea básica que permite que haya educación, salud pública, jubilaciones y otros derechos”) y el restante 22% eligió “es una idea que ofrece un paliativo para que la gente se quede tranquila, no proteste, y evita el fortalecimiento de la

lucha de los trabajadores”).

[14] Objetivamente, la inflación mensual se duplicó en los meses siguientes al triunfo de Milei en las PASO, pasando del 6% al 12 por ciento.

[15] Pablo Semán (coord.), Está entre nosotros, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, p. 27.

[16] Entre los votantes de Milei subía al 25% la idea de tocar fondo o que explote todo, y se reducía al 34% en quienes apostaban a salir de a poco y sin romper nada, y el pesimismo alcanzaba al 41%. Entre quienes votaron a Bullrich la distribución de las respuestas era del 15%, el 36% y el 49%, respectivamente. Mientras que entre los de Massa, del 3%, el 80% y solo el 16%, respectivamente.

[17] Previsiblemente, la posición socioeconómica incidía en las respuestas que daba la gente. Así, entre quienes no contaban con aportes jubilatorios (sea de su empleador o porque no pagaban el monotributo) subía al 28% la adhesión a la idea de tocar fondo o que todo explote. Pero donde el porcentaje era más alto era entre las y los desocupados: el 57% pensaba en una salida a través de la explosión o de tocar fondo. En el otro extremo social, llamaba la atención que también tenían esta idea el 21% de los comerciantes, empresarios o gerentes. Al mismo tiempo, era alta la adhesión entre profesionales asalariados (el 26%) o trabajadores autónomos (el 25%). Por el contrario, solo el 5% de las y los obreros y de las empleadas domésticas apostaban al estallido y no lo hacía casi ningún jubilado. Aquí parece haber más conciencia de que serían ellos y ellas quienes sufrirían en mayor medida en una situación catastrófica.

[18] Así, ante la pregunta “si pensamos en el futuro de la Argentina, ¿siente esperanza?”, el votante de Massa escogía la opción “mucha esperanza” en una proporción mucho más alta (el 60%) que los votantes de Milei (el 24%) o de Bullrich (el 16%). De igual modo, el votante de Massa era el más optimista en términos generales sobre el país: el 51% pensaba que la próxima generación viviría mejor que ellos en el país que le dejaremos. En cambio, solo el 26% de quienes votaban a Milei pensaban así, y el 29% de quienes se inclinaban por Bullrich. Estos últimos eran los más pesimistas: la mitad pensaba que vivirían peor que ellos (mientras que solo un tercio de los votantes de Milei pensaban de esa manera sombría y un quinto de los

que lo hacían por Massa). También tres cuartos de los votantes de Massa pensaban que había muchos o algunos motivos para sentir alegría en nuestro país, mientras que solo lo creía un tercio de votantes de Milei y un cuarto de los de Bullrich.

[19] Una encuesta previa a la elección general, encontró que los votantes de Milei eran claramente los más antidemocráticos, y que adherían a opciones justificativas de un golpe de Estado, por ejemplo, en los casos de una catástrofe económica grave o de una excesiva corrupción (un 40% con algún grado de acuerdo), según un relevamiento de septiembre de 2023; en cambio, un 17% de los votantes de Massa solo tenían algún grado de acuerdo en caso de excesiva corrupción y un 15% ante una catástrofe económica, mientras que los de Bullrich lo harían en un 21% y un 18%, respectivamente, según Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismos, Análisis demográfico, ideológico y político del voto en Argentina, Buenos Aires, LEDA-UNSAM, CELS y Pascal-UNSAM, 2023.

IX. La batalla final del balotaje

DEL FESTEJO DE UNIÓN POR LA PATRIA AL IMPACTO DE LA JUGADA POLÍTICA DE MACRI

La semana antes de las elecciones generales, Sergio Massa contaba con sondeos de opinión que lo ubicaban como claro vencedor, pero prefirió no dejar que trascendieran a la opinión pública. Esto generó un enorme efecto sorpresa en la ciudadanía, en la noche del domingo 22 de octubre, al conocerse que no solo había quedado primero, sino que había alcanzado el 37% de los votos, incrementando diez puntos la performance de Unión por la Patria (UP). Tampoco se esperaba que Milei no lograra superar siquiera el 30% y que Bullrich apenas obtuviera el 23 por ciento.

Los festejos de la militancia y la dirigencia de UP devinieron en una sensación, bastante generalizada entre ellos, de que el triunfo en el balotaje estaba prácticamente asegurado. La profusa difusión de una encuesta, un tanto apresurada por el momento en que se realizó (tres días después de la elección), que ubicaba a Massa imponiéndose por un 42% a un 34%, contribuyó a confirmar esta confianza excesiva al plantear un escenario en el que este candidato ganaba con comodidad.[1] Luego, la tradicional fe populista en que “el pueblo no puede equivocarse” extendió esta imagen triunfadora que también repetían con persistencia varios intelectuales y analistas políticos cercanos al oficialismo, vaticinando un triunfo holgado de la fórmula Massa-Rossi.

Del lado de Juntos por el Cambio, la perplejidad fue la tónica dominante en los dos días que siguieron a los resultados de un escrutinio que, tan solo unos meses atrás, pensaban que arrojaría un triunfo aplastante para esta coalición, fuese quien fuere su candidato presidencial. Varios periodistas escribieron notas marcadas por la desolación: “Una porción importante de la sociedad argentina eligió ayer perseverar en el facilismo”, “Nadie se conmovió” referido a los hechos de corrupción que habían tomado estado público en las últimas semanas (títulos de Joaquín Morales Solá) o “El triunfo de la Argentina feudal” (de Jorge Fernández Díaz). Estos periodistas formulaban duras críticas hacia la dirigencia de Juntos por el Cambio: “En 2021, ganaron ampliamente las elecciones legislativas de mitad de mandato. Solo tenían que elegir un candidato presidencial (o una candidata) y no equivocar el camino hacia el poder. Se

equivocaron” (Morales Solá); “la coalición quedó a la intemperie expuesta a las presiones que sufrirá desde el peronismo y los libertarios”, y vaticinaban, sin saber lo que vendría, ante el “enorme interrogante” de si “¿alguien estará en condiciones, después de la durísima derrota, de asumir la representación de la fuerza para encarar cualquier negociación de frente al balotaje?”. Afirmaban que “ni siquiera Mauricio Macri estaría en aptitud de dar una respuesta” (Eduardo van der Kooy), y algunos preveían el posible triunfo de Massa en el balotaje (Fernández Díaz).[2]

Pero el miércoles 25 el escenario sufrió un drástico vuelco por la jugada política llevada a cabo por Macri. La noche del martes 24, organizó un encuentro en su casa con Milei, al que luego sumó a Bullrich, y allí, luego de disculparse mutuamente (aunque, en realidad, los agravios más fuertes los había pronunciado Milei), convinieron en sellar una alianza política. Al día siguiente, sin demostrar mucho entusiasmo, Bullrich y Luis Petri comunicaron la decisión de apoyar al líder libertario en el balotaje, “a título personal”, pero en cuanto “fórmula presidencial” de Juntos por el Cambio. Esta extraña figura evitó el debate interno dentro del PRO y, más aún, dentro de Juntos por el Cambio. Obviamente, se suspendió la reunión de la mesa nacional de la coalición que estaba prevista. La sorpresa de la jugada de Macri, más allá de que era bastante previsible por toda una serie de dichos del expresidente durante los meses previos, dejó completamente desubicado al resto de la dirigencia de la alianza.

La Unión Cívica Radical (UCR) realizó un plenario de su Comité Nacional ese mismo miércoles, en el que se decidió, más allá de las duras críticas formuladas hacia Milei (que Gerardo Morales calificó de “fascista”) y también hacia Macri y Bullrich por su acción rupturista de la alianza, que “la UCR no apoyará a ninguno de los dos candidatos”, pues “ninguno de los dos garantiza un futuro de progreso para Argentina”. De modo similar, ese mismo 25 de octubre, Horacio Rodríguez Larreta brindó una conferencia de prensa en la que también aseguró: “Las dos opciones que tenemos para el balotaje son muy malas para los argentinos”. Afirmó que Massa era “la reelección del populismo kirchnerista, del desastre de este gobierno”, mientras que Milei estaba “en los bordes de la democracia. Sus ideas son malas y peligrosas. Además, agravadas por las formas”. Por su parte, la Coalición Cívica llamó a anular el voto. Con el correr de los días ciertos dirigentes de Juntos por el Cambio, a título individual, pasaron a apoyar la candidatura de Milei. Sintomáticamente, ningún dirigente nacional de Juntos por el Cambio llamó a votar por Massa; a lo sumo, alguno declaró que no iba a votar a Milei.

El contraste no podía ser más claro al comparar con la indicación explícita señalada por Macri y Bullrich. Además, las opciones de votar en blanco, anular o no asistir no eran atractivas, ni siquiera para enviar algún mensaje político. De hecho, más adelante veremos que fue escaso el incremento de estas conductas comparando el balotaje con la elección del 22 de octubre.

Esta falta de definiciones frente al balotaje por parte de los dirigentes "moderados" de Juntos por el Cambio tuvo un doble efecto: por un lado, consolidó la jugada de Macri y logró que la mayoría de los votantes de Bullrich apoyasen la reciente alianza y tuvieran la intención de votar a Milei; por otro lado, desdibujó el propio papel de estos dirigentes "moderados" como referentes políticos para sus bases. En cuanto a la primera cuestión, ya a los pocos días del acuerdo, el 80% de quienes habían votado por Bullrich apoyaban la alianza pactada entre ella, Macri y Milei.[3] Esto se tradujo en que el 65% de quienes habían votado por Juntos por el Cambio se inclinaba por Milei en el balotaje, y un escaso 8% lo hacía por Massa. El resto respondía que votaría en blanco, anularía o no votaría. Quienes habían votado por Rodríguez Larreta en las PASO (y no optaron por Massa el 22 de octubre) podían sentirse un tanto desorientados: únicamente la mitad de ellos acordaba con la alianza. Con el correr de los días, una nueva encuesta mostró que el porcentaje de exvotantes de Juntos por el Cambio en favor del candidato de UP no se incrementaba y que, en cambio, crecía la tendencia en favor del ultraneoliberal, a costa de reducirse el porcentaje de quienes decían que votarían en blanco, nulo o que no votarían.

En cuanto a la segunda cuestión, la falta de una posición clara de la mayoría de los dirigentes "moderados" de Juntos por el Cambio erosionó su referencialidad política. Es habitual que en un escenario de segunda vuelta electoral, la ciudadanía que no votó a ninguno de los candidatos en carrera esté expectante de las evaluaciones, indicaciones y, en algunos casos, hasta las alianzas que sus referentes políticos tejan en esta nueva instancia. Esperan, aunque más no sea, que comenten cuál de las dos opciones les parece "la menos peor". Si ni siquiera asumen este papel orientador, su rol de representación política se desdibuja de forma notable y sus simpatizantes buscan nuevas referencias. En la mencionada encuesta de principios de noviembre, tan solo un 5% de quienes habían votado a Juntos por el Cambio una quincena antes escribió el nombre de un dirigente radical como el político que percibía más cercano a su forma de pensar, y solo un 3% mencionó a Rodríguez Larreta, cuando hacía unos pocos meses, en las primarias, él había recogido las preferencias de cuatro de cada diez votantes de esta alianza política. En cambio, se destacaban Bullrich y Macri como las dos

referencias centrales entre los votantes de esta fuerza política en las elecciones de octubre.[4]

Además, la enorme mayoría de quienes habían votado por Bullrich tenían en claro que el político que sentían más cercano a su forma de pensar votaría a Milei o, en todo caso, sabían que no votaría a Massa. Ninguno de los políticos señalados votaría por Massa o no votaría a Milei, excepto uno.[5]

La alianza Macri-Bullrich-Milei también fue muy efectiva porque fue rápidamente acompañada por la mayor parte de los periodistas de los medios concentrados. Luego de un primer momento de perplejidad por la sorpresa del anuncio de Bullrich, ya para la noche de ese mismo miércoles 25 de octubre, fue posible observar cómo casi todos estos periodistas y comunicadores brindaban distintos tipos de justificaciones de este acuerdo. Un indicador de la relación entre medios y voto es que, en nuestra encuesta del mes de noviembre, solo un 1% de quienes habían votado a Bullrich señalaban como el periodista (o influencer) más cercano a su forma de pensar a uno que votaría a Massa y otro 1% a uno que, al menos, no votaría a Milei. En cambio, el 38% indicó a uno que sabía que no votaría a Massa y un 25% a uno que directamente sabía que votaría a Milei (un 30% señaló a un periodista que no sabía qué posición tendría frente al balotaje). De modo que, si ya desde hacía años se había gestado una polarización mediática potenciada por las burbujas virtuales,[6] esta desplegó toda su potencia en esas semanas anteriores al balotaje.

La estrategia de Macri de instalar como explicación del fracaso de su gobierno el gradualismo y la propuesta de que era necesario implementar un neoliberalismo drástico e, incluso, autoritario coronó su éxito y explica la enorme adhesión que tuvo, en el electorado de Juntos por el Cambio, la alianza con un dirigente que prometía concretar este programa sin reparar en el cuidado de las formas republicanas; aun a pesar de que parte de esta base electoral dudaba de la salud mental del líder libertario o de que pensaba que podía devenir en un gobierno muy autoritario.

Para lograr el éxito electoral de esta alianza faltaba la respuesta de los propios votantes libertarios. Desde los medios de comunicación cercanos al oficialismo se insistió en que el acuerdo significaba una “traición” al discurso “anticasta” de Milei. En las redes sociales no pararon de difundirse memes que se burlaban del acuerdo, pero eran producidos y reenviados por la militancia kirchnerista. No afectaron en nada el ánimo de la base libertaria que, luego del duro cimbronazo

sentido la noche del 22 de octubre, cuando pensó que había encontrado un techo a sus expectativas electorales (en ese 30% que pareció imposible de superar), ahora sentía que podía sumar la mayor parte del 23% alcanzado por Juntos por el Cambio. De modo que prácticamente todos los votantes libertarios estaban contentos con el acuerdo (el 56%) o, aunque no les gustase, lo consideraban necesario (el 33%) y únicamente un 4% respondió que no le gustaba.

Por otra parte, el mundo empresarial se fue dividiendo en sus preferencias hacia los dos candidatos, aunque muchos empresarios se habían inclinado por otros candidatos en las elecciones generales. Milei cosechó el apoyo, sobre todo, de las empresas del sector digital (destacándose Marcos Galperín, dueño de Mercado Libre), el holding Techint (con el respaldo de Paolo Rocca), sectores agropecuarios y financistas, además del locuaz Cristiano Rattazzi (expresidente de la FIAT Argentina). En cambio, Massa consolidó el respaldo de varios banqueros, industriales, textiles, papeleras y supermercadistas (entre ellos Francisco de Narváez). Al tiempo que prácticamente todos los sindicatos de trabajadores y las tres centrales sindicales (la poderosa Confederación General del Trabajo [CGT] y las dos minoritarias Central de Trabajadores y Trabajadoras de la Argentina [CTA] y CTA-Autónoma) respaldaron públicamente la candidatura de Sergio Massa y organizaron diferentes eventos para demostrar su apoyo. Sin embargo, como veremos, numerosos trabajadores luego se inclinaron por Milei en el balotaje. La crisis de representatividad de las corporaciones se puso en evidencia. Creemos que no solo por la burocratización de muchas de las estructuras sindicales, sino también porque los sindicatos, a lo largo de las décadas, abandonaron la función de socialización ideológica que tuvieron en el pasado. Y algo similar aconteció con las mediaciones políticas en muchos barrios populares. Es que buena parte de los referentes barriales se habían convertido en “punteros” que simplemente articulaban la ayuda estatal, muchas veces con beneficios personales, sin cumplir una función orientadora del voto (ni siquiera en la vieja fórmula clientelista de “favores por votos”).[7] Al mismo tiempo, por la universalización de muchas de las políticas de asistencia, su función se diluyó progresivamente, dejando a muchos de los integrantes de las barriadas populares sin ninguna instancia de siquiera esa mínima mediación política (excepto en aquellos sectores donde los movimientos sociales ocuparon ese papel). Estas no son cuestiones que hayamos medido a través de nuestras encuestas, pero se verificaron en la enorme cantidad de votos que Milei obtuvo entre los sectores de trabajadores, a pesar de que algunos tuvieran importantes niveles de sindicalización, y en los barrios populares.

EL FRACASO DE LA CONVOCATORIA DE MASSA A UN GOBIERNO DE “UNIDAD NACIONAL”

Prácticamente la única jugada que podía realizar Massa para incrementar sus chances en la segunda vuelta electoral era lograr seducir al electorado de Juntos por el Cambio y de Hacemos por Nuestro País con su propuesta de concretar un gobierno de “unidad nacional”. Esta idea, además, empalmaba con el discurso que Cristina Fernández de Kirchner sostenía desde hacía, al menos, un año. Ella lo había planteado no como un gobierno de estas características, sino en términos de consensuar algunas políticas básicas que permitieran acabar con el bimonetarismo y destrabar el proceso de crecimiento económico del país. Sin embargo, así como la expresidenta no encontró ningún eco por parte de los referentes opositores, tampoco Massa logró sumar dirigentes a su propuesta. Por cierto, él ni siquiera formalizó la presentación de esta idea de la “unidad nacional”, más allá de repetirla con insistencia en sus discursos, muy probablemente por falta de respuestas positivas a tanteos confidenciales que de seguro efectuó. De hecho, en las últimas semanas de la campaña, trascendió que era posible que le hubiera ofrecido el Ministerio de Economía a Rodríguez Larreta. El antikirchnerismo de los dirigentes “moderados” de Juntos por el Cambio y de Hacemos por Nuestro País fue mucho más fuerte que esta convocatoria massista.

Tan solo el Partido Socialista (prácticamente reducido a la provincia de Santa Fe e, incluso allí, sin el peso electoral de hace unas décadas) y algunos dirigentes del delasotismo cordobés hicieron llamados explícitos a votar por Massa. También lo hicieron, aunque no por adherir a la convocatoria de un gobierno de unidad nacional, algunos sectores del FIT. Los partidos que integraban este frente no consensuaron una posición. Tres de sus partidos (el Partido de los Trabajadores Socialistas [PTS], el Partido Obrero [PO] y el Movimiento Socialista de Trabajadores [MST]), con pequeños matices, llamaron a no votar a Milei, pero se pronunciaron en contra de apoyar a Massa. De todos modos, no militaron activamente por el voto en blanco, como sí lo habían hecho frente al balotaje de 2015, cuando su candidato presidencial Nicolás del Caño insistió en que ambas opciones eran lo mismo. Además, algunos sectores del FIT, en

particular, Izquierda Socialista y sus dirigentes Rubén “Pollo” Sobrero y Juan Carlos Giordano, llamaron a votar a Massa de forma crítica, para frenar la posibilidad de un gobierno de ultraderecha.

Sin resultados a la vista en términos de respuestas de la dirigencia, Massa no convenció tampoco al electorado de Bullrich y de Schiaretti de que realmente concretaría su propuesta de unidad nacional. Así, a solo diez días de la segunda vuelta, tres de cada cuatro personas que no habían votado a Massa en la primera descreían de su propuesta de un gobierno de unidad y pensaban que no llamaría a casi ningún opositor a su gobierno, porque era solo un discurso de campaña. Del cuarto restante, la mayoría solo creía que sumaría algunas figuras de la oposición, y unos pocos consideraban que sí iba a concretar un verdadero gobierno de unidad.[8]

Evidentemente, Massa se encontraba con su propio “techo” electoral. Sin apoyos de ningún sector de la dirigencia de Juntos por el Cambio, le resultaba casi imposible conseguir los favores de sectores del electorado diferentes de aquellos que ya lo habían acompañado en la elección del 22 de octubre.

EL RECURSO A LA APELACIÓN AL MIEDO

Casi el único camino que le quedaba, no solo al candidato, sino a la militancia de UP —pero también a amplios sectores de la ciudadanía profundamente preocupados por el posible triunfo de Milei— era apelar a que sintieran ese miedo también quienes no habían votado por Massa en las elecciones generales. No había muchas certezas de que este recurso fuera efectivo. Por cierto, se recordaba que en 2015 no había funcionado la denuncia de lo que "escondía" el discurso de la "revolución de la alegría" que prometía Mauricio Macri. Es más, los medios concentrados habían defenestrado estos discursos como parte de una "campaña del miedo", una contracrítica que combinaba la negación de que aconteciera realmente lo que estas críticas denunciaban y la invalidación de ese recurso por apelar al miedo sobre la base de especulaciones. Sin embargo, la elocuencia de Milei y de sus allegados, con propuestas extremas y formas discursivas sumamente agresivas, habilitaba una crítica directa, porque estaba a la vista cuál era su propuesta, sin ningún tipo de componente solidario y poco o nada respetuosa del sistema democrático. De hecho, en un reportaje televisivo de 2021, el candidato libertario evitó responder de forma explícita si creía en el sistema democrático, a pesar de que la periodista le formuló cuatro veces la pregunta para que quedara clara su posición. En un reportaje de 2023, cuando lo interrogaron acerca de cómo gobernaría con una fuerza minoritaria en el Congreso nacional, solo hizo referencia al papel mesiánico que se sentía llamado a representar, haciendo una comparación con la figura de Moisés, para asombro de su entrevistador. En otras ocasiones, los dirigentes libertarios plantearon que saldrían de estas dificultades a través de la convocatoria de plebiscitos, algo propio de la tradición de las nuevas derechas.[9]

De modo que, a pesar de que apelar al miedo no se percibía como la mejor estrategia, se pensaba que, en esta ocasión, a diferencia de 2015, era mucho más clara la existencia de un peligro real y que posiblemente esta campaña daría resultados favorables para evitar el voto a Milei. En todo caso, muchos percibieron que era, tal vez, la única estrategia posible e impulsaron diversas acciones de denuncia de los peligros que traería un gobierno encabezado por el candidato libertario. Se retomaron los debates, las volanteadas y las

declaraciones de múltiples figuras de los más diversos ámbitos de la vida social y cultural que enfatizaron sobre estos riesgos, no solo por el carácter ultraneoliberal de su propuesta, sino también por los fuertes perfiles autoritarios que pondrían en riesgo cuarenta años de consenso democrático en Argentina. Algunos también apelaron a la inestabilidad emocional que traslucía la figura de Milei.

Sin embargo, las mediciones sobre el impacto de estos argumentos entre quienes no habían votado a Massa el 22 de octubre mostraron que no conmovía a la mayoría de ellos, tal como detallamos a continuación.

En primer lugar, preguntamos si un triunfo de Milei podría poner en riesgo a la democracia y, del total de la ciudadanía, un 37% pensaba que sí, que sería muy autoritario y hasta podría llegar a suspender al Congreso; un 8% que sería bastante autoritario y gobernaría por decretos, pero respetando al Congreso; un 16% que no sería ni más autoritario ni más democrático que los gobiernos previos, y el 39% que sería aún más democrático. Ahora bien, de quienes votaron a Bullrich, más de la mitad se inclinaba por esta última opción; un cuarto porque sería igual que los gobiernos anteriores y solo otro cuarto por las dos opciones que lo preveían como muy o bastante autoritario. Pero, incluso en estos dos casos, la mitad de quienes pensaban así igualmente votarían por Milei, y solo un quinto de ellos se inclinaba por Massa, a pesar de tamaña sospecha de que el libertario pondría en peligro el sistema democrático (el resto decía que votaría en blanco, anularía o no iría).[10]

En segundo lugar, preguntamos si era peligroso que Milei se convirtiera en presidente, y sobre cómo lo percibían en relación con las apreciaciones de que estaba “loco”. En los extremos, un tercio creía que estaba realmente loco y era un peligro, y otro tercio que no estaba nada loco, que solo se hacía. Luego, un 22% pensaba que estaba un poco loco, pero que necesitábamos a alguien así para salir de la crisis, y el 12% restante que estaba un poco loco y que tal vez fuera un peligro que se convirtiera en presidente. Pero, respecto a qué pensaban quienes votaron a Bullrich, solo un tercio de quienes pensaban que Milei estaba loco o un poco loco y que era un peligro que se convirtiera en presidente votarían a Massa; la mayoría declaraba que votaría en blanco, anularía o no iría a votar, y un 12% incluso decía que votaría a Milei. En realidad, eran pocos los votantes de Juntos por el Cambio que le temían al líder de La Libertad Avanza, pues tres cuartas partes pensaban que no estaba loco, sino que se hacía el loco o, en todo caso, que estaba un poco loco pero que igual era alguien necesario para salir de

la crisis. Y, correlativamente, casi todos declaraban que votarían a Milei.

En tercer lugar, interrogamos a los encuestados acerca de si había que cuidar los derechos conseguidos en estos cuarenta años de democracia y no dar un salto al vacío, o si no creían tener muchos derechos y preferían arriesgarse y apostar a un cambio de fondo. Las respuestas del conjunto se dividieron en partes casi iguales.[11] Si observamos solo a quienes definirían el resultado del balotaje, por no haber votado a Massa ni a Milei en primera vuelta, seis de cada diez preferían arriesgarse y, previsiblemente, casi todos votarían por el candidato libertario y ninguno por el oficialista. En cambio, entre los cuatro de cada diez que estaban de acuerdo con la idea de cuidar los derechos y no dar un salto al vacío, las preferencias se dividían entre ambos candidatos, aunque la mayoría aún no había definido su voto. Advertimos así que quienes definirían la elección eran relativamente inmunes a los planteos de que los derechos democráticos estaban en peligro con un eventual triunfo de Milei.

En cuarto lugar, también comprobamos el mismo diagnóstico al analizar la eficacia interpelativa de la frase “como Argentina no puede estar peor, cualquier cambio que ocurra va a ser para mejor”. La mitad de la ciudadanía acordaba con esta idea, aunque la otra mitad optaba por “no es así, en Argentina siempre se puede estar peor, hay cambios que pueden ser peligrosos”. No obstante, cuando analizamos solo a quienes no habían votado por Massa ni por Milei, se incrementaba al 57% quienes pensaban que lo que viniera sería mejor (solo un 43% creía que algunos cambios podían ser peligrosos). Pablo Semán y Nicolás Welschinger descubrieron en sus grupos focales que estaba generalizado el discurso “peor que esto no se puede estar”, excepto entre quienes se identificaban con el peronismo.[12] Ahora bien, lo más interesante fue que el impacto de estas apreciaciones no era directo sobre el voto. Si bien, entre quienes no habían votado por Massa ni por Milei, casi todos quienes estaban abiertos a cualquier cambio votaban por Milei, también se inclinaban mayoritariamente por el libertario dos tercios de quienes temían a algunos cambios y solo un tercio optaba por Massa.

En quinto y último lugar, procuramos captar qué sentimientos generaban los posibles gobiernos de Milei o de Massa. Les pedimos a los participantes que se imaginaran a cada uno de los candidatos como presidente y escribieran libremente el sentimiento que les venía a la mente. Llamó nuestra atención que no solo quienes votaron a estos candidatos en las elecciones primarias presentaban sentimientos sumamente polarizados y sintetizados en unas pocas e

idénticas palabras que se repetían con insistencia, sino que lo mismo ocurría con quienes habían votado a otros candidatos en la primera vuelta. Con foco en estas personas, que definirían el balotaje, hallamos opiniones muy encontradas según lo que definieron hacer en esa instancia. Así, quienes votarían a Massa estaban completamente imbuidos de apreciaciones negativas hacia Milei. En particular, un 44% tenía sentimientos negativos, como el "miedo" y el "terror" ante su posible presidencia, un 22% lo consideraba como alguien con características negativas, "loco" o "peligroso", y un 8% describía ese hipotético futuro como "caótico" o un "desastre". Además, un 17% tenía dudas, y un 6% sentía incertidumbre. En cambio, quienes habían decidido votar a Milei en el balotaje tenían en un 24% sentimientos positivos, sobre todo de "esperanza", un 20% lo asociaba con la idea de "cambio", un 15% se imaginaba un futuro mejor y un 7% resaltaba características personales positivas de libertario. Solo un 6% tenía dudas y otro tanto sentía incertidumbre. Lo que resulta más extraño es que entre sus votantes, un 8% no sentía nada, un 4% destacaba características personales negativas de Milei ("impredecible"), otro 4% sentía cosas negativas (como "miedo"), y un 2% imaginaba un futuro negativo o, al menos, difícil.

En cuanto a lo que imaginaban sobre Massa como presidente quienes definirían el balotaje, las apreciaciones también estaban completamente divididas. A quienes frente a la segunda vuelta se inclinaban por Massa imaginar su gobierno les despertaba sentimientos positivos, como "alegría" o "esperanza" en un 28%; un 22% destacaba características positivas del candidato y un 16% sentía "estabilidad" o "continuidad"; mientras que solo un 6% describía un futuro en términos positivos. Llama la atención que a un 19% le surgían sentimientos negativos, en particular "desconfianza". En cuanto a quienes habían votado por otros candidatos, pero en el balotaje votarían por Milei, un 39% pensaba un potencial gobierno de Massa como algo muy negativo, signado sobre todo por la "corrupción"; a un 27% le generaba sentimientos negativos, como "miedo", "desesperanza", y un 26% destacaba características negativas de Massa, como "mafia", "corrupto". Llama la atención que no les surgían dudas, solo un 1% refirió "incertidumbre", o un 2% "nada".

En síntesis, esta manera de captar los sentimientos que les generaban los dos candidatos permite visualizar que la movilización del miedo o el temor no solo operaba en favor de conseguir votos para Massa, por el peligro que algunos sentían por un eventual gobierno de Milei, sino que también funcionaba en sentido contrario. A casi todas las personas que de cara al balotaje reorientaron su voto hacia Milei, una presidencia de Massa les despertaba sentimientos

negativos. Es cierto que el rechazo al candidato oficialista no se daba tanto en términos de “miedo” como de “corrupción” o “desesperanza”. En cambio, el rechazo hacia Milei se vinculaba mucho más claramente con el “miedo” o, más aún, el “terror”, y también la “locura” y el “caos”.

Entonces, a través de un conjunto de diferentes preguntas, constatamos que la apelación al miedo por parte de Massa era efectiva solo en un pequeño grado. Cinco formas distintas de medir esta cuestión nos permiten concluir esto. Incluso cuando los ciudadanos reconocían el peligro, por ejemplo, por la inestabilidad mental de Milei o por su perfil autoritario, muchos de ellos —que definirían la elección (principalmente votantes de Bullrich y, en menor medida, de Schiaretti) —, de todas formas, se inclinaban por votar al libertario. Es evidente que otros factores incidían en sus evaluaciones. Uno de ellos era que estaban dispuestos a realizar “sacrificios” para que el país saliera de la crisis económica, y otro era su creencia de que Milei no concretaría todas sus propuestas, que la realidad o los políticos de Juntos por el Cambio lo moderarían.

DISPUESTOS AL “SACRIFICIO”

En sus estudios pioneros sobre la personalidad autoritaria y el fascismo, Erich Fromm (estudiando Alemania en 1930) y Theodor Adorno (analizando Estados Unidos en 1945) descubrieron que la mayoría de quienes eran autoritarios también mostraban elementos masoquistas, vinculados a su propensión a ser sumisos frente a los poderosos. En su gestión de Argentina, Macri y Juntos por el Cambio buscaron potenciar este tipo de inclinaciones a partir de un discurso que apelaba al “sacrificio”, para tratar de consolidar una base electoral capaz de serles fiel aun en medio de la crisis económica de la segunda parte de su mandato. Si en 2015 Macri prometía “la revolución de la alegría”, su discursividad fue cada vez menos festiva y más centrada en la idea de “austeridad” (que, por supuesto, no incluía a la clase empresarial). Como analizó Gisela Catanzaro, el macrismo fue apelando al (auto)sacrificio y, a la vez, a la necesidad de castigar a los otros. En la campaña de 2023, Bullrich profundizó esta línea que prometía un orden autoritario, pero que también convocaba al sacrificio (“sé que el cambio es difícil y es con dolor y es con esfuerzo”). Sin explicitarlo tan claramente, Milei hizo apelaciones similares con su compromiso de acabar con la “justicia social”, en combinación con una promesa de “libertad” en la que, de seguro, se impondrían los más fuertes.

Ahora bien, para comprender que entre Milei y Bullrich sumaran el 53% de los votos en las elecciones del 22 de octubre, no es necesario postular que todos sus votantes se caracterizaban por una personalidad masoquista dispuesta a una actitud “sacrificial”. Adorno analizaba que si bien muchos estadounidenses adherían a los planteos de derecha debido a su personalidad claramente autoritaria, otros lo hacían sin tener este carácter. En estos casos, su orientación hacia la derecha se explicaba por el clima de época y por ciertos patrones de la cultura política de ese país que generaban una fuerte inclinación a no informarse sobre las cuestiones políticas, a guiarse por estereotipos descalificadores hacia los políticos progresistas, a pensar que un gobierno legítimo era el que estaba en línea con los grandes capitalistas y a no tener ninguna compasión por los pobres (el listado es más extenso, pero parece que fue escrito, punto por punto, para describir la actitud de la gran mayoría de los votantes de la derecha argentina

actual). Entonces, la actitud “sacrificial” puede provenir de un clima de ideas predominante en la sociedad argentina de los últimos años, producto de la combinación de sucesivas frustraciones y de la incapacidad para visualizar una salida de otro tipo a la crisis nacional, y no solo de un tipo de personalidad.

En fin, sea una cuestión de personalidad o de adhesión a un clima de época, podemos preguntarnos en qué medida la ciudadanía compartía la idea de que había que “sacrificarse” para que el país saliese adelante.[13] Obviamente, esta es una cuestión muy difícil de investigar. Sin embargo, un primer indicio podría surgir de las respuestas frente al siguiente enunciado de una encuesta posterior a las primarias en la que procuramos concretar esta idea en términos bien concretos para cada encuestado: “Para algunas personas, para que el país salga adelante, todos tenemos que sacrificarnos, reduciendo nuestros salarios durante un año. ¿Usted qué piensa de esta idea?”. El 55% de los votantes de Milei e igual porcentaje de los de Bullrich manifestaron que estaban de acuerdo o que, en todo caso, podrían llegar a aceptarlo. Es cierto que alrededor de un 20% solo dijo que acordaba si también los empresarios aceptaban reducir sus ganancias, algo completamente fuera de los programas de estos dos candidatos. Con todo, parece ser gente que quería creer en ello. Por tanto, podríamos estimar que la mayoría de los votantes de las fuerzas de derecha parecían ganados por esta actitud “sacrificial”. Sin embargo, estos porcentajes también podrían ser leídos en un sentido opuesto: el 45% de quienes votaban a Milei o a Bullrich no estaba dispuesto, de ningún modo, a sacrificarse aceptando una reducción de sus salarios para que “el país salga adelante”.[14]

Otra forma de medir esta disposición al “sacrificio” fue la pregunta de qué pensaban que debía hacerse con los subsidios estatales al transporte público y las tarifas correspondientes. La enorme mayoría de los votantes de Milei, pero también de Bullrich y de Schiaretti, apoyaban una reducción o una quita de los subsidios y el consiguiente aumento del boleto. Así, un 51% de quienes votaron a Milei respondían que había que reducir los subsidios, aunque subiera el boleto a 300 pesos, y un 21% que había que quitar los subsidios y que el boleto costara 700 pesos (solo un 29% de sus votantes pensaban que había que dejar todo como estaba). Y quienes votaron a Bullrich daban respuestas muy similares, al igual que los de Schiaretti. Solo los votantes de Massa y de Bregman se inclinaron casi en su totalidad por mantener el sistema como estaba y que no aumentase el precio del boleto. Cabe aclarar que el boleto típico del sistema costaba en ese momento 59 pesos en el Área Metropolitana de Buenos Aires (donde los subsidios eran mayores) y, por ejemplo, 185 pesos en la ciudad de Córdoba.

De todos modos, buena parte de quienes votaban a Milei en el balotaje planteaban que, en realidad, en una eventual presidencia del libertario no se concretarían esos aumentos de las tarifas. El 60% de quienes lo iban a votar respondían que en su gobierno el boleto seguiría con el mismo valor, un 35% que lo aumentaría a unos 300 pesos, y solo un 5% creía que subiría a 700 pesos.

Esta apreciación, tal vez, no fuera una creencia sólida, sino solo una respuesta "defensora" de Milei (lo opción electoral por la que se inclinaban los entrevistados) frente a las críticas y a la campaña que buscaban generar temor en la ciudadanía ante su posible triunfo. De hecho, en esos días el gobierno implementó la visualización en los ómnibus y en las estaciones de trenes del valor de las tarifas sin subsidios (entre 700 y 1.000 pesos). En todo caso, se articulaba con una idea más general, muy difundida entre quienes reorientaban su voto hacia el libertario en el balotaje, consistente en que argumentaban que si llegaba a la presidencia "no va a hacer todo lo que dice". Contra toda evidencia, pues el discurso de Milei mostraba una enorme determinación (este era además uno de los elementos que le había sumado muchas adhesiones), elegían creer en que no concretaría sus propuestas. Las explicaciones de esta limitación en la concreción de sus desmesuradas promesas y planteos tenían diversas características. Por un lado, estaban quienes decían que eran parte de su show mediático, que realmente no quería concretar todo lo que había dicho. Por otro lado, estaban quienes planteaban que la propia realidad le impediría llevar a la práctica muchos de sus planteos (inclusive, por la propia resistencia de los sectores que iban a ser afectados). Y, por último, muchos consideraban que la dirigencia de Juntos por el Cambio, que ya apoyaba su campaña y se sumaría a su eventual gobierno, moderaría los excesos del libertario.

De modo que la mitad de quienes votaron a Milei en las elecciones del 22 de octubre pensaba que podría llevar a cabo todas sus propuestas, porque no lo iban a poder moderar. Pero un 39% creía que solo concretaría algunas de sus medidas más duras, porque lo iban a moderar un poco. Solo un 5% creía que lo iban a moderar mucho, y un 6% que no iba a poder concretar ninguna de sus medidas más duras.

En cambio, entre aquellos que recién pensaban votar a Milei para el balotaje, solo un 16% creía que podría concretar todas sus propuestas porque no lo iban a poder moderar, un 48% que lo iban a moderar un poco, un 27% que lo iban a moderar mucho y un 9% que no iba a poder concretar ninguna de sus medidas más duras.

Hemos visto una serie de fundamentos que habilitaron el voto a Milei a pesar de que sus propuestas incluían medidas de ajuste que indudablemente golpearían a buena parte de la sociedad. Es cierto que su discursividad casi siempre se enunciaba en términos abstractos, contra “la casta” de los políticos, contra “el Estado” y también contra “la justicia social” y la coparticipación federal, e incluso negó que aumentaría las tarifas antes de que subieran los salarios. Pero en Argentina, por experiencias previas (en particular del gobierno de Macri) y por el relativamente elevado nivel de politización (y las advertencias formuladas por los sectores progresistas y nacional-populares), era claro que su programa de gobierno significaría el desfinanciamiento de la salud y la educación pública, el aumento de los costos de diversos servicios públicos (transporte, electricidad, gas, entre otros), la reducción o eliminación de ayudas a sectores vulnerables, la desregulación e incremento de servicios privados (como las prepagas de salud o los colegios privados), entre otras medidas de impacto directo. Tres fueron las operaciones mentales que la gente realizó para, a pesar de ello, orientar su voto al líder libertario en el balotaje. Por un lado, reforzó sus inclinaciones sádicas y adoptó el discurso de que había que “acabar con los vagos”, con los que usufructuaban derechos que no merecían. El voto a Milei implicaba un castigo hacia los “otros”; en una especie de negación a través de una traslación: eso les va a pasar a los otros, no a mí.[15] Sin embargo, como no podían dejar de percibir que ese tipo de ajustes también los afectaría, se desplegaron actitudes masoquistas, ya presentes en el voto a Macri en 2019: es necesario sacrificarse para sacar el país adelante. Como ya dijimos, estas actitudes puede que no sean parte de la personalidad, sino simplemente una adhesión al clima de ideas predominante en una determinada coyuntura. Por último, las personas a quienes no les gustaban estas actitudes, pero igual deseaban votarlo, desarrollaron una negación de lo evidente, al afirmar que Milei, si llegaba al gobierno, no implementaría las medidas que hacía años proponía enfáticamente.

EL RESULTADO

El escenario frente al balotaje estaba signado por la efectividad de la alianza promovida por Macri, por la indefinición de casi todo el resto de la dirigencia opositora y la dificultad que esto le generó a Massa para darle credibilidad a su propuesta de construir un gobierno de unidad nacional para frenar una posible deriva autoritaria y porque, además, la apelación progresista tuvo poco eco para encontrar temor en la porción de la ciudadanía que había votado por Juntos por el Cambio o a Schiaretti.

Si algunos sectores insinuaron o promovieron la abstención o los votos en blanco o nulos, estas conductas no convocaron a casi nadie. El voto en blanco se redujo en comparación con octubre, el nulo aumentó pero solo levemente, y hubo una pequeña reducción en la participación total. En total, estas tres conductas "críticas" apenas sumaron un 1,7% del total del electorado en comparación con los niveles del 22 de octubre.[16]

Finalmente, el domingo 19 de noviembre, con un escrutinio provisorio sumamente veloz, se confirmó un triunfo notorio de Milei con el 55,65% de los votos válidos frente al 44,35% que obtuvo Massa (guarismos del escrutinio definitivo, casi idénticos al provisorio). Milei incrementó su caudal electoral en casi 16 puntos porcentuales, mientras que Massa apenas lo aumentó en algo más de 7 puntos. Además, el libertario se impuso en 20 de las 24 jurisdicciones provinciales (incluida la Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

Según nuestras estimaciones, pero también a partir de la pura aritmética, casi todos los votantes de Bullrich y buena parte de los de Schiaretti se volcaron en favor de Milei, y solo quienes habían votado a Bregman, una parte de los de Schiaretti y muy pocos de los de Bullrich se inclinaron por Massa.

No es posible decir que Milei triunfó por un grupo social específico, porque su voto fue transversal, incluso de un modo más intenso que en las elecciones primarias o que en la primera vuelta. Esto era previsible, pues en todo balotaje el voto resulta de una composición mucho más heterogénea, al agregarse porciones de la ciudadanía afines a las posiciones de candidatos que no pasaron a esta

segunda instancia.

De todos modos, hubo algunos sectores sociales en los que la propensión a votar por Milei fue destacable: los jóvenes, los varones, quienes tenían empleos menos formales o no estaban en relación de dependencia. El cruce de alguna de estas relaciones permite observar algunos tipos sociales donde Milei obtuvo altísimos porcentajes de voto.

Cuatro situaciones ocupacionales se destacaron por presentar una muy elevada intención de voto al líder libertario en comparación con Massa (solo computamos las intenciones de votos válidas): el 63% de quienes estudiaban y no trabajaban votaron por Milei, el 68% de quienes estaban desocupados (no trabajaban, pero buscaban trabajo) también votaron al libertario, el 67% de los trabajadores autónomos no profesionales y el 66% de los pequeños comerciantes, empresarios, gerentes o rentistas. En el extremo opuesto, votaron más por Massa los jubilados (el 60%) y los profesionales asalariados (el 57 por ciento).

Quienes tenían otros empleos se comportaron de un modo similar al conjunto de la ciudadanía, obteniendo Milei los siguientes porcentajes: empleados administrativos o de comercio (el 53%), empleadas domésticas (el 54%), profesionales independientes (el 57%), quien vive de changas (el 58%) y, sorprendentemente, obreros (el 61 por ciento).

Entre quienes trabajaban, a mayor nivel de informalidad, se encuentra un aumento en la intención de voto a Milei: un 50% entre quienes recibían aportes de su empleador, un 59% entre los monotributistas y un 65% entre quienes no recibían aportes ni los hacían por su cuenta.

En cuanto a la educación, Massa se imponía levemente entre quienes tenían solo educación primaria (completa o incompleta) o superior completa, por unos cinco puntos, mientras que Milei lo hacía entre los que tenían secundario (completo o incompleto) por casi veinte puntos o el nivel superior incompleto, en este caso por solo cuatro puntos.

En relación con la cuestión etaria, es claro que Milei triunfó por el voto de los jóvenes y, en particular, de los hombres menores de 30 años e incluso hasta los 34 años. Esto no quiere decir que no sumase votos entre los mayores de 35 años y entre las mujeres. En efecto, casi la mitad de los adultos lo votaron y también

el 47% de las mujeres optaron por el libertario. Sin embargo, según nuestras estimaciones, entre los varones menores de 30 años la intención de voto a Milei alcanzó el 80% (las mujeres jóvenes se inclinaban en un 56% por el libertario), en el cuadro IX.1 se pueden ver los porcentajes para cada grupo etario y género. De hecho, si los hombres menores de 30 años hubieran votado como el resto de la ciudadanía, nuestros cálculos nos muestran que Massa podría haberse impuesto por una levísima ventaja. Es que Massa ganaba entre los varones de la tercera edad (el 52%) y entre las mujeres adultas (el 56%) y adultas mayores (el 55%). Para estas estimaciones empleamos las respuestas de voto hacia Milei o Massa recogidas en la encuesta del 28 al 30 de octubre, cuando el resultado era del 54% para el libertario y del 46% para el candidato oficialista.

CUADRO IX.1. Intención de voto para el balotaje (solo válidos) según grupos etarios y género

Género					
			De 18 a 29 años	De 30 a 65 años	66 años en a
Masculino		Massa	20%	47%	52%
		Milei	80%	53%	48%
	Total		100%	100%	100%
Femenino		Massa	44%	56%	55%
		Milei	56%	44%	45%
	Total		100%	100%	100%
Total		Massa	32%	52%	53%
		Milei	68%	48%	47%
	Total		100%	100%	100%

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Podemos considerar a este grupo de votantes de Milei masculinos y jóvenes como su “núcleo duro”, de hecho, el 84% lo votaba desde las PASO; a diferencia de las mujeres jóvenes (de quienes solo el 66% lo escogía desde las primarias) y de la gente mayor de 30 años, que se sumó en general después de las elecciones de octubre.[17]

LOS JÓVENES Y EL VOTO A MILEI

Como ya vimos, los jóvenes varones eran mucho más neoliberales (66 puntos de media) y conservadores (61 puntos) que el promedio de todas las personas (que tenían un nivel de neoliberalismo de 45 puntos en la escala elaborada en octubre, y de 53 en la de conservadurismo).[18] Previsiblemente, los varones jóvenes que votaban a Milei eran aún más neoliberales (79 de valor medio) y conservadores (69 puntos), mientras que los jóvenes que votaban a Massa eran nacional-populares (23 puntos) y progresistas (31 puntos en promedio).

La diferencia se daba en los tres grupos etarios y en los dos géneros, pero solo entre los varones jóvenes los valores eran tan elevados en neoliberalismo. Las diferencias no eran tan marcadas en cuanto al conservadurismo.

Surge el interrogante de en qué proporción lo votaban a Milei por ser jóvenes y cuánto por tener ideas neoliberales. En los grupos etarios de más edad, por ejemplo, entre los adultos mayores, la adhesión a ideas nacional-populares o neoliberales era determinante del voto. Así, entre quienes tenían más de 65 años e ideas nacional-populares (con valores en la escala por debajo de los 25 puntos) todos (el 99%) votaban a Massa y, a la inversa, quienes eran neoliberales (por encima de los 75 puntos), todos (el 100%) se inclinaban por Milei. Incluso, en este grupo etario, los nacional-populares moderados (de 25 a 50 puntos) votaban en un 87% a Massa y los neoliberales moderados (de 50 a 75 puntos en la escala) en un 95% a Milei.

En cambio, en los menores de 30 años había una relación menos directa entre la posición ideológica y el voto. Si bien quienes eran firmemente nacional-populares votaban a Massa y quienes eran claramente neoliberales a Milei, el 44% de quienes eran nacional-populares moderados también votaban al candidato libertario. En cambio, solo un 19% de quienes eran neoliberales moderados votaban a Massa. Podemos decir que, entre los jóvenes, el voto a Milei predominaba como una conducta relativamente grupal, con cierta independencia de las posiciones ideológicas en el caso de quienes tenían posiciones intermedias.

Algo similar, aunque menos marcado, acontecía entre quienes tenían entre 30 y 65 años: aquí un 26% de los nacionalpopulares moderados votaban a Milei, mientras que solo un 17% de los neoliberales moderados votaban a Massa.

Entre las preguntas que incluimos en la escala de conservadurismo de la encuesta de octubre, una tuvo un impacto muy significativo en el voto en favor de La Libertad Avanza. Los varones jóvenes que estaban en desacuerdo con tener que cuidarse con lo que decían y pensaban que la gente tenía que aguantarse más las críticas votaban casi en su totalidad a Milei, incluso quienes acordaban con este planteo, pero no de una manera extrema; mientras que quienes creían que estaba bien cuidarse porque antes mucha gente se sentía discriminada y la pasaba muy mal votaban casi todos a Massa. La cuestión es que solo un 7% de los varones jóvenes sostenían esta última posición y el 71% acompañaba las dos primeras.[19]

Los varones jóvenes también rechazaban las leyes y medidas dictadas para proteger a grupos específicos, por sentir que se habían olvidado de gente como ellos: un 57% pensaba que no habían sido tan necesarias o que ya habían sido demasiadas y que se habían olvidado de la gente como ellos. Un 23% pensaba que habían sido necesarias, pero suficientes, y solo un 19% creía que había que promover más. Pero lo más notorio era que solo en este último grupo Massa se imponía con el 66% de las intenciones de voto, y en los otros oscilaba entre el 4% y el 18 por ciento.

Es posible detectar una importante tensión personal con el feminismo, entre otras cuestiones relativas al género. Así el 69% de los varones jóvenes votantes de Milei tenían algún grado de problemas en vincularse con las mujeres por temor a quedar como machistas o directamente optaban por no relacionarse con feministas. Vinculado a ello, es importante dar cuenta de otro fenómeno que no ha sido fácil de medir pero que parece haber tenido un enorme impacto en favorecer el voto juvenil hacia Milei: el sentimiento de orfandad identitaria de muchos de sus votantes. Un estudio exploratorio realizado por Noelia Ávalos sobre la base de una encuesta a estudiantes de la Universidad Nacional de Quilmes mostró que, a pesar de que eran porcentualmente pocos quienes se inclinaban por el libertario en el balotaje (el 14% del total), su proporción se multiplicaba por seis entre quienes sentían que no pertenecían a ningún grupo y percibían que todos tenían un lugar en el mundo menos ellos (de estos, el 44% se inclinaba por Milei), en comparación con quienes formaban parte de un grupo y estaban muy conformes con este (solo el 7% votaban al libertario); incluso, se

observó un aumento uniforme en el voto a Milei en las respuestas intermedias, a medida que crecía la sensación de no pertenencia (por ejemplo, se inclinaban por el libertario el 30% de quienes no pertenecían a ningún grupo, pero creían que la mayoría estaba igual). De modo similar, en otra pregunta, se observó que el voto a Milei se incrementaba cinco veces entre quienes no se sentían identificados con algún movimiento (lo votaba el 42% de quienes no se sentían identificados con ninguno de los trece movimientos muy diversos que se les presentaron, incluyendo gamers y otakus, por ejemplo, además de "otro tipo de movimientos"), en comparación con quienes sí se identificaban con alguno de ellos (entre quienes solo el 8% lo votaba).[20] Milei parece haber despertado cierta empatía en varones jóvenes y solitarios que lo veían también como alguien solitario y frágil. Pero es muy probable que, al mismo tiempo, su imagen funcionara como el ejemplo de que aun alguien así podía obtener poder, convertirse en un "león", ser capaz de decir todo lo que piensa e, incluso, competir por la presidencia del país.

Por último, es muy significativo que también los votantes jóvenes de Milei acordaban con que para sacar el país adelante había que acabar con el kirchnerismo (un gobierno que no habían vivido): el 88% de los menores de 30 años (sin diferencia de género) acompañaba esta idea.

IDEOLOGÍA Y VOTO

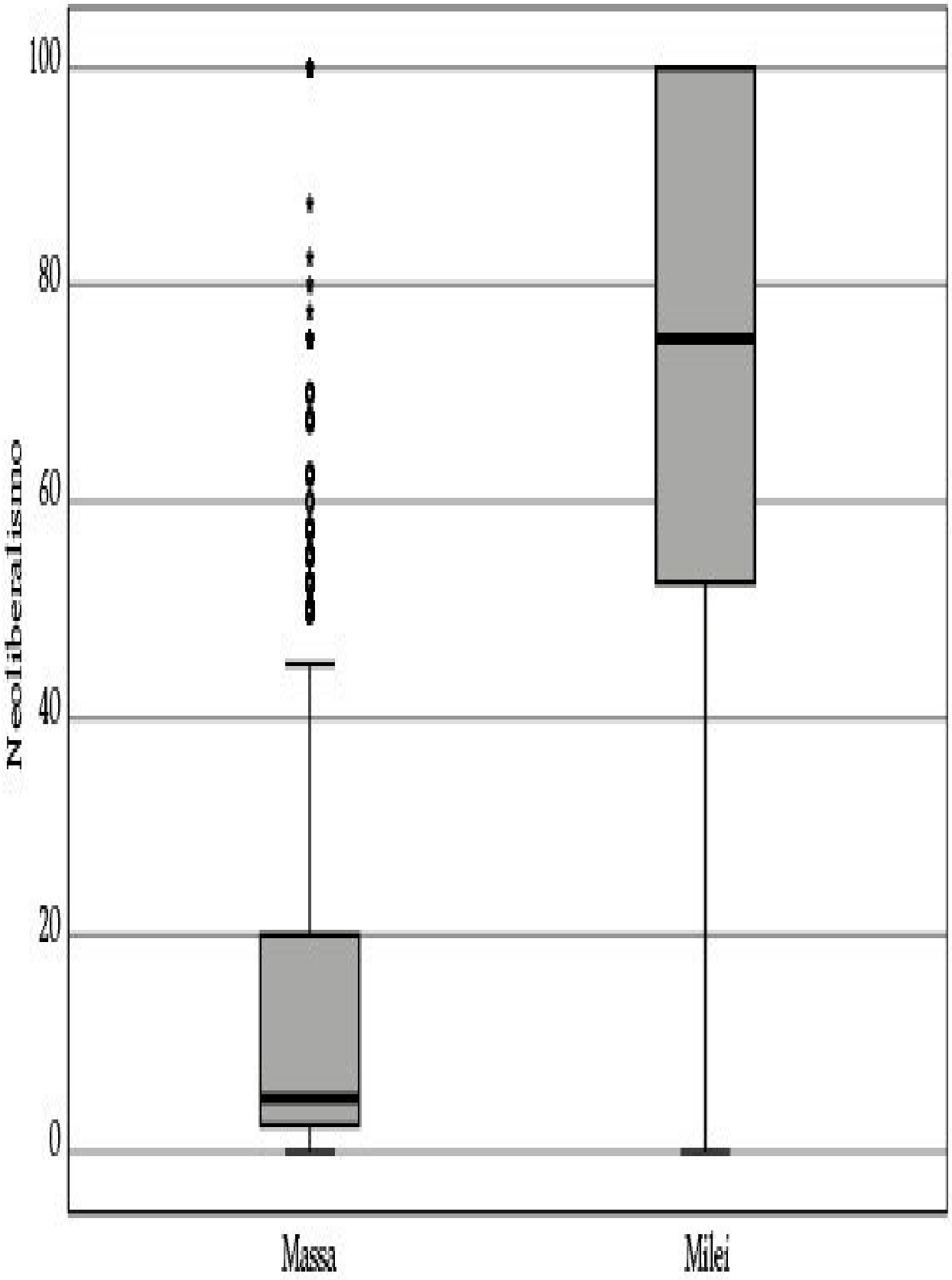
Las diferencias ideológicas entre el electorado de uno y otro candidato son notables, sobre todo porque nos encontrábamos en una segunda vuelta en la que, habitualmente, se pierden un poco los perfiles más nítidos de las bases electorales propias de cada fuerza política. La clave de esta situación excepcional era que, en las elecciones generales, no solo los votantes de Milei tenían un perfil neoliberal y conservador manifiesto, sino también la enorme mayoría de los electores de Bullrich, que en el balotaje se inclinaron masivamente por el libertario. Esta fuerte afinidad ideológica es la base de una alianza que se venía gestando por arriba (a través de la figura de Macri) pero también por abajo, con la progresiva derechización del electorado de Juntos por el Cambio.

Los gráficos IX.1 y IX.2 muestran que los votantes típicos de cada candidato eran muy diferentes: neoliberales y conservadores los del libertario, y nacional-populares y progresistas los de Massa. En principio, Milei corría con la ventaja de que los sectores neoliberales y conservadores eran levemente más numerosos que los nacional-populares y progresistas.[21] Pero, además, como comentamos al analizar las elecciones primarias a partir del voto a Milei y a Bullrich, el libertario tenía una mayor capacidad de conseguir votos algo nacional-populares y conservadores que Massa para obtener votos algo neoliberales y progresistas.[22] Asimismo, Milei obtuvo votos de personas ubicadas, con claridad, lejos de su discurso, es decir que eran nacional-populares (al menos moderados) y progresistas, mientras que Massa casi no consiguió el apoyo de quienes eran neoliberales y conservadores.[23]

Para entender por qué Milei logró atraer a más personas ubicadas lejos de su extremismo neoliberal y conservador debemos poner en juego otras cuestiones. En particular, el plano más específicamente político, donde estas tendencias ideológicas, por un lado, consolidan su vínculo con el voto y por otro, pueden diluir su efecto y permitir ciertas “incoherencias” entre las ideas y la conducta electoral. En principio, vamos a explorar dos cuestiones con efectos contrapuestos: la demonización del kirchnerismo y la instalación de la idea de que era necesario acabar con esta fuerza política, y la cercanía con el peronismo

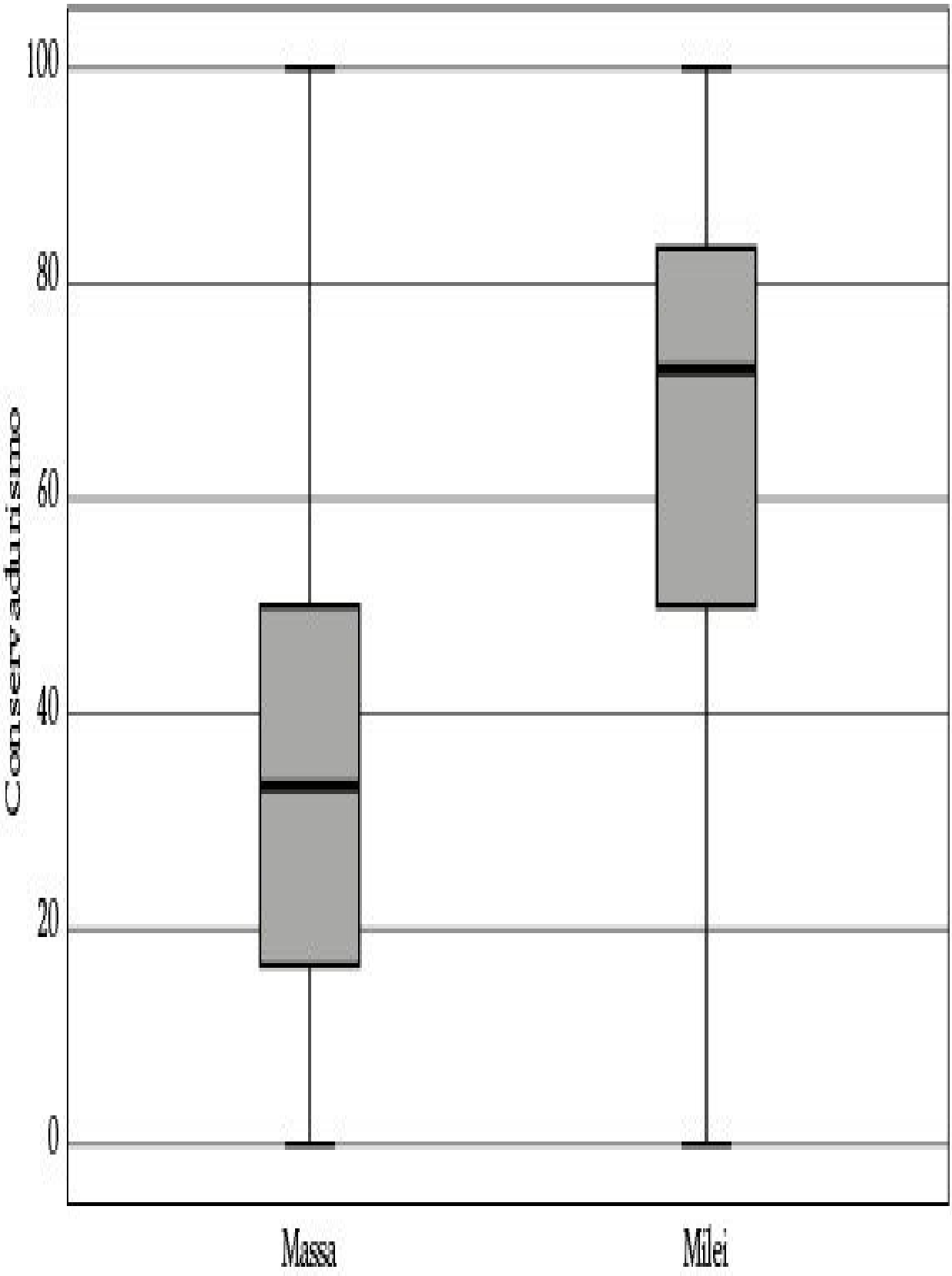
o los partidos que integraban Unión por la Patria.

GRÁFICO IX.1. Distribución en la escala de neoliberalismo de los votantes de Milei y de Massa para el balotaje


100
80
60
40
20
0
Neoliberalismo
Massa
Milei

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

GRÁFICO IX.2. Distribución en la escala de conservadurismo de los votantes de Milei y de Massa para el balotaje


100
80
60
40
20
0
Conservadurismo
Massa
Milei

FUENTE: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

La idea de acabar con el kirchnerismo para que el país saliera adelante no solo estaba muy arraigada, sino que tenía un impacto muy fuerte sobre el voto en el balotaje. Todos los que compartían fuertemente esa idea votaban a Milei (el 95%) y todos los que la rechazaban por completo lo hacían por Massa (el 99%). Pero los primeros eran el 52% de la ciudadanía y los segundos solo el 28%. De hecho, aunque quienes manifestaban estar solo "algo de acuerdo" con el planteo se dividían en sus intenciones de voto, esto tenía escaso impacto en el resultado final, ya que constituían meramente el 6% del total. Massa solo repuntaba entre quienes eran indiferentes a esta idea o estaban algo en desacuerdo.

Era como si quienes votaban a Milei no se hubieran permitido, siquiera, dudar de esta idea. Prácticamente todos pensaban que había que acabar con el kirchnerismo, solo estaba en desacuerdo el 1%. Era un consenso muy fuerte. Casi un "santo y seña" para reconocerse como la "gente de bien" que describía el discurso antikirchnerista. Una dicotomización que los estudios cualitativos encontraron entre los jóvenes interpelados por el libertarismo, que oponía a los ciudadanos que "se ganan el pan con el sudor de la frente" a "la mala gente": aquellos que cobran un sueldo o un subsidio del Estado.[24] Cabe aclarar que en la encuesta poselectoral, de diciembre de 2023, el voto a Milei solo se reducía un 5% entre quienes trabajaban en el sector público en comparación con el sector privado (y un porcentaje similar se observa en el voto en las elecciones generales). De modo que si este discurso antiestatal pudo servir para consolidar a un núcleo fuerte, no le impidió a Milei capturar el voto de muchos trabajadores del Estado.

El rechazo al kirchnerismo le permitió al candidato libertario atraer el voto de algunos sectores no tan neoliberales (por debajo del valor promedio de esta escala) pero que pensaban que había que acabar con el kirchnerismo. Así, Milei obtuvo el apoyo de un 7% de la ciudadanía que era más bien nacional-popular en sus ideas, pero creía necesario acabar con el kirchnerismo. En cambio, Massa solo sumó al 1% que era más bien neoliberal pero estaba en desacuerdo con aquella idea.

Un elemento que agregó, en este caso, algunos votos a Massa fue la cercanía con el peronismo (un 31% de la ciudadanía se sentía cercano a esta fuerza o a alguno de sus aliados). Mientras que Milei no encontró votos entre quienes eran peronistas, ni siquiera si acordaban con acabar con el kirchnerismo, Massa consiguió las preferencias de un 8% de la ciudadanía que era indiferente a esa cuestión (o incluso de algunos que estaban a favor), pero que se sentía cerca del peronismo. Y, además, el candidato oficialista atrajo votos de gente que no se sentía cercana al peronismo (un 10%), algunos de los cuales querían acabar con el kirchnerismo y otros discrepaban con esa idea de forma clara. Se observa así que, en algún punto, Massa logró que no lo identificaran automáticamente con el kirchnerismo, como pregonaban con insistencia los medios concentrados. Esto le permitió avanzar algunos puntos en relación con los resultados de las elecciones generales.

Para finalizar, como en otros temas, analizamos cómo todas estas cuestiones, y algunas más, interactuaban entre sí y explicaban la conducta electoral. El efecto conjunto de seis cuestiones nos permite explicar en un 92% el voto en favor de Milei o de Massa en el balotaje. Las dos cuestiones que tenían un peso casi equivalente eran la idea de acabar con el kirchnerismo (un 25%) y el nivel en la escala de neoliberalismo (un 24%), pero también tenía mucha incidencia la cercanía con el peronismo (un 20%), el impacto de las medidas de Massa (un 16%) y el nivel de conservadurismo (un 12%). Fueron excluidas del modelo explicativo final porque no tenían significación: la edad, el sexo, la contaminación y las medidas antidiscriminación.

[1] “Nueva encuesta sobre el balotaje: Cómo queda Massa tras el apoyo de Macri y Bullrich a Milei”, en Página/12, 26 de octubre de 2023, disponible en línea: <www.pagina12.com.ar>.

[2] Joaquín Morales Solá, “El vencedor menos pensado”, en La Nación, 23 de octubre de 2023, p. 13; Jorge Fernández Díaz, “El triunfo de la Argentina feudal”, en La Nación, 24 de octubre de 2023, pp. 1 y 8; Eduardo van der Kooy, “El batacazo de Massa ante una sociedad fragmentada y confundida”, en Clarín, 23 de octubre de 2023, p. 7.

[3] Ante la pregunta “¿qué le parece la alianza que hicieron entre Milei, Macri y Bullrich, luego de las elecciones generales del 22 de octubre?”, quienes

habían votado a Bullrich, respondieron “me gusta mucho” (un 26%), “me gusta bastante” (un 11%), “no me gusta, pero era necesario” (un 38%), “me es indiferente” (un 5%), “no me gusta” (un 7 %) y “no me gusta para nada” (un 13 por ciento).

[4] Entre quienes habían votado a Juntos por el Cambio en las recientes elecciones, un 30% afirmaba que la dirigente que sentían más cercana a su forma de pensar era Bullrich, un 17%, Macri, y un 5% Luis Juez; quienes apoyaron a Milei para el balotaje. Incluso, un 8% mencionó a dirigentes libertarios (la mayoría al propio Milei). Tan solo el 5% señalaba algún dirigente de la UCR (sin que ninguno se destacase), un 3% a Rodríguez Larreta y otro tanto a Schiaretti, y el 4% restante a una serie de dirigentes menores, ya que el 24% de quienes votaron por Bullrich declaraban que no había ningún político que le gustara cómo pensaba.

[5] Un 20% de los votantes de Bullrich no sabían qué posición tenía frente a la segunda vuelta el político más afín a sus ideas.

[6] Natalia Zuazo y Natalia Aruguete, “¿Polarización política o digital? Un ecosistema con todos los climas”, en Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez, Polarizados. ¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario), Buenos Aires, Capital Intelectual, 2021, pp. 135-154.

[7] Javier Auyero (comp.), ¿Favores por votos?, Buenos Aires, Losada, 1997.

[8] En particular, ninguna de las personas que votaron a Bullrich creía que Massa realmente haría un gobierno de unidad nacional, y solo un quinto de ellas pensaba que concretaría parcialmente esta propuesta sumando algunas figuras de la oposición. En el caso de quienes habían votado por Schiaretti, la mayoría descreía de la propuesta, aunque alrededor de un cuarto pensaba que la concretaría parcialmente, y un 15% sí creía que haría un verdadero gobierno de unidad. Previsiblemente, los votantes de Schiaretti que descreían por completo de la propuesta votarían todos a Milei y, en cambio, quienes consideraban que era una promesa real se inclinaban por Massa la gran mayoría, aunque no todos.

[9] Pablo Stefanoni, ¿La rebeldía se volvió de derecha?, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, p. 45. Recordemos que los plebiscitos han sido una manera de participación promovida muchas veces por las izquierdas, aunque también,

históricamente, ha sabido ser implementada por las derechas para tratar de legitimar formas autoritarias o dictatoriales de gobierno, como los plebiscitos de Luis Bonaparte en 1851 y 1852, de Mussolini en 1929, de Salazar en 1933, de Hitler en 1934, o de Pinochet en 1978 y 1980, aunque fue derrotado en el de 1988.

[10] Previsiblemente, casi todos los que no pensaban que sería un gobierno autoritario votaban por Milei y ninguno por Massa.

[11] Como se preveía, los más jóvenes elegían arriesgarse, pues no creían tener muchos derechos (un 61% frente a un 39% que escogían no dar un salto al vacío). En cambio, un 42% de los adultos y un 37% de los adultos mayores preferían no arriesgarse. También las mujeres optaban menos por arriesgarse (el 42%), mientras que lo hacían el 52% de los varones.

[12] Pablo Semán y Nicolás Welschinger, "Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas. Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden", en Pablo Semán (coord.), Está entre nosotros, Buenos Aires, Siglo XXI, 2023, p. 185.

[13] De todos modos, la distinción puede resultar importante porque quienes están dispuestos a "sacrificarse" por motivos anclados en planos más profundos de su personalidad difícilmente repiensen su posición política frente a los argumentos racionales que puedan presentarles sus amigos, familiares, compañeros o colegas.

[14] Un dato no menor para pensar la dinámica política que podría tener lugar durante la presidencia de Milei.

[15] Como escuchó un colega decir a uno de los manteros que vendían cosas en la puerta de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, al responderle a otro mantero que tenía dudas de votar a Milei pues no sabía qué iba a hacer: "¿Qué va a hacer? Va a perseguir a los chorros".

[16] La reducción en la participación fue de solo un 1% del padrón en comparación con las elecciones del 22 de octubre, 27.623.920 votantes entonces y 27.021.600 en el balotaje. En cuanto a los votos a algún candidato, se pasó de 26.791.634 votos afirmativos en primera vuelta a 26.153.280 en el balotaje. Los votos en blanco, que fueron 597.051 en las elecciones generales, se redujeron a 417.574. Y los votos nulos se incrementaron de 235.235 a 450.746 en la segunda vuelta.

[17] Excepto los varones de 30 a 65 años: el 56% ya lo había votado en las PASO.

[18] Incluso los varones jóvenes eran mucho más de derecha que los varones en general, cuyas medias eran de 51 puntos en neoliberalismo y de 56 en conservadurismo.

[19] Además, el 61% de quienes tendían de forma moderada a cuidarse y ser políticamente correctos votaban por el libertario.

[20] Noelia Ávalos, "Cómo impacta la orfandad identitaria en el voto", trabajo final del Seminario de Investigación Sociológica, Licenciatura en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes, 2023.

[21] De un lado, Massa tenía el 32% de ciudadanos que eran nacional-populares y progresistas. Mientras que Milei potencialmente sumaba el 37% con neoliberales y conservadores.

[22] Entre los nacional-populares y conservadores Milei logró sumar un 7% de la ciudadanía, mientras que Massa sumaba aquí al 10%. Y entre los neoliberales y progresistas, Massa solo pudo sumar un 2%, mientras que Milei capturaba al 9 por ciento.

[23] Estas posiciones opuestas le sumaron un 3% de la ciudadanía a Milei y solo un 1% a Massa.

[24] Pablo Semán y Nicolás Welschinger, op. cit., pp. 191 y 192.

Conclusiones

¿CÓMO ES QUE Javier Milei pudo ganar la presidencia de la República Argentina? Es momento de regresar sobre nuestra pregunta inicial, ahora provistos de muchos más elementos que las simples referencias a las cuestiones coyunturales. A grandes rasgos, podemos responder que triunfó porque el neoliberalismo ganó la disputa por la hegemonía, al menos en términos circunstanciales. Ya que, a pesar de la victoria electoral del libertario, no se verificó la imposición de una hegemonía neoliberal, como sucedió en la década de 1990, cuando las alternativas políticas pasaron a enmarcarse dentro de opciones que aseguraban claramente esta continuidad. El escenario que deja 2023 es el de una disputa abierta.

Volvamos a la situación de comienzos de ese año y recapitulemos qué proyectos social-políticos luchaban por la hegemonía. Por un lado, había emergido, desde hacía un par de años, un proyecto neoliberal con algunos perfiles moderados, que proponía el diálogo para construir consensos políticos y sociales en torno a transformaciones profundas pero acordadas. Horacio Rodríguez Larreta lo impulsó y fue sumando el apoyo de la mayor parte de la dirigencia de Juntos por el Cambio, la mayoría del empresariado e, incluso, de la embajada estadounidense; un conjunto de sustentos que le auspiciaban grandes chances de imponerse en las elecciones presidenciales. Partía del balance de que la causa del fracaso del gobierno macrista había sido la falta de esos consensos, en particular con los sectores peronistas de centro y la porción más dialoguista del sindicalismo. Otra variante política de este mismo proyecto fue encabezada por Juan Schiaretti, pero por la dinámica político-partidaria no pudo confluir electoralmente con Rodríguez Larreta.

Por otro lado, crecía otro proyecto neoliberal que, en clara oposición al anterior, evaluaba que el error del gobierno de Cambiemos había sido el “gradualismo” y que, si se retornaba al gobierno, se debía hacer todo de forma mucho más veloz, decidida y con la represión necesaria para quebrar cualquier resistencia popular. El eje no estaba puesto, de ningún modo, en el diálogo. Este era el proyecto impulsado tanto por Mauricio Macri como por Patricia Bullrich, y contaba con el apoyo de varios sectores empresariales y, en especial, de una porción

significativa de los medios de comunicación concentrados.

Casi como una versión exaltada de este proyecto, se instaló con fuerza la opción de un programa neoliberal autoritario, el que promovía Javier Milei y su alianza de sectores libertarios y ultraconservadores. Su cultivado perfil “rebelde” y casi “marginal” aún no era criticado por la mayoría de los medios, en los que, en cambio, el libertario alcanzó un gran protagonismo gracias a su histrionismo.

Enfrente de estas tres variantes del neoliberalismo, no terminó de emerger con claridad el proyecto que iban a impulsar el peronismo y las fuerzas que lo acompañaban en su coalición de gobierno. Oscilaban entre construir algo nuevo o relanzar el proyecto que, sin muchas definiciones, había querido elaborar Alberto Fernández, haciendo un culto de la “moderación” en una permanente búsqueda de equilibrio entre los intereses de los distintos sectores del empresariado y de los asalariados más organizados, además del apoyo de algunos movimientos sociales. La combinación de elevada inflación, caída de los ingresos reales de los trabajadores (mucho más intensa entre los sectores informales) y pérdida de credibilidad de la palabra del presidente produjo que esta segunda opción no lograra generar mayores adhesiones, de modo que la discusión se centró en cuál podía ser la alternativa. De todos modos, nunca se organizaron espacios de debate para esta discusión en forma colectiva, siquiera a nivel de la dirección política más elevada. Por momentos, pareció que iba a emerger un proyecto más cercano al kirchnerismo clásico, aunque cultivando vínculos mucho más cordiales con la dirigencia empresarial y con los gobernadores peronistas más tradicionales, en la línea construida por Eduardo “Wado” de Pedro, el potencial candidato de este sector. Sin embargo, finalmente, se concretó la candidatura de Sergio Massa, una figura que garantizaba la continuidad del proyecto implícito en la gestión de Fernández, aunque con el reaseguro de que la cabeza del gobierno estaría en manos de alguien más enérgico, pragmático y decidido. Un sector del empresariado, casi todo el sindicalismo y buena parte de los movimientos sociales, además de muchas figuras de la sociedad civil, apoyaron este proyecto, sobre todo en su confrontación con la opción ultraneoliberal en el balotaje.

Ni la izquierda y el centro-izquierda dentro de Unión por la Patria (UP), ni la izquierda trotskista lograron instalar sus proyectos societales como una opción real en la lucha política en torno a las elecciones de 2023, más allá de la importante cantidad de votos que obtuvo la precandidatura de Juan Grabois (con su propuesta de un plan de gobierno para una Argentina Humana) y de las

simpatías que logró Myriam Bregman durante la campaña electoral.

En este marco de proyectos que disputaban la hegemonía, el triunfo de Milei fue la resultante de la combinación de dos grandes procesos, que interactuaron entre sí en la larga coyuntura de casi cinco meses de dinámica electoral (desde comienzos de julio, cuando empezó la campaña oficial para las primarias, hasta el 19 de noviembre, cuando se celebró la segunda vuelta presidencial). Por un lado, fue posible por una serie de transformaciones ideológicas de mediano y largo plazo en la sociedad argentina que favorecieron la adhesión entusiasta de algunos y el apoyo resignado de otros a un proyecto tan ultraneoliberal y autoritario al que, un par de años antes, le hubiera sido imposible conseguir el voto de la mayoría. Y, por otro, su victoria fue la resultante de la forma en que se desenvolvió la disputa política y la dinámica de las alianzas entre las fuerzas que impulsaban estos distintos proyectos a lo largo de las sucesivas instancias electorales (elecciones primarias, generales y balotaje). Recapitulemos brevemente la intersección entre estos dos procesos.

En primer lugar, en las elecciones primarias de agosto, se visualizó que la sumatoria de las dos fuerzas neoliberales concitaba la adhesión de casi seis de cada diez ciudadanos. El proyecto neoliberal se recuperó de su estrepitoso fracaso durante la presidencia de Macri. El gobierno de Fernández había sido incapaz de generar una sanción política (o incluso legal) al macrismo por el desastre en que sus políticas habían dejado al país (en particular por su desmedido endeudamiento). El mismo fracaso económico de la gestión de Fernández permitió la reinstalación de la opción neoliberal, de la mano de una crítica al crecimiento de la pobreza que, más allá de ser real, se utilizaba para desacreditar el proyecto nacional-popular. Al mismo tiempo, este discurso descuidaba por completo la cuestión de la igualdad social y económica; como hemos visto, esta perspectiva logró una importante capacidad interpelativa: un parte importante de la ciudadanía pasó a aceptar altos niveles de desigualdad. Pero, además, la recuperación neoliberal sucedió porque se combinaron tres estrategias que interpelaron con éxito a diferentes tipos de subjetividades políticas: la consensualista de Rodríguez Larreta, la crítica del gradualismo de Macri y Patricia Bullrich, y la de un neoliberalismo “salvaje” impulsado por Milei. La principal duda que instalaron las elecciones primarias fue si estas tres vertientes confluirían electoralmente en las dos instancias de participación ciudadana por delante.

En particular, en la interna de Juntos por el Cambio, Bullrich se impuso

holgadamente sobre Rodríguez Larreta, a pesar de que este último tenía muchos más recursos y apoyos de la dirigencia de todos los partidos integrantes de la coalición. La clave de esta victoria fue la fuerte asociación que existía, en la base electoral de Juntos por el Cambio, entre neoliberalismo y conservadurismo. La gran mayoría de quienes sostenían ideas neoliberales presentaban actitudes conservadoras, cuando no autoritarias. Una simbiosis que representaba Bullrich, naturalmente, con su estilo duro y su consigna de orden y ejecutividad. El avance de una reacción neoconservadora se venía gestando desde hacía varios años, a pesar de que muchos pensaban que las ideas progresistas estaban muy arraigadas y que existía un fuerte consenso democrático. Paulatinamente, el discurso reaccionario cobró legitimidad en la arena pública, tanto por la prédica de sectores del macrismo como por la propia irrupción de los grupos libertarios. Esta discursividad ultraconservadora aprovechó la tolerancia, que el sistema democrático estimula, para desplegar un discurso intolerante (que es lo que nunca debe tolerar una democracia). Porque no solo se logró que se pudieran decir cosas muy irracionales y faltas de toda compasión hacia el otro, sino que también se instaló un discurso del odio que promovía la estigmatización de determinados sectores y, directa o indirectamente, su eliminación: desde “los planeros” y “los negros”, hasta “los kirchneristas”, llamados despectivamente “kukas” (remitiendo al significante “cucarachas”). A su vez, estos sectores estigmatizados, en forma implícita o explícita, fueron asociados con “la delincuencia”. La escasa reacción del conjunto de la dirigencia ante el intento de asesinato de la vicepresidenta de la nación y su banalización en redes sociales e, incluso, en importantes medios de comunicación, fue todo un síntoma de la instauración de este clima de violencia simbólica que podía trasladarse al plano de los hechos y también promover el apoyo a opciones político-electorales extremas.

Este giro hacia el autoritarismo y las posiciones conservadoras de parte de la base electoral neoliberal no solo permitió el triunfo de Bullrich en la interna de Juntos por el Cambio, sino que al mismo tiempo posibilitó a Milei alcanzar la primera posición en las elecciones primarias. Como comentamos, la sorpresa fue mayúscula, porque en los meses previos, el candidato libertario había comenzado a ser cuestionado y minimizado por parte de la mayoría de los comunicadores de los medios concentrados, para fortalecer las chances de los candidatos de Juntos por el Cambio. Pero la vinculación de Milei con el sector juvenil a través de las redes sociales le permitió mantenerse relativamente inmune a las críticas mediáticas. Además, más allá de este giro táctico en la actitud de los medios, el libertario se había instalado no solo como un candidato

para canalizar la bronca por las sucesivas frustraciones generadas por el resto de la dirigencia política, sino que también consiguió que un importante sector de la ciudadanía empezara a compartir algunas de sus propuestas más extremas, como “acabar con la justicia social”, o su diagnóstico de que el problema de la economía argentina eran los elevados gastos estatales y la alta emisión monetaria; por lo cual también acordaba con reducir drásticamente el Estado y despedir a muchos de los empleados públicos (solo existía una mayoría clara que se oponía a la propuesta ultraneoliberal de acabar con los derechos laborales). Un discurso simple, claro y repetitivo asentó algunas ideas como verdades.

Por su parte, el Frente de Todos, rebautizado UP, quedó en tercer lugar en las elecciones primarias y, por un momento, pareció que su suerte estaba sellada por completo, con una derrota segura en las elecciones generales de octubre. Sin embargo, logró una espectacular remontada y estuvo a solo tres puntos porcentuales de que su candidato se convirtiera en presidente. Este sorprendente ascenso fue posible por una combinación de la activación de la militancia kirchnerista y de un amplio campo de personas progresistas muy preocupadas ante un eventual triunfo de Milei, por un lado, y por las medidas económicas en favor de los sectores populares y las clases medias que concretó Massa en su calidad de ministro de Economía, por otro. Su notorio crecimiento electoral se basó en tres fuentes: el voto de buena parte de quienes no habían votado en las elecciones primarias, el favor de quienes habían votado por fuerzas que no superaron el filtro de las PASO y, sobre todo, el apoyo de electores que en esta instancia se volcaron por el candidato de UP aunque habían votado por otros partidos que también participaban de las elecciones generales.

Ante el fracaso de Bullrich para, siquiera, mantener el caudal obtenido por los dos candidatos de Juntos por el Cambio en las elecciones primarias, Milei quedó instalado como contrincante de Massa para el balotaje (a pesar de que no logró incrementar en nada el porcentaje de votos que había obtenido en las primarias). Desde UP se creía que era el mejor escenario para conseguir la victoria. Durante un par de días posteriores a las elecciones generales el triunfo de Massa pareció muy probable. Sin embargo, todo se modificó a partir de la alianza que Macri realizó con Milei, a la que sumó a Bullrich. En pocos días, casi todos los votantes de Juntos por el Cambio pasaron a celebrar la alianza o, al menos, la aceptaron como necesaria. Es que la base electoral de Bullrich tenía un perfil ideológico muy similar a la de Milei (en particular, quienes mantuvieron su voto al libertario en las elecciones generales). Además, la audaz jugada de Macri descolocó al resto de la dirigencia de Juntos por el Cambio que, si bien, en

general, no apoyó a Milei, tampoco se inclinó por Massa, dejando la indicación de Macri y de Bullrich como única sugerencia electoral clara para quienes se sentían cerca de esta fuerza política. Esta reorientación del voto de Juntos por el Cambio hacia Milei también fue favorecida por el papel de los periodistas y comunicadores de los medios concentrados que explícitamente apoyaron esta conducta electoral, con clara incidencia en los votantes de Bullrich, como pudimos comprobar.

El principal recurso del candidato oficialista para tratar de ganar adhesiones, su convocatoria a un gobierno de "unidad nacional", no logró ser verosímil, pues ningún dirigente opositor se sumó al llamado. Tampoco funcionó la apelación al "miedo" a la que recurrió la militancia y diversos sectores del progresismo, ante una figura que fácilmente debía generar temores o hasta terror ante su eventual llegada a la presidencia de la nación. Sin embargo, verificamos que muy pocos de los ciudadanos y ciudadanas que votaron a Bullrich o a Schiaretti en octubre sentían un miedo tan grande ante el posible triunfo del libertario como para reorientar su voto hacia Massa. Incluso, buena parte de quienes admitían que Milei les parecía un peligro, lo votaban o, cuanto mucho, respondían que votarían en blanco o anularían. Es que, si bien la reacción conservadora no había ganado a la mayoría de la ciudadanía, sí logró que solo una minoría mantuviera posiciones progresistas sólidas como para horrorizarse ante una eventual llegada a la presidencia de alguien tan autoritario y conservador como Milei. Por eso, no funcionó la apuesta de UP por alcanzar amplios apoyos electorales, incluidos sectores para nada cercanos al peronismo, frente a un candidato tan extremo. Si, por algún momento, las propias declaraciones de Milei generaron que una porción de la ciudadanía lo identificara como el culpable de la disparada en el valor del dólar y de la inflación, su posterior llamado al silencio y la cobertura mediática favorable que tuvo luego de la alianza con Macri disiparon esta asociación y dejaron la responsabilidad de la crisis en la figura de Massa. Y este mismo contexto de crisis generó en muchos la idea de cualquier cambio era mejor que continuar así.

Massa tampoco pudo atraer a un sector de la ciudadanía que tenía ideas nacional-populares moderadas (o progresistas moderadas) pero que mostraba cierta confusión ideológica en términos de cómo pensaba la dinámica social, pues consideraba que una minoría formada por piqueteros, feministas, la izquierda, los kirchneristas o los políticos corruptos se imponía a la mayoría de la sociedad. Por lo tanto, fueron interpelados exitosamente por Bullrich y Milei, y luego por este último en el balotaje, con sus propuestas de revertir esta

situación y reprimir a estas minorías “izquierdistas”. Si el candidato de UP no pudo atraer a estos nacional-populares o progresistas “confundidos”, tampoco obtuvo votos entre quienes eran neoliberales o conservadores moderados, pues entre estas personas nadie pensaba que hubiera una minoría empresarial u oligárquica que se imponía sobre la mayoría de la sociedad. Por lo tanto, difícilmente podían prestar su apoyo a proyectos que identificaran en la mezquindad de estos sectores el problema argentino. De modo que las bases electorales de Massa quedaron prácticamente circunscriptas a los votos de quienes tenían ideas nacional-populares y progresistas claras. El apoyo de la enorme mayoría de los sindicatos, la activación del aparato del Partido Justicialista y la militancia, incluso de figuras de la sociedad civil, no lograron incrementar en el balotaje más que en un pequeño porcentaje el resultado alcanzado por UP en las elecciones generales. Se puso en evidencia la fragilidad de las mediaciones políticas y sociales. Muchos trabajadores no fueron interpelados por las recomendaciones de sus representantes gremiales, una importante porción de los sectores populares no siguió los consejos de los dirigentes barriales y un significativo sector de la ciudadanía no escuchó a figuras del ámbito de la cultura que llamaron a votar a Massa o, al menos, no a Milei.

Otros dos elementos configuraron el escenario de triunfo de La Libertad Avanza. Por un lado, el éxito en la demonización del kirchnerismo, que logró que más de la mitad de la ciudadanía pensara que había que acabar con esta fuerza política para que el país saliera adelante; también la imposición de perspectivas históricas muy críticas del peronismo y laudatorias o justificadoras de la última dictadura y del menemismo aportaron a consolidar el voto por Milei. Y, por otro lado, contó con la disposición al sacrificio de amplios sectores de la ciudadanía, en términos de aceptar el empeoramiento de su propia situación económica para lograr el crecimiento de la economía; aunque también operaran elementos de negación que hacían pensar a muchos que Milei no concretaría todo lo prometido, a pesar de la enorme determinación que su enunciación transmitía. Todos estos elementos se combinaron para que, frente a la crisis, muchos aceptaran un proyecto que prometía crecimiento, pero sin ningún tipo de medidas de inclusión; sino que, por el contrario, proponía la eliminación de todas las instancias de auxilios estatales, “acabando con la justicia social”, y que, en este sentido, entroncaba con la celebración del emprendedurismo y la meritocracia extendidos durante la última década en Argentina.

De este modo, un proyecto neoliberal recargado consiguió el apoyo de casi el

56% de la ciudadanía, lo que significa un amplio respaldo para que los sectores más concentrados del empresariado, muchos de ellos monopolios u oligopolios en sus respectivas ramas económicas, obtuvieran un enorme poder político para impulsar un proyecto de reestructuración de la relación entre economía y sociedad en Argentina. Ahora bien, no se ha resuelto cómo será la relación entre estos grandes grupos nacionales y las megaempresas internacionales que, en la prédica de Milei, no deberían tener restricciones para avanzar sobre el mercado argentino. El impacto que tuvo su triunfo a nivel mundial y las celebraciones por parte de algunos de los más grandes multimillonarios no son solo producto de sus extravagancias y las del presidente argentino, sino que tienen por detrás el impulso, en todo el planeta, de una radicalización del proyecto neoliberal que procura erradicar todo freno estatal al proceso de concentración perseguido por las megaempresas. Sin embargo, en Argentina, la falta de mayorías parlamentarias de La Libertad Avanza seguramente obligue al gobierno a permanentes negociaciones con los legisladores de fuerzas políticas con una mayor imbricación con las burguesías medianas, lo que puede relativizar la radicalidad del proyecto ultraneoliberal. De todos modos, esta debilidad parlamentaria de la fuerza del presidente podrá ser subsanada con alianzas con las debilitadas y divididas fuerzas que integran Juntos por el Cambio y, de seguro, con algunos dirigentes peronistas siempre solícitos a negociar con los oficialismos de turno más allá de sus orientaciones ideológicas. Además, siempre le quedará a Milei el recurso de gobernar a través de decretos de distinto tipo y alcance.

Pero la dinámica política quedó abierta sobre todo porque las fuerzas nucleadas en torno a UP demostraron una gran capacidad de movilización y de articulación con diversos sectores representativos del progresismo, además de reafirmar sus vínculos más tradicionales (pero a veces olvidados o tensionados) con el sindicalismo y los movimientos sociales; incluso la relación del peronismo y sus aliados con la izquierda trotskista no tiene el nivel de tensión del pasado. Y, como vimos, las bases electorales de UP mostraron una notoria conciencia en el plano ideológico en línea con los planteos nacional-populares y progresistas.

Difícilmente un proyecto neoliberal extremo pueda impulsar un modelo de sociedad que resulte inclusivo, no solo para las mayorías populares, sino que es probable que tampoco pueda incorporar al grueso de los sectores burgueses y pequeñoburgueses. Con todo, no debería pensarse en ningún automatismo que lleve inexorablemente a la bancarrota del gobierno de Milei. Esto por dos motivos que se vinculan entre sí. En primer lugar, porque existe un generalizado

deseo, en casi todos los sectores sociales, de que Argentina logre un crecimiento sostenido durante un tiempo prolongado, más allá de que este proceso requiera niveles importantes de ajuste y restricciones en las capacidades adquisitivas de muchos hogares (al menos de los que poseen cierta capacidad de soportar estas reducciones). Esto es lo que analizamos como disposición para el (auto)sacrificio. Y, en segundo lugar, porque existen algunos elementos objetivos que pueden estimular un ciclo de inversiones productivas que impulsen ese crecimiento (desde los recursos naturales y su disponibilidad de transporte, especialmente con el gasoducto Néstor Kirchner construido en tiempo récord en 2022 y 2023, hasta los bajos salarios que dan a los empresarios importantes niveles de ganancia). Si estas potencialidades de crecimiento se concretan y la inflación baja (algo previsible si tiene lugar un ciclo recesivo, que el propio Milei ha propuesto), no hay que descartar algún nivel de consenso, aunque el crecimiento se dé en el marco de un elevado incremento de la exclusión social, la vulneración de derechos de buena parte de la población, la consolidación de enormes desigualdades y la profundización de la concentración económica. La experiencia del menemismo mostró que durante una década fue posible combinar alta desocupación, baja inflación, intensa concentración y apoyos electorales mayoritarios a un modelo neoliberal. Es cierto que esto fue dirigido por un conjunto de hábiles cuadros políticos (capaces de enhebrar alianzas con sectores de la burocracia sindical y la mayoría de la dirigencia peronista y de establecer acuerdos con el radicalismo) que hoy parecen brillar por su ausencia. Además, habrá que ver en qué niveles la aceptación del “sacrificio” por parte de la mayoría de los votantes de Milei y la fuerte adhesión a un conjunto de ideas y propuestas neoliberales se mantendrán a medida que las políticas de su presidencia erosionen los ingresos reales de estos ciudadanos de forma notoria. De todos modos, siempre le quedará el recurso a la combinación de consenso y coerción. La inclusión de Bullrich como su ministra de Seguridad fue toda una señal de que no se dudará a la hora de implementar medidas represivas para sostener el proyecto contra toda protesta social. En este sentido, se entronca en una tradición del neoliberalismo que, en América Latina, comenzó a implementarse a partir de las dictaduras de los años setenta y con el apoyo de las principales figuras teóricas de esta tradición económica.

Para finalizar, queremos aventurar algunas palabras acerca de qué hicimos mal, más allá de las adversidades propias del contexto global en que el discurso de la derecha se expande. La pregunta resulta central, porque si observamos el accionar de las fuerzas neoliberales, la “autocrítica” temprana fue uno de los aspectos clave que le permitió al macrismo relanzarse a la disputa política a

pesar del desastre económico en que sumió al país en 2019. Obviamente, si pensamos en un proyecto emancipador, se requiere que esta evaluación crítica sea realizada de forma colectiva y no como una mera indicación de un dirigente y que, además, forme parte de una estrategia política más amplia.

La pregunta por lo que “hicimos” mal requiere definir primero un “quiénes”. Cada una y cada uno de los que pensamos que el triunfo de Milei es una calamidad para las mayorías populares de Argentina podrá sentir, según dónde se ubique en la dinámica política, cuál es su principal colectivo de identificación y desde allí asumir su cuota de responsabilidad en no haber podido impedir su victoria electoral. Por ello, aquí solo haremos una apreciación muy general, unificando, con cierta artificialidad, un campo popular y progresista desde el cual formular una autocrítica, cuando sabemos que está conformado por muy diversos espacios y agrupaciones, con perspectivas y responsabilidades muy diferentes. Pero, como es claro que se hicieron muchas cosas mal, enunciaremos algunas.

Faltó detectar a tiempo el avance de la reacción neoconservadora y reelaborar la propuesta progresista para tratar de incorporar a diversos sectores que sentían que se los estaba “dejando olvidados” o, incluso, percibían que eran “agredidos”, por ejemplo, por su condición masculina o por sus gustos y actitudes más tradicionales. Muchas veces no se supo elaborar una propuesta en la que pudieran sentirse incluidos vastos sectores que fueron, entonces, “regalados” a la interpelación reaccionaria. Por otro lado, frente a los discursos del odio, además de elaborar respuestas argumentales más sólidas, tendríamos que haber instrumentado medidas para impedir su circulación en los medios masivos de comunicación y una fuerte restricción de su enunciación en las redes sociales. La democracia debe tener elementos para la defensa de una arena plural de debate, de libertad de opinión en línea con lo establecido por el marco legal vigente, pero no puede permitir que crezcan los discursos antidemocráticos que naturalizan la inferiorización, la demonización y la cosificación de las personas. No puede ser que dejemos que las prédicas neofascistas destruyan la democracia desde dentro. Es claro que esto requiere consensos entre las principales fuerzas políticas, algo que resultó cada vez más difícil, porque un importante sector de Juntos por el Cambio toleró o hasta estimuló la difusión de estos discursos del odio, y quienes no compartían esta actitud tampoco se separaron u opusieron a ella. Pero es cierto que, desde el campo popular, a veces, no se supo mantener los espacios de diálogo con sectores centristas de la oposición, de modo de procurar evitar su abroquelamiento, al menos, para abordar estas cuestiones

democráticas. También se requería una regulación democrática de los medios de comunicación y de las redes sociales. Algo que, como vimos, no es sencillo de concretar; están a la vista las enormes trabas que se le pusieron a la implementación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Sin embargo, su sanción y el debate público que se generó antes y después colaboraron con promover una sociedad más alerta ante quiénes eran los emisores de determinados discursos y qué intereses podían tener por detrás. También ayudó a colocar "a la defensiva" a estos medios concentrados y a promover medios alternativos. Pero nada de esto se hizo durante el gobierno de Alberto Fernández. Del mismo modo, tampoco se actuó para implementar algún tipo de regulación democrática de los algoritmos que emplean las megaempresas monopólicas que manejan las redes sociales. Y algo similar aconteció con la eternamente pospuesta reforma del Poder Judicial. Considero que algunas "batallas" deben ser planteadas y encaradas incluso si las previsiones del resultado no son un triunfo pleno, ya que instalan las cuestiones en la agenda pública, ayudan a concientizar a porciones importantes de la sociedad y, casi siempre, permiten algunos avances, aunque sean parciales.

También nos faltó ser más duros con la corrupción; aunque es cierto que el gobierno de Fernández no tuvo grandes denuncias, algunos hechos puntuales tuvieron un impacto terrible. Hay que ser implacables, no solo por una ineludible cuestión ética (que además erosiona las actitudes militantes imprescindibles en todo proyecto emancipador), sino también por dos efectos en términos de desgaste de los apoyos políticos. Por un lado, la difusión mediática de los casos más rutilantes puede restar votos claves para lograr un triunfo electoral. Por otro, los casos más pequeños y locales contribuyen a un permanente discurso antipolítica que desvincula a las bases ciudadanas imprescindibles para consolidar una transformación social.

Frente al "renacer" del discurso neoliberal, ahora más drástico y articulado con posiciones conservadoras y hasta autoritarias, considero que faltó una denuncia más intensa del desastre del macrismo y, sobre todo, de la herencia que dejó. Se confió demasiado en que la memoria de la experiencia de su gobierno alcanzaba para que todo lo vinculado con el expresidente fuera motivo de rechazo por parte de la ciudadanía; se comprobó que esto no fue así. También se subvaloró el impacto de la inflación sobre el crecimiento y, sobre todo, sobre la situación económica de los sectores más necesitados. Tal vez se confió demasiado en que los acuerdos paritarios, con aumentos salariales que iban relativamente a la par de la inflación, solucionaban el núcleo del problema. Detrás de esta incapacidad

de frenar la inflación estaba la carencia de un proyecto económico desde el cual definir políticas para abordar el problema con los apoyos políticos y sectoriales necesarios.

Esta debilidad frente a la ofensiva ideológica neoliberal se agravó por la crisis en los procesos de formación cívica. Es que, en líneas generales, no se cumplieron las expectativas generadas (a partir del regreso a la democracia y, en particular, en las últimas dos décadas) de que las transformaciones en el sistema educativo iban a consolidar la emergencia de una ciudadanía más crítica, más participativa y mejor formada en cuanto a su capacidad para comprender la historia contemporánea y la complejidad de la dinámica social. Más allá de las sucesivas reformas, incluida la obligatoriedad del nivel medio, una serie de cambios curriculares, la incorporación de nuevos contenidos y la apertura a la estimulación de actitudes críticas, pareciera que la crisis general de la educación arrastró todos estos intentos al fracaso. Más aún, muchos de estos objetivos fueron denunciados como “adoctrinamiento” desde el discurso neorreaccionario de las derechas. En esta línea, vimos que las miradas sobre la historia argentina hoy están más influenciadas por el discurso político neoliberal autoritario y por la permanencia de un mirada conservadora que por las lecturas generadas por la historiografía. A su vez, las explicaciones predominantes en cuanto a la dinámica social y económica muestran que una importante porción de los jóvenes (y no tan jóvenes) adhiere a imágenes simplistas de la sociedad que suponen, por ejemplo, el increíble dominio de minorías progresistas sobre el conjunto de la sociedad. Al mismo tiempo, se observa una elevada despreocupación por la política que, junto con esta escasa comprensión de la dinámica socioeconómica, lleva a muchos jóvenes a un voto generalizado por Milei, a veces casi como una tendencia grupal, cuando no a una adhesión entusiasta, pero poco profunda, a sus propuestas. Cuarenta años de democracia y el control político por parte de gobiernos nacional-populares (incluso con el acompañamiento de los sindicatos docentes) de la mayor parte de los aparatos estatales encargados de la formación de las nuevas generaciones de educadores y del diseño de las políticas educativas y de los contenidos curriculares (en los planos nacional y, también, de muchas jurisdicciones provinciales) no parecen haber conseguido que se concretaran los objetivos declamados, en el campo de la formación cívica, desde este proyecto político-ideológico.

Ahora bien, más allá de estas carencias en las respuestas ante el avance reaccionario y la potencia del retorno del proyecto neoliberal, faltó la construcción de una alternativa. En este sentido, no se logró elaborar un proyecto

nacional-popular más claro, más decidido, que entusiasmara a la base militante y al conjunto de simpatizantes. Sin una utopía, aunque sea de mediano plazo, la lucha política pasa a darse, desde el campo popular, en términos defensivos, procurando que no “nos saquen” los logros, que “no nos quiten derechos” y esto, más allá de que pueda tener eficacia con determinados sectores y en algunos momentos, difícilmente construya victorias importantes. Incluso una propuesta reformista implica trazar una línea de reformas que conduzcan a un futuro venturoso. Y también se requiere enunciar esta propuesta con fuerza y con vehemencia, para que todos la escuchen con claridad (en esto algo tenemos que aprender de la estrategia de Milei). En 2023 faltaba transmitir esta idea de que un futuro mejor era posible de la mano de UP, y algo similar aconteció en 2015.

Y, también como en 2015, faltó un partido democrático de masas a la altura de la confrontación planteada con las fuerzas neoliberales. No alcanzaba con que Cristina Fernández de Kirchner expresara en la Plaza de Mayo, como lo hizo el 25 de mayo de 2023, que había que elaborar un programa de gobierno. Era necesario que se construyeran instancias democráticas donde este se elaborara y debatiera, y, de paso, donde también se definieran las candidaturas, en todos los niveles. En este sentido, resulta notoria la brecha existente entre una militancia muy activa y con fuertes discusiones sobre la política local o nacional, y la forma en que se definen los proyectos y las candidaturas “desde arriba”, en general, sin ninguna incidencia de esta militancia.

Es que, para dar la disputa por la hegemonía, los sectores populares necesitan una organización político-ideológica que, en general, la clase dominante no precisa en forma tan elaborada. Es necesaria una organización que integre a las bases de simpatizantes y de militantes en espacios en los que puedan formarse política e ideológicamente, pero donde también se debata la realidad y se asuma la responsabilidad de la toma de decisiones, a través de sus representantes en instancias locales, provinciales y nacionales. Un espacio donde se puedan discutir democráticamente las estrategias y las tácticas, y se las revise cuando no se alcancen los resultados previstos, y donde también se tracen las grandes líneas del modelo de sociedad futuro por el que estas militancias sientan que vale la pena luchar. Solo así, el canto “vamos a volver” no será una mera expresión del deseo de recuperar posiciones gubernamentales, sino un retorno para consolidar un proyecto que enamore a las mayorías populares y logre continuidad y fortaleza en el tiempo.

Apéndice I

Encuestas

TODAS LAS ENCUESTAS fueron realizadas en línea a través del sistema SocPol del Instituto de Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea (IESAC) de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), con distintas fuentes de financiamiento, que se detallan en cada caso.

En la mayoría de las encuestas la captura de casos tuvo lugar a través de publicidad en redes sociales (Facebook e Instagram), segmentada proporcionalmente por género, edad y partido o jurisdicción. Por la técnica de invitación, no consideramos pertinente el cálculo del error muestral, ya que las encuestas fueron respondidas por una ínfima parte de las personas a las que les llegaba la publicidad. Por lo cual no podemos decir que sean representativas del conjunto de la ciudadanía, sino solo de las personas que, al utilizar Instagram o Facebook, se interesaron por responder la encuesta, ya sea por los temas que incluía o por tratar de ganarse la notebook que se sorteaba, de forma transparente, en el primer premio de la Lotería de la Provincia de Buenos Aires (cada participante que completaba la encuesta recibía un número para el sorteo).

Sin embargo, por todos estos recaudos, las muestras obtenidas presentaban una alta representatividad de la ciudadanía controlada por diversas variables estructurales (como género, edad, provincia y tipo de localidad: en la ponderación, además, se corrigió el sesgo del nivel educativo) y por variables de su comportamiento electoral pasado (última elección presidencial) y futuro (próxima elección). Las estimaciones de los resultados electorales fueron, siempre, de una asombrosa exactitud (con errores de un máximo del 2 por ciento).

En otras encuestas (que se especifican) la invitación se cursó vía correo electrónico a quienes habían respondido la encuesta a través de la invitación por Instagram y Facebook. El día establecido para el sorteo, se les avisó el resultado y se los invitó a responder una nueva encuesta, con otra chance para participar por una notebook. Esto nos permitió ahorrar gasto publicitario en redes sociales, a costa de una menor cantidad de casos y un mayor sesgo, en particular en el

nivel educativo, que se corrigió a través de la ponderación.

En una única encuesta, de octubre de 2021, hicimos el esfuerzo de invitar personalmente a una muestra probabilística de hogares y personas, para responder la encuesta en línea.

Enero de 2021

Fecha de relevamiento: del 9 al 16 de enero de 2021. Universo: población mayor de 18 años, residentes en la provincia de Buenos Aires y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). Reclutamiento por publicidad en Instagram y Facebook. Alcance del relevamiento: Ciudad Autónoma de Buenos Aires, treinta partidos del Gran Buenos Aires, grandes aglomerados urbanos de la provincia de Buenos Aires (Gran La Plata, Gran Mar del Plata y Gran Bahía Blanca) y quince partidos del interior de la provincia de Buenos Aires de diferente tamaño poblacional; Grandes: Pergamino, Junín, San Nicolás, Tandil y Olavarría; Ayacucho, Pehuajó, 9 de Julio, Brandsen y Chascomús; Magdalena, Punta Indio, Monte, Adolfo Alsina y Castelli. Financiamiento: Programa de investigación UNQ.[1]

Tamaño de la muestra: 3.244 casos. Cantidad de preguntas: 110.

Febrero de 2021

Fecha de relevamiento: del 10 al 12 de febrero de 2021. Universo: población mayor de 18 años, residentes en la provincia de Buenos Aires y CABA. Reclutamiento y alcance del relevamiento: ídem encuesta de enero de 2021. Financiamiento: Programa de investigación UNQ.

Tamaño de la muestra: 2.258 casos. Cantidad de preguntas: 43.

Febrero de 2021 (B)

Fecha de relevamiento: del 23 al 28 de febrero de 2021. Universo: población mayor de 18 años, residentes en la provincia de Buenos Aires y CABA. Reclutamiento y alcance del relevamiento: ídem encuesta de enero de 2021. Financiamiento: Programa de investigación UNQ.

Tamaño de la muestra: 1.496 casos. Cantidad de preguntas: 39.

Agosto de 2021

Fecha de relevamiento: 31 de julio al 11 de agosto de 2021. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Metodología de reclutamiento: invitación vía Facebook e Instagram, a 54 zonas geográficas que cubren todos los departamentos del país (diferenciándose, en cada provincia, grandes aglomerados, departamentos con ciudades importantes y departamentos sin ciudades importantes), con cuotas de género y edad en cada una de ellas, proporcionales a la distribución poblacional de estos 324 segmentos publicitarios; el envío de publicidad se detuvo al completar la cuota). Financiamiento: proyecto PISAC COVID-19.[2]

Tamaño de la muestra: 5.990 casos. Cantidad de preguntas: 75.

Agosto de 2021 (B)

Fecha del relevamiento: del 15 al 28 de agosto de 2021. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento: invitación vía correo electrónico obtenido en la encuesta de agosto de 2021. Financiamiento: proyecto PISAC COVID-19.

Tamaño de la muestra: 1.943 casos. Cantidad de preguntas: 43.

Octubre de 2021

Fecha del relevamiento: 22 de octubre al 9 de noviembre de 2021. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento y alcance: ídem encuesta de agosto de 2021. Financiamiento: proyecto PISAC COVID-19.

Tamaño de la muestra: 3.926 casos. Cantidad de preguntas: 75.

Octubre de 2021 por invitación personal

Fecha del relevamiento: 22 de octubre al 9 de noviembre de 2021. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Metodología de reclutamiento: invitación personal por parte de integrantes del equipo de investigación Encrespa. Muestra probabilística multietápica en cada una de las siete regiones del país, diferenciando grandes aglomerados urbanos, ciudades intermedias, pequeñas localidades (rural aglomerada) y agregando una muestra cualitativa de población rural dispersa. Financiamiento: proyecto PISAC COVID-19.

Tamaño de la muestra: 922 casos. Cantidad de preguntas: 75.

Noviembre de 2021

Fecha del relevamiento: 18 de noviembre al 2 de diciembre de 2021. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento: invitación vía correo electrónico obtenido en la encuesta de octubre de 2021. Financiamiento: proyecto PISAC COVID-19.

Tamaño de la muestra: 1.943 casos. Cantidad de preguntas: 43.

Abril de 2022

Fecha del relevamiento: del 20 de abril al 9 de mayo de 2022. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento y alcance: ídem encuesta de agosto de 2021. Financiamiento: proyecto PISAC COVID-19.

Tamaño de la muestra: 7.130 casos. Cantidad de preguntas: 70.

Julio de 2023

Fecha del relevamiento: del 24 al 30 de julio de 2023. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento y alcance: ídem encuesta de agosto de 2021. Financiamiento: proyecto PICT.[3]

Tamaño de la muestra: 4.213 casos. Cantidad de preguntas: 96.

Agosto de 2023

Fecha del relevamiento: del 23 de agosto al 31 de agosto de 2023. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento: invitación vía mailing obtenido en la encuesta de julio de 2023. Financiamiento: proyecto PICT.

Tamaño de la muestra: 903 casos. Cantidad de preguntas: 21.

Septiembre de 2023

Fecha del relevamiento: del 13 al 26 de septiembre de 2023. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento: invitación vía correo electrónico obtenido en la encuesta de julio de 2023. Financiamiento: proyecto PICT.

Tamaño de la muestra: 733 casos. Cantidad de preguntas: 19.

Octubre de 2023

Fecha del relevamiento: del 28 al 30 de octubre de 2023. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento y alcance: ídem encuesta de agosto de 2021. Financiamiento: proyecto PICT.

Tamaño de la muestra: 5.320 casos. Cantidad de preguntas: 56.

Noviembre de 2023

Fecha del relevamiento: del 8 al 10 de noviembre de 2023. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento: invitación vía correo electrónico obtenido en la encuesta de octubre de 2023. Financiamiento: proyecto PICT.

Tamaño de la muestra: 924 casos. Cantidad de preguntas: 28.

Diciembre de 2023

Fecha del relevamiento: del 24 de noviembre al 2 de diciembre de 2023. Universo: población mayor de 18 años, residentes en todas las provincias argentinas y CABA. Reclutamiento y alcance: ídem encuesta de agosto de 2021. Financiamiento: Comparative National Elections Project (CNEP).

Tamaño de la muestra: 3.433 casos. Cantidad de preguntas: 156.

[1] Programa de Investigación "Hegemonía: cuestiones teóricas, estrategias metodológicas y estudios empíricos", de la UNQ.

[2] Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) COVID-19, "Identidades, experiencias y discursos sociales en conflicto en torno a la pandemia y la pospandemia", de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación.

[3] PICT: "Subjetividades políticas en tensión durante la pandemia y la pospandemia en Argentina", de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación.

Apéndice II

Escalas de conservadurismo y de neoliberalismo

A CONTINUACIÓN, presentamos las tres escalas de progresismo/conservadurismo y las tres de nacional-popular/neoliberalismo, elaboradas a partir de las preguntas formuladas en las encuestas de enero de 2021, agosto de 2023 y octubre de 2023.

ENERO DE 2021

Escala de conservadurismo

Hemos construido la escala de conservadurismo, versus progresismo, sobre la base de cinco dimensiones: la xenofobia, el apoyo al patriarcado, el respeto irrestricto a la autoridad y al orden, la falta de compasión con los pobres y el punitivismo. La mayoría de estas dimensiones las hemos medido según el posicionamiento frente a frases enunciadas en un sentido conservador y a otras en un sentido progresista (con cinco opciones de respuesta): muy de acuerdo, de acuerdo, ni acuerdo ni desacuerdo, en desacuerdo, muy en desacuerdo. Luego, para la construcción de la escala otorgamos puntajes de 100, 80, 50, 20 y 0, respectivamente, en el caso de que fuera una frase conservadora; e invertimos los valores si la frase tenía un sentido progresista. En algunas dimensiones empleamos otras formas de pregunta, como se detalla a continuación:

Xenofobia

“Para proteger los puestos de trabajo de los argentinos, habría que prohibir la llegada de más inmigrantes” (antiinmigrantes).

“Los bolivianos y paraguayos que vienen a trabajar merecen los mismos derechos laborales que los argentinos” (inmigrantes).

Patriarcado

“El lenguaje inclusivo es una moda estúpida” (antiinclusivo).

“Está bien que las parejas de homosexuales puedan adoptar niños” (homosexuales).

Además, se preguntó qué les parecían “los reclamos de las feministas”, brindándoles cuatro opciones: “son claramente excesivos”, “algunos son excesivos”, “están casi todos bien” o “están perfectos”; asignándose,

respectivamente, 100, 60, 25 o 0 puntos (feministas).

Respeto a la autoridad:

“La vida en sociedad requiere que los niños aprendan a respetar a la autoridad sin discutirles a los adultos” (respetar).

“Las tomas y las protestas en los colegios les sirven a los estudiantes para aprender prácticas democráticas” (tomas).

Sin compasión con los pobres:[4]

“Para evitar el crecimiento de las villas miseria el Estado debería impedir por la fuerza que se produzcan nuevos asentamientos” (antivillas).

Punitivismo

Se les pidió que se imaginaran que eran el presidente y tenían que elegir solo una medida para reducir el delito: ¿cuál de estas medidas tomaría? Y se les presentó un listado de cuatro opciones: 1) Poner más policías en la calle; 2) urbanizar los barrios de difícil acceso; 3) promover leyes más duras o 4) generar más oportunidades de trabajo. Luego se les preguntó: “Y si pudiera tomar una segunda medida, ¿cuál agregaría a la anterior?”; la elección de las opciones 1) o 3) sumaba 70 puntos si eran escogidas en la primera instancia y 30 si se escogían en la segunda, procediéndose a agregar ambas respuestas en una sola variable (punitivismo).

Escala de neoliberalismo

Para dar cuenta del neoliberalismo se consideraron siete dimensiones: la perspectiva fiscal, el papel del Estado, el de la asistencia social, las relaciones laborales, la meritocracia y las perspectivas acerca de la pobreza y sobre los ricos.[5] En este caso, buscamos presentar frases con cierto grado de vinculación con la forma en que se concretiza el debate político-ideológico en Argentina, aunque buscando que ninguna premisa fuera fácilmente identificable con alguna fuerza política. Las frases opuestas a las neoliberales presentan una perspectiva cercana al nacionalismo popular, que es el principal contendiente ideológico del neoliberalismo en este país. En las respuestas acerca del grado de acuerdo con las frases, se asignaron puntajes, como se explicó para el índice de autoritarismo, y en los casos de preguntas directas, de las formas que se explican a continuación:

Perspectiva fiscal

“Argentina es un país con demasiados impuestos, por eso acá no vienen los inversores” (impuestos).

“Los hijos de los ricos deberían heredar solo una parte pequeña de la fortuna de sus padres, y así reducir las desigualdades sociales” (herencia).

Papel del Estado

“Si queremos que el país crezca hay que despedir a muchos de los empleados públicos” (despedir).

“Solo con un Estado fuerte y que dirija la economía, Argentina podrá crecer” (dirigismo).

Asistencia social

“La entrega de planes de asistencia fomenta la vagancia” (antiplanes).

“Ante tanta gente que no tiene un lote donde hacerse una casita, el Estado tendría que comprar tierras y organizar nuevos barrios” (lote).

Relaciones laborales[6]

“La flexibilidad laboral en realidad solo busca explotar más a los trabajadores” (antiflexibilidad).

Meritocracia

Se les pidió que se imaginaran dirigiendo una empresa, con la siguiente consigna: “Tiene dinero para aumentar salarios solo a un grupo de trabajadores, ¿a cuál se lo daría?”. En una primera pregunta se les mostraron estas dos opciones: 1) A los que ganan menos, o 2) a los que producen más. Y luego se les planteó: “¿Y si tuviera que elegir entre estos dos grupos?”, con estas dos opciones: 1) A los que más estudiaron, o 2) a quienes realizan las tareas más insalubres. Se computó un índice (meritocracia) con valor 100 en el caso de que en la primera pregunta se optara por la opción 2 y en la segunda por la 1; con valor 0 en el caso inverso, y con valor 50 si se combinaban las respuestas 1 y 1 o 2 y 2.

Pobreza

Se les preguntó cuál era su principal causa y, luego, se les pidió una segunda causa, dándoles las siguientes opciones y sumando los siguientes valores en cada una de las dos preguntas: 1) Porque no tienen suerte; 2) porque no quieren trabajar; 3) porque no hay suficientes oportunidades; 4) porque no tienen suficiente educación; 5) por culpa de los políticos argentinos; 6) por culpa de los

empresarios, o 7) por ninguna de estas razones. Distintas combinaciones de primeras y segundas respuestas generaban un índice (pobreza) con valores desde 0 (si se elegían 3 y 6, 6 y 3 o 6 y 7) hasta 100 (si se escogían 2 y 7, 2 y 5 o 5 y 2).

Ricos

Se preguntó: “¿Cómo le parece que han hecho su fortuna la mayoría de los ricos?”, brindándoles las siguientes opciones: “mediante su trabajo y esfuerzo”, “gracias a la suerte”, “explotando a los trabajadores” o “robando al pueblo”, otorgándosele 100 puntos a la primera respuesta, 70 a la segunda y 0 a las dos últimas (índice ricos).

JULIO DE 2023

Escala de conservadurismo

Se otorgó un valor de 100 cuando todas las respuestas a las siguientes preguntas fueron conservadoras y de 0 cuando fueron progresistas:

¿Qué piensa del movimiento feminista? (Estoy de acuerdo con todo lo que hacen / Estoy de acuerdo con la mayoría de lo que hacen / Solo estoy de acuerdo con algunas de las cosas que hacen / No estoy de acuerdo con nada de lo que hacen). Asignación de puntajes: 0, 33, 66 y 100 puntos, respectivamente.

Cuando escucha hablar en lenguaje inclusivo, por ejemplo “les chiques” o “todes”, ¿le gusta o le molesta? (Me encanta / Me gusta / Me da igual / Me molesta / Me da bronca). Asignación de puntajes: 0, 25, 50, 75 y 100 puntos, respectivamente.

Para usted, ¿cómo sería mejor la escuela secundaria? (Las autoridades deben imponer el orden y los estudiantes tienen que acatarlo sin críticas / Es importante que haya un poco de orden, pero también que los estudiantes puedan formular críticas / Los docentes deben estimular el espíritu crítico y la participación de los alumnos en los centros de estudiantes). Asignación de puntajes: 100, 50 y 0 puntos, respectivamente.

En relación con los inmigrantes que vienen de Bolivia y Paraguay, ¿cuál de las siguientes frases se aproxima más a lo que usted piensa? (Habría que hacer que muchos se volvieran a sus países de origen / Habría que prohibir la llegada de más inmigrantes, aunque no hacer que se volvieran a sus países los que ya están acá / Habría que permitirles que se quedasen pero que pagasen por los servicios públicos que usen / Hay que darles un trato igual al que tienen los argentinos). Asignación de puntajes: 100, 66, 33 y 0 puntos, respectivamente.

Imagínese que usted fuera el presidente y tuviera que elegir UNA MEDIDA para reducir el delito, ¿cuál de estas medidas tomaría? En la siguiente pregunta puede elegir una segunda medida (1. Poner más policías en la calle / 2. Urbanizar las

villas / 3. Promover leyes más duras / 4. Generar más oportunidades de trabajo).

Y si pudiera tomar una segunda medida, ¿cuál agregaría a la anterior? (ídem). La elección de las opciones 1 o 3 sumaba 70 puntos si eran escogidas en la primera instancia y 30 si se escogían en la segunda, procediéndose a agregar ambas respuestas en una sola variable.

Escala de neoliberalismo

Se basa en las respuestas a las siguientes preguntas, tomando valor 0 cuando todas las respuestas fueron nacional-populares y valor 100 cuando fueron neoliberales:

En relación con los impuestos, ¿cuál frase representa mejor su forma de pensar? (Hay que poner presos a los ricos que evaden impuestos, porque si no el Estado no tiene los recursos que se necesitan / Hay que realizar más controles para evitar que la mayoría de los empresarios evada / Hay que reducir un poco los impuestos que pagan los empresarios, para así lograr que inviertan más / Hay que reducir mucho los impuestos que pagan los empresarios, pues solo así se va a lograr que haya inversiones). Asignación de puntajes: 0, 33, 66 y 100 puntos, respectivamente.

¿Cuál de estas frases representa mejor su idea sobre el Estado? (El Estado es demasiado grande y no tiene que meterse en la economía, hay que reducirlo drásticamente y hay que despedir a muchos empleados públicos / Habría que reducir un poco el papel del Estado en la economía y hay que despedir a algunos empleados públicos / El Estado tiene que dirigir la economía y para ello no está mal que sea grande). Asignación de puntajes: 100, 50 y 0 puntos, respectivamente.

¿Y qué piensa en relación con las leyes que regulan el trabajo? (Habría que acabar con los llamados “derechos de los trabajadores” que solo promueven la industria del juicio e impiden que las empresas crezcan / No se tiene que hacer cambios que flexibilicen el régimen de trabajo, porque terminan siempre perjudicando a los trabajadores / Habría que ampliar los derechos de los trabajadores y que alcancen a todos los que hoy están “en negro”). Asignación de puntajes: 100, 50 y 0 puntos, respectivamente.

Ahora, le proponemos pensar en las dos razones principales por las cuales hay

personas que viven en situación de pobreza (1. Porque no tienen suerte / 2. Porque no quieren trabajar / 3. Porque no hay suficientes oportunidades / 4. Porque no tienen suficiente educación / 5. Por culpa de los políticos argentinos / 6. Por culpa de los empresarios / 7. Por ninguna de estas razones).

¿Y cuál es la que le sigue en importancia? Distintas combinaciones de primeras y segundas respuestas generaban un índice (pobreza) con valores desde 0 (si se elegían 3 y 6, 6 y 3 o 6 y 7), hasta 100 (si se escogían 2 y 7, 2 y 5 o 5 y 2).

¿Y cómo le parece que han hecho su fortuna la mayoría de los grandes empresarios? (Mediante su trabajo y esfuerzo / Gracias a la suerte / Explotando a los trabajadores / Implementando ideas innovadoras / Robando al pueblo). Asignación de puntajes: 100, 70, 0, 100 y 0 puntos, respectivamente.

OCTUBRE DE 2023

Escala de conservadurismo

Algunas personas dicen que no pueden expresar abiertamente lo que opinan, porque les da miedo que las critiquen por ser ofensivas ya que no dicen lo "políticamente correcto". ¿Usted qué piensa sobre esto? (Está mal que tengamos que cuidarnos tanto con lo que decimos. La gente tendría que bancarse más las opiniones aunque no le gusten / Está bien, porque antes se decía cualquier cosa. Mucha gente se sentía discriminada y la pasaba muy mal / Ni un extremo ni el otro, pero en general está bien que nos cuidemos un poco más con lo que decimos / Ni un extremo ni el otro, pero en general está mal que tengamos que cuidarnos tanto con lo que decimos). Asignación de puntajes: 100, 66, 33 y 0 puntos, respectivamente.

¿Cómo se siente en relación con el feminismo (Identificada con el feminismo o me parece bien el feminismo / Me gustan algunas cosas del feminismo o me parecen bien algunas cosas del feminismo / No me gusta el feminismo o No me parece bien el feminismo). Asignación de puntajes: 0, 50 y 100 puntos, respectivamente.

En las últimas décadas, se han dictado leyes y medidas para proteger los derechos de grupos específicos como, por ejemplo, los homosexuales, las mujeres, los indígenas y las personas con discapacidad. ¿Qué siente respecto a estas leyes y medidas? (Que eran necesarias porque estos grupos habían sido históricamente discriminados. Hoy habría que PROMOVER MÁS MEDIDAS que realmente garanticen sus derechos / Que eran necesarias porque estos grupos habían sido históricamente discriminados, pero que YA HAN SIDO SUFICIENTES y no habría que promover más medidas de este tipo / Que esas medidas eran necesarias, pero que FUERON DEMASIADAS y que se han olvidado de la gente como usted / Que esas medidas NO ERAN TAN NECESARIAS y que se han olvidado de la gente como usted). Asignación de puntajes: 0, 33, 66 y 100 puntos, respectivamente.

Escala de neoliberalismo

¿Cuál es para usted la principal causa de los problemas económicos que tiene hoy el país? (La gran deuda externa que tomó Macri durante su gobierno / Los elevados gastos del Estado y la alta emisión de pesos del gobierno / Los grandes capitalistas que aumentan los precios sin parar). Asignación de puntajes: 0, 100 y 0 puntos, respectivamente.

Ahora vamos a compartirle algunas frases referidas a la idea de justicia social. ¿Con cuál de estas frases está más de acuerdo? (Es una idea que hay que eliminar porque castiga al que le va bien y, además, implica regalarles cosas a otros / Es la base de la conciliación entre los empresarios y los trabajadores: es la idea básica que permite que haya educación, salud pública, jubilaciones y otros derechos / Es una idea que ofrece un paliativo para que la gente se quede tranquila, no proteste, y evita el fortalecimiento de la lucha de los trabajadores). Asignación de puntajes: 100, 0 y 0 puntos, respectivamente.

¿Qué piensa de que un empresario gane cien veces más de lo que gana un obrero o empleado de su empresa? (Está bien porque estimula el esfuerzo personal / Está bien porque eso estimula a que sigan invirtiendo y el país crezca / Me gusta solo un poco, pero es así como funciona la economía / No me gusta, pero es así como funciona la economía / Está mal porque no se distribuye la riqueza, y eso impide el crecimiento del mercado interno / Está mal porque los trabajadores son los que crean la riqueza). Asignación de puntajes: 0, 33, 66 y 100 puntos, respectivamente.

¿Cuál de las siguientes frases se acerca más a lo que usted piensa? (El capitalismo es bueno porque permite que cada uno desarrolle sus capacidades personales / El capitalismo es bueno porque permite que cada uno se enriquezca todo lo que pueda / El capitalismo no es bueno, pero es el único sistema posible / El capitalismo solo puede traer bienestar si un Estado fuerte redistribuye las ganancias / El capitalismo es malo y habría que probar con un socialismo o un comunismo modernizados que evitasen los errores del pasado). Asignación de puntajes: 100, 100, 70, 30, 10 y 0 puntos, respectivamente.

[4] Se presentó una frase con el sentido opuesto (“ante tanta gente que no tiene un lote donde hacerse una casita, el Estado tendría que comprar tierras y organizar nuevos barrios”), pero las respuestas no se correlacionaron con el resto de las variables del índice de autoritarismo. En cambio, sí lo hicieron con el de neoliberalismo (en un sentido negativo), por lo cual trasladamos esa frase a este último índice. Parece que las respuestas midieron más la opinión del papel del Estado sobre la cuestión social que la actitud de compasión o no compasión con los pobres.

[5] Se excluyó una frase que procuraba medir la adhesión a la tecnocracia: “En cuestiones de política económica o social, son los especialistas los que tendrían que decidir, sin depender de lo que el pueblo opine”. Las respuestas presentaban correlaciones muy bajas con las otras tres frases neoliberales (con planes 0,144, con despedir 0,092 e impuestos 0,093) y, sobre todo, con el subíndice que incluía a las cuatro (0,464). Se infirió que la compresión del sentido de la pregunta pudo no haber sido clara.

[6] La frase del despido de los empleados públicos también funcionó como contrapunto sobre esta cuestión, en un sentido neoliberal.

Apéndice III

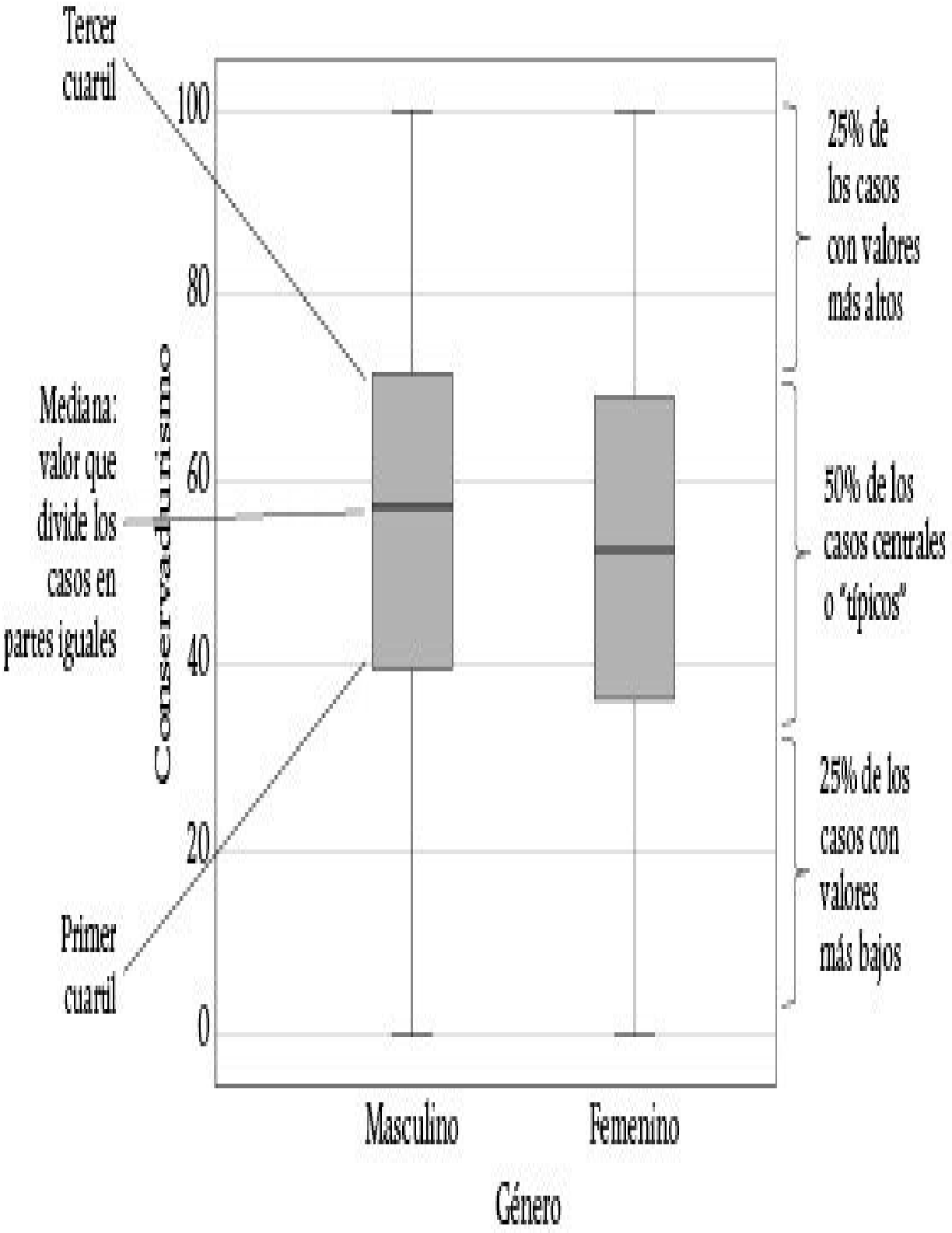
Gráfico de caja, coeficiente de correlación y gráfico de dispersión

EL GRÁFICO DE CAJA

Estos gráficos permiten una rápida visualización de la distribución de una variable numérica (por ejemplo, las escalas que utilizamos en este libro sobre progresismo/conservadurismo o sobre nacional-popular/neoliberalismo) y comparar si son similares o muy diferentes entre distintas categorías (por ejemplo, el género o si son votantes de distintas fuerzas políticas). Lo que se procura es una forma relativamente sencilla de observar si dos, tres o más tipos sociales distintos difieren en los valores de una variable numérica. Tenemos un número que brinda un primer indicio, el valor promedio (y un segundo: la mediana, el valor que divide los casos en dos grupos de igual tamaño). No obstante, podría ser que, al comparar entre varones y mujeres el promedio sea distinto, pero que la mayoría de los varones tengan valores similares a la mayoría de las mujeres. De allí el interés de poder comparar no un solo número de síntesis, sino de visualizar la distribución de los casos. Los gráficos de caja (o box-plot, en inglés) son sumamente útiles para una rápida comparación.

Para la confección del gráfico de cajas se usan, en principio, tres medidas básicas: la mediana (que es el valor que divide los casos en partes iguales), el primer cuartil (que es el valor que deja por debajo a un cuarto de los casos) y el tercer cuartil (el valor que deja por debajo tres cuartos de los casos). Así, se grafica una caja que encierra los casos ubicados entre el primer y el tercer cuartil, como se observa en el gráfico A.1. Es decir, el 50% de los casos más comunes o “típicos”. También se marca con una línea horizontal la mediana. Y luego, se trazan líneas verticales (bigotes) hasta que existan casos, para mostrar cómo se distribuyen el cuarto inferior y el cuarto superior de los casos. Solo se detiene la línea para diferenciar los casos “extremos”, si los hubiera, y se identifica a cada uno con un círculo pequeño. Se consideran casos “extremos” o “atípicos” aquellos que están por debajo de 1,5 veces la distancia intercuartil (la “caja”) desde el primer cuartil (límite inferior de la “caja”), o 1,5 veces esta distancia por encima del tercer cuartil.

GRÁFICO A.1. Nivel de conservadurismo según género


Tercer cuartil
Mediana: valor que divide los casos en partes iguales
Primer cuartil
Conservadurismo
100
80
60
40
20
0
Masculino
Femenino
Género
25% de los casos con valores más altos
50% de los casos centrales o "típicos"
25% de los casos con valores más bajos

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

Lo que este tipo de gráficos permite visualizar con facilidad es cómo se distribuyen los casos típicos. Estos son los que más interesan, pues en la complejidad de la dinámica social siempre hay casos que pueden pensar de modos muy diferentes a la mayoría y esto dificulta la visualización de las diferencias.

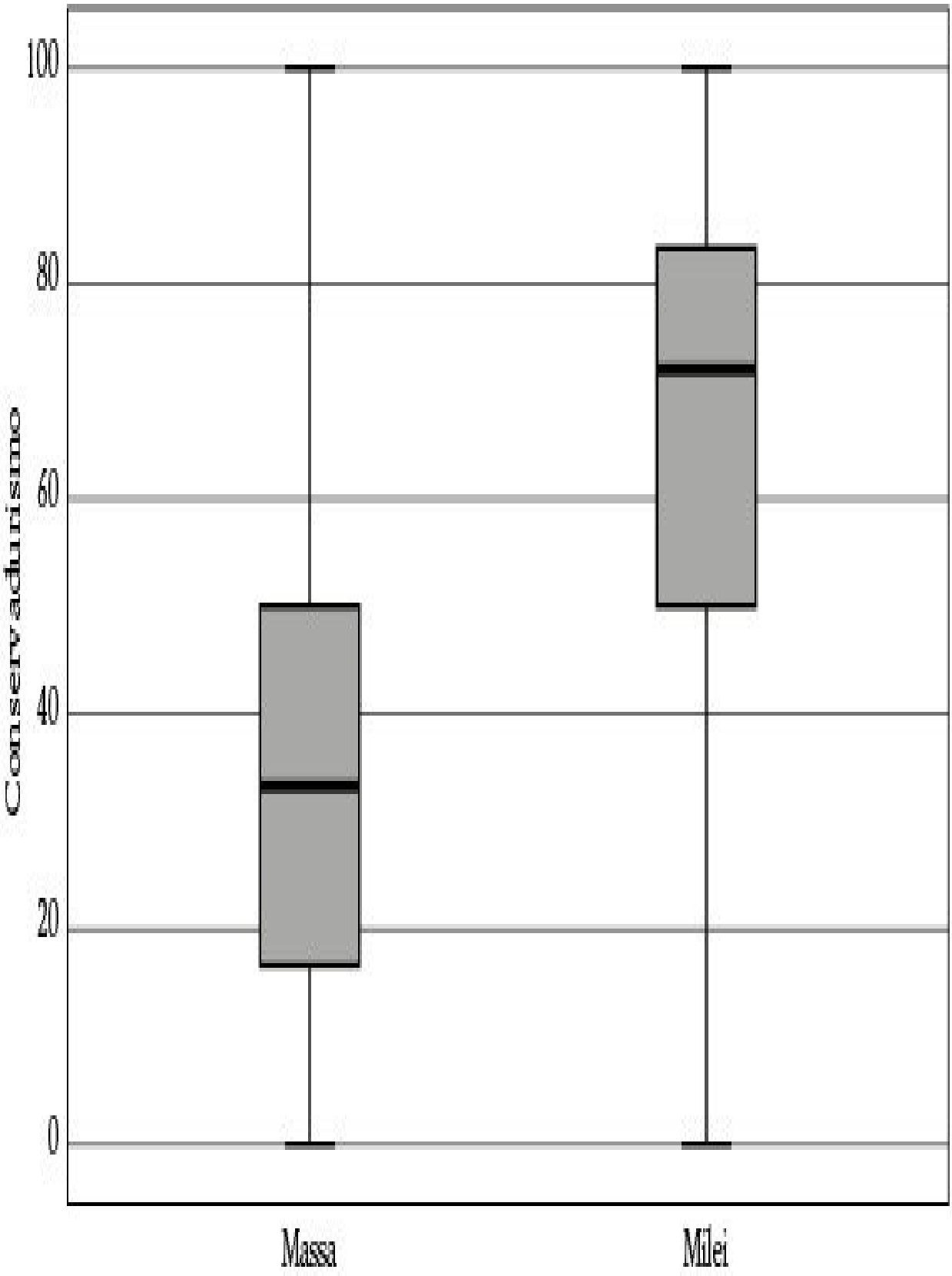
En el caso del impacto del género en el nivel de conservadurismo (o progresismo) de la persona encuestada, el promedio indica que las mujeres eran levemente más progresistas, con un valor promedio en la escala de 52 puntos, frente al 56 de los hombres. Sin embargo, la distribución de la mitad de las mujeres típicas era muy similar a la de los hombres típicos, como se ve en el gráfico A.1. Es por eso que decimos que las diferencias eran leves.

Por el contrario, en el gráfico A.2 es claramente visible que existen distribuciones de los casos muy diferentes según una variable categórica. La distribución de las personas en esta misma escala de conservadurismo era muy distinta, según votaran a Massa o a Milei en el balotaje. Por lo tanto, las cajas no presentan solapamientos: los casos típicos (el 50% central) de ambos conjuntos de votantes eran completamente diferentes. Todos los votantes típicos de Massa eran, al menos, algo progresistas (por debajo de los 50 puntos en la escala), y todos los de Milei eran, cuanto menos, algo conservadores (por encima de los 50 puntos).

EL COEFICIENTE DE CORRELACIÓN

Existe una forma de sintetizar, en un solo número, la relación entre dos variables numéricas: el coeficiente de correlación de Pearson, usualmente llamado "coeficiente de correlación". Este coeficiente mide la relación lineal entre dos variables, teniendo valor 1 cuando una sube a la par que la otra. Por ejemplo, supongamos dos preguntas con cinco opciones de respuesta todas ordenadas. Para que el coeficiente dé 1, todos los casos que eligieron la opción más baja en conservadurismo en una pregunta deberían haber escogido la más baja en la otra, y todas las que eligieron la más alta en una tendrían que haber marcado la más elevada en la otra, y lo mismo en las intermedias (es casi imposible que el coeficiente dé 1, pero muchas veces puede estar cerca). En cambio, el valor del coeficiente será de –1 cuando la relación sea exactamente opuesta (las personas que eligen la opción más baja en una pregunta eligen la más alta en la otra, y así). El coeficiente tendrá valor 0 cuando no haya relación (al menos en forma lineal).[7] La forma gráfica de ver esta relación es con un gráfico de dispersión. La elevación al cuadrado del coeficiente de correlación da el coeficiente de determinación, y su valor puede interpretarse como la proporción en que la variabilidad de una variable logra explicar la variabilidad de otra. Así, por ejemplo, un coeficiente de correlación de 0,8 significa que el coeficiente de determinación será de 0,64 y se interpretará como que la variable que supongamos independiente explica el 64% de los cambios en la variable explicada (el cálculo del coeficiente no dice nada sobre cuál de las variables es la explicativa y cuál la explicada; esto es algo que supondremos por nuestro conocimiento del tema, o por simple sucesión cronológica: por ejemplo, la edad estará explicando la posición ideológica, pues es imposible que la posición ideológica haga a alguien cambiar de edad).

GRÁFICO A.2. Distribución en la escala de conservadurismo de los votantes de Milei y de Massa para el balotaje


100
80
60
40
20
0
Conservadurismo
Massa
Milei

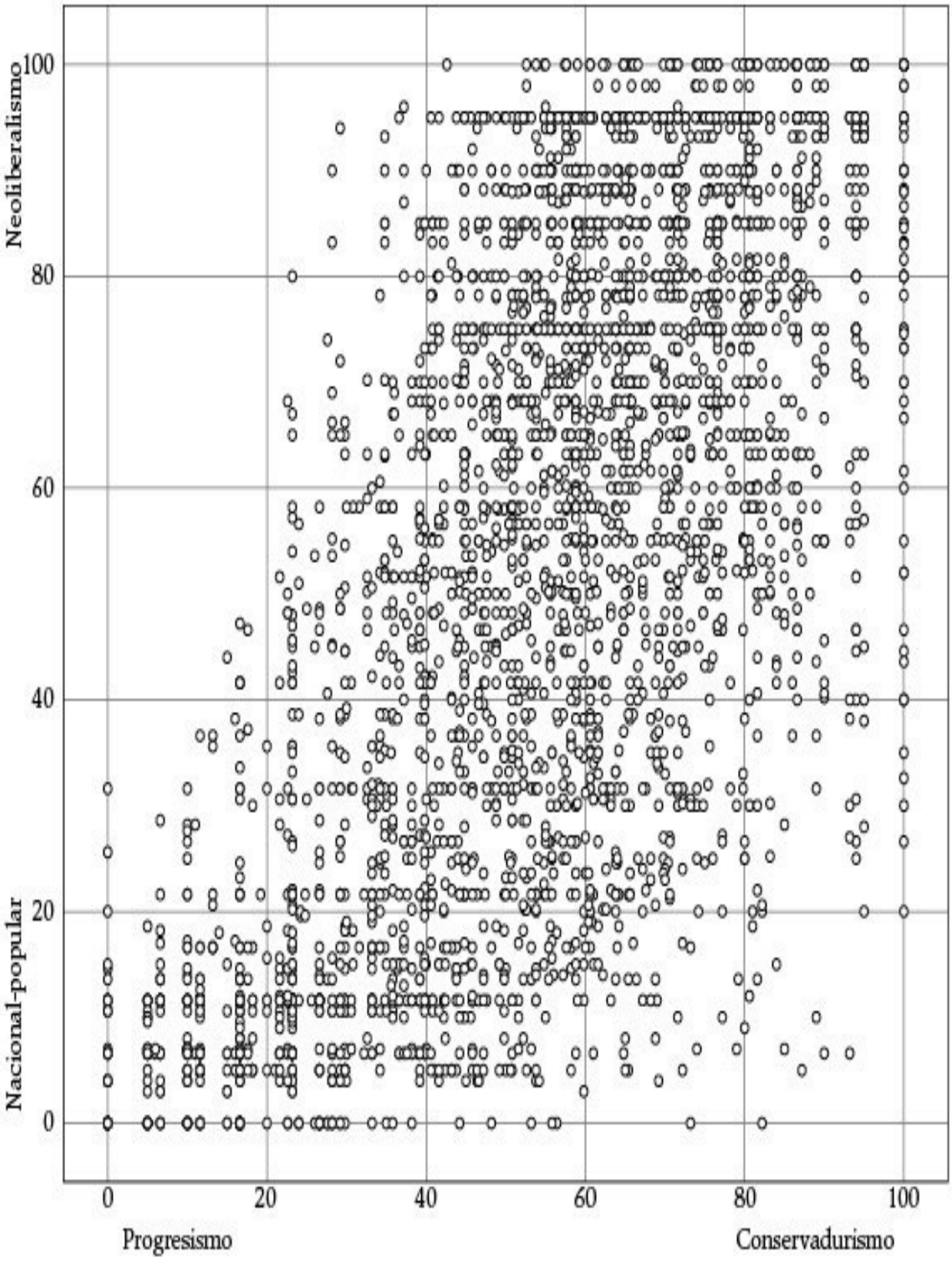
Fuente: encuesta de octubre de 2023 (5.320 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

EL GRÁFICO DE DISPERSIÓN

La forma gráfica de observar si dos variables numéricas están relacionadas es a través de un gráfico de dispersión. Estos gráficos se construyen mediante el cruce de dos ejes cartesianos (x e y), en forma de un cuadrado, y se coloca una marca para cada caso, en la intersección de los valores que le corresponden en cada uno de los dos ejes. Por ejemplo, en el gráfico A.3, cada persona encuestada está representada con un pequeño círculo en el cruce de sus respectivos valores en cada uno de los ejes (en este caso, el valor en la escala de conservadurismo en el eje horizontal y el valor de neoliberalismo en el eje vertical).

Una vez que graficamos todos los casos, podemos observar rápidamente si hay una relación entre ambas cuestiones. Es decir, si cuando se incrementan los valores en una escala, suben en la otra; en este caso, las marcas se ubicarán en el sentido de una diagonal ascendente; o, si ocurre lo contrario, cuando suben en una, bajan en la otra, se formará una diagonal descendente; o si no existe relación y los casos están dispersos por todo el gráfico, se formará una nube sin patrones (también es posible que tengan relaciones más complejas y den lugar a otro tipo de diseños, como el caso de una parábola).

GRÁFICO A.3. Distribución del total de casos en las escalas de neoliberalismo y conservadurismo


Neoliberalismo
Nacional-popular
100
80
60
40
20
0
0
20
40
60
80
100
Progresismo
Conservadurismo

FUENTE: encuesta de julio de 2023 (4.213 casos, alcance nacional), véanse detalles en el apéndice I.

En el gráfico A.3, como se analizó en el capítulo V, se puede ver que existe una relación positiva entre ambas escalas. A medida que la gente era más neoliberal, mostraba actitudes más conservadoras. Ubicándose la mayoría de los casos en una diagonal ascendente. De todas formas, la relación no era muy intensa (con un coeficiente de correlación de 0,567). Esto era así porque, en especial en los valores intermedios de neoliberalismo (entre 25 y 75), había casos en una dispersión alta de valores de conservadurismo.

[7] En algunos casos, el coeficiente puede dar un valor muy bajo porque la relación existe pero no es lineal: por ejemplo, si ambas variables suben en el valor intermedio (por caso, aumenta el grado de acuerdo con una opinión en la edad adulta, en relación con los jóvenes), pero luego bajan (disminuye el grado de acuerdo con esa respuesta entre los adultos mayores).

Balsa, Javier

¿Por qué ganó Milei? : disputas por la hegemonía y la ideología en Argentina / Javier Balsa. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2024.

(Tezontle)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-719-476-0

1. Política Argentina. 2. Liderazgo Político. 3. Elecciones Presidenciales. I. Título.

CDD 320.82

Diseño de cubierta: Juan Balaguer

Diagramación: Hernán Morfese

Corrección: Candela Martínez Jerez y Patricia Motto Rouco

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición al cuidado de Fabiana Blanco

Primera edición, 2024

D.R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN 978-987-719-476-0

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.